

Kjell Askildsen

Cuentos reunidos

Edición y prólogo de *Fogwill*



Lectulandia

Como Stieg Larsson y Hening Mankell, Kjell Askildsen (Noruega, 1929) es parte del boom de la literatura nórdica contemporánea en los países de habla hispana. *Cuentos reunidos*, parte de sus opera omnia juiciosamente seleccionadas y prologadas por Fogwill —quien algo supo de escritura, lecturas y escritores—, lo representa en genio y figura.

Indiferente a la crítica y huraño, Askildsen demuestra en cada *short storie* una técnica impecable y una capacidad ilimitada para seducir con argumentos apenas diferentes unos de otros y personajes sin rostro, inmersos en un mundo hostil, absurdo; encerrados en relaciones desdichadas: matrimonios aburridos, paternidades obligadas, amistades rencorosas, traiciones cotidianas, demostraciones de ternura fácil. Por la extensión, se trata de relatos más o menos breves. Y quizás sean los más cortos los más logrados o, mejor, los más «brillantes». Es en este sentido que «*Carl*» funciona como recomendable botón de muestra: apenas página y media, y todo el universo askildseniano, como tallado con escalpelo, salpimentado por un humor cáustico y una ironía ejemplarizadora, que escudriña lo que se oculta bajo la suave piel de las convenciones.

Lectulandia

Kjell Askildsen

Cuentos reunidos

ePUB v1.1

Lukas_Trips 24.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Thomas F's siste nedtegnelser til almenheten, En plutselig frigjørende tanke, Et stort øde landskap, Hundene i Tessaloniki, Martin Hansens utflukt*
Kjell Askildsen, 1983-1996.

Traducción: Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

Editor original: Lukas_Trips (v1.0 a v1.x)

Corrección de erratas: Lukas_Trips

ePub base v2.0

Prólogo de Fogwill

Lugar, Noruega. Un país mediano, poco más extenso que la provincia de Buenos Aires. Su región polar, la zona de glaciares y las desérticas y montañosas ocupan casi todo su territorio, lo que deja apenas un dos por ciento de superficie cultivable. Los cinco millones de habitantes son súbditos de un rey —circunstancialmente, Harald V— que es también la autoridad de la religión oficial, la Iglesia de Noruega. Se trata de una secta cristiana que procede del cisma luterano: «protestante», la llamarían los curas de aquí. Pero los noruegos no ruegan mucho y protestan apenas lo indispensable. En el censo, el ochenta y tres por ciento de los noruegos se manifiesta fiel al culto, más del setenta por ciento de los recién nacidos recibe el bautismo y, mientras solo el cuarenta y cinco por ciento de las parejas se consagra en el templo, más del noventa por ciento de las ceremonias fúnebres se realiza según el rito de la Iglesia y en presencia de una autoridad religiosa. La Iglesia de Noruega, que recluta a sus pastores entre egresados universitarios con un máster o un doctorado en Teología independientemente de su sexo y su estado civil, fue pionera en aceptar el matrimonio gay. Noruega, que fue ocupada por Alemania y se declaró voluntariamente neutral durante la segunda guerra, ingresó en la OTAN en 1949. En cambio, por mandato popular de dos plebiscitos, declinó integrar la Unión Europea y la esfera del euro. Entre los diecisiete y los dieciocho años, noruegas y noruegos cumplen doce meses de servicio militar obligatorio. En Noruega no rigen doctrinas de seguridad nacional porque es una nación segura. Tampoco hay teorías sobre la literatura nacional, porque tiene literatura nacional, ni cultivan las variantes latinoamericanas del pensamiento nacional, porque todos piensan como noruegos. Entre tantas cosas, ser noruego es contar con un ingreso per cápita de sesenta mil dólares anuales e integrar una pirámide de distribución de la riqueza que ningún político latinoamericano se atrevería a prometer ni como proyecto a veinte años de plazo.

2010. En las afueras de Oslo, cerca de las pistas de esquí, Kjell Askildsen cumple ochenta años. Él, que hace medio siglo construyó la imagen de una decrepitud solitaria y desesperanzada en el estado de bienestar postcapitalista, vive la suya en plenitud. Elude fotógrafos, prensa y televisión mientras compila, publica, traduce abnegadamente a sus autores de culto —Broch, Strindberg, Beckett, Harold Pinter— y, tal como los noruegos de sus relatos atienden esas huertas que remedan una naturaleza pródiga y una agricultura que su territorio les tiene vedada, administra la obra por la cual lo conoce el mundo: una magistral colección de relatos breves^[1].

Relato breve es mi traducción literal de lo que los americanos celebraron de este

maestro del «*short story*» que, en Sudamérica, llamamos «cuento» sin el temor anglosajón a connotar temas maravillosos, infantiles, fantásticos o mágicos. En los años setenta, César Aira, inspirado en Deleuze, desarrolló un modelo que diferenciaba con precisión los géneros del cuento, la *nouvelle* y la novela: afortunadamente, ni él lo tomó en serio y así proliferó su obra desmintiéndolo. Pero su propuesta tenía la virtud de inmunizar contra la oferta tallerista de modelos narrativos inspirados en Poe y en el policial que un par de consagrados imponían a los estudiantes incautos. Los textos de Askildsen eluden descripciones, escenografías, tramas, suspensos, desenlaces, sorpresas calculadas que revelan la mala fe del narrador, pinturas de época, guiños a la moda de temporada, denuncias contra el nazismo, el racismo, el estalinismo, el capitalismo, la contaminación, los medios de comunicación, la policía, la monarquía, la injusticia, ni contra el mal, entendido como resultado de un proyecto consciente de los humanos. Y sin embargo, cada una de sus páginas nos sacude como si fuese un alegato. ¿Qué alega?

Alega el autor extremeño Julián Rodríguez en su presentación de la primera antología de relatos de Askildsen publicada en España, en 2008, que Kjell Askildsen es un artista de su tiempo, pero que su tiempo no es el del minimalismo contemporáneo que algunos atribuyen a una obra que no ha variado desde 1953, ni es el del realismo sucio carveriano, sino que es parte de una revuelta contra lo convencionalmente real, la famosa «realidad» que no es sino un emergente de las maneras de narrarla.

Efectivamente, es un artista del narrar y ha creado un estilo indeleble. Puede narrarlo todo y de la mejor manera con personajes sin rostro ni más rasgos físicos que el detalle indispensable, con nombres que se olvidan de inmediato, sin tonos de voz; representando diálogos reducidos al mínimo y muy a menudo sin saltos de párrafo ni comillas; con emociones transmitidas por una palabra o por un impulso a actuar; con climas y estaciones indicadas apenas por la luz o por ínfimas señales del cuerpo o del espacio natural; con tragedias resumidas por la simple evocación de una imagen visual y un clímax erótico logrados por el leve desplazamiento de una mano, o con odio significado por el movimiento de un cuerpo que sale a prender un cigarrillo. Con semejante material ha podido crear un mundo. Su mundo: algo que invita a ser revisitado para recuperar la noción de ficciones verdaderas.

Askildsen no teme reiterarse (no es improbable que jamás haya temido algo). Para presentar sus *Cuentos reunidos*^[2], elegí ordenarlos por un contrapunto de personas narrativas, extensiones relativas e intensidad del conflicto dramático. El orden cronológico no se adecuaba a un autor que ha hecho de la fidelidad a sí mismo un rasgo de estilo. La tentación de presentarlos en orden de su apariencia temática me pareció injusta para una obra cuyos únicos temas son el hombre y la literatura. Por

consideraciones de género y por tratarse de un ejercicio de suspenso que el autor discontinuó prontamente, he recomendado la exclusión del relato experimental «Carl Lange». Para la edición se han modificado unas pocas expresiones del español o el madrileño corrientes que desconcertarían al lector latinoamericano, cuidando en cada caso que la sustitución no afecte la legibilidad de la obra para los lectores peninsulares.

Ajedrez

El mundo ya no es lo que era. Ahora, por ejemplo, se vive más tiempo. Yo tengo ochenta y muchos, y es poco. Estoy demasiado sano, aunque no tenga razones para estar tan sano. Pero la vida no quiere desprenderse de mí. El que no tiene nada por qué vivir, tampoco tiene nada por qué morir. Tal vez sea ese el motivo.

Un día hace mucho, antes de que mis piernas empezaran a flaquear seriamente, fui a visitar a mi hermano. No lo había visto desde hacía más de tres años, pero seguía viviendo donde fui a visitarlo la última vez. «Sigues vivo», dijo, aunque él era mayor que yo. Me había llevado un bocadillo y él me ofreció un vaso de agua. «La vida es dura —dijo—, no hay quien la aguante». Yo estaba comiendo y no contesté. No había ido allí a discutir. Acabé el bocadillo y me bebí el agua. Mi hermano miraba fijamente hacia algún punto situado por encima de mi cabeza. Si me hubiera levantado y él no hubiese desviado la mirada antes, se habría quedado mirándome directamente, pero sin duda la habría desviado.

Mi hermano no se encontraba a gusto conmigo. O dicho de otro modo, no se encontraba a gusto consigo mismo cuando estaba conmigo. Creo que tenía mala conciencia o, al menos, no buena. Escribió una veintena de novelas muy largas, y yo sólo unas cuantas, y además breves. Está considerado como un escritor bastante bueno, aunque un poco grosero. Escribe mucho sobre el amor, sobre todo el amor físico, me pregunto dónde lo habrá aprendido. Mi hermano seguía con la mirada clavada en algún punto situado por encima de mi cabeza, supongo que se sentía en su derecho por las veinte novelas que tenía en el fofó trasero. Me estaban entrando ganas de largarme sin decirle el motivo de mi visita, pero pensé que después de la caminata que me había dado sería de tontos, así que le pregunté si le apetecía jugar una partida de ajedrez. «Eso lleva mucho tiempo —dijo—, y yo ya no tengo mucho tiempo que perder. Podrías haber venido antes». Debí levantarme y largarme en ese momento, se lo hubiera merecido, pero soy demasiado cortés y considerado, esa es mi gran debilidad, o una de ellas. «No lleva más de una hora», dije. «La partida sí —contestó—, pero a eso habría que añadir la excitación posterior o el cabreo si la perdiera. Mi corazón, sabes, ya no es lo que era. Y el tuyo tampoco, supongo». No contesté, no tenía ganas de discutir con él sobre mi corazón, así que dije: «De modo que tienes miedo a morir. Vaya, vaya». «Tonterías. Lo que pasa es que mi obra aún no está concluida». Así de pretencioso estuvo, me entraron ganas de vomitar. Yo había dejado el bastón en el suelo, y me agaché a recogerlo, quería que dejara de presumir. «Cuando morimos, al menos dejamos de contradecirnos», dije, aunque no esperaba que entendiera el sentido de mis palabras. Pero él era demasiado soberbio para preguntar. «No ha sido mi intención herirte», dijo. «¿Herirme?», contesté levantando

la voz. Era razonable que me irritara. «Me importa un bledo lo poco que he escrito y lo poco que no he escrito». Me puse de pie y le solté un discurso: «Cada hora que pasa, el mundo se libra de miles de tontos. Piénsalo. ¿Te has parado alguna vez a pensar en la cantidad de estupidez almacenada que desaparece en el transcurso de un día? Imagínate todos los cerebros que dejan de funcionar, pues es ahí donde se almacena la estupidez. Y sin embargo, todavía queda mucha estupidez, porque algunos la han perpetuado en libros, y así se mantiene viva. Mientras la gente siga leyendo novelas, ciertas novelas que tanto abundan, la estupidez seguirá existiendo». Y añadí, un poco vagamente, lo confieso: «Por eso he venido a jugar una partida de ajedrez». Permaneció callado un buen rato, hasta que hice ademán de marcharme, entonces dijo: «Demasiadas palabras para tan poca cosa. Pero les sacaré partido, las pondré en boca de algún ignorante».

Exactamente así era mi hermano. Por cierto, se murió ese mismo día, y no es improbable que me llevara sus últimas palabras, pues me marché sin contestarle, y eso no debió de gustarle nada. Quería tener la última palabra y la tuvo, aunque supongo que hubiera querido decir algo más. Cuando recuerdo lo que se irritó, me viene a la memoria que los chinos tienen un símbolo en su grafía que representa la muerte por agotamiento en el acto sexual.

Al fin y al cabo éramos hermanos.

Desde ahora te acompañaré a casa

—Tampoco te esmeras mucho con los deberes, sales corriendo en cuanto acabas de comer. Por cierto, ¿qué haces en el bosque?

—Pasear, ya te lo he dicho.

—¿Mirando los árboles y escuchando los pájaros?

—¿Y qué tiene eso de malo?

—¿Estás seguro de que eso es lo único que haces?

—¿Qué iba a hacer si no?

—Eso lo sabrás tú mejor que nadie. Y además, no deberías estar siempre solo. Vas a volverte loco.

—¡Entonces deja que me vuelva loco!

—¡No emplees ese tono con tu madre!

—¡Entonces deja que me vuelva loco!

—¡Ten mucho cuidado!

Ella se acercó. Él permaneció quieto. La madre le dio una bofetada en la cara. Él ni se movió.

—Si vuelves a pegarme, blasfemaré —dijo él.

—¡No lo harás! —dijo ella y le dio otra bofetada.

—Hostia —dijo él—. Me cago en la hostia. —Lo dijo del modo más tranquilo posible. Luego notó que le salía el llanto, un llanto de rabia, se dio vuelta y salió disparado. Siguió corriendo cuando se encontró en la calle. No porque tuviera prisa, sino porque la rabia también tenía que ver con sus piernas. Me cago en la hostia, pensó mientras corría.

Cuando por fin dejó atrás las casas y tuvo delante el bosque y el páramo, aflojó el paso. Miró el reloj de pulsera que le habían regalado por su decimosexto cumpleaños, iba bien de tiempo. Se merece que me vuelva loco, pensó. Algún día se lo diré. Le diré: Te mereces que me vuelva loco, porque no entiendes nada. No haces más que agobiarme todo el tiempo sin entender nada.

Siguió el sendero bosque adentro. La luz solar caía oblicua entre los troncos. Al ver eso se dijo a sí mismo que, pensándolo bien, el bosque es casi más bonito cuando el sol no brilla. Cuando llueve aún es más bonito. Notó por dentro un cosquilleo de felicidad, porque nunca había pensado en eso. El sol tiene la capacidad de engañar, pensó, y sacó un cuaderno del bolsillo. Entre las páginas había un trozo de lápiz, se detuvo y escribió: «El sol tiene la capacidad de engañar». Así me acordaré, pensó, luego volvió a guardarse el cuaderno en el bolsillo y se sintió feliz. Realmente feliz.

Llegó a su destino, se sentó en una piedra y pensó: Si ella no viene hoy, no será porque haya mentido a mi madre. Ni porque haya decidido hacer lo que nunca hasta ahora me he atrevido. Si no viene, será que le han mandado hacer algo y no puede

venir.

Volvió a sacar el cuaderno. Lo abrió y leyó en voz alta las cosas que había estado pensando en el transcurso del día. «Como chasquidos voluptuosos sus oraciones subieron hacia un Dios imaginario». «Un cenador en el jardín sólo para el placer». «La chica tiene piernas que suben más allá del borde de la falda». Cerró el cuaderno, y sonrió para sus adentros. Algún día, pensó, algún día...

Entonces llegó ella corriendo. Unas veces era rubia y otras morena, según caían sobre ella las sombras y la luz solar. Llevaba una blusa amarilla y unos pantalones marrones.

—Me alegro de que hayas venido —dijo él, y ella se sentó a su lado.

—Claro que he venido —contestó ella—. Siempre vengo. ¿Me has echado de menos hoy?

—Sí.

—He venido corriendo casi todo el camino.

Él le puso una mano en el hombro. Ella volvió la cara hacia él, y sus ojos grises le sonrieron antes de cerrarse. Me lo pone muy fácil, pensó él, mientras la besaba.

—Vayamos al sitio donde estuvimos ayer —dijo.

—¿Qué vamos a hacer allí? —preguntó ella sonriendo.

—Ya veremos.

—Dímelo, ¿qué vamos a hacer?

—Lo mismo que ayer.

—Vale.

Siguieron el camino que se adentraba en el bosque. Iban agarrados de la mano, y cuando dejaron el sendero y empezaron a andar por el brezo, ella dijo que en clase de alemán había estado pensando que no solo son los años los que deciden la edad que tienes. Es verdad, dijo él. Y luego pensé que te diría que sería una tontería de tu parte pensar que eres más joven que yo, porque en realidad eres mucho mayor. No me he dado cuenta de eso, dijo él. Solo quería decírtelo, dijo ella. Vale, dijo él, pensando que si ella tenía alguna razón para decirlo, era la de facilitarle las cosas. Eso significa que no va a ser nada difícil, pensó, que los dos queremos lo mismo. Le apretó ligeramente la mano, y ella lo miró, sonriéndole con la boca y con los ojos.

Llegaron al lugar donde habían estado tumbados uno al lado del otro el día anterior. Ahora se sentaron uno enfrente del otro, y él dijo, sin mirarla, ayer al llegar a casa compuse otro poema. Léemelo, le pidió ella. No sé si es bueno, contestó él. Léemelo de todos modos. Está bien, dijo, si me acuerdo. Era incapaz de mirarla.

Es verano, susurró ella,
verano,
y se tumbó en el brezo
dejando que el verano viviera.

Besé sus ojos hasta que se volvieron negros.
Y ella pronunciaba extrañas palabras
sobre momentos de corta duración
sobre lirios que se marchitan
sobre el caballo que se quema las alas
al acercarse demasiado al sol.
Luego ella borró las palabras
con besos caldeados por el sol.
El verano vive.

Ella se tumbó boca arriba, y él se dio cuenta de que lo estaba mirando. Qué poema tan raro, dijo ella, y la manera en la que lo dijo le hizo sentirse feliz. ¿Te ha gustado?, preguntó él. Ven aquí y te contestaré, respondió ella. Él se tumbó de lado con la mano en el hombro de ella y el antebrazo sobre su pecho. Te admiro, dijo ella. Lo miraba mientras lo decía, y él no entendía cómo ella podía decir algo tan grande mirándolo a los ojos. Él llevó la mano hasta el pecho de ella, y ella dijo pero no por eso te dejo arrugarme la blusa. No, dijo él, y empezó a desabrochársela.

—¿Nunca te hartas de mirar? —preguntó ella.

—Nunca hasta ahora he desabrochado esta blusa.

—Es nueva.

—Tiene más botones que ninguna.

Le abrió la blusa. La cogió por los hombros y la levantó para poder pasarle la mano por detrás. Le desabrochó el sujetador y le dijo quiero quitarte la blusa del todo. Ella se limitó a sonreír. Él le quitó la blusa y el sujetador, y los pechos se desparramaron un poco, pero no mucho. Tenía la sensación de que ya había vencido todas las dificultades. Ahora podía mirarla de nuevo a los ojos. ¿Ya estás feliz?, preguntó ella. Sí, respondió él, estoy pensando que ninguna otra cosa puede hacerme tan feliz. Pero hay algo más, y tengo que probarlo.

—Quiero desnudarte por completo —dijo, mirándola a los ojos.

—No debes hacerlo —dijo ella.

—¿Por qué no?

—Porque no y ya está.

—No te haré nada.

—Eso no puedes asegurarlo de antemano.

—Tengo que desnudarte —dijo él—. Si no lo hago ahora, lo haré más tarde, y entonces no será más fácil. Si no me lo permites, me harás mucho daño; he cedido todos los días durante una semana entera, y cada vez me hace más daño.

—Bésame —dijo ella, y él empezó a bajarle la cremallera del pantalón marrón mientras la besaba. Tengo que hacerlo, pensaba, es lo único correcto. Seguía

besándola mientras le bajaba los pantalones. Ella se retorció debajo de él, y él dejó de besarla y la miró a los ojos.

—No te haré daño —dijo—. Si quieres, te prometo que solo miraré.

Le bajó los pantalones hasta las caderas, ella no hizo nada por impedirselo.

—Dime que me quieres —dijo ella.

—Te quiero.

Ella sonrió.

—¿Te parece bonito?

—Sí. Es más bonito que todo lo que he visto en pinturas y estatuas.

—Lo que pasa es que me daba vergüenza —dijo ella—. Era por eso.

—Sí —asintió él.

—Ya no me da vergüenza.

—A mí tampoco.

—Puedes tocarme si quieres.

Él dejó que su mano se deslizara por su vientre y bajara luego por entre sus piernas.

—Bésame —dijo ella, y mientras él la besaba, ella, con sus dedos, le desabrochó y le mostró el camino.

Era extraño, cálido y agradable. Ten cuidado, dijo ella, y él permaneció completamente quieto. Pensó estoy haciendo el amor con ella. Este es el mejor día de mi vida, y a partir de ahora todos los días serán los mejores, porque ahora sé qué es lo mejor.

—Ten cuidado —dijo ella.

—Sí —dijo él—. Tendré cuidado. No te haré nada.

—¿Te gusta? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Incluso cuando permaneces quieto?

—Sí —contestó él, un poco asombrado—. Esto es lo que deseaba.

—Yo también.

—Creo que ya nunca voy a desear nada que no conozca.

—¿Vas a echarme de menos?

—Sí —contestó él—. A ti y a esto.

—¿Te parezco muy brusca si te digo que tengo frío? —preguntó ella sonriéndole.

—No —contestó él, y salió con mucho cuidado de ella.

Se tumbó boca arriba en el brezo y miró las copas de los árboles. Ya no estaban del todo verdes, y pensó, pronto será otoño y luego invierno.

—¿Qué vamos a hacer cuando llegue el invierno?

—No lo pienses. Aún falta mucho.

—Sí —asintió él, pero no podía dejar de pensar en ello. La miró, ella ya se había

puesto toda la ropa menos la blusa.

—¿Quieres que te la abroche? —preguntó él.

Ella asintió con la cabeza. Él contó los botones. Once. Se levantaron y fueron hacia el sendero. Ella dijo ya no tendremos que tener vergüenza nunca más. Así es, dijo él. Tomaron el sendero agarrados de la mano. ¿En qué estás pensando?, preguntó ella. En nada en especial, contestó él. Sí, estás pensando en algo, insistió ella. Dímelo. Estoy pensando que debo haberte parecido muy raro por estarme completamente quieto, dijo él. Seguramente es así para todo el mundo la primera vez, dijo ella. Él la miró, ella no parecía avergonzada. Además te lo pedí yo, dijo ella, por eso lo hiciste. No, pensó él. No fue por eso. No sé por qué lo hice, pero no fue por eso.

—No creo que sea así para todo el mundo —dijo él.

—No pienses en eso —dijo ella.

—Tengo que pensar en eso —dijo él.

—También es culpa mía; te lo pedí porque tenía miedo.

—No es tan sencillo —dijo él—, porque yo prefería que fuera así.

—Fue solo porque tú también tenías miedo.

—No tenía miedo.

—Tal vez tenías miedo sin saberlo. A veces pasa.

—Sí —contestó él.

Habían salido ya del bosque, y a ninguno de los dos se les había ocurrido que debían irse a casa cada uno por su lado, como solían hacer.

—Te acompaño hasta tu casa —dijo él.

—¿Crees que debes?

—Sí —contestó él—. Desde ahora te acompañaré a casa.

La excursión de Martin Hansen

Estaba a punto de entrar en casa, era un viernes de principios de agosto, por la tarde; de pronto me sentía cansado, como si llevara un peso muy grande, aunque no había hecho más que atar unos frambuesos. Cuando alcancé la escalera, me senté en el primer peldaño y pensé: De todos modos, no hay nadie en casa. Un instante después oí voces procedentes del salón, y antes de que me diera tiempo de levantarme, dijo Mona, mi hija: ¿Estás ahí? Me levanté, y contesté: Creí que no había nadie en casa. Acabamos de llegar, dijo. ¿Quiénes?, pregunté. Yo y Vera, contestó. Vera y yo, corregí. Vera y yo, repitió. Empecé a subir la escalera. ¿Dónde está mamá?, preguntó. Ha ido a ver al abuelo, contesté. Pasé por delante de ella y entré en el salón, pensé: O dondequiera que esté. Mona dijo: ¿Podemos sentarnos Vera y yo en el jardín? Claro que sí, contesté. Preguntó si podían tomarse una Coca-Cola. ¿Dónde está Vera?, pregunté. En el baño. Le dije que se tomaran una Coca-Cola cada una. Subí al piso de arriba y entré en el dormitorio. La cama estaba hecha. Ya no me sentía cansado. Vera, pensé, ¿no es esa que siempre me mira tanto? Me acerqué a la ventana abierta y allí seguía cuando ellas cruzaron el césped hacia la mesa del jardín. Pensé: Esa chica seguro que es por lo menos un par de años mayor que Mona. Al cabo de un rato fui al despacho por los prismáticos. La estuve mirando con atención un buen rato. No miraba a Mona. Pensé: Estás de muy buen ver. Acto seguido me tumbé en la cama. Cerré los ojos y me imaginé que la poseía. No resultó difícil.

Una media hora más tarde, sentado en el salón con una taza de café y una copa de coñac, oí cómo Eli abría la puerta de la calle con su llave. Me levanté para que no me viera sentado sin hacer nada. Cogí una enciclopedia de la estantería y la abrí al azar. Ella entró en el salón. ¿Ya estás de vuelta?, pregunté. Ay, sí, contestó, se me hace difícil marcharme cuando estoy con él, sólo me tiene a mí. No creo que le quede ya mucho. Me senté. ¿No está Mona?, preguntó. Sí, está en el jardín con una amiga. ¿Ha empeorado? Eli se acercó a la ventana. No sé si me gusta que Mona se junte tanto con esa Vera, comentó. ¿No?, pregunté. Es mucho mayor que ella, tiene casi dieciséis, debería ir con chicas de su edad. No contesté; por un instante dudé de si había recogido los prismáticos del dormitorio o no, y me sobrevino un cierto malestar. Le pregunté si quería un café, pero contestó que se había tomado al menos tres en la residencia, pero que le iría bien una copa de coñac. Mientras iba a buscársela le dije que mi hermano había llamado porque necesitaba hablar conmigo. ¿Por eso estás bebiendo?, preguntó ella. No contesté. Se sentó en el sofá. Le alcancé la copa. ¿Va a venir?, preguntó. No, claro que no, contesté, he quedado con él en el centro. Me acerqué a la ventana. Mirando a Vera y a Mona, dije: Las frambuesas ya están casi maduras. Sí, contestó. Las he atado con una cuerda, dije. ¿Las has regado?, preguntó ella. Pero si llovió hace tres días, objeté. La oí dejar la copa y levantarse. Me volví,

miré el reloj, y dije: Tengo que irme ya. ¿Volverás tarde?, preguntó. No lo sé, contesté.

Al llegar al centro me sentía algo perdido. No suelo salir solo, ni frecuentar los cafés. Estuve un rato dando vueltas por las calles, luego me compré un periódico y entré en el bar del hotel Norge. Estaba vacío. Pedí una cerveza y desplegué el periódico sobre la mesa. Intenté pensar en qué hubiera podido querer decirme mi hermano, pero no se me ocurría nada. Hojeé el periódico pensando: Lo único que se puede hacer es dejar que las cosas sigan su curso, sin intentar evitar nada, así de simple.

Abandoné el bar una hora más tarde; estaba ligeramente borracho y por ello despreocupado. En la prolongación de un encadenamiento de pensamientos recordé algo que solía decir mi padre cuando de chico me negaban algo y yo decía: ¡Lo quiero! Él contestaba: Tu voluntad está en el bolsillo de mi pantalón, y por primera vez me pregunté qué tenía que ver con aquello el bolsillo de su pantalón.

Mientras jugueteaba con ese problema periférico —es decir, qué tenía que ver el bolsillo del pantalón de mi padre con mi voluntad; ¿también la suya estaba en el mismo sitio?— llegué a un barrio que no suelo frecuentar, y al avistar un bar llamado Johnnie, sentí el impulso que imagino que pretendía inspirar con semejante nombre, y entré. El local constaba de una barra y tres o cuatro mesas pequeñas, y todas estaban ocupadas. Me dirigí a la barra y pedí un whisky; quería salir pronto de allí. ¿Hielo?, preguntó el camarero. Solo, contesté. Un hombre se me acercó y me dijo: Hacía tiempo que no nos veíamos. Lo miré. Pensé que tal vez lo había visto antes. Es verdad, corroboré. ¿Así que me reconoces?, preguntó. Sí, contesté. Fue una noche memorable, señaló. Sí, asentí. ¿Vives aquí?, preguntó. ¿Aquí? Sí, en esta ciudad. Ya lo sabías, dije. No, no lo sabía, objetó él. Es verdad, tal vez no te lo dijera, señalé yo. Apuré el vaso. Estoy en aquella mesa, dijo. Vente y charlamos un rato. Le dije que tenía que irme, que iba a ver a mi hermano y ya era tarde. Qué pena, dijo. En otra ocasión, contesté. Sí, dijo. Dale recuerdos a María, es así como se llama, ¿no? Pues sí, contesté. Y me marché. Me sentía completamente sobrio. Me pregunté si ese hombre llegaría alguna vez a encontrarse con el hombre con quien creía haberse encontrado.

Me puse a deambular por las calles, sólo eran las nueve y media, y no tenía ganas de volver a casa. Aunque la verdad es que tampoco tenía ganas de ninguna otra cosa. Crucé el puente y fui hasta la estación de ferrocarril. Había bastante gente en el andén esperando el tren que iba hacia el sur. Por los altavoces anunciaron que el tren iba a llegar con ocho minutos de retraso. Me metí en el restaurante de la estación, pedí una cerveza en la barra y me senté en una mesa junto a la ventana. Me dio tiempo de vaciar la jarra antes de que el tren llegara. Cuando se puso en marcha de nuevo, fui al servicio. Seguramente había alguien esperando a su presa en una de las cabinas. Noté

un golpe en la cabeza y luego nada, hasta que volví a despertarme, solo, en el suelo. Vomité y justo en ese momento se abrió la puerta. Intenté levantarme. Una voz gritó algo. Pensé que él creía que yo estaba borracho, y quise decir algo, pero no lo logré. No lo recuerdo todo con claridad. No hice más intentos de ponerme en pie. Al cabo de unos instantes, alguien me levantó y me ayudó a salir de los servicios y a entrar en un despacho. Me sentaron en una silla. Tenía la chaqueta manchada de vómitos. Estaba avergonzado. Me llevaron al hospital en una ambulancia. Un médico me miró los ojos y los oídos con una linterna, y me hizo una serie de preguntas a las que respondí. Se marchó. Me quedé tumbado mirando al techo, luego volvió y me preguntó que cómo me encontraba. Dije que me dolía la cabeza. No me extraña, dijo él, tiene usted una leve conmoción cerebral. Le pregunté si me dejaba llamar a casa para pedir a mi mujer que viniera a buscarme. Un momento, dijo, y volvió a desaparecer. Me incorporé. Llegó una enfermera con mi gabardina y mi camisa, en la que también había vomitado. Hemos limpiado lo más gordo, dijo ella. Gracias, dije. Hay una cabina telefónica en el pasillo, indicó. No tengo dinero, expliqué. Ah, claro, dijo ella. Se marchó. Me puse la camisa. La enfermera volvió con un teléfono inalámbrico, luego me dejó solo. Tecleé el número. Eli tardó mucho en contestar. Soy yo, dije, quería saber si podías venir a buscarme, estoy en el hospital, en urgencias, no es nada grave, pero me han robado la cartera y... ¿En urgencias?, preguntó. Sí, contesté. Ay, Martin, exclamó. No es nada grave, expliqué. Voy para allá, dijo.

Llegó a la media hora. Estaba muy tranquila, y con esa expresión dulce que a veces tiene cuando duerme. Me acarició la mejilla y dijo que había hablado con el médico. Me puse la chaqueta. Ella la miró. He vomitado, dije. Ya lo sé, contestó. Atravesamos el pasillo y la sala de espera, y llegamos hasta el coche. ¿No estabas con William?, preguntó. No, contesté, estaba solo. Ella se quedó callada. La cabeza me estallaba. He estado solo toda la tarde, expliqué. No contestó. Cruzamos el puente y pasamos por delante del hotel Norge. ¿No acudió a la cita?, preguntó. No era verdad que hubiese llamado, dije. Al cabo de un rato me volví y la miré; ella hizo como si no se diera cuenta. Cuando ya casi habíamos llegado a casa, dijo: ¿Estás aprovechando esta situación para contarme algo que de otra forma no habrías conseguido decirme? Sólo digo lo que hay, dije. Ya, contestó, pero ¿por qué? ¿A qué viene esta repentina sinceridad? No contesté. Ella entró por la puerta del jardín y detuvo el coche delante del garaje. Salí del vehículo y me acerqué a la puerta de la casa. Abrí con mi llave. Llené una copa de coñac y me la bebí. ¿Qué haces?, preguntó a mis espaldas. Me duele la cabeza, contesté. El médico ha dicho que no bebas alcohol, protestó ella. Será mejor que te vayas a la cama. No sabía qué hacer. Luego me di cuenta de que daba igual lo que hiciera. Sí, dije.

Llevaba un rato acostado cuando ella entró. Apagó la luz antes de desnudarse, a pesar de ver que estaba despierto, o precisamente porque vio que estaba despierto. No

dijo nada hasta después de haberse acostado: Le dije a Mona que habías quedado con William. ¿No te importa decirle que William no acudió? No contesté. ¿Te importa?, insistió. No, respondí. Buenas noches, dijo. Buenas noches, dije.

Tardé en dormirme. Me venían a la mente sus palabras: ¿A qué viene esta repentina sinceridad? Y pensé: ¿Qué sabe ella de mí que yo no sé que ella sabe?

Cuando me desperté, ella ya se había levantado. Intenté volver a dormirme. Me dolía la cabeza. Eran más de las nueve. Necesitaba ir al baño, y lo hice con cuidado para que ella no se diera cuenta. No tiré de la cadena. Volví a acostarme, pero no logré dormirme. Me levanté y miré por una rendija de la cortina. Eli y Mona estaban desayunando en el jardín. Me vestí de prisa y bajé con ellas. Mona quería saberlo todo. Eli fue a prepararme una taza de té. Mona no entendía qué hacía yo en el restaurante de la estación. Se lo expliqué. Entonces fue por culpa del tío William, dijo. Bueno, que él no acudiera a la cita no era motivo para que yo me metiera en ese restaurante, dije. De todos modos, dijo. No contesté. Ella seguía preguntando. Eli llegó con el té y se sentó. ¿La ambulancia llevaba la sirena puesta?, preguntó Mona. No creo, contesté. ¿Y luces azules?, preguntó. Deja desayunar a papá, intervino Eli. No lo sé, contesté. Se hizo el silencio un rato. Luego Mona habló de algo que tenía que hacer antes de ir a la playa, y Eli le preguntó con quién se iba. Con Vera, contestó Mona, y supuse que Eli diría algo al respecto, pero no lo hizo. ¿Quién es Vera?, pregunté. Ya lo sabes, contestó Mona, la que estuvo ayer aquí. Ah, sí, dije. Eli no dijo nada. Mona se levantó y se marchó. Ahora nos toca a nosotros, pensé, pero Eli se limitó a preguntarme cómo me encontraba. Contesté que bien, excepto un poco de dolor de cabeza. Me alegro, dijo. Se levantó y se puso a recoger la mesa; sólo le cupo la mitad en la bandeja. La observé alejarse por el césped y pensé: Ni siquiera me ha preguntado cuánto dinero llevaba en la cartera. Luego me acordé de cómo me había acariciado la mejilla, y cuando volvió, quise decirle algo, pero se me anticipó. Me preguntó si le había dicho a Mona que William no había acudido. Sí, contesté, y ella ha dicho que entonces él tuvo la culpa de lo que ocurrió. ¿Y qué?, preguntó ella. No, nada, contesté. Ah bueno, dijo ella, no creo que eso te preocupe mucho, porque una mentira suele llevar a otra. No es lo que crees, dije. ¿Qué sabes tú de lo que yo creo?, dijo. Dime lo que piensas que yo creo. No contesté. Recogió el resto de las cosas de la mesa con movimientos bruscos, luego dijo: Dime, ¿fue en un momento de fortaleza o de debilidad cuando desmentiste lo de William? No contesté. Ella se fue. Pensé: Que se joda.

Al cabo de un rato me levanté, pasé por delante de los frambuesos y fui al único lugar del jardín en el que no te pueden ver desde la casa. No había encontrado respuesta a su última pregunta. Me senté en el tocón del gran abedul enfermo que habíamos talado hacía cuatro años y permanecí allí sentado, mirando hacia el seto de cipreses que daba al atajo; a través de un hueco pude ver el travesaño roto de la valla

que Eli aún no había descubierto, y que yo aún no me había decidido a reparar, y de repente se me ocurrió que mis disimulos y mentiras constituían una condición para mi libertad, y que mi confesión en el coche había expresado una indiferencia condicionada por la situación que nada tenía que ver con la sinceridad.

Me levanté, ligeramente eufórico por esta precisión, y volví a la mesa del jardín. La puerta de la terraza estaba abierta. Pensaba decirle que lamentaba haber dicho que no era verdad que tuviera una cita con William. En ese momento Eli salió a la terraza. Voy a ver a mi padre, gritó, y volvió a meterse.

Me quedé sentado hasta estar seguro de que ella se había marchado. Entonces entré en la casa, cerré la puerta de la terraza con llave y subí al dormitorio. Me quité las sandalias y me acosté. Pensé en que ella había dicho: Ay, Martin, y me había acariciado la mejilla. Al cabo de un rato me invadió una ligera somnolencia llena de imágenes: paisajes cambiantes que no había visto nunca y en los que no había nada alarmante, pero que sin embargo me llenaron de tal inquietud que tuve que levantarme y ponerme a dar vueltas por la habitación. Eso me ayudó. Siempre me ha ayudado. Pero no volví a acostarme.

Al poco de volver Eli —no nos habíamos dicho nada, ella estaba junto al banco de la cocina mirando por la ventana— me acerqué a ella, la toqué levemente y dije que sentía haberle dicho que había quedado con William. Bueno, bueno, dijo ella. Retiré la mano. No tenía que ver contigo, dije. Bueno, Martin, contestó Eli. No sabía qué más podía decir, pero no me marché. Se volvió y me miró. Nuestras miradas se cruzaron. Fui incapaz de ver lo que había en su mirada. Supongo que esto no cambia nada, dijo ella. No, pensé. A que no, dijo. No, contesté.

Crías de gaviota

Remaron unos instantes antes de izar las velas. Soplaban un fuerte viento, y Paul dijo que sería peligroso fijar la vela mayor. Estaba sentado con la escota en la mano, mientras procuraba mantener la barca lo más firme posible contra el viento, con el fin de no tener que virar para atravesar el estrecho. El cabo de la escota le lastimaba la mano. Llegaban ráfagas bastante fuertes, pero no hizo falta aflojar la escota. La ató a la borda y vigiló el mar para que las ráfagas no lo tomaran por sorpresa.

—Hace justo el viento que nos conviene —gritó a la chica.

Ella estaba tumbada boca arriba en la proa mirando las velas.

—Habrá más viento cuando salgamos al estrecho —dijo ella.

—Seguro que sí.

Así habría que estar siempre, pensó él. Sacó el paquete de tabaco del bolsillo y sostuvo la caña del timón entre el brazo y el cuerpo mientras intentaba liarse un cigarrillo. Tenía los dedos mojados y el papelillo se le rompió. Sacó otro papelillo, que también se le rompió. La chica le preguntó si quería que lo hiciera ella. Él le pasó el paquete de tabaco.

—Esto es vida —dijo.

—Así habría que estar siempre.

—Sí. Deberíamos hacer siempre lo que nos apetece.

—Para eso hay que tener dinero. No puedes hacer lo que te apetece sin dinero.

—Ya. Eso es lo fastidioso. Y para conseguir dinero tienes que hacer algo que no te apetece, y entonces ya no tiene mucho sentido.

Habían entrado ya en el estrecho. El agua estaba en calma.

A ambos lados se erguían altos peñascos pelados. Fuera del estrecho el mar estaba agitado. Tenían el viento en contra, y la chica sacó un remo. Cuando el viento llenó las velas, Paul soltó la escota. El viento empezaba a ser muy fuerte, pero apenas entraba agua en la barca.

—¡Esto es emocionante! —gritó la chica.

—¿Te gusta?

—Ya lo creo.

—¿No tienes miedo?

—Sí, por eso resulta tan emocionante.

—Sí, tal vez. He oído decir que esos indios que se lanzan a una poza de veinte metros de profundidad, una vez que empiezan a hacerlo no pueden dejarlo. Si cada día no hacen algo que pueda costarles la vida, les parece que no han vivido de verdad.

—Hay algo de eso, sí.

—¿Tú crees?

—No lo sé. Parece probable. Tiene que ser divertido estar constantemente

salvándote a ti mismo la vida.

Paul mantuvo la barca firme contra el viento. La cuerda le lastimaba la mano. Pensó que siempre es así. Te lo estás pasando muy bien, pero siempre hay algo. Pisó la escota para que no le resultara tan pesado sostenerla. Volvió la cabeza y vio que el estrecho quedaba ya muy lejos.

—No tenemos muchas posibilidades si la barca tumba —dijo ella.

—Una entre cien.

—Cuando tenía dieciséis años soñaba con morirme dentro de un gran bosque.

—Yo nunca he soñado con morir.

—Yo sí. Eran sueños bonitos. Nadie me había hecho daño, ni estaba enferma.

—Eres muy rara.

—Sí. Todo el mundo lo dice. ¿Te parece mal que sea así?

—No.

—Tú también eres raro.

—¿En qué sentido?

—Algunas veces te ríes sin motivo. Cuando mi padre contó lo de ese accidente de tren en Italia, tú te reíste. A mí no me pareció nada divertido. Y cuando luego te preguntó si habías leído algo de Hamsun, también te echaste a reír.

Llegó una ráfaga de viento. La barca se escoró y empezó a entrar bastante agua. Paul cambió el rumbo. La barca se enderezó, las velas flamearon. Mantuvo la dirección contra el viento y tensó la vela mayor. Luego giró lentamente el timón hacia el lado contrario y la barca cogió velocidad.

—¿Tienes miedo? —gritó él.

—No he chillado, ¿no?

—Uno puede tener tanto miedo que no le salga ni un sonido.

—Pues tanto miedo no he tenido.

—Si quieres podemos dar la vuelta. Tú decides.

—Entonces quiero desembarcar en una isla. —La chica miró a su alrededor, y señaló algo justo delante de ellos—. Quiero desembarcar allí —dijo.

Era una isla muy pequeña. En algunas partes crecían pinos contrahechos. Todo el resto era roca y brezo. Cuando se encontraban muy cerca, se abrió ante ellos una bahía. Paul tomó ese rumbo y las velas aletearon porque el viento cambió de dirección. La chica se puso de pie en la proa. Tenía el cabo de amarre en la mano, lista para saltar. Paul ató la vela alrededor del mástil. La chica saltó, y él tuvo que agarrarse al mástil para no perder el equilibrio en el momento en que la barca chocó con la tierra. Saltó tras ella. Se detuvo antes de acercarse, porque ella lo estaba mirando con sus ojos azules, los brazos levantados por encima de la cabeza y la punta de la cuerda en una mano, y él dudaba de haber visto jamás algo tan hermoso.

—Me apetece abrazarte —dijo.

—Y a mí me apetece que me abracés.

La abrazó. Pensó que valía más que ninguna. La chica soltó la cuerda y le rodeó el cuello con los brazos, y él puso la mejilla junto a la de ella; su piel era agradable y fresca. Pensó que valía más que ninguna, y que ella quería aquello. Nunca le haría daño, pensó, y retiró lentamente los brazos.

Ató la barca a una piedra puntiaguda y alargada, y corrieron juntos hasta el punto más alto de la isla. Por encima de ellos volaban gaviotas que brillaban al sol, chillaban, se sumergían y lanzaban gritos hacia sus cabezas. Ellos corrían sin hacerles caso. De repente la chica se detuvo y dejó escapar un pequeño grito. Él la miró, y vio miedo en sus ojos. Ella alargó un brazo hacia él, y él lo agarró. La chica miraba fijamente una pequeña grieta en una roca justo delante de ellos.

—¡Mira!

—¡Una cría de gaviota!

—Tengo miedo.

—No es más que una cría de gaviota.

—Podría haberla pisado. Escucha qué feos son sus chillidos.

—Temen por sus crías.

—Quiero irme de aquí. Tengo miedo. Pueden hacernos daño.

Él quería decir que no, que no podrían hacernos nada, pero en ese momento levantó la vista y vio que las gaviotas bajaban hacia ellos, una tras otra. La chica gritó y se protegió la cabeza con los brazos, porque las gaviotas que salían de la luz del sol no estaban a más de dos o tres metros de distancia. Echaron a correr, y notaron cómo el miedo aumentaba con la huida. Pero los chillidos se fueron distanciando, y él le sonrió y dijo creo que se han enfadado con nosotros. Imagínate que la hubiera pisado, dijo ella.

—No pensemos más en ello —dijo él.

—De acuerdo —dijo ella.

—Sentémonos aquí, que no llega el viento.

—Ahora tienes que abrazarme otra vez.

Era lo que él más quería. La abrazó y puso la mejilla junto a la de ella. La chica le cogió la cabeza y apretó su boca contra la de él, metiéndole la lengua entre los labios. Él se olvidó de que podía respirar por la nariz y tuvo que soltarse por falta de aire.

—¿Me quieres? —preguntó ella, sus ojos azules estaban muy serios.

—Sí.

—Dime algo bonito.

—Vales más que ninguna.

—Estás muy gracioso cuando arrugas la frente.

—Estábamos hablando de ti.

—Ahora me apetece encender una hoguera —dijo ella, levantándose—. Será la

hoguera más grande que jamás haya ardido en esta isla.

Paul se levantó y bajó corriendo hasta la orilla. Entre las piedras encontró madera ligera y seca devuelta por el mar. Lilly es rara, pensó. Cuando habla es como si nunca hasta entonces hubiera pensado en lo que está diciendo. Como si en ese momento pensara muchísimo en lo que está diciendo y nunca hasta entonces hubiera pensado en ello. Paul cogió una brazada de madera y subió corriendo hasta un pequeño llano a unos veinte o treinta metros isla adentro. Hizo un círculo con piedras. La chica llevó un montón de brezo y le preguntó que para qué eran las piedras. Para que el fuego no se extienda, contestó él. Qué buena idea, dijo ella y colocó el brezo dentro del círculo. Él puso la madera encima.

—Oye —dijo ella.

—¿Sí?

—Creo que yo te quiero más a ti que tú a mí —dijo.

Él no pudo decir nada. Sólo podía pensar que ella decía sin rodeos que lo quería. Él lo pensó muchas veces, y ella dijo cuando me abrazaste me puse a temblar. Tú no temblabas. Eso no tiene nada que ver, dijo él, porque lo único que hay es que te quiero. Lo mismo me ocurre a mí, dijo ella. No estoy ni preocupada, ni cansada, ni feliz, ni ninguna otra cosa, lo único es que te quiero. Se acercó a él y él la besó mientras le duró el aire, y notó que ella temblaba. Luego ella le pidió que la dejara encender la hoguera. Él le dio las cerillas, no resultó nada difícil hacer arder el brezo seco. Se sentaron de espaldas al viento. ¿Puedo?, preguntó Paul, y apoyó la cabeza en su regazo. Ella sonrió y enredó un dedo en su pelo, mientras él miraba las nubes. No se parecían a nada que hubiese visto antes.

—Estoy pensando en algo muy raro —dijo ella.

—¿Ah, sí?

—Sí. Estoy pensando en que si no hubiera sido de día cuando dijiste que me querías, habría tenido que echarme a llorar. ¿No es raro?

—Sí.

—Como si significara más en la oscuridad que con luz. Pero no es así, porque cuando más difícil resulta hablar de esas cosas es a la luz del sol, ¿no te parece?

—Sí. —Él seguía mirando las nubes—. Es como si los ojos se quedaran desnudos con el sol.

—¿Yo tengo los ojos desnudos?

—No, tú no.

Ella bajó la cabeza hacia él. Su boca se abrió un poco y sus ojos se cerraron antes de llegar a él. Él notó que el pelo de ella le hacía cosquillas en la cara y tuvo la sensación de que todo lo que sentía se desplazaba hasta sus dedos, y los apretó contra los hombros de ella. Soy yo quien hace esto, pensó. Ella levantó un poco la cabeza, pero no tanto como para que él dejara de notar su intensa respiración en la cara. Ella

le miró el pelo y dijo nos queremos. Lo dijo muy deprisa, y él pensó que ella nunca había dicho nada de esa manera. Cerró los ojos y pensó es mía. De repente ella lo llamó por su nombre, y al incorporarse se libró de los brazos que tenía alrededor de los hombros. ¡Está ardiendo! gritó, y él se puso de pie. Llamas y humo subían del brezo fuera del círculo de piedras. Él corrió al pino más cercano y arrancó una rama. Se puso a golpear las llamas con ella. No sirvió de nada. Sabía que no servía de nada, pero seguía golpeando. Los ojos le escocían por el humo, y a veces el fuego le subía por los lados y tenía que retroceder varios pasos. Pero no se dio por vencido. Cuando la rama de pino empezó a quemarle las manos, la tiró y echó a correr. No veía a Lilly. Se detuvo y la llamó, pero no obtuvo respuesta. Rodeó las llamas y bajó corriendo hacia la barca. Lilly tampoco estaba allí. La llamó varias veces y empezó a subir hacia el punto más alto de la isla. No estará allí porque tiene miedo a las gaviotas, pensó. Se estaba acercando al punto más alto y los chillidos de las gaviotas eran cada vez más penetrantes. No puede estar aquí, pensó, porque tiene miedo de que las gaviotas vuelen hacia ella. Llegó donde habían encontrado la cría de gaviota, y la vio arrodillada, con un polluelo en las manos. Las gaviotas volaban hacia ella. A un par de metros de su cabeza lanzaban un grito y cambiaban de rumbo. Ella estaba arrodillada con el polluelo muy cerca de la cara. Parecía estar hablando con él. Paul la llamó y ella volvió la cara hacia él y sonrió. Él corrió hasta ella y le dijo que tenían que irse. ¿A que es bonito?, preguntó ella, acercándole el pajarillo. Si no nos damos prisa, el fuego se extenderá y no lograremos volver a la barca, dijo él. Ya vamos, contestó ella, levantándose del suelo. Verás como nos da tiempo. El polluelo estaba quieto en sus manos. Paul dijo en pocos segundos la isla entera estará ardiendo. Sí, contestó ella, y bajaron a toda prisa hacia la barca, corriendo directamente hacia las llamas y luego a lo largo de ellas para encontrar un hueco por donde escapar. No encontraron ninguno.

—Corre hasta la punta del cabo —gritó él, señalando hacia la entrada de la bahía. Esperó hasta que ella hubiese desaparecido y luego corrió en la misma dirección. Al llegar a la playa se desnudó y se lanzó al mar. El agua se cerró densa y fría a su alrededor, y nadó con brazadas cortas. Pensó cuando llegue a tierra ella verá que estoy desnudo. Estaría bien que me viera, pensó, porque no tengo la culpa de que ella me vea. Ella elige mirar sin que yo pueda hacer nada. Llegó a la otra orilla de la bahía y salió del agua. Mientras soltaba el cabo de amarre se dio cuenta de que ella lo estaba mirando. Él colocó la cabeza de tal manera que ella no podía saber que él la estaba viendo. Ella se encontraba a setenta u ochenta metros. Él empujó la barca y se metió dentro de un salto. Pensó si ella no ve que la estoy mirando, tal vez venga hacia la barca en el instante en que yo llegue a tierra para vestirme. Si lo hace, yo no tengo la culpa, porque le pedí que me esperara en la punta del cabo. Se sentó en el banquillo de la barca y sacó los remos. Una columna de humo denso subía de un espacio cuyo

tamaño ignoraba, y el brezo quemado desprendía un olor agradable y acidulado. Cuando se encontraba a seis o siete metros de tierra, metió los remos en la barca y saltó hacia la proa. Bajó a tierra. Dejó el cabo de amarre sobre la roca sin anudarlo. Empezó a vestirse mientras la vigilaba. Entonces la llamó. ¡Ven aquí, Lilly! gritó. Ella tardó en aparecer.

—¿Crees que está asustado? —preguntó, apretando el pajarillo contra su pecho.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Llévámelo e intentar que viva.

—Se morirá —dijo él.

—Lo cuidaré mucho.

—Se morirá de todos modos.

Se metieron en la barca, y él izó las velas y fijó el foque. Ella se sentó en la proa. Cuando salieron de la bahía, la barca escoró. La escota le lastimaba la mano. Notó el fuerte olor a brezo quemado, y, cuando se volvió, vio el humo que envolvía la isla y desaparecía en el mar.

—¿Crees que se morirá? —preguntó Lilly.

—No lo sé.

—Antes dijiste que sí.

—No es seguro. No entiendo de esas cosas. Estaría bien que viviera.

El comodín

Un sábado por la noche, hacia finales de noviembre, me hallaba solo en casa con Lucy. Yo estaba sentado en el sillón junto a la ventana, ella junto a la mesa del comedor haciendo un solitario, últimamente no paraba de hacer solitarios, yo no sabía por qué, pensaba que quizá tenía miedo de algo. Hace mucho calor, dijo Lucy, podrías abrir un poco la ventana. Estaba de acuerdo en que hacía algo de calor, y como afuera no hacía demasiado frío, abrí la ventana. Daba al jardín de atrás y a un bosquecillo, y me quedé de pie un rato escuchando el suave rumor de la lluvia. Tal vez fuera esa la razón, la suave lluvia y el silencio, lo cierto es que ocurrió lo que ocurre de vez en cuando: se te viene encima un gran vacío, es como si la misma falta de sentido de la existencia se te metiera adentro y se extendiera como un inmenso y desnudo paisaje. Ya puedes volver a cerrar, dijo Lucy, aunque yo seguía mirando por la ventana. Voy a dar una vuelta, dije. ¿Ahora?, preguntó ella. Cerré la ventana. Sólo un paseíto, contesté. Ella seguía con su solitario, sin levantar la cabeza. En la entrada, me puse el impermeable y el gorro de lluvia que sólo utilizo para trabajar en el jardín cuando hace mal tiempo. Tal vez por eso fui al jardín en lugar de salir a la carretera. Llegué hasta el final, donde cultivábamos la col y había un pequeño banco sin respaldo que databa de antes de que Lucy heredara la casa. Me senté bajo la lluvia en la oscuridad y miré hacia las ventanas iluminadas, pero como el jardín formaba una suave pendiente hacia abajo, no podía ver a Lucy, sólo el techo y la parte superior de las paredes. Al cabo de un rato hacía demasiado frío para permanecer sentado; me levanté con la intención de trepar por la valla y cruzar el bosquecillo hasta la carretera, junto a la oficina de correos. Pero al llegar a la valla, me volví y vi la sombra de Lucy en la pared de dentro y un trozo de techo, y no entendía cómo podía ser, no entendía cuál podía ser la fuente de luz que hacía que la sombra cayera justo ahí. Trepé por la valla por el lugar donde podía agarrarme a la rama inferior de un gran roble; desde allí podía ver a Lucy sentada junto a la mesa. Delante de ella ardía una vela, y en una mano llevaba algo que también ardía, pero me resultaba imposible ver de qué se trataba. Luego la llama desapareció, y Lucy se levantó; en ese instante fue como si toda la habitación quedara en penumbra. Un momento después, Lucy había desaparecido de mi campo visual. Esperé un rato, pero no volvió. Bajé de un salto hacia la parte exterior de la valla y me adentré en el bosquecillo. Me preguntaba qué había quemado, y de alguna manera me sentía engañado, por no decir encandilado, sé que fue justo eso lo que sentía, porque la idea me dejó algo perplejo, incluso me pregunté de dónde procedía el verbo «encandilar». Seguí andando por el sendero hasta llegar al aparcamiento de gravilla que había detrás de la oficina de correos, allí me paré a sopesar los pros y los contras, luego volví por el mismo camino, no era muy largo, sólo unos doscientos metros, y enseguida me encontraba

otra vez junto a la valla.

Permanecí un buen rato en la entrada, y cuando llegué al cuarto de estar, Lucy estaba haciendo un solitario. Levantó la vista de las cartas y me dirigió una sonrisa. No había ninguna vela en la mesa, ni restos de papel quemado en el cenicero. ¿Y bien?, preguntó. Llueve, contesté. Ya lo sabías, ¿no?, preguntó ella. Sí, contesté. Me senté junto a la ventana. Miré hacia el jardín, pero sólo me encontré con el reflejo de la habitación y el de Lucy. Al cabo de un rato, sin levantar la vista de las cartas y con una voz completamente cotidiana, dijo: No tengo más que pellizcarme el brazo para saber que existo. Incluso tratándose de Lucy era una afirmación muy contundente, y si la interpreté como una acusación, lo atribuyo a esa sensación de haber sido engañado, una sensación que no se había esfumado al volver a casa y encontrar borradas todas las huellas de lo que había visto desde la valla. Estuve a punto de darle una respuesta irónica, pero me controlé. No dije nada, ni siquiera me volví hacia ella, sino que continué observando su reflejo en el cristal de la ventana. Se puso a recoger las cartas, todavía sin levantar la vista. Me sentí como si tuviera la cara rígida. Lucy guardó la baraja en el estuche y se levantó lentamente. Me miró.

Fui incapaz de volverme, estaba completamente recluido en la sensación de haber sido agraviado. Dijo: Pobre Joachim. Y se fue. La oí abrir el grifo de la cocina, luego se oyó la puerta del dormitorio, y finalmente se hizo el silencio. No sé cuánto tiempo permanecí sentado, desmenuzando con amargura sus últimas palabras, tal vez varios minutos, pero por fin mis pensamientos tomaron otro rumbo. Me levanté y me acerqué a la chimenea. Estaba tan limpia de cenizas como antes. Quería ir a la cocina y mirar en el cubo de la basura, pero dudé ante la posibilidad de que Lucy me sorprendiera. ¿Y qué?, me dije, no sabe que la he visto. Abrí la puerta de abajo del fregadero, y sobre la basura podía verse la esquina de una carta quemada. La cogí y empecé a darle vueltas, perplejo y confuso. Las preguntas se enmarañaban en mi interior. ¿Había ido a buscar una vela con el fin de quemar una carta? ¿Una de esas cartas con las que hacía solitarios? ¿Por qué una vela? ¿Por qué quemar una carta? ¿Por qué había vuelto a guardar la vela? ¿Qué carta? A la última pregunta tal vez pudiera darle una respuesta; dejé caer la carta quemada en el cubo de la basura y volví al cuarto de estar. La baraja seguía sobre la mesa, saqué las cartas y las conté, cincuenta y tres. Sólo había un comodín. Lucy había quemado un comodín. Miré el que quedaba: un bufón guiñando un ojo al sacarse un as de corazones de la manga. Me metí la carta en el bolsillo con una confusa sensación de venganza, luego volví a meter la baraja en el estuche.

Cuando una hora más tarde fui a acostarme, Lucy ya estaba dormida. Permanecí mucho tiempo despierto, y a la mañana siguiente me acordaba de todo. Llovía. Intenté imaginarme que era una mañana de domingo cualquiera, pero no lo conseguí. Desayunamos en silencio, es decir, Lucy mencionó un par de asuntos triviales, pero

yo no contesté. Luego añadió: No hace falta que estés tan callado por mí. En ese instante todo se me volvió negro por dentro. Tenía el cuchillo en la mano y golpeé el mango con tanta fuerza contra el plato, que estalló. Luego me levanté y salí de la habitación gritando: ¡Pobre Joachim, pobre Joachim!

Unas horas más tarde, volví a casa. Había pensado decirle que lamentaba no haber sido capaz de controlarme. La casa estaba a oscuras. Encendí las luces. En la mesa de la cocina había una nota en la que ponía: «Sí. Te llamaré mañana u otro día. Lucy».

Así salió de mi vida. Después de ocho años. Al principio me negué a creerlo, estaba seguro de que al cabo de un tiempo se daría cuenta de que me necesitaba tanto como yo a ella. Pero no se dio cuenta, ahora lo sé, he de aceptarlo, no era la que yo creía que era.

Elisabeth

Era domingo por la mañana temprano. Yo había tomado una tumbona de la terraza y me la había bajado hasta un rincón del jardín, al fondo, junto al asta. Allí me puse a leer *Esch o la anarquía*. Mi hermano y mi cuñada no se habían levantado aún. De vez en cuando echaba una mirada hacia la casa, hacia la ventana de su dormitorio, pero la persiana seguía bajada. Llegué a la parte en la que Esch seduce a la madre Hentjen, empujándola hasta su cama de matrimonio dentro de la oscura alcoba, y noté cómo esa escena, parecida a una violación, me excitaba. Y cuando Elisabeth, mi cuñada, justo en ese instante apareció en la ventana abierta del dormitorio, fingí no haberla visto.

Al poco rato me llamó para que fuera a desayunar. Estábamos los dos solos. Dijo que a Daniel le dolía la cabeza. Estaba sentada frente a mí, y yo encontré aún más placer en mirarla ahora que la noche anterior, lo que en parte podía deberse a que la excitación aún no me había abandonado del todo. La mayor parte del tiempo, Elisabeth miraba el plato, y las pocas veces que su mirada se cruzaba con la mía, se apresuraba a desviarla. Más bien con el fin de alejar un silencio ya muy embarazoso le hice alguna que otra pregunta de las que resulta natural hacer a una cuñada a la que sólo hace veinticuatro horas que conoces. Y ella contestaba con una solicitud inusual, como si cada nueva pregunta fuera una tabla de salvación. Pero seguía evitando que nuestras miradas se cruzaran, y ese retraimiento en ella dejaba gran libertad de movimiento a mis ojos. Y lo que vi me hizo fantasear con imágenes que tenían un referente claro en la reticente sumisión de madre Hentjen en la oscura alcoba.

Después del desayuno atravesé andando la ciudad y fui a ver a mi madre. Hijo mío, dijo, acariciándome la mejilla. Había envejecido mucho, apenas quedaba nada de lo que había sido. Fui delante de ella hasta la cocina y me senté junto a la mesa. Pero, Frank, dijo, vamos a sentarnos al salón. ¿Por qué no nos quedamos aquí?, pregunté. Puso agua para el café y me dio las gracias por las postales, sobre todo por la de Jerusalén. Imagínate, has estado en Jerusalén, dijo. ¿Estuviste en el Gólgota? No, contesté, allí no. ¿Ah no?, qué pena, exclamó ella. Tu padre y yo hablábamos a menudo de ello, el lugar que más nos hubiera gustado visitar era Jerusalén, y en especial el Gólgota y Getsemaní. No contesté, pero le sonreí. Puso dos tazas en la mesa y me preguntó si quería bizcocho. Contesté que acababa de desayunar. Miró el reloj del estante de la cocina junto a la ventana y me preguntó qué opinaba de Elisabeth. Dije que me parecía muy agradable. ¿Te lo parece?, preguntó. Bueno, espero que tengas razón. ¿Qué quieres decir con eso?, pregunté. Pues no sé, contestó, pero no creo que sea muy buena para Daniel. Ninguna es lo suficientemente buena para Daniel, señalé. Bueno, dijo ella, dejemos el tema. Estuvimos un rato sin hablar de eso ni de nada. Llevaba dos años sin verla; el tiempo y la distancia me habían

hecho reprimir mi aversión hacia ella, pero ahora volvió a aparecer. No has cambiado, dijo ella. No, contesté, lo hecho, hecho está.

Permanecí sentado en su cocina casi una hora; evité cuanto pude los temas que acentuaban la distancia entre los dos, y la visita podría haber acabado con una nota conciliadora de no haber sido porque se sintió obligada a contarme cuántas oraciones había dirigido a Jesucristo para que yo volviera a encontrarlo. La escuché un rato, y al final dije: Deja eso, madre. No puedo, contestó, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Me levanté. Entonces es mejor que me vaya, dije. Qué duro eres, exclamó. ¿Yo?, pregunté. Me acompañó hasta fuera. Gracias por haber venido, dijo. Que te vaya bien, madre, contesté. Dale recuerdos a Daniel, dijo ella. ¿Y a Elisabeth no?, pregunté. Sí, sí, a ella también. Dios te bendiga, hijo mío.

Me fui derecho al restaurante de la estación y me bebí dos jarras grandes de cerveza. Me tranquilicé un poco. Llegó un tren procedente del sur. Estuvo un par de minutos parado, y justo antes de volver a ponerse en marcha, Daniel salió de uno de los vagones. Con una sensación intuitiva de haber visto algo que no hubiera debido, giré rápidamente la cabeza en otra dirección. Cuando ya no podía ver el tren, volví a mirar el andén. Estaba desierto. Seguí un rato sentado, apuré el vaso y me fui.

Cuando volví a casa de mi hermano, él aún no había llegado. Dije a Elisabeth que mi madre me había dado recuerdos para ella. ¿No te encontraste con Daniel?, preguntó. No, contesté. Fue a buscarte, dijo ella. ¿A casa de mi madre?, pregunté. Sí, respondió.

Fui al salón por *Esch o la anarquía*, luego bajé a la tumbona del jardín. Estaba al sol, y me la llevé a la sombra del manzano. Elisabeth salió a la terraza, me preguntó si quería un café y al poco rato me lo trajo. Era menuda y delgada, y viéndola cruzar el césped pensé que sería fácil tomarla en brazos. Muchas gracias, Elisabeth, dije. Sonrió y volvió a entrar enseguida. Yo me quedé sentado, reflexionando sobre la distancia entre un pensamiento atrevido y un acto concreto.

Media hora más tarde llegó Daniel. Se había puesto un pantalón corto y una camisa de colores chillones que no se había abrochado, dejando al descubierto ese pecho velludo que hacía mucho tiempo yo le había envidiado. Se tumbó en la hierba y cerró los ojos al sol. Charlamos un poco sobre casi nada. Una mujer abrió una ventana en la casa de al lado, y al instante salió al jardín y se sentó de tal manera que yo podía verla. Daniel habló de un colega al que yo, según él, conocía, y que había muerto de cáncer de colon hacía poco. La mujer del jardín vecino volvió a entrar en la casa. Me aburría. Dije que necesitaba ir al baño, y me llevé la taza vacía. Elisabeth no estaba ni en el salón ni en la cocina. Subí a mi habitación. Por la ventana vi que Daniel se había levantado y estaba hojeando *Esch o la anarquía*. No creo que ese libro esté indicado para ti, pensé. La vecina volvió a salir de la casa; la vi abrir la boca y a Daniel acercarse a la valla. Me tumbé en la cama y pensé que no debería

haber ido allí, que debería haberme acordado de lo poco que Daniel y yo tenemos en común. Sólo me quedé tumbado unos minutos, luego volví a bajar y salí al jardín. Daniel ya no estaba allí. Me senté en la tumbona, cogí el libro y me puse a leer. Al cabo de un rato retrocedí unas páginas para leer una vez más aquella escena entre Esch y la madre Hentjen, pero en ese instante Daniel salió por la puerta de la terraza de la casa de al lado. Parecía muy contento. He tenido que ayudar a la vecina a mover un armario, dijo. Acto seguido fue hasta el grifo del sótano y se lavó las manos. ¿Quieres una cerveza?, gritó. Sí, gracias, contesté. Dejé el libro en la hierba. Volvió con dos botellas de medio litro de cerveza. ¿Elisabeth nos ha abandonado?, pregunté. Enseguida vuelve, contestó. Se tumbó en la hierba y me dijo que no debería estar a la sombra. No contesté. Ay, qué bien se está, dijo. Yo seguía sin contestar. ¿No te parece? Pues sí, dije. Llegó Elisabeth. Me levanté. Siéntate aquí, dije, voy por otra silla. Dijo que ella misma podía ir por una. Subí a la terraza y volví con una silla plegable. Ella aún no se había sentado. Gracias, dijo. Mi hermano es un caballero, intervino Daniel. Sí, asintió Elisabeth. Se sentó de forma que podía vernos tanto a Daniel como a mí. Quiero causarle buena impresión, dije. ¿Lo oyes, Elisabeth?, preguntó Daniel. Sí, contestó ella. Cuando eras un chiquillo, dijo Daniel, siempre le traías ramos de flores silvestres a mamá, ¿te acuerdas? Me acordaba. No, contesté, no me acuerdo. ¿No te acuerdas? Ella decía siempre que tú eras su niño, y a veces te daba una rebanada de pan blanco con un montón de azúcar encima. ¿No recuerdas que una vez te la quité de la mano y la pisoteé en la gravilla delante de la escalera? No, contesté, no lo recuerdo. No recuerdo nada de cuando era pequeño. Tendrías al menos siete u ocho años, señaló él. Yo tampoco recuerdo apenas nada de cuando era pequeña, apuntó Elisabeth. Daniel se rió. ¿De qué te ríes?, preguntó Elisabeth. De nada, contestó. Elisabeth agachó la cabeza y la mirada, no pude ver sus ojos. Luego hizo un brusco movimiento con la cabeza y se levantó. Tengo que ir a..., dijo. Y se fue. Cerré los ojos. Daniel se quedó callado. Me puse a pensar en que mi hermano había cambiado algo en la historia de la rebanada de pan: él se había comido la mitad de la rebanada, y yo fui el que se la quitó de las manos de tal forma que acabó en la gravilla. Abrí los ojos, lo miré, y sentí un ligero malestar al contemplar su pecho cubierto de vello. Estaba haciendo chasquear sus finos labios, luego dijo: ¿Qué te parece ella? Me gusta, contesté. Se incorporó y le dio un trago a la botella, luego se echó hacia atrás y miró al cielo, pero no dijo nada. Yo me levanté y fui por el césped hacia la pequeña huerta donde se cultivaban lechuga, cebollino y una fila de guisantes. Pensé: ¿Cómo voy a aguantar aquí una semana entera? Tomé una vaina de guisantes, y Daniel gritó: Elisabeth juega al autoabastecimiento. Me comí los guisantes, volví a donde estaba Daniel, y dije: Siempre he deseado tener una huerta con guisantes, rábanos y nabos. En ese caso, dijo Daniel, Elisabeth sería la mujer ideal para ti. ¿Ya no la quieres?, pregunté. Me miró. ¿Qué quieres decir? Era una

broma, contesté. Siguió mirándome un rato, luego se tumbó y cerró los ojos. Dije que tenía que escribir una carta, cogí el libro y me fui. En la escalera hacia el primer piso me crucé con Elisabeth. Qué huerta tan bonita tienes, dije. Ah, sí, contestó. He probado los guisantes, añadí. Ella estaba un escalón por encima de mí y nos hallábamos justo frente a frente. De nuevo pensé: Sería muy fácil tomarla en brazos. Cómete todos los que quieras, dijo ella. Gracias, contesté.

Aparté la mirada y ella acabó de bajar. Podría haberle mantenido la mirada un poco más, pensé. Entré en mi habitación y me tumbé en la cama.

Me despertó un rayo. El cielo estaba oscuro y noté frío. Me levanté y cerré la ventana. Un rayó reventó la capa de nubes, y al cabo de unos instantes empezó a caer un tremendo aguacero. Era bonito verlo.

Bajé al salón. Daniel estaba en la puerta de la terraza. La tormenta me había vuelto conciliador; me acerqué a él, y dije: ¿A que es fantástico? ¿Fantástico?, se extrañó. Se caerán todos los frutos verdes de los manzanos, y mira los guisantes. Los miré: algunos tallos estaban aplastados. Pues sí, es una pena, dije, pero se pueden atar. No creo, objetó él. Pues sí, dije, yo lo haré.

Al cabo de un rato la tormenta se alejó, y las hojas y la hierba brillaban al sol. Le pedí una cuerda a mi hermano. Pídesela a Elisabeth, dijo. Ella estaba en la cocina. Parecía haber llorado. Me dio un rollo de cuerda y unas tijeras. Salí al jardín. No había más que cuatro o cinco frutos verdes debajo de los tres manzanos. No tardé ni un minuto en atar los tallos de los guisantes, así que subí a la terraza y me senté. No me apetecía entrar en la casa.

Durante el almuerzo, se respiraba tanta tensión entre Daniel y Elisabeth que todos mis intentos por iniciar una conversación se vieron frustrados. Acabamos por callarnos del todo. Algo irresistible iba creciéndome por dentro, y antes de terminar de comer dejé los cubiertos en el plato, me levanté, y dije: Gracias. Me di cuenta de que Daniel me estaba mirando, pero no quise que nuestras miradas se cruzaran. Subí a mi habitación, cogí la chaqueta y salí de la casa. Atravesé la ciudad y llegué al restaurante de la estación. Me senté con una cerveza y noté un desasosiego martilleándome por dentro. Se acercó a mi mesa un hombre con un vaso de cerveza en la mano, y me preguntó si me importaba que se sentara. Lo rechacé con bastante brusquedad, pero el hombre se sentó. Me levanté en busca de otra mesa. Él se sentó tres mesas más allá y se me quedó mirando. Hice como si no lo viera. Me acabé la cerveza y fui a por otra. Me senté al otro lado de la mesa, de espaldas a él. Pensé en Daniel, en que había bajado del tren, en que se había lavado las manos después de haber estado en casa de la vecina, y en que se había reído de Elisabeth. También pensé en Elisabeth. En ese momento llegó otra vez ese pelmazo y se me sentó enfrente. No es tan fácil librarse de mí, dijo. Fuera de aquí, dije. Bah, dijo él. ¡Fuera de aquí!, exclamé. Bah, bah, bah, bah, dijo él. Me levanté, cogí el vaso, le tiré el

contenido a la cara y me marché. Andaba deprisa, y no me volví hasta llegar a la puerta. No me siguió, se quedo secándose la cara con el mantel.

Volví a casa cuando estaba poniéndose el sol. Abrí con la llave. Todo estaba en silencio. Entré en el salón. Daniel estaba allí sentado. Así que has vuelto, dijo. No contesté. ¿Dónde has estado?, preguntó. Dando una vuelta, respondí, y me senté. Te fuiste sin decir nada, señaló. No contesté. Él no dijo nada más; estaba mirando por la ventana. ¿Elisabeth ha salido?, pregunté. Se ha acostado, contestó. Daniel seguía mirando por la ventana, luego dijo: Tal vez sea mejor que te marches. Ya lo había pensado, dije. No por mí, dijo. ¿Ah no?, pregunté. Me miró un instante, pero no contestó. Me levanté. Me acerqué a la mesa que había junto a la puerta de la terraza y cogí *Esch o la anarquía*. Se trata de Elisabeth, dijo, últimamente no está del todo bien. ¿Ah no?, pregunté. No me apetece hablar de ello, contestó. Me encaminé hacia la puerta. Me marcho mañana, dije. Pronunció mi nombre en el instante en que cerré la puerta al salir, pero hice como si no lo hubiera oído. Subí la escalera y entré en mi habitación. Había empezado a oscurecer, pero no encendí la luz. Me senté junto a la ventana. Se oían los grillos; por lo demás, todo estaba tranquilo y en silencio. No me sentía cansado, tenía demasiado frío por dentro para eso. Al cabo de un buen rato oí pasos en la escalera, luego una puerta. Volvió a hacerse el silencio.

Me desnudé en la oscuridad porque tenía dentro una imagen inventada de Elisabeth que me temía que no aguantara la luz. Y tal vez llevé conmigo esa imagen hasta que me dormí porque durante la noche tuve un sueño en el que una mujer estaba atada al vientre de un gran animal.

A la mañana siguiente llovía, una lluvia silenciosa y densa. Oí ruidos en el piso de abajo. No quise levantarme, prefería esperar hasta que Daniel y Elisabeth se hubiesen ido a trabajar. Mientras esperaba me quedé dormido.

Volví a despertarme sobre las nueve, y veinte minutos más tarde bajé la escalera y entré en el salón. Ya no llovía e intenté salir al jardín, pero la llave de la puerta de la terraza no estaba. Entré en la cocina. La mesa estaba puesta para mi desayuno, y junto al plato había una nota: Qué pena que tengas que marcharte. También Elisabeth lo siente. Espero que no sea nada grave. Por favor, deja la llave debajo de uno de los asientos de la terraza. Daniel.

Leí la nota dos veces. Por fin entendí.

Dejé la nota exactamente donde la había encontrado, subí al piso de arriba y entré en el dormitorio de Elisabeth y Daniel. Nunca había estado allí. La cama estaba hecha. No buscaba nada en especial. De los respaldos de las sillas no colgaba prenda alguna, y no había nada en las mesitas que indicara quién dormía dónde. Abrí la puerta de un armario empotrado donde colgaban vestidos y trajes. No buscaba nada en especial. Salí del dormitorio y fui a mi habitación. Me puse a hacer la maleta. No tardé nada. La bajé hasta la entrada. Faltaban aún casi dos horas para la salida del

tren. Me senté en el salón. Tenía en la cabeza un obstinado pensamiento que no había cesado desde que leí su nota: Siento lo de Elisabeth. Espero que no sea nada grave. Dale recuerdos. Dejo las llaves en el buzón. Frank.

Vaya

Un día de verano que no llovió me entraron ganas de moverme, o al menos, de dar una vuelta por la manzana. La idea me animó, de repente me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no me sentía de tan buen humor. Hacía tanto calor que creí poder ponerme los calzoncillos cortos, pero al ir por ellos, me acordé de que los había tirado el año anterior en un ataque de melancolía. No obstante, la idea de los calzoncillos cortos se hizo tan imperiosa que corté las perneras de los calzoncillos largos que llevaba puestos. Nunca se es tan viejo como para perder la esperanza.

Era extraño salir después de tanto tiempo, aunque todo me resultaba familiar, claro está. Escribiré sobre esto, pensé, y de repente en medio de la acera noté una erección, pero no importaba, porque los bolsillos de los pantalones eran amplios y profundos.

Al llegar a la primera esquina —tardé mucho, porque aunque el espíritu iba muy dispuesto, las piernas no acompañaban— descubrí que al fin y al cabo no me apetecía dar una vuelta por la manzana. Ya que era verano quería ver algo verde, aunque sólo fuera un árbol, así que seguí recto. Hacía calor, tanto calor como cuando era niño, y me alegré de llevar los calzoncillos cortos. Y con la erección bajo un hábil control, me sentía bien. Puede que suene exagerado, pero así era.

Cuando ya casi había dejado atrás tres casas, oí a alguien gritar mi nombre. Aunque sonaba a voz de viejo, no me volví, pues hay muchos que se llaman Thomas. Pero al tercer grito miré hacia donde sonaba la voz, era un día tan poco corriente... Todo podía suceder. Y allí estaba, en la acera de enfrente, el viejo profesor Storm, del instituto. «Félix», grité, pero estaba tan poco acostumbrado a usar la voz que no me salió gran cosa. Nos separaba un denso tráfico, y ni él ni yo nos atrevíamos a cruzar la calle, habría sido estúpido perder la vida de pura alegría, cuando me había aguantado sin ella durante tanto tiempo. Así que lo único que pude hacer fue gritar su nombre una vez más y saludarlo con el bastón. Sentí una gran decepción, pero al menos era un consuelo saber que me había visto y llamado por mi nombre. «Adiós, Félix», grité, y me dispuse a seguir mi camino.

Pero cuando llegué al siguiente cruce allí estaba él, justo delante de mí, de modo que me había puesto triste sin motivo alguno. «Thomas, viejo amigo —dijo—, ¿dónde diablos has estado?». No quería decírselo, así que no le contesté, pero dije: «El mundo es grande, Félix». «Y todos están muertos o casi muertos». «Sí, sí, la vida exige lo suyo». «Bien dicho, Thomas, bien dicho». A mí no me pareció bien dicho en absoluto, y casi para hacerme merecedor de sus elogios dije: «Mientras tengamos sombra, hay vida». «Pues sí, sí, la maldad no tiene fin». En ese momento empecé a preguntarme si no estaba chocheando, y decidí ponerlo a prueba. «El problema no es la maldad —dijo—, sino la insensatez, por ejemplo, la de esos jóvenes montados en

motos enormes». Me miró un buen rato y dijo: «Creo que ahora no entiendo muy bien lo que quieres decir». Como yo no quería conseguir una victoria a su costa, me limité a decir, como por casualidad: «Pues eso, ¿qué es en realidad la maldad?». Huelga decir que no supo contestar, no era teólogo,

Y yo me apresuré a añadir: «Pero no hablemos de eso. ¿Cómo estás?». Era evidente que lo había puesto de mal humor, porque primero miró detenidamente el reloj y luego dijo: «Cada vez que me encuentro con alguien, me siento más solo que antes». No era precisamente una frase agradable, pero hice como si nada. «Pues sí — dije —, así es». Me di cuenta de que si no me daba prisa en despedirme, él lo haría primero, pero no me di la suficiente prisa, de modo que se me adelantó. «Tengo que irme, Thomas, he dejado las patatas en el fuego». «Ah, sí, las patatas», contesté. Entonces le di la mano y dije: «Bueno, por si no volvemos a encontrarnos». Dejé las palabras suspendidas en el aire, porque era una de esas frases que quedan mejor inacabadas. «Sí», dijo, y me estrechó la mano. «Adiós, Félix». «Adiós, Thomas».

Di media vuelta y regresé a casa. No había visto nada verde, pero, ¡vaya!, ¡cuántos acontecimientos para un solo día!

El clavo en el cerezo

Mi madre estaba en el jardincito de detrás de la casa, de eso hace ya mucho tiempo, yo era mucho más joven entonces. Estaba clavando un largo clavo en el tronco del cerezo, yo la veía desde la ventana del segundo piso, era un día bochornoso y nublado del mes de agosto, la vi colgar el martillo del clavo. Luego fue hasta la valla de madera al final del jardín, donde permaneció mucho rato, completamente inmóvil, contemplando el extenso descampado sin árboles. Bajé por la escalera y salí al jardín, no quería que se quedara allí, pues quién sabía lo que podía estar viendo. Me acerqué a ella. Me tocó el brazo, me miró y me sonrió. Había llorado. Dijo sonriendo: No aguanto más, Nicolay. De acuerdo, dije. Fuimos hasta la casa y entramos en la cocina. En ese momento llegó Sam quejándose del calor, y mi madre puso agua para el té. Las ventanas estaban abiertas. Sam hablaba a mi madre de una cama que causaba dolores de espalda a su mujer, y yo subí directamente a la habitación que llamábamos la habitación de Sam, porque él era el mayor y el primero que había tenido su propio cuarto. Me quedé de pie en medio del cuarto de Sam dejando pasar el tiempo, luego volví a bajar. Sam estaba hablando de un motor fuera de borda. Mi madre echó azúcar al té y no paraba de removerlo con la cucharita. Sam se secó la nuca con un pañuelo azul, no podía soportar mirarlo, dije a mi madre que iba a comprar tabaco, y estuve fuera un buen rato, pero cuando volví, él seguía allí. Hablaba del entierro, de que el reverendo había encontrado justo las palabras adecuadas. ¿Tú crees?, preguntó mi madre. Le pregunté a Sam por la edad de su hijo. Me miró. Siete, dijo, pero si ya lo sabes. No contesté, él seguía mirándome, mi madre se levantó y llevó las tazas al fregadero. Entonces empieza ahora el colegio, dije. Evidentemente, contestó, todos empiezan el colegio a los siete años. Sí, ya lo sé. Me levanté y fui hasta la entrada y luego subí al cuarto de Sam, sentía como si tuviera la cabeza en el fondo de un lago. Metí el paquete de tabaco en la maleta, la cerré con llave y me metí la llave en el bolsillo. No, me dije a mí mismo. Volví a abrir la maleta, saqué el paquete de tabaco, saqué el otro paquete del bolsillo y volví a bajar a la cocina con los dos paquetes de tabaco en la mano. Sam dejó de hablar. Mi madre estaba secando los cacharros con un paño de cuadros rojos y blancos. Me senté, dejé los dos paquetes de tabaco en la mesa y empecé a liarme un cigarrillo. Sam me miró. Se hizo el silencio durante un buen rato, hasta que mi madre se puso a tararear. Y tú, dijo Sam, sigues con lo tuyo. Sí, contesté. Jamás lo comprenderé, gente adulta escribiendo poesía. Quiero decir, sin hacer nada más. Bueno, bueno, Sam, dijo mi madre. Pues no lo entiendo, insistió Sam. Lógico, contesté. Me levanté y salí al jardín. Me resultaba demasiado pequeño, salté la valla y eché a andar por el descampado. Quería ser visible, pero a distancia. Anduve unos ochenta o noventa, tal vez cien metros, entonces me detuve y volví la cabeza. Podía ver la mitad del coche

de Sam a la derecha de la casa. El aire no se movía. Apenas sentía nada. Me quedé mirando la casa y el coche durante mucho tiempo, tal vez un cuarto de hora, tal vez incluso más, hasta que Sam se fue, a él no lo vi, sólo el coche. Unos instantes después, salió mi madre, y cuando vi que me había visto, volví al jardín. Dijo que Sam había tenido que marcharse. Te manda recuerdos, dijo. ¿De veras?, pregunté. Es tu hermano, señaló ella. Pero, madre, dije. Entonces ella meneó la cabeza sonriendo. Le dije que por qué no se iba a descansar un rato. Asintió. Entramos. Se detuvo en medio de la habitación. Abrió la boca de par en par como si fuera a gritar, o como si le faltara el aire, luego la volvió a cerrar y dijo con un hilo de voz: Creo que no voy a superarlo, Nicolay. Quisiera morirme. La cogí por los estrechos y picudos hombros. Madre, dije. Quisiera morirme, repitió. Sí, madre, dije. La conduje hasta el sofá, estaba llorando, le tapé las piernas con una manta, apretó los ojos y lloró ruidosamente, yo estaba sentado en el borde del sofá mirando las lágrimas y pensando en mi padre, pensando en que ella seguramente lo había amado. Puse una mano sobre su pecho, de alguna manera era consciente de lo que hacía, y ella dejó de apretar los ojos, pero no los abrió. Ay, Nicolay, dijo. Duerme, madre, dije. No retiré la mano. Al cabo de un rato, ella respiraba tranquilamente, y entonces me levanté, fui a la entrada y subí al cuarto de Sam. Faltaban casi cinco horas para la salida del tren, pero estaba convencido de que ella lo comprendería. Hice la maleta, coloqué el traje negro en la parte de arriba. Tenía la sensación de que mi cabeza estaba en un gran espacio. Bajé por la escalera y salí. Fui andando hasta la estación, estaba lejos, pero me sobraba tiempo. Iba pensando en que ella tenía que haber amado a mi padre, y que Sam..., que ella seguramente también lo quería a él. Y pensé: No importa.

El punto de apoyo

Hace unos meses vino a verme mi casero. Llamó tres veces a la puerta antes de que me diera tiempo a abrir, y eso que fui lo más rápidamente que pude. No podía saber que era él. Por aquí viene muy poca gente, casi todos miembros de sectas religiosas que me preguntan si estoy en paz con Dios. Me produce cierto placer, pero nunca los dejo pasar de la puerta, pues la gente que cree en la vida eterna no es racional, no se sabe lo que puede llegar a hacer. Pero esta vez era, como ya he dicho, el casero. Le había escrito hacía casi un año para informarle que la barandilla de la escalera estaba rota, y pensé que venía por eso, así que lo dejé entrar. Miró a su alrededor. «Vive usted bien aquí», dijo. Era una afirmación bastante tendenciosa, que me hizo ponerme a la defensiva. «La barandilla de la escalera está rota», dije. «Sí, ya lo he visto. ¿La rompió usted?». «No, ¿por qué yo?». «Supongo que es el único que la usa, porque, aparte de usted, sólo vive gente joven en este portal, y no creo que se haya roto sola, ¿no?». Era obviamente una persona intratable y no quise entrar en ninguna discusión con él sobre cómo y por qué se estropean las cosas, de modo que dije escuetamente: «Como usted diga, pero yo necesito esa barandilla, estoy en mi derecho». No contestó nada a eso, a cambio, dijo que subiría el alquiler un veinte por ciento a partir del mes siguiente. «¿Otra vez? —dije—, y un veinte por ciento nada menos». «Debería ser más —contestó—, esta finca no produce más que pérdidas, pierdo dinero con ella». Hace mucho que dejé de discutir de economía con personas que dicen perder dinero con algo de lo que podrían haberse desprendido hace treinta años, de modo que no dije nada. Pero no le faltó ningún argumento para seguir con el tema, es de ese tipo de personas que funcionan solas. Se puso a disertar sobre todas las demás fincas que también daban pérdidas, resultaba lamentable escucharlo, debía de ser un capitalista muy pobre. Pero no dije nada, y por fin cesaron las lamentaciones, ya iba siendo hora. En cambio me preguntó, sin ninguna razón aparente, si creía en Dios. Estuve a punto de preguntarle a qué dios se refería, pero me limité a negarlo con la cabeza. «Pues tiene que hacerlo», dijo, así que después de todo había dejado colarse a uno de ellos en mi casa. En realidad no me sorprendió, pues es bastante corriente que la gente con muchas propiedades crea en Dios. Ahora bien, no quise darle pie para que pasara a otro tema, pues había tomado la firme determinación de no dejar pasar a los evangelistas de la puerta, de modo que no lo dejé seguir. «Así que sube el alquiler un veinte por ciento —dije—, presumo que ese es el motivo de su visita». Al parecer, mi resistencia lo pilló de sorpresa, pues abrió y cerró la boca un par de veces sin que saliera de ella sonido alguno, algo, me imagino, poco corriente en él. «Y espero que se ocupe de arreglar la barandilla», proseguí. Se puso rojo. «La barandilla, la barandilla —dijo impaciente—, vaya lata que está dando con la barandilla». Me pareció muy mal que dijera eso y me irrité. «Pero ¿no entiende

usted —dije—, que en algunas ocasiones esa barandilla es mi punto de apoyo en la vida?». Me arrepentí por haberlo dicho, pues las formulaciones precisas deben reservarse para personas reflexivas, si no, pueden surgir complicaciones. Y surgieron complicaciones. No tengo fuerzas para repetir lo que me dijo, pero en su mayor parte trataba del más allá. Al final añadió algo sobre estar con un pie en la tumba, se estaba refiriendo a mí, y entonces me enfadé. «Deje ya de molestarme con su economía», le dije, porque en realidad era de lo que se trataba. Como no se disponía a marcharse, me permití dar un golpe en el suelo con el bastón. Entonces se marchó. Fue un alivio, me sentí contento y libre durante unos cuantos minutos, y recuerdo que me dije a mí mismo, para mis adentros, claro: «No te rindas, Thomas, no te rindas».

Una lechera de tiempo

Fue en octubre o en noviembre; debería poder recordar si las hojas se habían caído ya de los árboles, una indicación precisa de tiempo inspira confianza, pues cómo voy a fiarme de la parte de mi memoria que me dicta el propio suceso, si he olvidado importantes detalles del decorado, una cosa depende de la otra, y el tiempo es un decorado.

Lo vi justo al salir del bosque, cuando estaba a punto de cruzar la carretera. Volví sobre mis pasos. Él venía de la ciudad e iba camino de su casa. Llevaba la lechera en la mano —una lechera de tiempo, se podría decir— y me quedé inmóvil detrás de una piedra, escuchando el tictac del despertador. Era un hombre grande y de movimientos pesados; llevaba un viejo abrigo que le llegaba hasta los tobillos; me imaginé su olor, pero supongo que fue una alucinación inducida por mi conocimiento, a través de terceros, de sus miserables condiciones de vida.

Lo seguí a una distancia prudente, ya sabía adónde se dirigía. Obro según mi naturaleza, mi naturaleza de mirón: me han sucedido pocas cosas en la vida, pero he visto mucho, mis experiencias son, en otras palabras, de segunda mano en su gran mayoría. De modo que lo seguí, fingiendo —también ante mí mismo— que era una casualidad el que fuera en la misma dirección que él. No hay que fijarse objetivos demasiado claros, así uno se asegura contra las derrotas. Vi que se desviaba de la carretera y cruzaba el campo a lo largo del arroyo; yo, por mi parte, iba siguiendo la orilla del bosque, oculto por los matorrales, no podía verme. Creo que un hombre que vuelve andando en solitario de la ciudad a casa va pensando en el pasado y se siente triste, pero aliviado por haber dejado atrás a la gente, tal vez sobre todo a los niños, porque uno no anda por ahí impune con un despertador dentro de una lechera, el que lo hace tiene que rebosar de indulgencia o de desdén. Creo que iba pensando en el pasado, tal vez —porque era un día de otoño— en que había vivido mucho para estar tan solo. Ahora recuerdo que tenía que ser noviembre, porque si no, yo no habría pensado en qué clase de Nochebuena puede pasar un hombre como él; yo era todavía lo suficientemente niño como para medir la soledad de un hombre por cómo pasa la Nochebuena: en eso se ve el papel que desempeña el tiempo.

El hombre vivía en un rincón de un granero medio derruido, rodeado por el bosque. Entró, pero volvió a salir enseguida y se sentó en una banqueta. No había mucho que mirar, el hombre se limitaba a estar sentado con los codos sobre las rodillas, pensé que era tan viejo que sería capaz de seguir sentado hasta que bajara el sol, y me pareció que tenía que ser el hombre más solitario de la tierra. Como ya he dicho, no había mucho que mirar —un viejo sentado en una banqueta— y estaba a punto de alejarme de allí cuando el hombre se movió. Sacó algo de un bolsillo interior: una flauta. Se la colocó entre los labios y tocó la melodía «Ahora se miran

los dos»; sonaba muy bien: una canción matutina en un bosque vespertino, tocada por un anciano sentado en una banqueta delante de un granero medio derruido.

Tocó la melodía dos veces, luego se metió la flauta en el bolsillo y se levantó. Miró por entre los troncos, una larga mirada escudriñadora, como queriendo asegurarse de que estaba solo. Luego se puso a disertar de un modo lento y claro, como si los árboles fueran duros de oído. Era ese tipo de discurso que se pronuncia cuando se está a solas, palabras lanzadas al aire, digresiones aparentemente sin sentido, alejándose de cualquier hilo conductor plausible; si yo mismo no me hubiera servido de la naturaleza como auditorio para discursos parecidos, supongo que lo habría visto privado de sentido común, pero aquello me sonaba. Se estaba desintoxicando tras la excursión a la ciudad; hablaba de miradas tan largas como chapiteles y convertía a sus importunadores en ratas y crías de serpiente; era poco claro, pero elocuente —un espectáculo magnífico—, mientras el sol se ponía detrás del bosque callado, y cuando el hombre dejó de hablar, todo quedó tan en silencio como después de una triste canción.

De repente una salva de aplausos rompió el silencio, y dos jóvenes salieron del bosque, los hijos del hojalatero Ellermann. Aplaudían mientras se acercaban al viejo, que estaba inmóvil junto a la banqueta. Se colocaron frente a él.

—Así que todavía te queda algún chirrido dentro.

El viejo no contestó.

—Siéntate.

Se quedó de pie. Lo empujaron hasta la banqueta.

—¿Qué podemos hacer con un loco como este? Tiene algún chirrido dentro, ¿no?

Uno de ellos metió la mano en el abrigo del viejo y sacó la flauta. La sostenía entre dos dedos mientras gritaba algo que no pude captar. El viejo dio un grito e intentó quitársela. No fue muy astuto por su parte, su resistencia los incitó. Vi volar la flauta por los aires dibujando una curva, para aterrizar a unos metros de donde yo estaba; sonó como si hubiera chocado contra una piedra. Me sentí indignado, pero no me dejé engañar, mantuve mi indignación bajo control. Siempre lo he tenido; muchas veces la cobardía te impide actuar precipitadamente; no en vano a menudo se considera inteligentes a las personas cobardes. De manera que no hice nada, sino que dejé que las cosas evolucionaran por sí solas, con independencia de mi repulsa. No oí todo lo que se dijo, pero en cambio pude verlo todo. Uno de los hermanos entró en el granero y salió con la lechera. Iba tapándose la nariz.

—¡Qué asco, casi vomito!

Su hermano se rió. Quitaron la tapa de la lechera y se inclinaron sobre ella. El viejo se levantó y gritó, pero no le hicieron caso. Era un antiguo despertador, casi tan grande como la tapa. Hablaban y señalaban al aire.

—¡No! —gritó el viejo—. ¡No sabéis lo que hacéis!

Lo miraron, y creo que se lo pensaron dos veces, me inclino a concederles una cierta vacilación, un instante de indecisión antes de claudicar ante las exigencias de su prestigio.

—¿Crees que es su corazón?

—Eso parece. ¿Qué pinta crees que tendrá?

—Vamos a verlo.

Se pusieron a desmontar el despertador mientras hablaban y se reían. Iban dejando caer las piezas dentro de la lechera. El viejo estaba a dos pasos de ellos, inmóvil y callado. El sol había desaparecido; había tanto silencio que podía oír los tornillos dar contra el fondo de la lechera. Por fin acabaron.

—Pues no era gran cosa ese corazón.

El viejo no se movió, parecía una estatua, como si el tiempo realmente hubiese acabado, como si su corazón se encontrara hecho pedazos en el fondo de la lechera.

Los hermanos parecían extrañamente inofensivos después de aquello. Intentaron prolongar su fácil victoria con exclamaciones burlonas, pero de nada les sirvió, la victoria se les fue de las manos, allí solo quedábamos perdedores: el viejo, los hermanos, yo, y un bosque lleno de derrotas. Se retiraron sin salvas de aplausos, con una risa que sonaba falsa entre los troncos de los árboles.

Las voces se perdieron, cayó el crepúsculo. Salí de mi escondite y me puse a buscar la flauta. Creo que me vio, pero no se movió. No resultó difícil encontrarla. La agarré y fui hacia él, yo, lo contrapuesto a los hermanos, una mano tendida.

—Está entera.

La tomó sin decir palabra y sin mirarla. Nunca había estado tan cerca de él; el tiempo había arado profundos surcos en su cara. No se me ocurría nada que decirle. Sus grandes ojos se posaron en mí. Era incómodo, me había dejado llevar por mis sentimientos, infringiendo el primer mandamiento del mirón: «Nunca te dejes ver». Él me vio, y tal vez le serví de pobre consuelo, porque no cabe duda de que el hombre me desdeñaba. Pero no dijo nada, y al cabo de un instante se inclinó, cogió la lechera y fue hacia la puerta.

Me adentré lentamente en el bosque, por donde los árboles eran más tupidos, para que él no viera que estaba avergonzado. Pero no creo que estuviera pensando en mí, porque apenas había dado un par de pasos cuando se oyó un alboroto tremendo en el viejo granero, un estruendo como si todo lo que había dentro de las cuatro paredes se estuviera haciendo pedazos. Tal vez también la flauta.

En la peluquería

Hace muchos años que dejé de ir al peluquero; el más cercano se encuentra a cinco manzanas de aquí, lo que me resultaba bastante lejos incluso antes de romperse la barandilla de la escalera. El poco pelo que me crece puedo cortármelo yo mismo, y eso hago, quiero poder mirarme en el espejo sin deprimirme demasiado, también me corto siempre los pelos largos de la nariz.

Pero en una ocasión, hace menos de un año, y por razones en las que no quiero entrar aquí, me sentía aún más solo que de costumbre, y se me ocurrió la idea de ir a cortarme el pelo, aunque no lo tenía nada largo. La verdad es que intenté convencerme de no ir, está demasiado lejos, me dije, tus piernas ya no valen para eso, te va a costar al menos tres cuartos de hora ir, y otro tanto volver. Pero de nada sirvió. ¿Y qué?, me contesté, tengo tiempo de sobra, es lo único que me sobra.

De modo que me vestí y salí a la calle. No había exagerado, tardé mucho; jamás he oído hablar de nadie que ande tan despacio como yo, es una lata, hubiera preferido ser sordomudo. Porque ¿qué hay que merezca ser escuchado?, y, ¿por qué hablar?, ¿quién escucha?, y, ¿hay algo más que decir? Sí, hay más que decir, pero ¿quién escucha?

Por fin llegué. Abrí la puerta y entré. Ay, el mundo cambia. En la peluquería todo estaba cambiado. Sólo el peluquero era el mismo. Lo saludé, pero no me reconoció. Me llevé una decepción, aunque, por supuesto, hice como si nada. No había ningún sitio libre. A tres personas las estaban afeitando o cortando el pelo, otras cuatro esperaban, y no quedaba ningún asiento libre. Estaba muy cansado, pero nadie se levantó, los que estaban esperando eran demasiado jóvenes, no sabían lo que es la vejez. De manera que me volví hacia la ventana y me puse a mirar la calle, haciendo como si fuera eso lo que quería, porque nadie debía sentir lástima por mí. Acepto la cortesía, pero la compasión pueden guardársela para los animales. A menudo, demasiado a menudo, bien es verdad que ya hace tiempo, aunque el mundo no se ha vuelto más humano, ¿no?, solía fijarme en que algunos jóvenes pasaban indiferentes por encima de personas desplomadas en la acera, mientras que cuando veían a un gato o un perro herido, sus corazones desbordaban compasión. «Pobre perrito», decían, o: «Gatito, pobrecito, ¿estás herido?». ¡Ay, sí, hay muchos amantes de los animales!

Por suerte, no tuve que estar de pie más de cinco minutos, y fue un alivio poder sentarme. Pero nadie hablaba. Antes, en otros tiempos, el mundo, tanto el lejano como el cercano, se llevaba hasta el interior de la peluquería. Ahora reinaba el silencio, me había dado el paseo en vano, no había ya ningún mundo del que se deseara hablar. Así que al cabo de un rato me levanté y me marché. No tenía ningún sentido seguir allí. Mi pelo estaba lo suficientemente corto. Y así me ahorré unas

coronas, seguro que me hubiera costado bastante. Y eché a andar los muchos miles de pasitos hasta casa. Ay, el mundo cambia, pensé. Y se extiende el silencio. Es hora ya de morirse.

La noche de Mardon

Todas las calles tenían nombre de oficios, la calle del Panadero, la calle del Hojalatero, la calle del Zapatero. Dejó la maleta en la acera mojada y sacó del bolsillo del pecho el papel doblado. Calle del Peletero, 28. Siguió andando. Tenía una pierna más larga que la otra. Sentía frío en los pies y en la espalda. Preguntaré al primero que vea, pero era una mujer, y tampoco preguntó a la siguiente. Seguro que lo encontraré. Las tiendas estaban cerradas, pero aún no habían encendido las farolas. Llegó a un puente y pensó que se había pasado, pero siguió andando. Debajo de él sonó el pitido de un tren. Y yo que creía que era un río, si no hubiera venido un tren, habría pensado que acababa de cruzar un río, y nadie sabría de dónde venía yo. ¿Viene usted del otro lado del río? Míralo, viene del otro lado del río. ¿Estaba borracho hoy el barquero? ¿Había subido a su hija al mástil?

Llegó a un café, una tasca, entró, se sentó en un rincón, pidió una taza de té, dejó el sombrero encima de la maleta y se dispuso a esperar. No había muchos clientes; si los colocara uno encima de otro, tripa contra tripa y espalda contra espalda, no llegarían más que a mitad de camino hasta el techo. Cuando el dueño le llevó el té, le preguntó por la calle del Peletero, y el hombre contestó: Siga por el puente, pasará por delante de una casa con pinta de haberse tomado una copa de más, luego tome la primera calle a la izquierda y después la segunda a la derecha. No puede equivocarse.

Volvió atrás, cruzó el puente, vio la casa que se había tomado una copa de más, tomó la primera calle a la izquierda, y luego la segunda a la derecha, pero no encontró ninguna placa con el nombre de la calle, ni ningún número en la hilera de casas idénticas de tres plantas. Entró en una de ellas, recorrió un oscuro pasillo con tres puertas, y una anciana de pelo blanco con un delantal azul oscuro le dijo que él vivía un piso más arriba, tiene el nombre puesto en la puerta, pero ahora no está en casa. Subió los desgastados escalones lenta y fatigosamente, llevo encima la carga de mis años. El chico no se encontraba en casa, pero la puerta no estaba cerrada con llave, y entró en una fría habitación, donde había una cama sin hacer, una mesa y dos sillas. Se sentó, apoyó la cabeza en las manos y pensó en el largo viaje —el vagón de tren donde el hijo de la viuda conjugaba el verbo follar sobre la maleta polvorienta, sesenta horas sin dormir, o casi sin dormir, el minero que daba la lata sobre las perversidades de Cristo y que tras cincuenta horas de viaje gritó Señor, en tus manos..., y tiró del freno de emergencia—.

Oyó ruidos detrás de él procedentes de la puerta, que se había quedado entreabierta. Ah, perdone, dijo ella, pensaba que no... usted tiene que ser Lender, él me dijo que usted vendría, pero no hoy. Soy Vera Dadalavi, vivo justo enfrente, puede esperar en mi habitación, es más caliente que esta, pero tráigase la maleta, hombre de Dios.

La siguió; la mujer tenía en las paredes dibujos de máscaras, de pies y de manos, y poemas recortados de periódicos fijados con chinchetas verdes y amarillas en el papel pintado gris. Él se quitó el abrigo y se sentó de cara a la puerta. Esa es la mano de Mardon, dijo la mujer, señalando uno de los dibujos.

Le faltaba el dedo índice. ¿Tiene hambre? No tenía hambre, solo sueño.

Y cansancio. Se hundió un poco más en la silla y cerró los ojos. ¿Cuándo volverá? No se sabe: esta noche, mañana, cuando se haya cansado de andar y no encuentre ningún sitio donde dormir. Las noches son cada vez más frías. Seguro que volverá.

Él miró la larga melena rubia, la estrecha espalda, los recortes de periódico; yo también tenía carteles, pero hace diez mil días, hombres con banderas rojas dando grandes zancadas de continente en continente, con una hoz en la mano. ¿Qué significaba ese invento de las máscaras? ¿Es usted pintora? Pintora, lo que se dice pintora... contestó. No soy muy buena. ¿Quiere una copa de vino? Es dulce. Al sonreír me recuerda usted a Mardon, cuénteme algo de él, de cuando era pequeño. Supongo que era como todos los niños, contestó él, pero no era verdad, cazaba pájaros que encerraba en su habitación con el gato, y a los once años robaba libros de las estanterías de casa para pagarse la huida a Australia. No lo conocía bien, prosiguió, no hablaba mucho, y yo estaba siempre muy ocupado. ¿Cómo está? ¿Qué hace? Ya está aquí. Ella se acercó a la puerta y la abrió. El viejo (bueno, no soy tan viejo) se levantó y se frotó las palmas de las manos en la chaqueta. Dio dos pasos hacia delante, uno corto y otro un poco más largo. Se miraron en silencio. ¡Mardon, Mardon, qué te has hecho! Luego se dieron la mano en silencio. Tengo la mano húmeda, pensó, qué puedo decir, yo no tengo voz, él no tiene dedo índice, estoy llorando, dios mío, estoy llorando. Has llegado antes de lo previsto, dijo Mardon, pensaba que no... Se volvieron los dos a la vez y la miraron. Los ojos de la mujer estaban llenos de lágrimas. No puedo remediarlo, dijo ella, era tan... después de todos estos años, ustedes se han vuelto muy grandes. Apartaron la vista de ella y la posaron sobre la desgastada alfombra. Digan ustedes algo, alguno de los dos, cualquier cosa. ¿Encontraste la casa? Sí, pero no tienen número. Los roban apenas los ponen nuevos. Seguramente algún tipo que quiere que la gente se equivoque de casa. ¿Que roban los letreros de los números para que la gente se equivoque? No lo sé, pero no me extrañaría. ¿Habéis estado bebiendo vino? Sí, tu amiga ha sido muy amable... en tu habitación hacía mucho frío.

Se sentaron. Tengo que salir, pensó Mardon, tengo que salir a prepararme a que haya llegado. Pobre hombre, pobre diablo, la verruga junto a la nariz le ha crecido mucho, seguro que tiene cáncer, morirá antes de llegar a ser feliz, me da pena, si no hubiera sido mi padre, mi padre sentado solo en el banco del parque bajo la lluvia, mi padre en cuclillas detrás del sillón del salón en penumbra, creías que no te veía, mi

padre encima del arcón de madera en el rincón más escondido del desván... las manchas casi invisibles en el suelo. Tengo que salir un momento, no tardaré mucho, una media hora, me he olvidado de una cosa. Su padre estaba junto a la ventana y lo vio andar a toda prisa por la calle. Si supieras lo solo que estoy, Mardon, eres lo único que me queda. Las farolas estaban encendidas. Pobre Mardon, le dijo Vera Dadalavi. Yo también me llamo Mardon. ¿Es verdad que lo llamó así por usted? No fue mi culpa, yo no estaba en casa. ¿Cree que volverá? Naturalmente, contestó ella, poniéndole una mano en el brazo. Mi padre también se llamaba Mardon, dijo él. Comprendo, contestó ella con dulzura. Siéntese. Tómese una copa de vino. Salud. Salud. Si está deprimido es porque ha hecho un largo viaje, uno se deprime fácilmente después de un viaje tan largo, pero se le pasará. ¿Está seguro de que no tiene hambre?

Cuando volvió, las copas y la botella estaban vacías. Aquí estoy, dijo, antes de descubrir que su padre no estaba. ¿Dónde está? En el servicio. Has estado bebiendo, Mardon, hora viene, pórtate bien con él, Mardon, es de esos a los que se puede aplastar entre dos uñas. Qué baño tan raro, dijo el padre, parecía haber estado riéndose. ¿Verdad que sí? dijo Mardon. Ven, vamos a celebrarlo, dijo, sacando una botella del bolsillo del abrigo. Nunca hemos bebido juntos, dijo el padre. Haz memoria, dijo Mardon, aquel restaurante detrás de la Plaza, ¿cómo se llamaba? Después del entierro, yo tenía frío por dentro, un restaurante pequeño con gamos en las paredes. Nos bebimos dos copas cada uno. ¿Te acuerdas? No, no me acuerdo. Supongo que tenía bastante en qué pensar. He olvidado muchas cosas. ¿Gamos en las paredes, dices? Sí, estuve allí después, cuando me hice lo suficientemente mayor para ir solo, entonces habían cambiado los animales por un papel pintado que imitaba al ladrillo, y detrás de la barra había una chica joven con los ojos más claros que he visto en mi vida, como si hubiese emergido directamente del mar. Era inusualmente hermosa, es decir, de la barra hacia arriba, el resto del cuerpo lo tenía muerto. Estaba sentada en una banqueta alta con ruedas, y se decía que la había atropellado un vehículo oruga. ¿Qué pasa? Nada, contestó el padre, nada. ¿Tiene algo en contra de que lo dibuje?, preguntó Vera. En absoluto, adelante, pero he de encontrar un sitio para... ¿hay un hotel por aquí cerca? Ni hablar, te quedarás en mi habitación, faltaría más. No es ninguna maravilla, nunca me he ocupado de acondicionarla, pero tengo sábanas limpias. Voy a hacer la cama, así estará hecha. No tardo nada. No quiero que te molestes... pero Mardon ya había salido por la puerta. Desaparece con cualquier pretexto, como si yo fuera un leproso, no debería haber venido. ¿Se ha fijado usted en que casi todos los seres humanos nos parecemos a un coche? preguntó Vera. No. Usted se parece a un Ford. Yo me parezco a un Volkswagen. Voy a ayudar a Mardon a hacer la cama, dijo él, levantándose de repente. La puerta estaba entornada y la abrió del todo. Mardon estaba tumbado en la cama mirando al techo. Me he mareado

de repente, dijo. Se me pasará enseguida. Se levantó. No está mareado, se ha tumbado para matar el tiempo, no sabe cómo hacer pasar los minutos. Solo me quedaré esta noche, dijo, y Mardon preguntó ¿por qué? No contestó, y Mardon pensó, sí que me da pena, ¿por qué me da pena? ¿Y por qué, si me da pena, no puedo tratarlo bien? No debería ocupar tu cama... ¿dónde vas a dormir tú? En la habitación de Vera. Así que era eso. Abrió una puerta en la pared y sacó ropa de cama limpia. Soy su hijo, y por eso cree que tiene que quererme. Pobre maldito cojo, no se tiene un hijo impunemente. Me gustaría saber qué haría si empezara a llamarle Mardon. ¿Me ayudas con la funda del edredón, Mardon *el Grande*? Deja que te ayude, dijo el padre, mirando fijamente la mano de Mardon. ¿Qué te pasó en el dedo? Tuve una infección... nada importante. Bueno, ya está. Se las puede arreglar uno perfectamente sin un dedo, y más sin el dedo índice. ¿Volvemos?

Vera se había atado la larga melena rubia con una cinta marrón. Ajá, de modo que se acuestan juntos, pensó el padre. Ella le lleva al menos diez años. Yo me he acostado con demasiadas pocas mujeres en mi vida, con casi ninguna, no me atrevía, me asustaban, yo lo llamaba tener ética, algún nombre hay que poner a las debilidades de uno, así que por qué no ética, ahora entiendo lo que quiere decir ética. ¿Cómo están los vecinos?, preguntó Mardon. ¿Martens, por ejemplo? Ha muerto, ¿no lo sabías? Gracias a Dios, dijo Mardon, y su padre dijo pero qué dices. He de confesar, dijo Mardon, que hay algunas personas a las que he deseado ver a diez pies bajo tierra; una de esas personas es Martens, y ahora está allí. Salud. ¿Pero qué dices? ¿Qué te hizo? Se chivaba y mentía sobre mí, tú deberías saberlo... y una vez... bueno, lo mismo da. Martens y la señora Bauske eran de la misma ralea, pero ella no ha muerto ¿verdad que no? Murió hace medio año de cáncer. Tienes que perdonarme, pero no puedo decir que lo lamente. ¿Qué quieres decir, preguntó el padre, con que yo debería saber que Martens mentía sobre ti? No he querido decir exactamente eso, no digo que tú supieras que él mentía, pero cuando él se chivaba de mí, tú me castigabas, sin saber si era verdad lo que decía. Si, eso es verdad... dijo el padre, mirando la alfombra debajo de la silla... Mardon se levantó, le dio la espalda y pensó no debería haberlo dicho, tengo la mala costumbre de hurgar en el pasado, no he pretendido... si al menos hubiera sido mi intención herirle... Me desprecia, pensó el padre, si no, no me habría dicho eso. Lo ha llevado dentro todos estos años, y ahora me manda de nuevo a casa, con esa carga. Tengo que decir algo, pensó Mardon, ¿qué puedo decir? ¿Que no le guardo rencor? Esas cosas no se dicen, yo no las digo. No creas que te guardo rencor; si hubiera sido así, no te lo habría dicho. Sé, contestó el padre, que no he sido un buen padre para ti. Por qué no dejamos, dijo Mardon, de ser padre e hijo. Por qué no podemos ser simplemente personas, así no tenemos que pensar que deberíamos ser infalibles. Si no te llamaras Mardon, te pediría permiso para llamarte por tu nombre. ¿Por qué no Mardon? preguntó el padre. Porque eso,

contestó Mardon, sería como hablarme a mí mismo. Vera se echó a reír. No es motivo de risa, Vera. Imagínate que todos fuéramos solo seres humanos, no parientes, con quienes se deben tener determinados derechos y deberes, quiero decir. Esta idea debía tener Jesucristo al llamar a su madre mujer. Salud, hombre. El padre levantó la copa. Por lo menos tengo que impedir que se beba la botella entera él solo. Salud, Mardon. Qué agradecidos sois, dijo Vera. No le hagas caso, dijo Mardon, solo con ver a un niño bizco se le saltan las lágrimas. El padre bajó la vista. No destaca exactamente por su tacto. Así que no le gusta llamarse como yo. Mardon Lender segundo, y Mardon Lender tercero. ¿Te has sentido alguna vez incómodo por llamarte igual que tu abuelo y que yo? Mardon lo miró. Claro que sí. Ya que lo preguntas, he de confesar que a menudo me he preguntado qué es lo que hace a los padres poner a sus hijos el nombre de su progenitor. Las dos razones más a mano son, claro está, bueno, no te lo tomes a mal, que el padre, con o sin razón, se tiene a sí mismo en muy alta estima. O que la madre tal vez no esté del todo segura de que el niño es hijo de su marido. No hables así de tu madre, dijo el padre, enderezándose en la silla. ¿Por qué no? Porque... Se levantó. Dejemos ya ese tema. No estoy... No estoy acostumbrado a beber. Si no te importa, me gustaría acostarme... ha sido un día muy largo. Cogió la maleta y el abrigo. Claro que sí. Espero que duermas bien. Seguro. Buenas noches.

Mardon oyó los irregulares pasos de su padre por el pasillo y se miró el trozo de dedo. El padre encendió la luz y cerró la puerta tras él. Dejó el abrigo encima de la cama, soltó la maleta y se quedó mirando el cuarto desnudo y frío. ¿No te da pena?, preguntó Vera. Sí, contestó Mardon, sin dejar de mirarse el trozo de dedo índice. El padre se acercó a la ventana y bajó una persiana agujereada con el dibujo de una niña sentada en la hierba bajo un gran árbol. ¿No quieres ir a verlo?, le preguntó Vera. No contestó. El padre miró la niña en la hierba y pensó que si su hijo supiera lo que significa tener ya casi toda la vida a las espaldas... No tengo tiempo de esperar en vano. Mardon se llenó la copa y bebió. Sabía que sería así, lo sabía. ¿Qué puedo hacer, Vera? Ve a su habitación y dile algo, algo que le haga sentirse bien, no sé qué, cualquier cosa, lo que le dirías si supieras que iba a morir esta noche, la mentira más grande que te puedas imaginar, por ejemplo, así sabrás que no volverá a su casa más pobre de lo que ha venido. Mardon se volvió y la miró. El padre se acercó a la maleta, la puso encima de la mesa y la abrió. Deslizó los dedos por los dos primeros álbumes. Solo digo lo que siento, y sin embargo, tengo remordimientos. ¿Por qué, Vera? ¿Puedes explicármelo? Tú mismo has dicho, Mardon, que los remordimientos son la puerta al subconsciente, a lo olvidado. El padre sacó los álbumes de la maleta y abrió uno de ellos. Mardon, cinco años. Mardon en el jardín de la abuela. Mardon en la playa. Mardon en su primer día de colegio. Debería haber omitido el nombre. Verano de 1948. Dios mío, ahí está Martens, justo detrás de él, con una mano en mi hombro, no éramos tan buenos amigos. Mardon se levantó. Voy a ir a preguntarle si necesita

algo. El padre arrancó la foto y se la metió en el bolsillo. Llamaron a la puerta. Adelante. Solo quería preguntarte si necesitas algo. Cerró la puerta tras él. ¿Qué tienes ahí? Ah, una cosa que he traído, pensé que tal vez te... Los hice al principio para mí, lo verás por lo que escribí, pero si quieres... son tu infancia. Cerró el álbum y retrocedió un paso. Cuando pienso, pensó Vera, que Dios no existe... Claro que sí, dijo Mardon, claro que los quiero, muchísimas gracias, padre, gracias. Vera se quitó el collar de guisantes secos pintados y lo dejó en el platillo de cristal que tenía junto al gran despertador verde. No recuerdo haber visto nunca estas fotos, dijo Mardon. Si hay algunas que no te interesan, puedes quitarlas. Vera levantó la cabeza y se miró en el espejo. Oh, Dios mío. Muchas gracias, padre. Lo había llamado padre. Lo he llamado padre, no puede pedirme más. Había dicho padre. Mi chico, mi hijo. Ella se quitó la cinta marrón y sacudió la melena, separó un poco los pies, cogió el cepillo del pelo, se miró a los ojos, pasó la lengua por la parte de atrás de los dientes de arriba, levantó el cepillo, se fijó en una espinilla que tenía debajo de la comisura izquierda de los labios, dejó el cepillo, adelantó la barbilla, colocó los dedos índice a ambos lados del punto negro y apretó de tal manera que la espinilla salió serpenteando por el poro, la cogió con una uña, oyó pasos en el pasillo, se limpió la grasa blanca en la falda, cogió la borla de los polvos, vio que la puerta se abría y que Mardon entraba con dos álbumes de fotos bajo el brazo. El padre se puso a desnudarse bajo la bombita desnuda. Le han hecho ilusión los álbumes. Era evidente, lo que pasa es que le cuesta mucho mostrar sus sentimientos, eso lo ha heredado de mí. Así que bebimos juntos después del entierro, se me había olvidado, debió de significar mucho para él. Mardon tiró los álbumes sobre el sofá. Mi pasado, una cariñosa advertencia sin segundas intenciones, claro. Míralo. Ella lo miró. El padre se puso el pijama encima de la ropa interior, apagó la luz y se acostó. Se quedó mirando la cruz de los cristales tras la persiana un buen rato. Dentro de tres días habrá luna llena. Ahora están mirando los álbumes. No voy a poder dormir. Cada vez que abría los ojos miraba fijamente la cruz. Al menos te has ahorrado los años cortos, María, los años cortos y las noches largas. No te dio tiempo a tener miedo a la muerte, miedo no, no quiero decir miedo. Mardon... el corazón le latía más deprisa, aunque sabía que no eran más que imaginaciones suyas: nadie había susurrado su nombre. Puedo abrir los ojos cuando quiera... también puedo encender la luz. No es necesario, basta con pensar en otra cosa. Estoy en mis cabales. Están hojeando los álbumes. O tal vez estén haciendo el amor. Yo la habría preferido un poco más llenita, no tan esbelta, cada cual tiene su gusto, no es que la hubiera rechazado, pero si hubiera sido uno de esos oficiales alemanes que tenían a las mujeres alineadas ante ellos, libres de señalar —con la fusta— a la que querían, yo habría escogido a una bajita, algo llenita y con cara de estar asustada. Habría... no, no es verdad, uno piensa lo que uno no hace, lo que no es capaz de hacer. Si yo soy un cerdo, todos son unos cerdos. No he hecho

nada de lo que me arrepienta, lo único de lo que me arrepiento es de lo que no he hecho.

Podría haber tenido tanto a la señora Karm como a Charlotte, al menos a la señora Karm, ella lo quería por encima de todo, y Charlotte también. Seis o siete putas y María, eso es todo, y las putas solo cuando había bebido lo suficiente para armarme de valor. Ni siquiera recuerdo el aspecto que tenían. Solo María. Mardon... Abrió los ojos y dejó vagar la mirada desde la cruz detrás de la persiana hasta el pequeño punto luminoso de la puerta. No, claro que no. La habitación tiene que ser más grande de lo que parece, al menos cuatro metros por tres, pero ahora, en la oscuridad, parece mucho más... Podríamos haber jugado una partida de ajedrez, aunque supongo que él no juega... Podría encender la luz para ver cómo es en realidad el cuarto. No recuerdo que hubiera ninguna estufa, pero no puede ser, no puede uno apañárselas sin una estufa, pronto llegará el invierno. Debería tener algún cuadro en las paredes. Qué invento tan raro clavar dibujos de manos y máscaras, por lo menos tiene cien. Ah, sí, con que me parezco a un Ford. Intentó recordar qué aspecto tenía un Ford. Vera puso una manta sobre el colchón hinchable. Digas lo que digas, no puedo dejar de sentir lástima por él. Yo tampoco, a la vez que deseo que estuviera muerto. Me hace sentir alguna estúpida —cómo lo llamaría— obligación. Como si estuviera en deuda con él. Además, hay algo repulsivo en ese hombre, físicamente, quiero decir, y soy incapaz de pensar en la noche en la que fui concebido —y apuesto lo que sea a que era noche cerrada— sin que se me revuelvan las entrañas. Vera lo miró sorprendida. El padre oyó una puerta que se abría y se cerraba, y un poco más tarde descubrió que el punto luminoso ya no estaba. Escuchó, pero solo oyó su propio corazón. Late más deprisa de lo que debe. Qué extraño, dijo Vera. ¿Quiere decir eso, dijo Mardon, que eres capaz de pensar en la vida sexual de tus padres sin sentir, cómo lo expresaría, malestar? Claro que sí. El padre se incorporó en la cama y escuchó. Es el silencio lo que lo provoca. Fueron los japoneses, ¿no? los que construyeron cuartos insonorizados —celdas— de un formato muy especial, para volver loca a la gente. No es probable, los techos tendrían que ser muy altos. El corazón no me late muy deprisa porque tenga miedo, sino al revés. He hecho un viaje demasiado largo, no he aguantado el esfuerzo, y el miedo no es sino un resultado natural de que el corazón... Volvió a acostarse, mirando hacia la pared. Alargó la mano y palpó el papel pintado. Pues sí, tenía que ser una habitación de techo muy alto, por ejemplo, de dos por dos y diez metros de alto, y sin un solo sonido. Podría escribir una nota y marcharme, explicarle que no consigo dormir, que solo quería saludarlo, que echo de menos mi casa, que sufro de insomnio, que soy mayor de lo que pensaba, él lo entenderá, en el fondo se sentirá aliviado, no me necesita, y yo no necesito a nadie que no me necesite. Podré morirme sin que nadie me llore. Podría escribir que estoy agradecido porque me recibió amablemente y que en realidad no era mi intención quedarme a

dormir, pero no quise rechazar tu oferta, pero no logro dormirme y el tren sale temprano mañana por la mañana. Quería verte, y te he visto. Tengo que volver al lugar donde pertenezco, donde están mis cosas; así es hacerse viejo, así es saber que pronto estarás acabado. Cuando era joven, pensaba que la muerte parecería cada vez menos aterradora conforme te ibas haciendo mayor, simplemente porque ya estabas cansado y porque tenía que ser así para poder soportarlo, pero no es verdad, es mentira. Tal vez no lo sea para todo el mundo, para los que se han aprovechado de todo, los que nunca han dejado escapar ninguna oportunidad, de modo que si tuviera que darte un consejo, Mardon, te diría: Nunca dejes escapar ninguna oportunidad, aprovecha lo que se te ofrece, incluso si se te acusara de ser desconsiderado —si eres lo que se llama un hombre considerado acabarás como un hombre de mediana edad y luego un hombre viejo en un desván—. Me viste, oh, Dios mío, se me había olvidado, cómo he podido olvidar algo así. Tal vez eras demasiado pequeño para entender, pero me viste aquella tarde en el desván. Retiró la mano y se incorporó otra vez, vio la cruz detrás de la persiana, notó las palpitaciones de su corazón y el rubor le quemaba las mejillas y la frente, se levantó, palpó la pared en busca del interruptor de la luz, no lo encontró, pero estaba allí, o tal vez al otro lado de la puerta, no, tranquilízate, tiene que estar en alguna parte, pero no lo encontró. Se acercó a la ventana y tiró de la persiana. Primero se movió desganada, luego se le escapó de la mano enrollándose con un traqueteo que le disparó una columna de temor ardiente dentro. Por un instante se quedó como congelado y pegado al suelo, luego apoyó las manos en el alféizar de la ventana y la cabeza en el travesaño del centro. Apenas la recuerdo, dijo Mardon, aunque vivió hasta que yo cumplí quince años. No ha dejado huellas, o acaso solo huellas ocultas. No tenía ningún poder sobre mí, si entiendes lo que quiero decir. Vaciló un poco, y dijo: Creo que aquellos que recuerdan tienen más control sobre su vida. Estas fotos no me dicen prácticamente nada. Podría hablarte de un seto con bayas blancas que estallaban cuando las apretaba, o de los polvorientos hierbajos al lado izquierdo del camino del colegio: esos son mis recuerdos. Y de mi padre, pero eso sería más adelante. Una vez lo vi masturbarse en el desván. Tuvo que ser antes de morir mi madre. Me gustaría saber cómo reaccioné entonces. Más tarde eso lo ha hecho en cierto modo más humano, dándole una nueva dimensión, si entiendes lo que quiero decir. Él no me vio, si me hubiera visto todo habría sido mucho más difícil. Y un día —lo recuerdo especialmente bien— lo vi sentado en un banco bajo la lluvia, solo. Hice como si no lo hubiera visto. ¿Por qué un hombre está sentado en un banco bajo la lluvia, a menos de trescientos metros de su casa? Ella no contestó. El padre se enderezó y se volvió hacia la habitación. Se acercó a la puerta, encontró el interruptor y lo giró. Luego volvió a la ventana y bajó la persiana, sin mirar a la niña en la hierba. Se quitó el pijama y se vistió deprisa, como si no tuviera tiempo que perder. A continuación metió el pijama en la maleta y la cerró. Luego se quedó de pie, con la

mirada perdida, como si de todos modos tuviera tiempo de sobra. Mardon encendió un cigarrillo y dijo: En realidad no podemos evitar ser quienes somos, ¿verdad? Estamos completamente a merced de nuestro pasado, ¿no es así? Nunca hemos creado nuestro propio pasado. Somos flechas disparadas del vientre de nuestra madre, y aterrizamos en un cementerio. ¿Qué importancia tiene entonces —en el momento de aterrizar— si hemos volado bajo o alto? ¿O hasta dónde hemos volado o a cuántos hemos herido en el camino? Eso, dijo Vera, no puede ser toda la verdad. Entonces muéstrame el resto de ella. El padre abrió la cartera y sacó el recibo azul claro de la agencia de viajes, se sentó y se puso a escribir en el reverso, que estaba en blanco. «Querido Mardon: Vuelvo a casa en el tren que sale dentro de unas horas. Tenía muchas ganas de volver a verte, y me alegro de haber venido. Pero soy más viejo de lo que pensaba, y el largo viaje me ha dejado muy cansado. Si al menos hubiera logrado dormir..., pero había olvidado el efecto que tienen en mí las habitaciones extrañas, y mi corazón no es tan fuerte como antes. Estoy seguro de que me entenderás. Que te vaya todo muy bien, chico. Con cariño, tu padre». Dejó la carta encima de la mesa, luego se acercó a la puerta, apagó la luz y abrió con cuidado. El pasillo estaba oscuro. Volvió a cerrar la puerta y encendió la luz. Tal vez no se hayan dormido. Empujó la puerta hasta abrirla del todo, de manera que la luz de la habitación iluminara la escalera. Oía un murmullo lejano y difuso. Sí, sí, da pena, lo sé. Pero entonces finge un poco de amor, aunque solo sea por un día, no solo por él, también por ti. Empezó a deslizarse por el pasillo hacia la escalera. ¿Fingir amor? Parece muy sencillo. Se agarró al pasamanos con la mano derecha. El pasillo de la planta baja estaba a oscuras. Cuando me dio los álbumes lo llamé padre. Pude ver lo feliz que se sintió, y entonces lo odié. ¿Qué me ha hecho él para que ni siquiera pueda soportar que se sienta feliz por algo que yo le diga? Andaba despacio, cada vez estaba más oscuro. A cada paso que daba era como si dejara atrás un yugo. Iba tanteando continuamente para encontrar el interruptor, abrió la puerta del portal, voy camino a casa. ¿O qué le has hecho tú a él? preguntó Vera. Ella había apagado la luz y estaba tumbada en el colchón hinchable, con las manos debajo de la mejilla. ¿Qué quieres decir? Solo que suele ser el deudor el que odia a su acreedor, no al revés. Andaba sonriente en medio de la tranquila calle, entre los portales sin número, robados, eso dicen, dentro de dos días estaré en casa, voy camino a casa. Recuerdo, dijo ella, que en una ocasión una persona me hizo un gran favor. Debería haberle dado las gracias, se las debía, eso me parecía, pero no lo hice, lo aplacé hasta que me pareció demasiado tarde, y un día me enteré de que había muerto. ¿Adivinas lo que sentí? Alivio. Pero no vine por aquí, veamos, vine por el este, más vale salir de estas callejuelas, nunca se sabe lo que puede ocurrir, un gato negro significa suerte. No soy supersticioso. Dios sabe adónde llegaré. Este lugar tiene muy mala pinta, más vale andar por en medio de la calle. Nunca he estado aquí. ¿Por qué creo que vine por el

este y, en ese caso, dónde está el este, en mitad de la noche? Bueno, tengo mucho tiempo, puedo ir hacia el oeste, pues antes o después me toparé con algo que no sean gatos negros. Dime qué puedo hacer, dijo Mardon. Ella no contestó. Estaba llorando. ¿Por qué lloras, Vera? Oyó pasos detrás de él. Echó a andar más deprisa, quería volverse, no lo hizo, subió a la acera izquierda. ¿Qué piensa este que estoy haciendo aquí tan tarde, con una maleta por en medio de la calle? Mardon se arrodilló junto al colchón hinchable. Dime por qué lloras, Vera. Le pareció que los pasos se estaban acercando. Miró hacia atrás, pero no había nadie, y cuando se detuvo, los pasos se acallaron. Dio la vuelta y volvió por el mismo camino por el que había llegado, y enseguida oyó de nuevo los pasos. Estoy acompañado por mí mismo. Mardon le acarició la mejilla húmeda. Cuéntamelo, Vera. Ella levantó la cabeza y lo miró. Soy tonta, eso es todo, dijo. Él apenas podía distinguir sus facciones. Procurar que pase unos días agradables, Mardon. Sí. Puso su mejilla junto a la de ella y cerró los ojos. El padre entró en la ancha calle comercial y giró hacia la izquierda, hacia la estación de ferrocarril.

Un lugar maravilloso

—¿No vas demasiado deprisa? —preguntó ella.

—No —contestó él.

Al poco rato se salió de la carretera principal y tomó la estrecha bajada hacia el fiordo, llena de curvas.

—Todo está mucho más verde que la última vez —dijo ella.

—Sí —asintió él.

—Es como si la carretera se hubiera estrechado —comentó ella.

—No voy demasiado deprisa —dijo él.

Justo antes de llegar a la gran encina donde solían aparcar el coche, ella dijo que tenía la sensación de que algo iba mal. Lo decía siempre que se acercaban a la casa de verano, y él no contestó. Tal vez algún día tenga razón, pensó.

Aparcó el coche y la ayudó a ponerse la mochila que pesaba menos.

—Ve andando —dijo.

—Te espero —contestó ella.

—Ahora te alcanzo —dijo él.

La alcanzó cuando había bajado la mitad del empinado camino casi cubierto por la vegetación. Estaba esperándolo.

—¿Pesa mucho? —preguntó él.

—No —contestó ella.

Siguieron andando. Al cabo de unos minutos la casa apareció a sus pies. Él se quedó atrás; ella siempre iba delante los últimos metros. Abrió la verja de un empujón, y dijo:

—Alguien ha estado aquí.

—¿Ah sí?

—Puse una piedra sobre la columna de la puerta —explicó—, y ya no está.

—Bueno, bueno —dijo él—. La habrá agarrado alguien. ¿Tenía algo en especial?

—No —contestó ella—, era una piedra normal y corriente.

Él cerró la puerta a su espalda de otro empujón.

—No me gusta que alguien haya estado aquí —dijo ella.

Él no contestó. Vio que el manzano estaba floreciendo y dijo:

—Mira el manzano.

—Sí —contestó ella—, qué precioso está, ¿verdad?

Ella estaba ya junto a la puerta. Se quitó la mochila. Él se acercó a ella, dejó las bolsas de la compra al lado de la mochila y sacó la llave del bolsillo. —¿Vas a abrir tú? —preguntó.

—Hazlo tú —contestó ella.

Él abrió con la llave y entró. Dejó la mochila en la cocina y fue al salón. Abrió

una ventana y se quedó mirando el fiordo. Ella lo llamó. Él acudió.

—Por favor, iza la bandera —dijo ella.

—¿Ahora? —preguntó él.

—Quiero que la gente sepa que estamos aquí.

La miró, luego fue por las bolsas y volvió a entrar. Sacó la bandera del cajón de la cómoda de la entrada.

—Era siempre lo primero que hacía mi padre cuando llegábamos aquí —dijo ella—. Izar la bandera.

—Sí —asintió él—, ya lo sé.

—No te importa hacerlo, ¿no?

—¿No ves que la he agarrado? —dijo él, acercándose al asta.

Estaban sentados a la mesa de la cocina. Acababan de comer. Ella miraba por la ventana hacia el tupido bosque.

—A que es un lugar maravilloso —dijo.

—Sí —contestó él.

—No creo que nadie tenga un lugar mejor —opinó ella.

Él no contestó.

—Pero me hubiera gustado haber quitado todos esos matorrales de la linde del bosque.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Porque... no se puede ver lo que hay detrás.

—No están en nuestra finca —dijo él.

—Es cierto —repuso ella—, pero aún así... Mi padre los quitaba siempre. Permanecieron un rato callados.

—¿Qué vamos a hacer mañana? —preguntó ella.

—¿Vamos a hacer algo? —preguntó él.

—No lo sé —contestó ella—. Remar un poco. Hasta la isla Orm, por ejemplo.

—Aquí se está bien —repuso él.

—Claro que sí. Entonces nos quedamos aquí, ¿sí? Además, hay mucho que hacer.

—Mañana descansamos —apuntó él.

—Pero hay que vaciar la letrina —objetó ella.

—No corre prisa —dijo él.

—No, siempre que se haga en algún momento.

Se encontraban en el muelle de cemento, el sol estaba a punto de ponerse.

—Me encanta este lugar —dijo ella.

Él no dijo nada.

—Ahí, justo ahí es donde me caí al agua.

—Sí —asintió él—, ya me lo has contado.

—Tendría unos cuatro años —prosiguió ella.

—Cinco —corrigió él.

—Sí, tal vez. Me di con la cabeza en una de esas piedras que ves ahí y me hice un profundo corte encima de la oreja, y si mi padre no hubiera... ¿Qué ha sido eso?

—Algún animal—contestó él.

—Alguien ha llamado —dijo ella.

—No, parecía más bien un animal.

—Entremos en casa —dijo ella.

Subieron hasta la casa.

—Tenemos que acordarnos de arriar la bandera —dijo ella.

—No creo que sea necesario —objetó él.

—Siempre lo hemos hecho —dijo ella.

—Sí —asintió él—, ya lo sé.

—Hay una regla que dice que debe hacerse —señaló ella.

—Lo sé —dijo él.

—Quiero que lo hagas, Martin. Si no, lo haré yo.

—De acuerdo, de acuerdo, lo haré.

Al entrar dijo él:

—Voy a abrir una botella de vino.

—Sí, ve.

Ella se sentó en el sofá. Él le sirvió vino en una copa.

—Gracias, así está bien —dijo ella.

Él se sirvió el doble y se sentó junto a la ventana.

—Ahí solía sentarse mi padre —señaló ella.

—Sí, ya me lo has dicho —contestó él—. ¿Y dónde se sentaba tu madre?

—¿Mi madre? Ella ... ¿Por qué lo preguntas?

—Simplemente por curiosidad. Salud.

—Creo que solía sentarse aquí, en el sofá.

Bebió unos sorbos de la copa. Permanecieron callados. Él echó la silla un poco hacia atrás para poder contemplar el mar sin tener que volver la cabeza. Dio un sorbo.

—Qué silencio —dijo ella.

Él no contestó. Luego dijo:

—Hay un hombre ahí, en el cabo.

Ella se levantó y se acercó a la ventana.

—Está mirando hacia aquí —señaló ella. Abrió la ventana.

—¿Para qué abres la ventana? —preguntó él.

—Para que vea que hay alguien.

—¿Para qué? —preguntó él.

—Para que se vaya. Ves, ya se ha ido.

Ella cerró la ventana y volvió a sentarse.

Él la miró.

—¿Por qué me miras así? —preguntó ella.

—Simplemente te miro —contestó él—. Salud.

Vació la copa, se levantó, se acercó a la mesa y se sirvió más vino. —¿Has cerrado la puerta con llave? —preguntó ella.

—No.

—¿Por qué no?

—Vamos a dormir —contestó él—. Nunca hemos cerrado con llave al acostarnos.

—Sólo esta noche —dijo ella.

—¿Por qué?

Ella no contestó. Él salió a la entrada, abrió la puerta y miró hacia la valla y el bosque. Luego cerró con llave. Permaneció unos segundos en la entrada en penumbra, oyendo sólo su propia respiración.

—¿Martin? —lo llamó ella.

Él acudió.

—Creí que habías salido —dijo ella.

Él no contestó. Le dio un gran sorbo a su copa. Ella miró el reloj.

—Voy a acostarme enseguida —dijo.

—Sí, ve —dijo él.

—¿Tú te vas a acostar ya? —preguntó ella.

—Esperaré un poco. Me gusta estar aquí sentado mirando el mar.

—¿Verdad que sí? —dijo ella—. ¿Verdad que este es un lugar maravilloso?

—Ya lo creo —contestó él, mirándola.

—Me parece que me estás mirando de un modo muy extraño —dijo ella.

—¿De veras? —preguntó él.

Ella vació la copa.

—Lo siento, pero tengo mucho sueño —dijo—. Será de tanto aire fresco.

—Sí —contestó él—. Vete a dormir.

Estaba dormida. Él se desnudó y se metió bajo el edredón. Ella dormía de espaldas a él. Al cabo de un rato él le puso una mano en la cadera. Ella se quejó suavemente. Él dejó la mano donde estaba y notó cómo crecía su miembro. Movié la mano hacia abajo. El cuerpo de ella dio un respingo, como si le hubiera dado un calambre. Él retiró la mano y se volvió hacia el otro lado.

Había ido al coche a buscar un trozo de cuerda. Al bajar, se detuvo junto a la verja y se quedó contemplando la casa y la finca. Luego cogió una piedra del suelo y la colocó sobre la columna de la puerta. Bajó hasta la parte delantera de la casa y siguió hasta el cobertizo del muelle, donde ella estaba tumbada leyendo. Colgó la

cuerda de un gancho bajo el tejado, luego se sentó de espaldas a la pared, mirando al mar. Al cabo de unos minutos se acercó a ella. Ella levantó la vista y le sonrió.

—¿A que es maravilloso?

—¿El qué? —preguntó él.

—Este lugar —contestó ella.

—Ya lo creo —asintió él.

—¿Por qué no vas por la otra colchoneta y te tumbas aquí al sol? —le sugirió ella.

Él no contestó. Miró hacia la casa, y dijo:

—Las golondrinas aún no han llegado.

—Llegarán en cualquier momento —dijo ella—. Suelen llegar en esta época.

—Si llegan —dijo él.

—Seguro que sí. Siempre lo han hecho. Una vez mi padre las vio llegar. Se metieron volando debajo de la misma teja que el año anterior.

—Sí, ya me lo has contado.

—Antiguamente se creía que cuando una golondrina construía su nido en una casa traía la felicidad a los que vivían en ella.

—Sí —dijo él, y se dispuso a subir a la casa.

Había colocado una tumbona junto al manzano y estaba tumbado mirando al bosque. De repente la oyó gritar su nombre y pensó que había sucedido algo. Se levantó y bajó hacia el muelle. Ella estaba sentada, de espaldas al mar.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

Le indicó con la mano que se acercara.

—Acabo de ver otra vez a ese hombre en el cabo.

—¿Y qué? —preguntó él.

—Te he llamado para que sepa que no estoy sola.

Él la miró.

—¿Tienes miedo de que venga a raptarte?

—Martin, no bromees —dijo ella.

Se quedó un rato mirándola, luego se dio vuelta y subió hacia la parte trasera de la casa.

Habían acabado de comer. Al oeste se veía un frente de nubes y el sol bajo había desaparecido tras ellas. Ella estaba sentada en el sofá leyendo; él, de pie junto a la ventana, contemplando el mar.

—Voy a abrir una botella de vino —dijo.

—Me parece bien —contestó ella.

Descorchó la botella y la colocó, junto con dos copas, en la mesa delante de ella. Le llenó la copa hasta el borde.

—¡Cuánto me has echado! —dijo ella.

—Sí —asintió él.

Cogió su copa y fue a sentarse en el sillón junto a la ventana.

—Parece que te gusta sentarte ahí —comentó ella.

—Sí —contestó él.

Ella siguió leyendo. Al cabo de un rato levantó la vista, y dijo:

—¿Has arriado la bandera?

—Sí —contestó él.

—¿De verdad? —preguntó ella.

—No —contestó él.

—¿Por qué has dicho entonces que sí? —preguntó ella.

Él no contestó. Luego dijo:

—Mañana iré a la ciudad a comprar un banderín.

—Ah no —dijo ella—, un banderín no, son tan... Nunca hemos puesto un banderín.

Él no contestó.

Ella dejó el libro, se levantó y fue a la cocina. Él la oyó abrir y cerrar la puerta de afuera, luego se hizo el silencio. Dio un gran sorbo de vino, luego otro. Se acercó a la mesa a rellenar la copa. Se sentó de nuevo y contempló el fiordo. Al cabo de un rato sonó la puerta. La oyó abrir y cerrar el cajón de la cómoda. Ella entró en el salón y se sentó en el sofá.

—Salud —dijo.

—Salud —contestó él.

Bebieron.

—He arriado la bandera —dijo ella—. Lo siento si crees que opino que eso debería ser cosa tuya.

Él no contestó.

—Como siempre lo habías hecho tú... —prosiguió ella—. No sabía que tuvieras algo en contra.

Él no contestó.

—¿Sabes? —dijo ella—, yo nunca lo había hecho. Siempre lo hacía mi padre. Y luego tú. Nunca he estado aquí sola.

—Ya lo sé —dijo él.

Llevaban bastante rato callados. Ella leía. Él había apurado la copa y luego la había llenado de nuevo. Por fin ella dejó el libro y dijo:

—Creo que me está entrando sueño. ¿Qué hora es?

—Las diez y diez —contestó él.

—Entonces no me extraña —dijo ella—. Hoy me he levantado muy temprano.

—Yo también voy a acostarme —dijo él.

—Por mí quédate un poco más —dijo ella, levantándose.

—Bueno —contestó él—. Entonces igual me quedo un rato más.

—Quiero decir —dijo ella—, todavía tienes la copa casi llena.

—Sí, ya —asintió él.

Cuando la casa se quedó en silencio, él se puso el anorak y salió. Estuvo un rato en el muelle, luego echó a andar hacia el cabo. Un pálido gajo de luna se dibujaba sobre la colina al este. El aire no se movía y el gorgoteo del agua entre las piedras de la playa era casi imperceptible.

Permaneció unos minutos en la punta del cabo, luego volvió a buen paso a la casa. Al llegar, abrió otra botella de vino y se sentó en el sofá. Eran más de las once. Una hora más tarde la botella estaba vacía. Colocó las dos botellas vacías una al lado de la otra en la mesa y se levantó. Se quitó el anorak y lo dejó tirado en el sofá. Atravesó la cocina y subió la escalera, abrió la puerta del dormitorio y encendió la lámpara del techo. Ella estaba tumbada de espaldas sin moverse. Él se acercó al armario y sacó una manta. Un montón de bolas antipolilla rodó por el suelo. Volvió a cerrar la puerta del armario ruidosamente. Ella no se movía. Él le arrancó el edredón.

—¡Martin! —dijo ella.

—¡Tú quédate ahí! —dijo él.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—¡Tú quédate ahí! —repitió él.

Y, sin más, se fue.

Estaba tumbada en el muelle. La vio desde la ventana del salón. Había recogido las botellas y las copas. El anorak seguía en el sofá.

Él salió de la casa y se acercó a la valla. Cogió la piedra que estaba encima de la columna de la puerta y la tiró, luego siguió andando por el camino.

Se metió en el coche y arrancó. Dio marcha atrás hasta la carretera, luego volvió al mismo sitio de antes marcha atrás, y apagó el motor. Permaneció un buen rato allí sentado, inmóvil, mirando al infinito.

Al volver a bajar se encontró con ella.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

—He ido a dar una vuelta, eso es todo —contestó.

—Podías haber avisado —dijo ella—. No te encontraba.

—Simplemente he ido a dar una vuelta —dijo él.

—Me he asustado —dijo ella.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Deberías entenderlo, contestó ella. Primero lo de anoche, y luego esto.

—Olvídate de lo de anoche —dijo él.

Ella lo miró.

—Olvídalo —repitió él—. Había bebido demasiado, no fue nada, no sé qué me

pasó.

—Me asusté mucho —dijo ella.

—¿En serio? —dijo él.

Empezó a bajar la cuesta, camino de la casa. Ella lo siguió.

Estaba sentado en la punta del muelle contemplando el fiordo. Ella estaba tumbada detrás de él tomando el sol. Dijo:

—¿No es un lugar maravilloso?

—Ya lo creo —contestó él.

No soy así, no soy así...

Estaba bajando por la escalera de un bloque de cinco plantas al este de la ciudad; acababa de hacer una visita a mi hermana y no había sido una visita agradable, pues ella tenía muchos problemas, la mayor parte imaginarios, lo que no mejoraba en modo alguno la situación. Nunca la he querido mucho, ella nunca me ha tenido en tanta estima como debiera. Fui a hacerle una visita porque uno de sus problemas era más que real; se había caído y se había roto el fémur izquierdo.

Abandoné su casa con una mezcla de sentimientos: por un lado, me sentía aliviado de escapar, por otro, irritado porque mi hermana había conseguido hacerme prometer que volvería al día siguiente.

Como digo, estaba bajando por la escalera y, justo entre la tercera y la segunda planta, me topé con un hombre mayor sentado en medio de uno de los escalones, impidiéndome el paso. Había colocado una gran bolsa de la compra entre él y la barandilla, y como no me gusta bajar por las escaleras sin tener donde agarrarme, me detuve tras él. No parecía haberme oído, así que al cabo de unos segundos dije:

—¿Puedo ayudarle en algo?

Como no respondió ni se volvió, pensé que quizá fuera sordo o tuviera problemas de oído, así que repetí la pregunta, esta vez más alto.

—No gracias, no creo.

Me quedé perplejo, no por lo que me contestó, sino por su voz, que me resultaba familiar; era muy especial, grave y aguda a la vez, y muy expresiva. Además, contrastaba notablemente con su ropa desgastada, por no decir raída.

Como su voz me hizo creer que lo conocía, y en consecuencia, que él me conocía a mí, cedí a un capricho de vanidad. No quise pedirle que moviera la bolsa y mostrarle así lo debilucho que me había vuelto, de modo que solté la barandilla y sorteé al hombre por el otro lado. Me salió bien, pero cuando volví a agarrarme a la barandilla y me di vuelta para mirarlo, descubrí que me había equivocado. Nunca había visto a ese hombre.

Es posible que pusiera cara de sorpresa, y como él no podía saber por qué y, además, tenía un aspecto aún más desastroso de frente que de espaldas y seguramente lo sabía y estaba acostumbrado a causar una impresión poco afortunada en los demás, tal vez por eso dijo, en parte con terquedad y en parte como disculpándose:

—Vivo aquí.

—Ah, sí.

—Lo que ocurre es que de repente me he sentido muy cansado.

En calidad de ex fotógrafo, tengo cierta experiencia con las caras y, contemplándolo, se me ocurrió pensar que su cara tampoco encajaba con su ropa raída, pero sí con su voz, que tenía una expresividad similar.

—¿Entonces no puedo ayudarlo en nada? —pregunté. Me sentí obligado a decirlo porque tenía la sensación de haberlo mirado demasiado.

—No, no, gracias de todos modos.

—Adiós.

Me marché sin preocuparme por ocultarle que me agarraba firmemente a la barandilla.

Al día siguiente volví a casa de mi hermana, pues se lo había prometido, y en lo que se refiere a cumplir promesas soy un poco anticuado, pero hacía un tiempo asqueroso y nevaba, de manera que me sentí tentado a llamar y decirle que no podía ir. Pero fui, y ella abrió la puerta y se quedó descansando sobre las muletas mientras me exigía que me limpiara la nieve de los zapatos antes de entrar. No quise. Dije que no tenía inconveniente en irme. Entonces ella se apartó de la puerta. Entré, colgué el abrigo y dejé el sombrero sobre el perchero. Mi hermana se adelantó cojeando y se sentó en un sillón. Yo me acomodé en el sofá. Dije que hacía mucho calor en su casa. No contestó. Luego dijo que se había fundido la bombita de la cocina. No podía ayudarla, me mareo mucho con esas cosas. Cuando intenté explicarle lo mucho que me mareo, contestó que nadie se mareo tanto, que no eran más que imaginaciones. Yo tenía muchas respuestas posibles a ese comentario, pero no contesté, de nada habría servido. Ella insistió, dijo que el mareo se producía por causas psíquicas y que en mi caso era debido a que nunca me había atrevido a responsabilizarme de nada. Me enojé y me levanté. Quería marcharme. Había cumplido mi promesa. Quería marcharme. Tal vez ella lo entendiera, lo más probable es que no, pero en cualquier caso, me pidió que fuera a la cocina a buscar la bandeja con el bizcocho, las tazas de café y el termo. No pude negarme. Llevé todo al salón y lo coloqué sobre la mesa que había entre los dos. Los trozos de bizcocho estaban untados con manteca de verdad, no con margarina. Vaya, dije en tono conciliador, y entonces mi hermana puso cara de satisfacción, lo cual me asombró. Dijo que lo había hecho ella, y yo dije sin mucha convicción que se notaba por el sabor. Pero las cosas como son: el bizcocho sabía bastante bien. No dijimos nada más en un buen rato. Me quedé mirando la nieve que azotaba el cristal de la ventana, y me pregunté qué placeres podría tener mi hermana en la vida, y cuando al cabo de un rato llegué a la conclusión de que ninguno, sentí la necesidad de decir algo amable; lo cierto es que me puse un poco sentimental, tal vez debido a la nieve que azotaba la ventana y al calor de la habitación, pero nunca llegué a hacerlo, porque justo cuando iba a abrir la boca me preguntó si quería jugar a los dados. Su pregunta sonó como la de un niño que está casi seguro de recibir un no por respuesta, y aunque a mí los juegos de dados no me aportan ningún placer, pues dejan demasiado al azar, su forma de preguntar hizo que me resultara imposible negarme, y además, no me apetecía salir al temporal de nieve. Dijo que la libreta de apuntar y los dados estaban en el escritorio; y encima del escritorio, en la pared, colgaba la familia,

que fue una familia grande, y todos estaban colgados allí, vivos y muertos mezclados, bastante deprimente. Encontré la libreta y los dados y volví a la mesa. Empezamos a jugar. Por dos veces seguidas mi hermana lanzó los dados con tanta fuerza sobre la mesa que uno se cayó al suelo, y la segunda vez dio vueltas y vueltas hasta desaparecer debajo del sofá, de modo que tuve que ponerme de rodillas para agarrarlo, y estando así, de rodillas, mi hermana me dijo que el trasero de mis pantalones estaba muy brillante por el uso. Yo lo sabía, pero me irritó que hiciera ese comentario, porque nunca he tolerado que un parentesco del que no tengo ninguna culpa justifique la falta de tacto, y así se lo hice saber. Ay, perdona, dijo, en un tono sorprendentemente manso, tendría miedo de que yo dejara de jugar. No dije nada más, porque en ese momento me acordé del hombre andrajoso de la escalera. De camino a casa el día anterior había decidido preguntar a mi hermana sobre él, y ahora estaba a punto de hacerlo, pero recapacité, pues no quería darle a entender que asociaba a ese hombre con mi trasero raído. Así que le di el dado y seguimos jugando. Cuando me pareció que había transcurrido un tiempo prudencial, dije que me había encontrado en la escalera con un amable anciano que de alguna forma me había resultado familiar, ¿sabía quién era? Mi hermana ignoraba de quién podía tratarse, tendría que ser alguien que iba de visita. En la escalera sólo vivía un anciano y no era nada amable, era terrible, seguramente un indigente que había conseguido el piso a través de la Oficina de Servicios Sociales. Sí, sí, es él, dije. Ella me miró escandalizada, pero hice como si no me diera cuenta y pregunté si sabía cómo se llamaba. Larsen, contestó ofendida, o Jensen, algo muy corriente. Me burlé un poco de ella y dije que de acuerdo, que no era un gran apellido, pobre hombre. Qué malo eres, dijo. Sólo un poco, contesté, te toca a ti. Tiró, los dados estuvieron a punto de volver a caer al suelo. Me aseguró que ella no se creía superior a nadie, pero que yo estaba intentando jugar al buen samaritano con un vagabundo, y que eso no iba conmigo, pues si para mí era demasiado cambiar una bombita, podía imaginarse lo que habría pasado si de golpe los pisos de mi portal se hubieran llenado de inquilinos necesitados de asistencia municipal. Me enfadé bastante, lo admito, sobre todo por lo de la bombita, y estuve a punto de herirla profunda y expresamente, cuando de repente echó la cabeza hacia atrás y rompió a llorar. Lloraba con la boca y los ojos abiertos, un tremendo llanto que, así lo entendí, le salía de las mismísimas entrañas. Tal vez debería haberme acercado a ella y haberla consolado, haberle puesto la mano en el hombro o acariciado el pelo, pero el comentario sobre el buen samaritano me paralizó. Así que me quedé sentado, bastante desvalido, no sabía si la había visto llorar alguna vez, al menos no desde que éramos niños, no había llorado ni en el entierro de nuestra madre ni en el de nuestro padre, jamás la había asociado con el llorar, de manera que no entendía ese llanto que duró eternamente, tal vez no tanto tiempo, pero me pareció mucho, me sentía cada vez más perplejo, y al final tuve que

preguntarle por qué lloraba, no para obtener una respuesta, no, sino para que dejase de llorar y no sentirme tan perplejo. Y por fin, cuando había repetido la pregunta, no una, sino dos veces, contestó sollozando, en ese tono tan agudo que se suele quedar después de haber llorado: No soy así, no soy así. Luego dejó caer la cabeza hacia delante y se hizo el silencio. Pensé: Qué manera tan extraña de dormirse. Pero no dormía, estaba muerta.

En los días siguientes fui varias veces a su casa. Yo era el pariente más allegado y me tocó organizar el entierro y todo lo relativo a sus bienes y enseres. En una de mis primeras visitas, alcancé al hombre de la ropa raída que subía por la escalera. Iba muy despacio y yo moderé mis pasos para no acercarme demasiado a su espalda, pero seguramente me había oído porque se detuvo, tal vez para dejarme pasar. Puso las dos manos sobre la barandilla y me miró.

—Ah, es usted —dijo, y sonó como si se sintiera aliviado.

—¿Se acuerda de mí? —pregunté.

—Por supuesto. ¿Vive usted aquí?

Me detuve tres escalones por debajo de él y le expliqué la situación.

Me miró con una mirada tan alerta que pensé: Está disfrazado.

Tras concluir mi escueta explicación, el hombre expresó con pocas palabras su pésame, y luego dijo:

—Y yo sin saber que había muerto. Claro que la conocía. Era muy amable.

—Bueno, no exactamente amable —contesté—, eso tal vez sea una exageración.

—No, no, nada de eso, en una ocasión incluso me subió a casa una bolsa de la compra que pesaba mucho.

—No me diga —comenté sorprendido.

—Esas cosas se aprecian, ¿sabe usted?

—Algo que en realidad debería ser una cosa natural.

—Bah, eso era hace mucho. Los tiempos cambian. Hay que poner el reloj en hora. Así uno no se lleva decepciones, quiero decir.

Me dirigió una breve sonrisa, luego se volvió y continuó subiendo. Yo lo seguía. Vivía justo debajo de mi hermana. En la puerta no había ninguna placa con su nombre. Nos despedimos, y no lo oí cerrar la puerta hasta que casi hube llegado arriba.

Alrededor de una semana más tarde, me lo encontré en la calle. Yo iba otra vez al piso de mi hermana. Lo divisé a cierta distancia, venía derecho hacia mí, tenía una expresión hermética, no se percató de mi presencia hasta que me detuve delante de él y lo saludé. Por un instante pareció que lo hubiera pillado in fraganti, pero sólo por un instante, luego sonrió. Intercambiamos unas frases triviales, luego le pregunté, incitado por el hecho de que nos encontráramos delante de una cafetería, si quería tomar un café conmigo. Vaciló un momento, luego aceptó. El local era luminoso y

grande, con muchas mesas blancas y redondas. No se quitó el abrigo, por eso yo tampoco me quité el mío. Removía lentamente el café con la cucharita, aunque no se había puesto ni azúcar ni leche. Yo tenía dentro un montón de preguntas, pero no sabía qué decir. Entonces él preguntó de qué había muerto mi hermana. Era un buen tema. Los dos éramos, por así decirlo, firmes partidarios del paro cardíaco como causa de muerte. El único inconveniente de una muerte tan repentina, dijo bromeando, es que uno ha de tener sus bienes bajo control en todo momento para estar seguro de no dejar ninguno de sus secretos, por no decir inclinaciones, a la posteridad.

Contesté, en el mismo tono de broma, que ese era un pensamiento muy vanidoso. Él me miró entonces con una leve sonrisa que tal vez fuera irónica, y dijo:

—¿Acaso no se siente usted inclinado a atribuirme algo de vanidad?

—Oh, sí —contesté, un poco sorprendido.

—¿De modo que usted no juzga por las apariencias? —preguntó, todavía con esa media sonrisa que me resultaba difícil de interpretar. Le aseguré que en absoluto, no en su caso. Me miró interrogante, y comprendí que le había dicho demasiado y demasiado poco, y por eso añadí que había algo en él que me hacía pensar que iba disfrazado.

—¿Quiere decir —preguntó— que no soy quien parezco ser?

—No exactamente —contesté—, más bien que usted ha roto con su punto de partida, que, por así decirlo, se ha salido de su marco.

Fui torpe y también más indiscreto de lo que había pretendido, me sentí bastante mal, y el silencio que se hizo fue más que penoso. Por fin empecé a disculparme, pero él me hizo un gesto que me desarmó, parecía asustado, y dijo que no tenía que pedir disculpas por nada, al contrario, él era el que me había provocado, y, además, no me faltaba razón, pues años atrás su vida había dado un giro drástico, no es que se lamentara de ello, que no pensara eso, si alguien le preguntaba si su vida había cambiado para bien o para mal, tendría que contestar llanamente que no lo sabía, lo único que sabía es que había cambiado.

Después de pronunciar todas esas palabras que en el fondo no expresaban nada, calló. Esperaba que continuara, pero no dijo nada más, y como lo consideraba demasiado inteligente para decir tanto sin haber tenido algún propósito, llegué a la conclusión de que había sido su manera de cerrar el tema. Con razón o sin ella, tuve la sensación de que me había puesto en mi sitio, y no me esforcé mucho por iniciar una nueva conversación. Intercambiamos unas palabras bastante anodinas, él me agradeció la compañía y lamentó tener que irse. Fuera nos dimos la mano y nos fuimos cada uno por nuestro lado.

La siguiente vez que fui al piso de mi hermana había quedado allí con mi hermano menor. Lo veo muy de tarde en tarde y no lo lamento. Es asesor jurídico de

algún ministerio y una persona muy autosuficiente. Llegó media hora más tarde que yo y veinte minutos después de la hora acordada; bien es verdad que se disculpó, pero con tanta indiferencia, que más bien parecía una ofensa. Me tragué la ofensa, y cuando hubo colgado el abrigo, le di una exhaustiva lista de todos los muebles y enseres. Le interesaba más bien lo último, sobre todo lo referente a joyas y cubertería de plata. Yo había colocado todo de un modo bastante práctico, sobre una mesa entre las ventanas del dormitorio, y cuando se lo mostré, se vio obligado a señalar que había sido un descuido por mi parte no haberlo colocado en un lugar más seguro. Debería haber caído en que un piso deshabitado constituye una gran tentación para los ladrones. No contesté, porque quería evitar en la medida de lo posible discutir con él. Fue al dormitorio, y yo a la cocina a poner agua para el café. A través de las paredes podía oírlo abrir cajones y armarios, supuse que miraría debajo del colchón, yo también lo había hecho. Al rato, entró en la cocina y preguntó si nuestra hermana no había dejado más objetos personales, cartas y cosas así. Contesté que estaban en el escritorio. Volvió a salir de la cocina, y cuando entré en la habitación con el café, estaba sentado en medio de un montón bastante grande de cartas, leyendo. Yo también había leído gran parte de las cartas, las que habían sido escritas por mi madre. De hecho, había escondido una que contenía tres frases sobre mí. Le sugerí que se llevara las cartas para leerlas en casa. Le pareció bien y fui a la cocina a buscar una bolsa de plástico para meterlas. Estando allí, llamaron a la puerta. Oí que mi hermano iba a abrir. No me acordaba de dónde había dejado las bolsas y tardé en encontrarlas. Me topé con mi hermano en la puerta del salón, parecía, como poco, desconcertado, y dijo:

—Es para ti —no supe inmediatamente de qué podía tratarse, no hasta que me susurró—: ¿Lo conoces? —entonces comprendí a quién se refería, pero al mismo tiempo no entendía esa pregunta asombrada, casi aturdida, de mi hermano. Era él, estaba delante de la puerta, también parecía perplejo. Se disculpó, había oído pasos en el piso, pues vivía justo debajo, había pensado que era yo, yo solo, no tenía intención de molestar, sólo quería preguntar si me apetecía tomar un café con él cuando hubiera acabado, pero tal vez no fuera muy oportuno, puesto que no estaba solo. Le contesté que con mucho gusto, y pareció alegrarse. Volví a ocuparme de mi hermano, que estaba de pie en medio de la habitación, mirándome interrogante.

—¿Lo conoces? —preguntó.

—Claro que lo conozco —contesté.

—Vaya.

—Por favor, ahórrame tus prejuicios —le dije, un poco abatido, pero él prosiguió sin inmutarse:

—¿Vive en este bloque?

—Sí, vive en este bloque.

—Gabriel Grude Jensen.

—¿Tú también lo conoces? —le pregunté, perplejo.

—No, Dios me libre. Pero seguí el juicio.

—¿El juicio?

—Sí, el juicio. ¿No has dicho que lo conocías?

—No ha hablado mucho de su pasado.

—Es comprensible. Mató a su mujer Dios sabe hace cuántos años. Una historia muy fea.

Dijo bastantes más cosas, estaba claro que disfrutaba con su papel de informante, pero cuando se rebajó a ironizar sobre mi llamada amistad con ese hombre, le dije que no tenía por costumbre preguntar a la gente si había matado a alguien, y que tampoco dejaría que la respuesta a esa pregunta decidiera si me gustaba o no.

Después de eso, hicimos lo que habíamos ido a hacer, y al cabo de una hora se marchó. Yo fregué las tazas, apagué las luces y cerré la puerta. Luego bajé al piso de abajo y toqué el timbre. El hombre me cogió el abrigo y me condujo al salón. De forma y tamaño era idéntico al de mi hermana, pero escasamente amueblado. En medio de la habitación había una mesa baja y ovalada, y a cada lado de la mesa, un sillón. Detrás de uno de ellos había una lámpara de pie con una pantalla oscura, la luz que emanaba apenas llegaba a iluminar las paredes desnudas. Toda la habitación parecía un escenario. Me invitó a sentarme, luego me ofreció una copa de coñac con el café; la acepté. Decidí ocultar lo que sabía sobre él. Llenó las copas y me preguntó qué me parecía su hogar. En parte por el tono de su voz, me sentí obligado a interpretar la pregunta como algo provocativa, de modo que contesté que, a mi entender, la impresión espartana que transmitía correspondería a su naturaleza o a su bolsillo. Dijo que eso era lo que él llamaría una respuesta diplomática, y luego añadió —con bastante incoherencia, en mi opinión— que en general no tenía nada en contra de la soledad. ¿De estar solo, quiere decir? le pregunté. Sí, sí, eso era lo que quería decir. Pero después de la muerte de mi hermana todo se había vuelto muy silencioso, antes oía sus pasos, y de vez en cuando voces o ruidos en la cocina, en ese bloque se oía todo a través de las paredes, pero ahora no oía nada, a veces tenía la sensación de no existir, y eso le causaba una gran angustia. ¿También yo vivía solo? Le contesté que sí. ¿Angustia? le pregunté. Sí, sabe usted, cuando todo se vuelve imperiosamente vacío y uno necesita levantarse y andar, y, preferentemente, decir algo al aire, rodearse de sí mismo, por así decirlo, es lo único que sirve. Bebió un sorbo de la copa. Yo no sabía qué decir, lo mío no es hacer confidencias, y cuando otras personas me las hacen, me siento angustiado y avergonzado. ¿Le estoy molestando? preguntó. De ninguna manera, contesté, y probablemente sonó convincente, porque continuó hablando de su angustia. Me sentía cada vez más incómodo. Aunque no se le notaba, supuse que antes de que yo llegara había bebido bastante, esa era la explicación más

razonable de que ahora se mostrara tan diferente de la impresión que me había causado en nuestros anteriores encuentros. Y cuando, para colmo, empezó a hablar del amor, decidí dar por concluida la visita. En el mundo hay demasiado poco amor, dijo, deberíamos sentir más amor los unos por los otros. Fue muy penoso. ¿Quiénes son los unos y los otros? pregunté, y ¿qué es el amor? Sólo contestó a la primera parte de la pregunta. Todos, dijo. Me encogí de hombros, podría no haberlo hecho, pero sentí cierta necesidad de hacerme notar, y al fin y al cabo fue una reacción bastante suave. ¿No está usted de acuerdo? preguntó. Contesté que no lo estaba. Eso le pareció interesante, y quiso echarme más coñac. Lo rechacé cortésmente diciendo que lamentaba tener que irme. Tenía una cita. Pero no me levanté inmediatamente, no quise que me descubriera, además tenía un poco de mala conciencia, pues al fin y al cabo él no me había hecho nada, sólo hablar como un cura tonto. De modo que, con el fin de mostrarme amable y de que el silencio no se le hiciera tan angustioso, le dije que esperaba no tardar demasiado en encontrar un comprador para el piso de mi hermana. Ah, no será lo mismo, exclamó, y al mirarle interrogante, añadió: Sabe usted, su hermana mostraba conmigo una especie de bondad. No me diga, dije perplejo. Sí, contestó, y por eso... saber que eran sus pasos... Seguro que me entiende. Asentí y me levanté. Me quedé de pie, con la cara a la sombra de la pantalla oscura, asintiendo una y otra vez con la cabeza, como si entendiera todo, era una mímica que no desentonaba con ese cuarto que recordaba un escenario; no me quedaba ni un pensamiento sensato en la cabeza. Le oí decir que había sido un placer hablar con alguien que lo entendía, un gran placer, no se encontraba a menudo a una persona así. Me sostuvo el abrigo, luego nos dimos la mano. Me marché, firmemente decidido a no volver a poner los pies en el piso de mi hermana.

El estimulante entierro de Johannes

El día comenzó estupendamente, había dormido bien. Este va a ser un día mejor, Paulus, me dije a mí mismo. Y al llegar al parquecillo donde suelo sentarme a leer el periódico cuando hace buen tiempo, incluso el banco más cercano a la señal de STOP estaba libre. Me gusta sentarme allí; se ve tanta impaciencia junto a un STOP..., hasta se puede presenciar algún que otro accidente. No es que me encanten los accidentes, pero, por ejemplo, si por alguna razón un avión hiciera explosión en el aire, no tendría nada en contra de ser uno de los que lo observaran, o mejor, el único. Pues sí, Paulus, me dije a mí mismo, no descartes que hoy pueda ser un día mejor.

Sé que algunos insisten en que soy un viejo cascarrabias, pero eso es sólo verdad a medias. Cuando aparece algo positivo en mi vida, me aferro a ello, y en esos momentos puede ocurrir que grite por dentro: ¡por fin, por fin! Aunque no sucede a menudo, claro, el mundo no es así. Pero, por ejemplo, no hace más de un mes..., ah sí, tal vez algo más..., bueno, da igual, no era un buen ejemplo.

Pues bien, allí estaba yo sentado, sin nada pendiente conmigo mismo, cuando de pronto divisé a mi hermano gemelo, Johannes, que se acercaba renqueando por la acera. Tuve la ardiente esperanza de que no me hubiera visto, pero en ese momento oí su voz.

—Ajá, Paul, finges no haberme visto. Así ha sido siempre, brusco e indiscreto.

Le sonreí cortésmente, como si no hubiera oído su comentario.

—Anda, eres tú —dije—, hacía mucho que no te veía.

Se sentó a mi lado y se puso a contar cuánto tiempo hacía exactamente.

—Casi justo dos años antes de que nuestra madre muriera, y de eso hace nueve años.

—¡Ay! —exclamé—, ¿de veras hace tanto tiempo?

—Por lo menos esperaba verte en su entierro.

—Sí, sí —dije—, muy amable de tu parte.

Como se puede ver, lo intenté por la buenas, pero él continuó, con muchas palabras, reprochándome mi ausencia hace nueve años, al menos podría haber enviado flores o un telegrama. Etcétera. Era demasiado estúpido. Y para irritarlo, lo admito, le pregunté de qué había muerto su madre. Y se irritó tremendamente.

—¿Y eso me lo preguntas nueve... ? ¿¿Mi madre?? ¿Qué quieres decir con *mi* madre? ¿Tampoco eres ya su hijo?

Aunque siento cierta predilección por las catástrofes, no me gusta nada convertirme en el centro de la atención ajena. Sé que por mi aspecto —tengo la cara como un cerdo, debido en parte a una enfermedad, no quiero decir cuál— alguien ajeno me echaría automáticamente a mí toda la culpa si me encontrara en una situación controvertida. Y ahora estaba a punto de caer en una situación de ese tipo,

debido a la ruidosa ira de mi hermano. Un chiquillo inaguantable se había colocado a un par de metros de mí, y en la acera, los peatones ralentizaban el paso o se paraban del todo. Aquello no me gustaba. Me levanté, decidido a marcharme. Pero Johannes no iba a tolerarlo; me agarró del brazo y me obligó a volver a sentarme en el banco. Ay, si hubiera tenido fuerza. Estaba indefenso. Realmente indefenso. En manos de un loco a quien la gente sin duda tomaría por el más normal de los dos. Y que encima era mi hermano gemelo. No puedes llamar a la policía sólo porque tu hermano gemelo te tenga agarrado del brazo. Nadie lo entendería.

Bueno, al menos ocurrió algo positivo. Probablemente porque tenía que esforzarse para mantenerme agarrado, dejó de amonestarme. Yo no dije ni una palabra por temor a que volviera a empezar.

Mientras estaba allí sentado, pensando en cómo librarme de él —pensé incluso en prenderle fuego, siempre llevo conmigo un encendedor con llama alta—, ocurrió una de esas casualidades que favorecen a uno: tuvo lugar un accidente. Escuché un agudo chirrido de frenos y luego un golpe seco, y cuando miré por encima del hombro, vi una motocicleta volcada y el cuerpo aparentemente sin vida de un hombre mayor delante de las ruedas de un taxi. Mi hermano, que probablemente había presenciado menos accidentes que yo, me soltó de inmediato el brazo, y aproveché la ocasión para alejarme de él lo más rápidamente que pude. Puedo decir con toda seguridad que no había andado tan rápido en los últimos quince años. Andaba tan deprisa que gritaba y rechinaba por dentro, y cuando llevaba andando así unos minutos, no pude más. Que viniera a cogerme.

Pero mi hermano no llegó, me encontraba a salvo. A punto de morir por el sobreesfuerzo, pero a salvo. Me senté en unas escaleras, y allí permanecí como una ramera cualquiera hasta que pensé que las piernas tal vez me soportarían de nuevo, al menos un trecho más.

Me encontraba cerca de una filial de la biblioteca municipal y decidí entrar, pues allí podría descansar como es debido.

Me dejé caer en una silla junto al estante de las revistas.

Ay, qué silla tan buena para mi cuerpo agotado. Y debí de quedarme dormido, porque de repente alguien me sacudió y una voz enojada me susurró al oído:

—Está prohibido dormir aquí.

Era una prohibición comprensible, pues ¿qué ocurriría si todos los usuarios de la biblioteca se quedasen dormidos? Pero no me gustó el tono. El que me había hablado era un joven con unos bigotes de lo más tristes, de esos que caen a ambos lados de la boca.

—No he oído lo que me ha dicho —dije en esa voz tan baja que se acostumbra usar en las bibliotecas.

Ay, el joven no era un bibliotecario sabio, habría leído muy pocas novelas buenas.

Se quedó un instante escudriñando mi fea cara, luego señaló la salida.

Entonces me enfadé enormemente, pero me controlé, cogí una revista del estante y lo ignoré por completo. Me costó un gran esfuerzo, y cuando me agarró del brazo, el mismo brazo que mi hermano gemelo había maltratado poco antes, mi ira se volvió tan justiciera que resultó imposible reprimirla. Me levanté y dije con la máxima potencia de voz:

—¡No se atreva a tocarme..., bribón!

Se oyó, y por muy justa que fuera mi causa, ya sabía que no iba a ganarla. Me marché, y he de confesar que lloré. Seguí llorando durante mucho tiempo después de haber salido de la biblioteca, y me pareció que el mundo estaba en mi contra. Pero luego hice un esfuerzo por recapacitar. Bueno, bueno, Paulus, me dije a mí mismo, todo esto te ha pasado antes, no tiene importancia. En cualquier caso, la vida pronto llegará a su fin, y entonces no importará que hayas sido solitario, feo e infeliz.

Un día, poco tiempo después, cumplí ochenta años. Fuera por la razón que fuera, el caso es que me invadió un fuerte ataque de melancolía. Me atrevo a decir que fue un ataque excepcionalmente fuerte. Como no era capaz de tranquilizarme hablando, bajé a la tienda de la esquina y compré dos botellas de cerveza que bebí lo más rápidamente que pude. Luego me acosté, pero era de día y no logré dormir. En cambio, tuve la casi inexplicable ocurrencia de dar un paseo en autobús. Bueno, Paulus, me dije a mí mismo, ¿por qué no?

Cogí dinero y fui a la parada. Me senté en un autobús cuyo destino ignoraba. No quise preguntar, porque nunca recibo respuestas decentes. Cuando llegó el revisor, le tendí un billete de los grandes y dije que iba hasta el final. No me miró, de modo que todo fue bien.

Me devolvió mucho dinero, lo que me dio a entender que el autobús no iría muy lejos. Se detuvo mucho antes de lo que me había imaginado. No era un sitio bonito. Una gran fábrica y una larga fila de bloques uniformes de viviendas. La cerveza me pidió salir del cuerpo, y miré a mi alrededor en busca de un lugar donde orinar. No existía tal sitio y eché a andar. Seguramente fui en dirección contraria. Era una calle muy larga, pero no había ningún lugar donde poder aliviarme, ni siquiera un portal. Por fin divisé una tienda y anduve todo lo rápido que pude para llegar a tiempo. Había una mujer detrás del mostrador, su rostro era casi tan feo como el mío, lo que me dio esperanzas. Pero después de haberme escudriñado un buen rato, negó con la cabeza.

—¿Y qué puedo hacer? —pregunté.

—Esto es una tienda —contestó.

—Me hago cargo —señalé.

—No sea impertinente —dijo.

Salí a toda prisa, anduve unos cuantos metros en la misma dirección en la que

había llegado, y oriné contra la pared de una casa en el último momento. Ay, cuánta orina salió de mí, parecía no tener fin. Y claro, fui observado. A uno no se le ahorra ningún disgusto. Oí gritos enojados, y una mujer abrió una ventana muy cerca de mí y exclamó:

—¡Debería darle vergüenza, viejo!

—Ay, si usted supiera —contesté sin mirarla. Luego me alejé. Intenté andar despacio pero no resultaba fácil. Y por cierto, ¿por qué?, si no hay nadie que sueñe siquiera con que yo pueda tener dignidad.

Volví a donde había parado el autobús, pero no había ninguno, de modo que continué andando. Pronto llegué a una plazuela con una fuente y muchas palomas. Me senté en un banco y me puse a observar a la gente que pasaba. Cuánta gente bien hecha hay por el mundo. Sobre todo mujeres jóvenes; qué bonitas pueden llegar a ser antes de que la maternidad les deje huellas.

No llevaba mucho tiempo sentado cuando ocurrió algo inusual. Llegó una mujer mayor y se sentó a mi lado en el mismo banco. Bueno, pensé, tendrá mal la vista.

Primero pensé en levantarme antes de que surgiera algún problema, pero me produjo una sensación tan rara, casi exótica, eso de estar sentado en el mismo banco que una mujer, que me quedé sentado. Tal vez alguien que no conozca a ninguno de los dos, incluso creerá que nos pertenecemos, pensé. O al menos que nos conocemos. Hasta ese punto se puede llegar a fantasear.

Mientras tanto, me acordé de que era mi cumpleaños, y entonces sentí algo agresivo por dentro. Me levanté rápidamente y volví a la parada del autobús. Estaba enfadado y no tenía miedo, de modo que pregunté cuándo salía el próximo. Sólo faltaban unos minutos. Estuve enojado durante todo el trayecto, y al bajarme del autobús entré derecho en el primer café que vi y pedí una jarra de cerveza. Nadie me impediría celebrar mi ochenta cumpleaños, que se atrevieran a intentarlo. Era un buen enfado, y no cesó; cuando acabé la cerveza, seguía enojado. Le solté un montón de improperios al mundo, por dentro, claro. Y cuando se acercó a mi mesa un anciano, estaba dispuesto a no dejarme vencer.

—Tú tienes que ser Hornemann —dijo, y pensé con amargura: Una vez visto, siempre visto. Pero asentí con la cabeza, aunque no sabía quién era él.

—Llevo un rato mirándote —explicó— y he pensado: Ese hombre no puede ser otro que Paul Hornemann.

—Pues sí, uno suele parecerse a sí mismo —dije.

—¿Pero tú a mí no me conoces? —preguntó con entusiasmo, seguramente había bebido más que yo.

—No.

—Holt —indicó—, Frank Holt. Fuimos colegas en el Instituto de Bachillerato de A.

Si mi malograda vida hubiera tenido un principio distinto del de la concepción, todo habría empezado en A. No tengo intención de relatar aquello, ni ahora ni más adelante, bastará con decir que nunca debería haber tenido alumnos. Descubrí demasiado tarde que mis conocimientos no podían compensar mi aspecto. Los alumnos lo pasaron muy bien a mi costa, y al final la cosa acabó mal. Muy mal.

Basta ya de hablar de eso. Pero ese inesperado encuentro con el profesor Holt — de quien yo, por cierto, aún no me acordaba— fue todo menos agradable.

—Ay, hace mucho —dije.

—Sí, ha llovido mucho desde entonces —dijo él, y en ese instante supe que no me iba a aportar nada placentero. Si por lo menos él hubiera sido tímido, uno podría haber dicho disparates, pero no lo era.

—Sí, llueve sin parar —contesté—, y sin embargo, nunca llueve a gusto de todos.

Parecía un poco desorientado, aunque preguntó si le permitía sentarse. Vacilé en contestar, pero ¿de qué sirvió, si la respuesta final fue que sí? Nunca aprenderé.

Quiso invitarme a una cerveza, pero en ese punto puse el límite y pedimos una cerveza cada uno. Él comenzó enseguida a recordar viejos tiempos, y entendí, con gran alivio, que se había marchado de A al año siguiente de llegar yo. Todo lo que podía recordar. Y sólo cosas buenas y agradables. Tiene que sentirse bien consigo mismo, pensé, y cuando el flujo de recuerdos comenzó a disminuir, dije:

—Cuántos buenos recuerdos.

—Sí, de los que uno puede vivir durante mucho tiempo.

—Entonces te harás muy viejo, Holt.

Sonrió confiado.

—Quién sabe. Nadie conoce el día hasta en que se ha puesto el sol.

—Y tanto. Te expresas muy bien, ya lo creo.

—Cada nuevo día es un regalo —dijo con entusiasmo.

Me quedé atónito. Era como oír a mi madre, y no fue precisamente una mujer digna de imitar.

—Es como estar oyendo a mi madre —dije—. Y cumplió más de noventa años.

Él estaba radiante.

—No me digas —replicó—. Pues sí, me gustaría participar en la transición al nuevo milenio. ¿Te lo imaginas, Hornemann?

—Sí —contesté—, habrá unos estupendos fuegos artificiales.

—Y no sólo eso —añadió—, imagínate ese soplo histórico que pasará por la Tierra. Casi puedo oírlo.

Reprimí una respuesta. Sé bueno, me dije a mí mismo, no te ha hecho nada, simplemente es así; cuando está sobrio, seguro que también él se siente solo e insatisfecho, le ocurre a todo el mundo. Lo que pasa es que no lo saben, o lo llaman de otra manera.

Apuré el vaso y dije que tenía que marcharme, que tenía una cita.

—Vaya, vaya, siempre ocurre lo mismo —dijo—, cuando uno se encuentra por fin con alguien conocido, resulta que está ocupado. De todos modos, me alegro de haberte reconocido.

—Adiós —dije.

—Adiós, Hornemann, me alegro de haber hablado contigo.

Al llegar a casa, encontré una nota debajo de la puerta.

Era de mi hermano gemelo. Ponía con mala letra: «Supongo que estás en casa y no quieres abrir. He venido a felicitarte por tu cumpleaños, ya que nadie más lo hará. Al menos ahora sé dónde vives. Volveré. Johannes».

Me apresuré a entrar en casa, cerré con llave y puse la cadena de seguridad. Ese día ya no volví a salir, tenía miedo de que estuviera esperándome abajo, en el portal.

Pero al final resultó ser un buen día a pesar de todo. Tenía en casa una revista que sólo había leído a medias. Esa noche leí lo que me quedaba. Uno de los artículos trataba de un quásar recién descubierto. Se encuentra a 117000 millones de kilómetros de distancia y su luz fue emitida hace 12400 millones de años, es decir, casi 8000 millones de años antes de que naciera nuestro sistema solar, y mucho antes de que se formara la Vía Láctea, hace 10000 millones de años.

Ay, fue una buena lección en perspectivas. Me sentía tan animado que abrí una ventana para contemplar el espacio. Por supuesto, no vi nada, hace mucho que no se ve un cielo estrellado sobre esta ciudad, pero no importaba, yo sabía que existía el infinito y que todo lo irracional perecerá en él.

Aproximadamente una vez por semana me acerco a un café que no está lejos de casa. Es mi café habitual. Los camareros se han acostumbrado a verme, casi me atrevería a decir que me aceptan. Me siento en una mesa pequeña y me tomo tres o cuatro jarras de cerveza; así paso toda la velada. De vez en cuando, algunos de los clientes habituales me saludan porque me ven a menudo, lo cual encuentro muy alentador. Alguno que otro me habla, pero se trata siempre de alguien tan borracho que no sabe muy bien lo que hace, o de uno de esos pesados que ha sido ya rechazado en todas las demás mesas y ve en mí la última salida. Nunca los invito a sentarse, y si se sientan de todos modos, les hago marcharse.

Es un buen sitio para pasar el rato, y si pudiera permitírmelo, iría todas las noches. He soñado con ello a menudo, con acudir allí todas las noches.

Pero el otro día, la última vez que estuve, vi horrorizado que entraba mi hermano gemelo. Me agaché lo más rápido que pude e hice como si estuviera recogiendo algo del suelo, pero él ya me había visto. Vi sus piernas detenerse junto a mí.

—¿No encuentras nada? —preguntó.

Me incorporé sin contestarle. Él se sentó. Me invadió una gran desesperación: está robándome mi café habitual.

—¿Conque aquí es donde pasas el tiempo? —preguntó.

—Déjame en paz —contesté, resignado.

—¿En paz? ¿Esas son formas de hablar a tu hermano? ¡Vengo aquí a charlar, y tú me pides que te deje en paz!

—Lo único que pasa es que prefiero estar solo.

Se exaltó y montó un escándalo. Cuánto lo odio. Y por la amargura ante el hecho de que estuviera a punto de arrebatarme el último refugio fuera de mi propia casa, dije:

—No eres mi hermano.

Ya habíamos empezado a llamar la atención entre las mesas más cercanas y mi declaración empeoró la situación, que ya era bastante mala. Johannes se puso fuera de sí, extendió un largo brazo por encima de la mesa, me agarró de la solapa y gritó:

—¡Dime eso otra vez!

No me pareció necesario; además, vi que el camarero se estaba acercando.

—Aquí no queremos líos —dijo.

—¿Podría pedirle a este hombre que se marche? —pregunté—. Asegura que es mi hermano gemelo.

Por un instante, Johannes me miró estupefacto, luego me dio un fuerte empujón, a la vez que me soltó la solapa. La silla cayó hacia atrás y, camino del suelo, pensé: Soy demasiado viejo para caerme, seguro que me rompo en pedazos.

Pero fue la silla la que se rompió. Bien es verdad que me golpeé la nuca contra el suelo, pero no dolió demasiado, mas noté espantado que había mojado los pantalones, y estaba tan avergonzado que me quedé un rato con los ojos cerrados tumbado en el suelo, hasta que noté una mano sobre la mejilla y vi varios rostros. Desde la puerta, oí a Johannes gritar que era mi hermano gemelo.

—¿Está usted bien? —preguntó uno de los hombres que se habían inclinado sobre mí.

—Sí, gracias, gracias —contesté, aturdido. Y logré sonreír, seguro de presentar un aspecto horrible. Pero me ayudaron a levantarme, fueron muy serviciales, bueno, directamente amables, y me puse sentimental, dando las gracias a diestro y siniestro.

Allí estaba sentado como antes, sólo que con los pantalones mojados. A Johannes lo habían echado, pero estaba seguro de que estaría esperándome fuera. Me consolé pensando que aún faltaba mucho para que el café cerrara; tal vez se cansara de esperar y aplazara la venganza para otra ocasión.

Me miré los pantalones. Ay, estaban muy mal. Una gran mancha oscura ante la cual sería incapaz de tomar una actitud racional, por mucho que quisiera. ¡Mi dignidad!, gemí por dentro, aunque no tuviera nada que ver con mi dignidad, sino con mi vanidad.

Se me acercó un hombre. Sería uno de los que se habían inclinado sobre mí, y

seguramente también me habría visto echar un miserable vistazo a mis pantalones. Puso un frasco con sobres de sal y pimienta en mi mesa y me dijo que echara sal encima, porque así absorbería la humedad. Imagínese, qué amable por su parte. Me sentí cálido por dentro, y estuve a punto de levantarme y estrecharle la mano, pero temí que no le gustara, de modo que me limité a darle las gracias.

—De todas formas, todo el mundo pensará que es cerveza —dijo.

Yo no lo creía así, pues mi experiencia me dice que la gente piensa siempre lo peor. Pero él lo dijo con buena intención, así que le agradecí efusivamente el consuelo.

Me eché dos sobres de sal encima y pensé que tal vez fuera buena idea empezar a llevar en el bolsillo algunos de esos sobres tan prácticos, por si acaso. Por no decir sobres de pimienta, se me ocurrió de repente, y me apresuré a meterme cuatro en el bolsillo. ¡Ja! pensé confiado, ahora que Johannes se atreva.

Al cabo de un rato tuve que ir al lavabo, y me atrevo a decir que fui con la cabeza alta y el ánimo elevado. Ojalá no lo hubiera hecho, pues debería haber recordado que los lavabos de los cafés son lugares para muchas clases de evacuación. Apenas hube entrado, se me acercó un joven borracho que me miró dos veces y luego preguntó que de dónde me habían sacado. Nunca suelo contestar a ese tipo de preguntas, pero en ese momento..., bueno, tampoco estaba del todo sobrio, así que le pregunté si no tenía educación. De descarado pasó a malvado. Dijo un montón de cosas que atentaban seriamente contra mi honor, y el episodio fue el doble de penoso porque había un hombre junto al urinario que escuchó todo. Le dije algo muy feo, no quiero decir qué, y se me encaró con sus ojillos. Quería pegarme, estaba seguro, y de alguna manera me pareció natural, pues sabía que podía conmigo. Pero se contentó con agitar el puño delante de mis narices. En ese instante entró el portero, seguramente nos habría visto, porque el lavabo está vigilado. Jamás hubiera imaginado que algún día eso me parecería algo bueno. Pero fue un punto de vista que duró poco.

—Esta noche no hay más que problemas contigo —dijo. Me lo estaba diciendo a mí.

—¿Conmigo? —pregunté asustado—. Él me importunó.

—Vaya. Primero uno y luego otro. Muchas importunaciones en una noche, ¿no? Creo que sería mejor que lo dejaras por hoy.

Sabía que había perdido, jamás he oído hablar de porteros que cambien de opinión. Si han decidido algo, son insensibles incluso a los argumentos más obvios.

Y sin embargo, precisamente porque estaba en juego una parte muy importante de mi existencia, estaba dispuesto a intentarlo, aunque no pude decir más de siete palabras antes de que me aplastara:

—Y más vale que dejes de robar sobres de sal y pimienta. No creo que seas tan pobre, ¿no?

No pude contestar. Cualquier respuesta habría debilitado aún más mi credibilidad.

Ay, cómo entiendo a los que denuncian la injusticia. Si él hubiera sido menos grande y yo más joven, si hubiera tenido una mínima posibilidad de ganarlo, me habría abalanzado sobre él. Ah, sí, lo hubiera abatido. Aún queda en mí algo de verdad. ¿Qué digo, verdad? Quiero decir sentido de la justicia. No, tampoco eso. Hay demasiadas palabras elegantes en el mundo. Agresividad es la palabra, es una buena palabra.

No sé si pensé eso estando allí, pero lo sentí. De modo que lo único que hice fue levantar el puño y marcharme. Era lo único que podía hacer. Levanté el puño en alto por encima de la cabeza, como hacen los jóvenes en las manifestaciones. Y luego salí del lavabo y del café, convencido de que me marchaba para siempre. No exagero nada si digo que sentía una gran amargura.

Pero pronto tuve otras cosas en qué pensar, no sólo que mi mundo se había reducido drásticamente e irremediablemente. Había salido del lavabo con mi urgencia sin solucionar; ahora la necesidad de vaciarme se me vino encima con tanta fuerza que mi problemática de la libertad se convirtió en algo completamente nimio. Ah, sí, también de esa manera el espíritu se ahoga en la materia.

Pero ya de vuelta en casa y con mis necesidades primarias satisfechas, me volvió la amargura. O la aflicción, se podría muy bien llamar aflicción. Apenas tienes ya nada más que perder, Paulus, me dije, estás casi acabado.

Cuando por fin me dormí —tardé mucho—, tuve un sueño. No creo en los sueños, quiero decir que no creo en la interpretación de los sueños. Pero sucede, no obstante, que un sueño te hace despertarte animado, casi alegre. Y ese sueño fue de tal naturaleza que me desperté con una especie de acceso de optimismo. Soñé que Johannes había muerto. Estaba en su entierro, su hija también. Ella no paraba de reír, sobre todo cuando estaban a punto de bajar el ataúd y resultaba que era más grande que la tumba y no podían bajarlo. La hija se reía tanto que estaba doblada, y yo tampoco podía dejar de reírme. Entonces ella se me acercaba y decía, vámonos, no perdamos tiempo, te he amado siempre, vayamos a tu casa. Y nos marchábamos, y ella se reía todo el tiempo y me tocaba, era algo impúdico, pero bueno. Luego señalaba el sol, que estaba a punto de ponerse, y, de repente, el astro daba un salto en el cielo y subía sin cesar, y ella no paraba de tocarme, me tocaba tanto que me desperté, y ya era de día. Durante el desayuno, comiendo el huevo, me dije a mí mismo: No debes resignarte, Paulus, debes volver, no te han vetado la entrada para siempre, y además ese portero no está allí tan a menudo, tal vez sea sólo un suplente, nunca dejes que alguien te quite algo, no hasta que lo hayan hecho de verdad. Vuelve allí.

No sé. Fue un buen sueño, pero no tenía nada que ver con el café. A veces pienso en volver como si nada hubiera ocurrido. Pero no es tan fácil. Así que no sé. No era

más que un sueño.

El rostro de mi hermana

Una tarde de noviembre, subiendo las escaleras hasta mi apartamento, en el segundo piso, me percaté de que sobre mi puerta se dibujaba una sombra. Comprendí de inmediato que procedía de alguien que se encontraba entre la puerta y la lamparita de la entrada del desván, y me detuve. Se habían cometido muchos robos en las casas del barrio en los últimos tiempos, también algún que otro atraco, seguramente debido al aumento del desempleo, y tenía razones fundadas para suponer que la persona que estaba inmóvil en la escalera del desván no deseaba ser vista. Por eso me di vuelta, disponiéndome a bajar de nuevo; sé por experiencia que debe evitarse descubrir a quien desea permanecer oculto. Después de haber bajado unos cuantos peldaños, oí pasos detrás de mí y me asusté, hasta que escuché a alguien pronunciar mi nombre. Era Oskar, el marido de mi hermana, y aunque no lo tenía en gran estima, respiré aliviado.

Volví a subir, y como inmediatamente comprendí que no podría evitar invitarlo a entrar, le estreché la mano. Colgamos los abrigos en el perchero de la reducida entrada, luego lo precedí hasta el salón y encendí las dos lámparas de pie. Se quedó plantado en medio de la habitación mirando a su alrededor. Dijo que nunca había estado allí. No, supongo que no, dije. Me preguntó que cuánto tiempo llevaba viviendo allí. Seis años, contesté. Pues sí, eso será, dijo él. Sí, asentí yo. Se quitó las gafas y se restregó un ojo. Lo invité a sentarse, pero se quedó de pie, limpiándose las gafas con un gran pañuelo mientras miraba al infinito, medio a ciegas, con los ojos entornados. Por fin volvió a ponerse las gafas. Pero si tienes teléfono, dijo. Sí, asentí. Pues no apareces en la guía, señaló él. No, contesté. Me senté. Él me miró. Le pregunté si le apetecía un café. No, gracias, contestó, además, iba a irse enseguida. Se sentó frente a mí.

Dijo que lo enviaba mi hermana, ella quería que fuera a verla, se había torcido un tobillo y quería hablarme de algo, él no sabía de qué, no se lo había querido decir, aunque, sí, por lo visto tenía algo que ver con la infancia, y cuando él le había dicho que por qué no me escribía, ella se había puesto histérica, había destapado un tubo de cola y lo había vaciado sobre la alfombra. ¿Un tubo de cola de pegar?, pregunté. Sí, contestó, cola para pegar fotos, estaba pegando unas fotos que se habían despegado de las páginas de un viejo álbum. Oskar volvió a quitarse las gafas para restregarse un ojo, luego volvió a sacar el pañuelo y se puso a limpiar los cristales. Voy a llamarla, dije. Sí, asintió él, así al menos sabrá que he estado aquí. Por cierto, prosiguió, si me das tu número de teléfono, podrá llamarte cuando quiera algo, así no tendré que atravesar media ciudad para venir a verte. No quería darle mi número, pero para no ofenderlo, dije que no lo recordaba. Me escrutó a través de sus gruesas lentes, resultaba algo incómodo, suelo mentir sólo como autodefensa, y en esos casos es

probable que se me note, al menos tuve la sensación de que ese era exactamente el caso, y añadí que era un número que nunca usaba, pues uno no suele llamarse a sí mismo. No, claro que no, dijo, y lo dijo de un modo que me irritó, pues me sentía como si me hubiera regañado, y salí a coger el tabaco del bolsillo de la gabardina. Por desgracia no tengo otra cosa que ofrecerte que café, dije. Él no contestó. Me senté y encendí un pitillo. Tú sí que tienes suerte, dijo él. ¿Ah sí? Vives aquí completamente solo, señaló. Bueno, objeté, aunque estaba de acuerdo con él. Yo a veces no sé dónde meterme, dijo. No contesté. Me voy, dijo levantándose. Me dio un poco de pena, de modo que dije: ¿No estáis bien? No, contestó. Fue hacia la puerta. Lo seguí. Lo ayudé a ponerse la gabardina. Dijo: Se pondrá muy contenta si la llamas. Dice que eres la única persona que la quiere.

Seguramente tendría el teléfono al alcance de la mano, porque lo cogió de inmediato. Dije quién era. Ay, Otto, cuánto me alegro. Daba la sensación de ser sincera y no parecía histérica, y la conversación que siguió transcurrió en un tono calmado y amistoso. Al cabo de un rato me invitó a ir a verla, y yo acepté. Luego dijo: Porque no te habrás olvidado de nosotros, ¿no? ¿Olvidado de vosotros?, pregunté. No, dijo ella, de nosotros, de ti y de mí. No, dije. ¿Vienes mañana?, preguntó. Vacilé. Sí, contesté. ¿Sobre la una? Sí, asentí.

Al colgar el tubo del teléfono me sentía contento, casi eufórico, una sensación que me invade a menudo cuando he superado alguna dificultad, y me di un homenaje sirviéndome un cuarto de vaso de whisky, algo que no suelo hacer a esa hora del día. Mi euforia duraba, tal vez gracias al whisky, y me permití otro cuarto de vaso. Cerca de las siete y media salí de mi casa y me dirigí al Koryfee, un café que no hace honor a su nombre pero donde a veces me tomo una o dos cervezas.

Allí me encontré con Karl Homann, un hombre de mi edad que vive en el barrio y con quien tengo una relación algo forzada porque en una ocasión me salvó la vida. Por suerte no estaba solo, así que cuando me invitó a sentarme con él, me pareció que podía permitirme buscar una mesa para mí solo. Fui hacia el fondo del local. El hecho de haber tenido el coraje de rechazar su invitación me había alterado de tal manera que no descubrí a Marion, una mujer con quien había tenido una relación no del todo carente de dolor, hasta después de haberme sentado. Estaba sentada tres mesas más allá. Hojeaba un periódico y posiblemente aún no me había visto. Tampoco yo habría tenido necesariamente que verla a ella, y pedí una cerveza mientras esperaba la evolución de los hechos. No obstante, había algo insoportable en esa situación, y forcé que nuestras miradas se cruzaran. Y cuando al rato ella levantó la vista del periódico y me miró, comprendí que me había descubierto hacía tiempo. Le sonreí y levanté mi vaso. Ella levantó el suyo, dobló el periódico y se acercó a mi mesa. Me levanté. Otto, dijo, y me dio un abrazo. Luego añadió: ¿Puedo sentarme? Claro, contesté, pero me iré pronto, voy a casa de mi hermana. Cogió su vaso. Parecía algo

alterada. Dijo que estaba encantada de verme, y yo dije que estaba encantado de verla a ella. Dijo que pensaba a menudo en mí. No contesté, aunque yo también pensaba en ella, pero, eso sí, con sentimientos algo contradictorios, en parte debido a su vehemencia sexual, a la que yo no había logrado corresponder, lo que en una ocasión, la última, le había hecho exclamar que un coito no es una misa. Le pregunté, para desviar la conversación, cómo se encontraba, y charlamos tranquilamente hasta que apuré mi vaso y dije que tenía que marcharme. Entonces ella también se iría, dijo. Después, al levantarnos, añadió: Si no hubieras tenido que ir a ver a tu hermana, ¿habrías querido venir a mi casa? Me habría sentido tentado, le contesté. Llámame alguna vez, dijo. Sí, contesté.

Me acompañó hasta la parada del autobús, allí se apretó contra mí, susurrando palabras atrevidas y frívolas que le hubieran causado un dilema mayor a mi cuerpo de no haber llegado el autobús, pero llegó, y ella volvió a decir: Llámame. Sí, contesté.

Me bajé en la siguiente parada, y llevado por la autoestima que la invitación de Marion me había proporcionado —es una mujer hermosa— me dirigí al bar más próximo. Pero sólo llegué hasta la puerta; cuando la abrí y vi la cantidad de gente que había y oí la estruendos a música, me faltó el valor. Es una situación a la que estoy muy acostumbrado, esa aterradora sensación de alienación en un lugar desconocido, así que cerré la puerta y me fui a casa.

Aquella noche me desperté de un sueño que tal vez estuviera influido por esa autoestima que me había proporcionado Marion. Era un sueño de gran contenido erótico, y al contrario de lo que solía ocurrir en esa clase de sueños, en los que el rostro de la mujer —o de las mujeres— es desconocido o incluso se ha borrado, las facciones de aquella mujer aparecieron de repente muy nítidas, sin que eso hiciera disminuir mi deseo. Era el rostro de mi hermana.

Abrió la puerta antes de que me diera tiempo de llamar al timbre. Se apoyaba en dos muletas. Te vi llegar, dijo. Entiendo, dije. Me abrazó y se le cayó una muleta. Me agaché a recogerla. Deja que me apoye, dijo, rodeándome el hombro con el brazo. Lo hice, es decir, ella se apoyó en mí. Fue a pata coja junto a mí hasta el salón y se colocó junto a una mesa baja ya preparada. Cuando volví a entrar tras haber colgado mi gabardina, comimos sándwiches y hablamos de su pie. Miré a escondidas la alfombra, pero no vi ni rastro de pegamento para fotos.

Después de hablar un rato de todo y de nada, ella dijo: Te pareces cada vez más a papá. Como pensaba que ella sabía qué clase de relación había mantenido con él, me lo tomé un poco a mal, pero no dije nada. Me levanté a buscar un cenicero. ¿Adónde vas?, preguntó. A buscar un cenicero, contesté. Me indicó dónde podía encontrar uno, y fui a la cocina. Cuando volví a entrar me dijo que había pensado mucho en mí últimamente, en nosotros, que era una pena que no nos viéramos más a menudo ella y yo, que tan unidos habíamos estado el uno al otro. Bueno, dije, cada uno va forjando

su propia vida. ¿Nunca me echas de menos?, preguntó. Claro que sí, contesté. Deberías saber lo sola que me siento muchas veces, dijo. Sí, asentí. Tú también estás solo, señaló ella, lo sé, te conozco. Ha pasado mucho tiempo desde que me conocías, dije. No has cambiado, dijo. Sí, contesté. ¿En qué sentido?, preguntó. No contesté. Luego dije: Acabas de decir que me parezco cada vez más a papá. ¿Qué has querido decir con eso? Es por tu forma de sonreír, dijo ella, y, además, mueves la parte superior de tu cuerpo exactamente como lo hacía él. ¿Ah sí? ¿Eso hago? No lo recordaba. Qué extraño. Supongo que no lo miraba tanto como tú, dije. ¿Qué quieres decir?, preguntó. Lo que he dicho, contesté. A mí no me gustaba mirarlo. Había algo repugnante en él. Oh, Dios mío, dijo ella. Permanecimos callados un rato; entonces me di cuenta de que estaba moviendo la parte superior de mi cuerpo, así que me enderecé y me recliné en el sillón. Por fin, ella dijo: Hay una botella de jerez en la parte de abajo de la rinconera. Hazme el favor de ir a por ella. Y trae dos vasos, si te apetece a ti también. Camino de la rinconera decidí coger sólo uno, pero enseguida cambié de idea. Le serví mucho a ella y poco a mí. Eso no me lo habías contado nunca, dijo ella. No, dije, vamos a hablar de otra cosa. Salud. Salud, contestó. Vací el vaso. Te has servido muy poco, comentó. No bebo a mediodía, dije. Yo tampoco, señaló ella. Me serví más jerez. No sabía de qué hablar. Miré el reloj. No mires el reloj, dijo. ¿Dónde está Oskar?, pregunté. En casa de su madre. Va todos los sábados. Nunca vuelve antes de las cinco, así que puedes relajarte. Estoy relajado, contesté. Ya lo creo. Qué bien, dijo ella, ¿me sirves un poco más de jerez? Se lo serví, pero no tanto como la vez anterior. Más, dijo. Le llené el vaso. Salud, dijo. Vací mi vaso. Sírvete, dijo. Recordé lo que ella le había dicho a Oskar, que yo era el único que la quería, y con una repentina y casi triunfante sensación de libertad, me llené el vaso. Me miró, sus ojos resplandecían. Me miras mucho, dijo. Sí, asentí. ¿Te acuerdas de que solía llamarte hermano mayor? Asentí. Y tú me llamabas hermana, añadió. Cogí el vaso y bebí. Ella hizo lo mismo. Lo recordaba. ¿Tienes novia ahora?, preguntó. No, contesté. ¿Ninguna es lo bastante buena para ti? No te burles de mí, dije. No me burlo de ti, objetó. Prefiero vivir solo, dije. Eso no te impide tener novia, señaló. No contesté. Eres hombre, dijo. No contesté. Me levanté y fui al servicio. Puse el tapón en el lavabo y abrí el grifo del agua fría. Metí las manos y las mantuve allí hasta que empezaron a dolerme; luego me las sequé y volví al salón. Me senté y dije lo que había ensayado: Prefiero a las mujeres que no exigen nada, que dan, reciben y se van. Ella no dijo nada. Me encendí un cigarrillo. Y tú dices que no estás solo, señaló ella, y luego añadió: Hermano mayor. La miré: tenía el rostro medio vuelto y los labios ligeramente abiertos; no había ni un sonido en la habitación, ni ninguno que entrara de afuera; el silencio duró mucho. Imagínate que..., dijo. ¿Qué?, pregunté. Nada, dijo ella. Sí, dije yo. Pero Otto, no sabes lo que... ¿Qué crees que estoy pensando? Estuve a punto de decirlo, en ese instante tenía dentro un coraje casi lo suficientemente

grande. En lugar de eso, dije: ¿Cómo iba a saberlo? Ella cogió el vaso y me lo acercó. Está vacío, indicó. Dime cuándo quieres que pare, dije. No, dijo. Llené el vaso. Estamos bebiendo mucho para ser personas que no beben, comenté. Hay excepciones, dijo ella. Sí, contesté, hay excepciones para casi todo. ¿Te parece?, preguntó sin mirarme. Sí, contesté. Se oyó la puerta de la calle. Oh no, dijo ella. Me levanté. Fue un movimiento reflejo. No te vayas, dijo ella. Me senté. Oskar apareció en la puerta, apoyado en la muleta de mi hermana. Se detuvo. Noté por su gesto que no sabía que yo estaba allí. Hola, Oskar, saludé. Hola, contestó él. Miró a mi hermana y dijo: Tu muleta estaba en el suelo, cerca de la puerta. Ya lo sabía, señaló ella. Entonces perdona, dijo él, dejando caer la muleta. ¿Por qué has hecho eso?, preguntó ella. Él no contestó, y empujó la muleta hacia la pared con la punta del zapato, luego se fue a la cocina, cerrando la puerta tras de sí. No te vayas, por favor, rogó ella. Sí, me voy, dije. Hazlo por mí, dijo ella. No lo soporto, objeté. Oskar volvió al salón y me miró de pasada. No sabía que estuvieras aquí, dijo. Me iré enseguida, indiqué. Por mí no lo hagas, dijo. No, dije yo. Él atravesó la habitación y salió por la otra puerta. Miré a mi hermana; ella me miró directamente a la cara, y dijo: Eres un cobarde, había olvidado que eras tan cobarde. Me levanté. Sí, vete, dijo, vete. Me acerqué a ella. ¿Qué has dicho?, pregunté. Que eres un cobarde, contestó. Le di una bofetada. No fuerte. No, no creo que la abofeteara con mucha fuerza. Y sin embargo, gritó. Al instante oí a Oskar abrir la puerta; seguro que estaba escuchando detrás. Yo no me volví. No oí ningún paso. Miré a la pared. Sólo oía mi propia respiración. Entonces mi hermana dijo: Otto se va enseguida. Oskar no contestó. Oí cerrarse la puerta. Miré a mi hermana, nuestras miradas se cruzaron; había en ella algo que no entendía, algo suave. Vi que quería decirme algo. Bajé la mirada. Perdóname, hermano mayor, dijo ella. No contesté. Vete ya, añadió, pero llámame, ¿de acuerdo? Sí, contesté. Luego me di vuelta y me marché.

La colisión

Llevaba un rato junto a la ventana abierta mirando la acera. Estaba vacía, era domingo a primera hora de la tarde, y también él se sentía vacío por dentro, como si lo desierto de la acera hubiese penetrado en él, y cuando su mujer, desde el sillón al fondo de la habitación, le preguntó algo que sólo requería un sí o un no por respuesta, él no contestó. No contestó, él mismo era una acera completamente vacía. Salió de la habitación sin mirarla, y al cerrar la puerta le oyó decir: «Anton, Anton, ¿qué te pasa?». Él salió a la entrada, bajó los cuarenta y ocho desgastados escalones de la escalera y se adentró en el terrible domingo. Me he marchado, pensó, así de fácil. Entonces se percató del calor y de la intensa luz solar. Cruzó la calle en busca de la sombra de la acera de enfrente. Allí se detuvo. Levantó la vista y miró hacia las ventanas, no la vio. Echó a andar, a la sombra de los edificios de cuatro plantas. Tras unos cien metros, se detuvo en un cruce para dejar pasar un coche blanco. En dirección contraria se acercaba un coche gris; por lo demás, apenas había tráfico. Los dos coches iban muy despacio. Será porque es domingo, pensó. Y porque hace mucho calor. Al llegar los dos coches al cruce, chocaron. El coche gris giró hacia la derecha, y el blanco, al girar hacia la izquierda, golpeó la puerta trasera izquierda del coche gris. Resultó cómico. El conductor del coche gris empezó a soltar improperios por la ventanilla bajada.

—¡Me cago en Dios, hombre! ¿No sabes mirar o qué, joder?

—No te he visto.

—¿Que no me has visto? ¿Pero cómo coño has hecho para no verme?

—No lo sé. No me he fijado. ¿No puedes abrir la puerta?

—No, joder, se ha bloqueado.

—Inténtalo con la otra.

—Pero, por Dios, ¿crees que soy tan idiota como tú o qué?

—Te he dicho que no te he visto. Ni siquiera he frenado. Sal y compruébalo. No hay rastro de huellas de frenos. Reconozco que soy culpable, pero no he podido remediarlo.

—¡No he podido remediarlo! ¿No has podido remediarlo? Pues no estarás bien de la cabeza, joder.

Se desplazó al otro asiento y logró salir del coche. Fue a contemplar los desperfectos. Se golpeó la cabeza con el puño. El otro conductor se le acercó. Anton Hellmann ya no podía oír lo que decían. Se puso a desandar el camino por el que había venido. Sudaba. Le parecía que tenía polvo en la cara. Tendré que darme una ducha, pensó. Vio a su mujer asomada a la ventana mirando. Hizo como si no la viera. No me ha hecho nada, pensó. Pero que no grite. Miró la acera bajo sus pies. La pobre no puede remediarlo. Pero que no diga nada hasta que me haya duchado. Cruzó

la calle y se metió en el portal, luego subió por la escalera.

Ella estaba en la entrada.

—¿Qué pasa, Anton?

—Nada.

—Sí, Anton, algo tiene que pasar. No me contestaste cuando te hablé antes, te marchaste sin más. Dime lo que pasa, por favor.

—No es nada. Voy a darme una ducha.

—Por favor, Anton. Me preocupas, no sé qué pensar.

—Pues no pienses nada. Voy a ducharme.

Se metió en el baño. Se desnudó. No hay nada que decir, pensó, ella no lo entendería, no tiene ningún abismo dentro. Abrió los grifos y los reguló hasta que el agua salió casi fría. Se quedó de pie bajo el chorro hasta que tuvo tanto frío que fue incapaz de pensar en otra cosa que en aguantar un poco más. Luego ya no pudo aguantar más. Cerró los grifos y se sentó sobre la tapa del váter. Puedo poner como pretexto que es domingo, pensó. Permaneció sentado inmóvil durante unos minutos, luego se secó el pelo y se vistió. Su mujer había hecho café y se había puesto pinzas en el pelo. Lo miró y le sonrió infeliz. Él recapacitó.

—Me ha venido bien —dijo, y se sentó.

Ella echaba el café en las tazas mientras decía:

—¿Te has cansado de mí?

—Pero, Vera, qué susceptible eres. No tiene nada que ver contigo.

—¿Hay otra?

—No, en ese caso sí tendría que ver contigo.

—Tiene que ver conmigo. Fue a mí a quien no contestaste dos veces, y de mí te marchaste sin una palabra.

—Sólo tiene que ver conmigo, conmigo y con estos jodidos domingos.

—No digas palabrotas, por favor.

—Sabes muy bien cómo me siento algunos domingos.

—Son los únicos días en que estamos solos.

Él no contestó. Sí, pensó. La miró. Ella lo miró a él.

—No contestas —dijo ella.

—No sirve de nada. Gracias por el café.

Y se levantó.

—Pero si no te lo has tomado.

—Sí, lo he hecho —dijo él.

—Pero Anton, no seas infantil. No te lo has tomado.

—Sí que me lo he tomado.

El significado

Ella llegó sigilosamente a casa, no encendió la luz. Él se despertó justo cuando ella se estaba acostando. Preguntó qué hora era. Las dos, contestó ella. Él preguntó qué tal había estado. Bueno, contestó ella, no ha estado mal. Él necesitaba ir al baño, se había bebido tres cervezas antes de acostarse, sobre las doce. Miró su reloj. Eran las tres. Son las tres, dijo al volver al dormitorio. Ah, bueno, contestó ella, dispuesta a acurrucarse junto a él. Él se apartó y dijo: Cierran a las dos. Me acompañaron hasta casa, dijo ella, el tipo se parecía a Stalin, bueno, no exactamente hasta casa. No quiero seguir, dijo él. No me acosté con él, dijo ella. No quiero seguir, repitió él. No es fácil venirse directamente a casa, dijo ella. Claro que no, contestó él. Había un tipo que quería acostarse conmigo, pero le dije que estaba casada y entonces se marchó. ¿De verdad se lo dijiste? Qué valiente por tu parte. No me quieres nada, dijo ella. Ahora quiero dormir, dijo él. Todo lo que hago está mal, dijo ella. Él no contestó. No he hecho nada malo. No, qué va, dijo él. El tipo sólo intentaba mostrarse amable, dijo ella. Claro que sí, contestó él, durante una hora. Lo que pasa es que estás celoso, dijo ella. ¿Solo eso? preguntó él. Ni siquiera te atreves a preguntar si me besó, dijo ella. Así es, dijo él, o si tú le besaste a él. No significó nada, dijo ella. Claro que no, dijo él, esas cosas nunca significan nada, ¿qué pueden significar? Claro que no significan nada, lo único que significa algo es... ¿Qué?, preguntó ella. Nada, nada, contestó él.

Allí está enterrado el perro

El invierno soltó sus garras a principios de marzo. Llegó un viento templado, casi cálido, del sudeste y la nieve, que reposaba en una capa muy gruesa desde antes de Navidad, se desplomó y derritió.

Un viernes por la tarde, tres días después del cambio de tiempo, Jakob E. agarró una pala de nieve del garaje y fue hacia la parte posterior de la casa. Se puso a quitar la nieve de la trampilla del sótano. Las últimas dos o tres veces que había bajado allí, había notado un vago aunque desagradable olor, cuyo origen no era capaz de explicarse. Ahora tenía la intención de abrir la trampilla y la puerta del sótano y ventilarlo todo bien tras el invierno.

Cuando al cabo de un rato dejó la pala y abrió la trampilla, se topó a la vez con la visión y el olor. Dio un grito, soltó el asa, y la trampilla volvió a caer en su sitio con un gran estruendo. Gritó otra vez, se estremeció y dio unos rápidos pasos hacia atrás, como si alguien lo estuviera persiguiendo.

Poco a poco fue disminuyendo el pánico y pensó: Eso es imposible. Clavó la mirada en la trampilla del sótano y siguió pensando: Eso es imposible. Un perro muerto, es imposible.

Pero allí estaba el pestilente y descompuesto cuerpo de un gran perro de pelo negro. Tendría que hacer algo con él, pero no sabía qué.

Dejó la pala de nieve, pasó por delante del garaje y entró en la casa. Erna estaba sentada junto a la mesa de la cocina leyendo el periódico. No levantó la vista. Jakob se sentó enfrente de ella y encendió un cigarrillo. Erna sonrió por algo que había leído. Jakob dijo:

—Hay un perro muerto debajo de la trampilla del sótano.

—Debajo de... ¿Un perro?

—Lleva allí desde antes de Navidad.

—No.

—No sé qué hacer. El hedor... Y es muy grande.

—¿Desde antes de Navidad? Dios mío.

—Desde antes de la gran nevada.

—Dios mío, Jakob. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

Jakob se levantó y se acercó a la ventana. Al cabo de un rato preguntó:

—¿Tenemos lejía?

—Debajo del fregadero.

La cogió y salió. Entró en el garaje. Agarró de un gancho de la pared una cuerda de tender enrollada y volvió a la parte posterior de la casa. Ató el cabo de la cuerda al asa de la trampilla del sótano. No es más que un perro muerto, pensó. Retrocedió dos

o tres metros, tensó la cuerda y tiró de ella. La trampilla se abrió. Jakob pasó por delante de la entrada, cogió la pala y comenzó a echar nieve en la abertura. Cuando por fin estuvo seguro de haber enterrado el cuerpo con la nieve, se acercó y miró hacia abajo. Luego fue a buscar la botella de lejía, pero, en el momento de ponerse a desenroscar el tapón, divisó al vecino, que lo estaba observando desde la ventana de su cocina. Por un instante se quedó perplejo, como si lo hubieran pillado in fraganti. Luego, con una tranquilidad forzada y sin mirar en dirección a la casa del vecino, cogió la pala de nieve y la botella y las dejó en el garaje antes de entrar en casa.

Erna no estaba en la cocina. Jakob se sentó y encendió un cigarrillo. ¿Martin?, pensó. Antes de la gran nevada. ¿Martin? Oyó a Erna que bajaba del piso de arriba.

—¿Has conseguido sacarlo? —preguntó.

—No. Holt estaba en la ventana. Esperaré a que se haga de noche.

—¿No tendrías que informar a la policía?

Él no contestó.

—Alguien tiene que haberlo echado en falta.

—Déjame arreglar este asunto a mi manera, por favor.

—Sí, pero alguien nos lo ha hecho. A nosotros.

—Eso no lo sabemos. ¿Quién puede haber sido?

—Pues no sé quién puede haber sido. Lo que está claro es que no ha bajado al sótano por su cuenta. ¡Ah, Dios!

—¿Qué pasa?

—Imagínate si, oh, Dios, si alguien lo ha encerrado allí.

—No te pongas histérica.

—No estoy histérica. Pero no entiendo por qué te niegas a informar a la policía.

—Lo hago a mi manera, te he dicho, y no se hable más del asunto.

Se levantó. Salió de la cocina, atravesó la entrada y bajó al sótano por la escalera interior. Cogió un viejo hule de la repisa que había sobre el banco de carpintero y con las tijeras hizo un agujero en cada esquina. Luego cortó una cuerda de unos cinco o seis metros en cuatro partes iguales y las ató a los agujeros del hule. Se acercó a la trampilla del sótano y miró hacia afuera. Estaba oscureciendo. Al cabo de media hora estaría suficientemente oscuro. Me vio, pensó, pero desde ese ángulo no habría podido ver al perro.

Cogió el hule, subió por la escalera exterior y entró en el garaje. Se metió en el coche y encendió un cigarrillo. Cuando le pareció que ya estaba bastante oscuro, llevó la botella de lejía hasta la bajada al sótano. No había nadie en la ventana de la cocina del vecino. Echó lejía encima de la nieve que cubría el cuerpo del perro y volvió al garaje a buscar la pala de nieve y el hule. Con la pala empujó al perro hacia el borde de la escalera, luego extendió el hule. A continuación metió la pala debajo del cuerpo del animal y lo echó sobre el hule. El perro quedó al descubierto, el hedor

le vino a la cara y Jakob empezó a vomitar a chorros.

Más tarde, cuando había volvi6 a cubrir el perro de nieve, soltó la cuerda de tender del asa de la trampilla del sótano e hizo un lazo con ella. Ató los cuatro cabos de cuerda del hule al lazo. No había nadie en la ventana del vecino. Empezó a tirar de la cuerda, y el hule formó una especie de red de pesca alrededor del perro. Pesaba menos de lo que se había imaginado, y el hule aguantó. Lo arrastró por la nieve hasta la valla de madera al fondo del jardín. Luego cogió la pala y cubrió el cuerpo con medio metro de nieve. Lo conseguí, pensó.

Media hora más tarde, cuando se había duchado y cepillado los dientes, entró en el cuarto de estar. Erna estaba viendo la televisión.

—Ya está —dijo Jakob.

Ella no contestó. Él se sentó. Bueno, pensó. Encendió un cigarrillo. Transcurrió un minuto.

—¿Qué has hecho con él? —preguntó Erna.

—Está abajo, en la huerta. Lo he cubierto de nieve.

—¿Y cuando se derrita la nieve?

—Entonces lo enterraré.

—¿En la huerta?

—Sí.

—No, Jakob, no lo quiero debajo de las verduras.

—¿Dónde si no? ¿No pretenderás que cave el césped?

—Haz lo que quieras, pero no lo quiero debajo de las verduras.

—En mi vida he oído una cosa más tonta.

—Es posible. Y además sigo diciendo que debes informar a la policía.

—¡Deja ya de dar la lata con la policía, coño!

—¿Cómo te atreves a hablarme así, Jakob?

—Te hablo como me da la gana. He estado trajinando con ese jodido animal hasta vomitar a chorros, y tú no haces más que darme la lata con la policía.

Se levantó bruscamente y salió de la habitación.

—¡Jakob! —le gritó ella. Él no contestó. Subió al dormitorio, pero volvió a salir inmediatamente, pues allí no tenía nada que hacer. No sabía adónde ir. Se sentó en la parte superior de la escalera. Intentó recordar con exactitud cuándo se había marchado Martin, pero no lo logró.

Oyó sonar el teléfono y, cuando Erna atendió, se levantó y bajó a la cocina. La puerta del cuarto de estar estaba abierta, pero no podía oír lo que decía. Bebió un vaso de agua. Luego dejó caer el vaso al suelo, pero no se rompió. Lo recogió y lo dejó caer de nuevo, esta vez con algo de fuerza, no mucha. El vaso se rompió, aunque no en tantos pedazos como se había imaginado. Cogió la escoba y el recogedor y se puso a barrer. Erna no acudió. Luego fue al cuarto de estar a buscar un periódico

viejo. Erna estaba sentada en el sofá, había apagado el televisor. Jakob cogió el periódico y volvió a la cocina. Envolvió los trozos de cristal en el periódico y lo metió todo en el cubo de la basura. Desde allí observó a Erna a través de la puerta entornada. Estaba sentada en el borde del sofá mirando fijamente al frente y con los labios muy apretados. Jakob apagó la luz y encendió un cigarrillo. Si ella se volvía, lo vería fumar en la oscuridad. Ella volvió la cabeza. Él se fumó el cigarrillo y fue al cuarto de estar.

—¿No hay nada en la tele? —preguntó.

—Sólo un concierto —contestó ella.

Jakob cogió el periódico que estaba sobre la mesa del sofá y se sentó.

—Tengo que decirte —dijo ella— que por muy desagradable que te resultara lo del perro, no deberías haberla tomado conmigo. Sabes muy bien cómo reacciono cuando me gritas.

Él encendió un cigarrillo.

—Tenía que decírtelo —añadió ella—, y dicho está. Y ahora voy a hacer café.

Se levantó y fue a la cocina. Él se quedó sentado con el periódico sobre las rodillas escuchando los ruidos que ella hacía. Empujó el periódico hasta el suelo y aplastó el cigarrillo. Luego agachó la cabeza y apretó con fuerza las palmas de las manos contra los oídos. De ese modo sólo podía escuchar el zumbido que provenía del interior de su cabeza. No se dio cuenta de que ella volvió a entrar, pero de repente se percató de que lo estaba mirando.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Nada. Me zumba la cabeza.

—¿Crees que puede haber sido Martin, verdad?

—¿Martin? ¿Qué? ¿Qué Martin?

—Tu Martin. Por eso no querías denunciarlo a la policía, ¿verdad? Tenías miedo de que hubiera sido Martin.

Él se levantó. Su mirada se encontró con la de ella, y ella retrocedió un paso.

—¡Qué coño estás diciendo!

—Pero...

—¡Qué coño estás diciendo!

—No he querido..., perdóname. Me estás asustando. Por favor, Jakob, no me asustes. ¡Jacob..., no!

Él retiró la mano. Dio la vuelta. Fue a la cocina. El agua para el café estaba hirviendo y apagó la placa. Sobre la encimera, en una bandeja, estaban las tazas, la jarrita de la leche y el azucarero. Se quedó contemplando todo durante un rato, luego meneó la cabeza varias veces. Sacó el café instantáneo del armario, lo echó en las tazas, las llenó con agua y llevó la bandeja al cuarto de estar. Erna estaba sentada en el sofá mirándose las rodillas y abrazándose como si tuviera frío. Jakob colocó la

taza, la jarrita y el azucarero delante de ella. Ella no levantó la vista. Jakob encendió el televisor. Emitían una película policial. Se acomodó en el sillón y encendió un cigarrillo. Al cabo de un rato, Erna se levantó y subió al dormitorio; él podía sentir sus pasos. No volvió a bajar.

La noche siguiente, Jakob colocó una lona grande sobre el montón de nieve junto a la valla de madera, y cuando la tierra se deshelo, enterró al perro en la huerta. Erna no dijo una palabra, pero al llegar la primavera, la huerta quedó sin cultivar.

En el café

Una de las últimas veces que estuve en un café fue un domingo de verano, lo recuerdo bien, porque casi todo el mundo iba en mangas de camisa y sin corbata, y pensé: tal vez no sea domingo, como yo creía, y el hecho de que pensara exactamente eso hace que me acuerde. Me senté en una mesa en medio del local, a mi alrededor había mucha gente tomando canapés y bollos, pero casi todas las mesas estaban ocupadas por una sola persona. Daba una gran impresión de soledad, y como llevaba mucho tiempo sin hablar con nadie, no me hubiera importado intercambiar unas cuantas palabras con alguien. Estuve meditando un buen rato sobre cómo hacerlo, pero cuanto más estudiaba las caras a mi alrededor, más difícil me parecía, era como si nadie tuviera mirada, desde luego el mundo se ha vuelto muy deprimente. Pero ya había tenido la idea de que sería agradable que alguien me dirigiera un par de palabras, de modo que seguí pensando, pues es lo único que sirve. Al cabo de un rato supe lo que haría. Dejé caer mi cartera al suelo fingiendo que no me daba cuenta. Quedó tirada junto a mi silla, completamente visible a la gente que estaba sentada cerca, y vi que muchos la miraban de reojo. Yo había pensado que tal vez una o dos personas se levantarían a recogerla y me la darían, pues soy un anciano, o al menos me gritarían, por ejemplo: «Se le ha caído la cartera». Si uno dejara de albergar esperanzas, se ahorraría un montón de decepciones. Estuve unos cuantos minutos mirando de reojo y esperando, y al final hice como si de repente me hubiera dado cuenta de que se me había caído. No me atreví a esperar más, pues me entró miedo de que alguno de aquellos mirones se abalanzara de pronto sobre la cartera y desapareciera con ella. Nadie podía estar completamente seguro de que no contuviera un montón de dinero, pues a veces los viejos no son pobres, incluso puede que sean ricos, así es el mundo, el que roba en la juventud o en los mejores años de su vida tendrá su recompensa en su vejez.

Así se ha vuelto la gente en los cafés, eso sí que lo aprendí, se aprende mientras se vive, aunque no sé de qué sirve, así, justo antes de morir.

El grillo

María hizo un comentario sobre él en presencia de los demás que a él le pareció fuera de lugar y que lo alteró en exceso. Se esforzó todo lo que pudo por aparentar indiferencia, pero cuando los invitados se hubieron marchado y María dijo que estaba cansada, él abrió otra botella de vino y echó un leño en la chimenea. ¿No vas a acostarte?, preguntó ella. Él contestó que no estaba cansado y que le apetecía otra copa. Ella lo miró. Mañana será otro día, dijo. Ya lo sé, señaló él, y ese fue el único amago de agresividad que logró expresar.

Permaneció levantado una hora más. Se bebió dos copas de vino. Luego llevó la botella a la cocina y tiró casi todo su contenido en el fregadero. Volvió al salón con la botella y la colocó junto a la copa vacía.

Al día siguiente se despertó tarde y solo. Se levantó enseguida. La casa estaba vacía, pero encontró la mesa del desayuno puesta para él. El café del termo estaba templado. Se bebió dos tazas. El periódico dominical se encontraba al lado del plato. Lo cogió y salió a la terraza. María estaba de rodillas en la huerta, casi oculta tras las dalias; él hizo como si no la hubiera visto y se sentó de espaldas. Abrió el periódico, levantó la vista y se puso a mirar las copas de los árboles que se dibujaban sobre un cielo de color azul mate. Permaneció en esa postura hasta que escuchó pasos en la gravilla y la voz de ella a sus espaldas: Buenos días. Bajó el periódico y la miró. Buenos días, contestó. Ella se quitó los guantes de jardinería y subió la escalera. Estabas durmiendo tan plácidamente, dijo, que no quise despertarte. ¿Te quedaste levantado mucho rato? Un par de horas, contestó él. ¿Tanto?, dijo ella. Él dobló el periódico sin contestar, luego dijo: He pensado ir a ver a mi padre. Vera viene a comer, señaló ella. Estaré de vuelta antes, contestó él. No va a darte tiempo, objetó ella. Entonces podemos comer una hora más tarde, propuso él. ¿Sólo porque de repente se te ha ocurrido ir a ver a tu padre? Él no contestó. Ella entró en la casa y él se levantó y fue tras ella, en busca de su chaqueta. Pero si no has desayunado, objetó ella. No tengo hambre, contestó él. Se encontró con la mirada de María; ella lo escrutó. ¿Qué te pasa? Nada, contestó él.

Cuando un poco más tarde estaba saliendo de la ciudad en dirección a R, se sintió casi orgulloso durante un rato y pensó: Hago lo que quiero.

A mitad de camino, se salió de la carretera principal y se dirigió hacia el fiordo Bu. Había allí un pequeño café al aire libre. Comió dos sándwiches y tomó un café. Estaba sentado debajo de un árbol mirando el fiordo. Se fumó un cigarrillo. De tarde en tarde miraba el reloj. Se fumó otros dos cigarrillos, luego se levantó y fue hacia el coche.

Regresó por el mismo camino por el que había llegado, y estuvo de vuelta en casa antes de que se hubiesen sentado a la mesa. María le preguntó por su padre y él

contestó: No me reconoció. Vera comentó que tenía que ser muy doloroso ver a su propio padre tan desvalido. Él asintió. Se sentaron a la mesa. Él sirvió el vino. Comieron asado de ternera y charlaron de temas cotidianos. Él participaba con algún que otro sí o no; sus pensamientos se desviaban a menudo, pero se ocupaba todo el tiempo de que las copas de ellas no estuvieran vacías. Y cuando María al final de la comida quiso saber más sobre el estado de su padre, la pregunta chocó con una reflexión agresiva que él acababa de hacerse y contestó, de un modo inesperadamente negativo: ¿Y a qué se debe ese repentino interés por mi padre? Se hizo el silencio. Entonces Vera dijo discretamente: Eso no ha sido muy amable de tu parte, Jakob. No, no lo ha sido, contestó él, casi igual de discreto, pero no es de tu incumbencia. Y cogió la copa con la mano temblorosa. Creo que deberías explicarte, dijo María. Él no contestó. No sé qué creer, añadió ella. Él se reclinó en la silla y la miró: Mi padre está bien. Ya no sabe lo que ocurre, y si los enfermeros lo tratan con cariño, nadie puede hacerle daño. Así que está bien. Volvió a hacerse el silencio, luego María dijo: Eso podrías haberlo dicho antes. Hay muchas cosas que uno siempre podría haber dicho antes, contestó él. ¿A qué te estás refiriendo ahora?, preguntó ella. ¿Me estoy refiriendo a algo?, preguntó él. Vaya, ahora sí que te has puesto imposible, dijo ella. Y se levantó y empezó a recoger la mesa. Al levantarse también Vera, dijo: No, no, tú quédate sentada. Jakob vio cómo, tras un momento de vacilación, Vera cogió la fuente de verduras y la salsera, y siguió a María hasta la cocina. Jakob se sirvió vino, se levantó y salió a la terraza. Se fumó un cigarrillo y luego otro. Vació la copa. Vera salió y se sentó. Vaya verano, dijo ella. Sí, contestó él. Aunque en realidad, añadió Vera, agosto es un mes bastante... tiene algo de nostálgico, ¿no te parece? De alguna manera es el fin de algo. Él la miró, sin contestar. Cuando era niña, prosiguió ella, siempre asociaba el mes de agosto, sobre todo las noches, con el canto de los grillos, que tanto me gustaba. Ya no hay grillos. ¿Ah no?, preguntó él. No, contestó ella. La miró: estaba sentada con la cabeza agachada, tocándose una uña de la mano. Le preguntó: ¿Te sirvo vino? Gracias, contestó ella. Él entró por una botella y una copa. María no estaba. Vera seguía en la misma postura, como si estuviera absorta en algo, y cuando él hubo llenado las dos copas, se quedó un instante mirándola; sintió de repente una oleada de calor, como un calambre, y exclamó: Qué bonita eres. ¿Yo?, preguntó ella. Él no contestó y se sentó. Se hizo el silencio, también dentro de él. Luego ella añadió: Hace mucho que nadie me dice eso. ¿Me das un cigarrillo? Él le ofreció el paquete. No sabía que fumaras, dijo. Lo he dejado, contestó ella. Él le dio fuego. María dijo desde la puerta: Pero, Vera... ¿A que sí?, preguntó Vera. ¿Te ha seducido Jakob? Vera miró a Jakob, y contestó: Sí, en cierto modo. Pero yo misma decidí caer. María salió a la terraza, acercó una silla a la mesa y se sentó. Jakob le preguntó si quería que fuera a buscarle una copa, se sentía muy ligero y libre. Fue por la copa y le sirvió vino. Vera hacía aros de humo. Mirad, dijo, aún sé hacerlos. Estás

jugando con fuego, señaló María. Sí, contestó Vera, casi se me había olvidado lo bueno que es. Ya ves, dijo María. Vera sopló nuevos aros al aire casi inmóvil. Estás poniendo a prueba tu voluntad, prosiguió María. Por favor, dijo Vera, y añadió, mirando a Jakob: María nunca ha dejado del todo de ser la hermana mayor. Ya lo veo, dijo Jakob. Tonterías, contestó María. María no juega con fuego, apuntó Jakob. Seguro que sí, dijo Vera. ¿A que sí, María? Todo el mundo lo hace. María le dio un sorbo a su copa. Puede que sí, contestó, pero evito quemarme. Jakob se rió. María lo miró. Vera apagó el cigarrillo. Hace bochorno, comentó María. Sí, contestó Vera. Ojalá se desencadene una verdadera tormenta. Y un rayo alcance esa casa tan fea. Pero, Vera..., dijo María. Jakob se rió. ¿Te parece gracioso?, preguntó María. Sí, contestó Jakob, por eso me he reído. Se hizo un largo silencio, y por fin María se levantó. Permaneció un instante de pie, luego bajó la escalera y se adentró en el jardín. Di algo, dijo Vera.

Él no contestó. Le sirvió vino. Voy a emborracharme, dijo ella. ¿Y por qué no?, dijo él, para eso está el vino. Creo que voy a irme, repuso ella. A mí me gustaría que te quedaras. Me vuelvo malvada, dijo ella. Que así sea, dijo él. Una niña mala, dijo ella, mirándolo. Él apartó la mirada, pero tenía la sensación de que ella seguía mirándolo. ¿Te has asustado?, preguntó ella. Asustado no, contestó él. ¿Entonces, qué?, preguntó ella. María llegaba andando por la hierba. Las zanahorias se están corneando, dijo. ¿Corneando?, se extrañó Jakob. Hay que escardar las plantas, señaló ella. Subió la escalera y dejó tres pequeños tomates en la mesa. Mira qué ricos, dijo. Vera cogió uno. Creo que yo también me voy a buscar un marido con huerta, dijo. Sí, ¿por qué no?, dijo María. Y con una terraza como esta, añadió Vera, donde puedes estar sentada incluso cuando llueve. Nunca nos sentamos aquí cuando llueve, dijo María. Ya lo creo que sí, la contradijo Jakob. Yo me siento a menudo aquí cuando llueve. No es verdad, objetó María. Claro que es verdad, dijo Jakob. Yo sí que me sentaría, dijo Vera, y se metió el tomate en la boca. Junto a mi marido, añadió. ¿Qué marido?, preguntó María. El de la huerta y la terraza, contestó Vera. Estás borracha, dijo María. Por supuesto que sí, asintió Vera. Voy a preparar café, dijo María, y entró en la casa. Vera dio un gran sorbo de vino. ¡Café!, exclamó. Jakob le llenó la copa. Gracias, dijo ella. Y también un cigarrillo, si tienes. Él le dio uno y luego fuego. ¿Es verdad que te sientas aquí cuando llueve?, preguntó. Alguna vez lo he hecho, contestó él, pero de eso hace ya mucho tiempo. Entonces no era verdad, dijo ella. Así es, dijo él, pero eso María no puede saberlo. La hiciste pasar por mentirosa, dijo Vera. No más que ella a mí, al decir que nunca me siento aquí. Pero es verdad, dijo Vera. Sí, pero ella no lo sabe. Tal vez lo sabe porque te conoce, dijo Vera. Ella no me conoce, objetó Jakob. María salió y dejó tres tazas sobre la mesa. Miró a Vera sin decir nada. Volvió a entrar. Pobre María, dijo Vera. Jakob no contestó. Me tomaré el café y luego me iré, dijo ella. Él no contestó. Ella apagó el cigarrillo. María llegó con

el café, llenó las tazas y se sentó. Jakob se levantó, entró en el salón, cruzó la entrada y salió a la calle: allí permaneció unos instantes, antes de echar a andar en dirección al centro.

Volvió a casa dos horas más tarde. Vera y María estaban sentadas en el salón, aún no habían encendido la luz. Estás aquí, dijo María. Sí, asintió él. Justamente estábamos preguntándonos qué habría sido de ti, dijo María. He ido a por tabaco, contestó él. Se hizo el silencio durante un rato, luego añadió: Se está nublando. Sí, asintió María, ya lo hemos visto. Oímos un grillo, dijo Vera. ¿Ah sí?, preguntó Jakob, mirándola. Ella bajó la vista. Él sacó el paquete de tabaco del bolsillo. ¿Quieres?, le ofreció. No, gracias, contestó Vera. He vuelto a dejarlo. Él se encendió un cigarrillo y preguntó: ¿Alguna quiere cerveza? No querían. Él fue a la cocina por una botella y un vaso, luego volvió al salón y se sentó. Nadie decía nada. Bueno, creo que debo irme ya a mi casa, dijo Vera. Puedes quedarte aquí esta noche, señaló María. Gracias, pero..., contestó Vera. Nadie te espera, comentó María. No, por ese lado no hay problema. No tengo a nadie que me espere. Lo dices como si hubiera que tenerme compasión. Tonterías, dijo María. No hay razón para tenerte compasión. ¿Por qué íbamos a tenerte compasión? Exactamente, eso es lo que yo digo, contestó Vera, de modo que no me pidas que me quede sólo porque nadie me espera. También podría haberme quedado aunque alguien me esperara. Sí, claro, asintió María. Vera se levantó. ¿Te vas?, preguntó María. Voy al baño, contestó Vera. Jakob la siguió con la mirada. Qué complicada es, opinó María. Jakob no contestó. María se levantó y encendió la lámpara de pie. Y tú simplemente desapareciste, prosiguió. Él no contestó. Ella permaneció junto a la lámpara encendida; él no la miró. La oía respirar con dificultad. Ella dijo: No voy a soportar esto mucho más. De acuerdo, contestó él. ¿Eso es todo lo que tienes que decir?, preguntó ella. Él no contestó. Ah, Dios mío, dijo ella. Jakob oyó los pasos de Vera en la escalera. María apagó la lámpara y se sentó. El salón quedó en penumbra. Vera entró, se acercó a la puerta abierta de la terraza, y se quedó mirando hacia fuera. Jakob se levantó. Más vale que me marche antes de que se ponga a llover, dijo Vera. Jakob atravesó la entrada y se dirigió al cuarto de los invitados. Cerró la puerta. La cama estaba hecha. Permaneció unos segundos mirándola, y notó un temblor en el cuerpo. El frente de nubes estaba ya muy cerca; partía el cielo en dos. Acercó una silla a la ventana y se sentó a contemplar el crepúsculo con los codos apoyados en el alféizar. Al cabo de un rato escuchó voces bajas en la entrada, luego cómo la puerta de la calle se abría y se cerraba, al final se hizo el silencio. Él no se movió. De repente un soplo de viento rozó las hojas del árbol delante de la ventana, y al cabo de unos segundos llegó la lluvia. No le ha dado tiempo, pensó. Intentó captar sonidos del interior de la casa, pero no oía más que la lluvia. Ya era casi noche cerrada. De pronto todo se iluminó un instante, y unos segundos más tarde sonaron truenos en la lejanía. Ahora María

tendrá miedo, pensó. Llegaron más rayos y más truenos; contó los segundos, los intervalos eran cada vez más cortos. Ahora estará asustada, pensó. Se levantó y se acercó a la puerta, la abrió a medias y escuchó. Permaneció así un rato, luego atravesó la entrada y se metió en el salón. María no estaba allí. Volvió a salir, subió la escalera y entró en el dormitorio. Estaba tumbada en la cama con el edredón sobre la cabeza. María, dijo él. Ella apartó el edredón. Estaba completamente vestida. Tenía mucho miedo, dijo. No hay razón para tener miedo, dijo él. Creía que te habías marchado, dijo ella. Él se acercó a la ventana. No te quedes ahí, por favor, le pidió ella. Él miró el reflejo de ella en el cristal de la ventana. No pasa nada, dijo, tenemos pararrayos. Ya lo sé, contestó ella, pero aún así tengo miedo, y me entra aún más al verte junto a la ventana. Él retrocedió un par de pasos; todavía podía verla. Ella se levantó de la cama. Creo que ya ha pasado, dijo él. Pensé que te habías marchado, señaló ella. ¿Adónde?, preguntó él.

Carl

Cuando mi mujer todavía vivía, creía que cuando ella muriera yo tendría más espacio para mí. Sólo su ropa interior ocupa tres cajones de la cómoda, pensaba. Cuando muriera, podría ocuparlos yo, uno con mis monedas de cobre, otro con las cajas de cerillas, y el tercero con los corchos. Tal y como está ahora, pensaba, es un caos total.

Mi mujer murió hace ya mucho. Era una mujer exigente, que descansa en paz, por fin me la concedió a mí. Vacíe los cajones, las estanterías y los armarios. Retiré todo lo que había sido suyo y gané mucho espacio libre, más de lo que necesitaba. Pero lo vací, vacío está. Me deshice de un par de armarios, pero sólo conseguí una habitación más vacía, en lugar de dos armarios vacíos. Fue una imprudencia por mi parte, pero ocurrió, como ya he dicho, hace mucho tiempo, y yo era mucho más joven entonces.

Pues bien, semanas o tal vez meses después de haber cometido esa imprudente ampliación del vacío de mi cuarto, recibí la sorprendente visita de mi segundo hijo, Carl. Venía por un chal de su madre, un chal —que por lo visto tenía pensado regalarle a su mujer como recuerdo de su infancia. Cuando supo que me había deshecho de él, montó en cólera. «¿Para ti no hay nada sagrado?», me gritó. Y eso lo decía él, que es un hombre de negocios y vive de la compraventa. Me entraron ganas de interrumpirlo, pero me contuve, al fin y al cabo soy en parte responsable de su existencia. «¿Qué tenía de especial ese chal?», pregunté en tono conciliador. «Mamá lo hizo a ganchillo mientras me estaba esperando. Le tenía un cariño especial». «Comprendo, el chal nació contigo. ¿Eras acaso su hijo preferido?». «Da la casualidad de que sí». «Ah, no, de casualidad nada», contesté, estaba empezando a perder la paciencia. Es su vivo retrato, y, como ella, incapaz de descubrir las leyes naturales de la existencia. «Bueno, el chal se ha perdido y no se puede recuperar —dije—, tendrás que consolarte pensando que sólo lo perdido se posee eternamente, como dice el poeta». Desde luego, es una afirmación bastante tonta, pero pensé que le gustaría. Me equivoqué, me había olvidado por un instante de que él es un hombre de negocios. Dio un paso amenazador hacia mí, soltó una furiosa pero aburrida retahíla sobre mi insensibilidad, y concluyó diciendo que algunas veces no entendía que yo fuera su padre. «Tu madre era una mujer honrada», contesté, pero él no captó el sentido de mis palabras. ¿Cómo he podido tener unos hijos tan duros de mollera? «No necesitas recordármelo», me dijo. Se fue poniendo cada vez más rojo, de pronto se me ocurrió que tal vez padeciera del corazón, al fin y al cabo había cumplido ya sesenta años, y con el fin de evitar una desgracia, le dije que sentía lo del chal y que si hubiera venido antes, habría podido llevarse todo lo que había pertenecido a su madre. Sigo pensando que lo dije en un tono muy conciliador, pero él se puso aún

más rojo. «¿No querrás decir que lo has tirado todo?», gritó. «Todo», respondí. «Pero ¿por qué?». No quise contestarle, así que dije: «Tú nunca lo entenderías». «Pero qué falta de humanidad». «Al contrario. Lo hice como resultado de una decisión bien meditada, y esa manera de actuar, por así decirlo, es lo único que nos hace específicamente humanos».

Fue por mi parte un puro sofisma, claro, pero él no pareció escuchar mis palabras. «Entonces no tengo nada que hacer en esta casa», gritó. Había adquirido la costumbre de gritar, lo que tal vez indicara que su mujer se estaba quedando sorda. Yo, por mi parte, oigo muy bien, lo cual a veces resulta molesto. Algunos sonidos son mucho más fuertes que lo que eran; además, han aparecido otros nuevos, tales como el martillo neumático y cosas semejantes. Así que no me importaría estar un poco sordo. «Oigo lo que dices —dije—, pero no veo que tenga solución». Entonces se marchó por fin, ya era hora, porque si no yo podría haber perdido la paciencia. Lo cierto es que tengo más paciencia ahora que antes, supongo que se debe a la edad, pues los viejos tenemos que soportar mucho.

Thomas

Soy terriblemente viejo. Ya me resulta casi tan difícil escribir como andar. Voy despacio. No logro más que unas cuantas frases al día. Y hace poco me desmayé. Se estará acercando el final. Fue mientras estaba resolviendo un problema de ajedrez. De repente, me sentí extenuado. Tuve la sensación de que la vida misma se estaba extinguiendo. No dolía. Sólo era un poco incómodo. Y luego debí de perder el conocimiento, porque cuando lo recobré, tenía la cabeza sobre el tablero de ajedrez. Reyes y peones tirados. Es exactamente como desearía morirme. Será pedir demasiado, supongo, poder morir sin dolores. Si cayera enfermo con muchos dolores y supiera que la enfermedad y los dolores iban a ser para siempre, me gustaría tener un amigo que pudiera facilitarme la entrada en la nada. Es cierto que las leyes lo prohíben. Desgraciadamente, las leyes son conservadoras, de modo que los médicos alargan los dolores de un ser humano, incluso cuando saben que no hay esperanza. Eso se llama ética médica. Pero nadie se ríe. Las personas que tienen dolores no suelen reírse. El mundo no es misericordioso. Se dice que, durante las grandes depuraciones en la Unión Soviética, a los condenados a muerte se los mataba de un tiro en la nuca, camino del tiempo de espera en sus celdas. De repente, sin previo aviso. A mí eso me parece un atisbo de humanidad en medio de tanta miseria. Pero el mundo protestó: al menos habrían de tener derecho a morir cara al pelotón de ejecución. El humanismo religioso no es poco cínico, ay, o el humanismo en general.

Pero como dije, me desperté con la cara entre las fichas de ajedrez. Por lo demás, era casi como despertarse después de un sueño normal y corriente. Me sentía un poco aturdido. Sólo se me ocurrió volver a colocar las fichas, pero era incapaz de concentrarme. Estaba a punto de sentarme junto a la ventana cuando llamaron a la puerta. No abro, pensé. Será un evangelista para hacerme creer en la vida eterna. Últimamente han proliferado mucho. Parece que la superstición está viviendo un auge. Pero volvieron a llamar y empecé a dudar. Los evangelistas suelen llamar sólo una vez. De manera que grité «Un momento» y fui a abrir. Tardé. Era un chico. Vendía lotería de la banda de música del colegio local. Los premios constituían una burla no intencionada hacia los viejos: bicicleta, mochila, botas de fútbol y cosas así. Pero no quise mostrarme negativo y le compré un boleto. Y eso que no me gusta la música de banda. Pero el monedero estaba encima de la cómoda, y tuve que decirle al chico que entrara conmigo. De otro modo, hubiera tenido que esperar muchísimo. Iba justo detrás de mí. Seguro que jamás había andado tan despacio. De camino hacia la habitación, acorté el tiempo preguntándole qué instrumento tocaba. «Bueno, no sé», contestó. Me pareció una respuesta extraña, pero supuse que era tímido. Yo podría ser su bisabuelo. Tal vez incluso lo fuera. Sé que tengo muchos bisnietos, pero no conozco a ninguno de ellos. «¿Te duelen mucho las piernas?», preguntó el chico.

«No, lo que pasa es que son muy viejas», contesté. «Ah, bueno», dijo, probablemente más tranquilo. Ya habíamos llegado a la cómoda, y le di el dinero. Entonces me invadió un ataque de sentimentalismo. Me pareció que el chico había empleado mucho tiempo para vender un solo boleto. De modo que le compré otro más. «No hace falta», dijo él. En ese instante sentí un mareo. La habitación empezó a dar vueltas. Tuve que agarrarme a la cómoda, y el monedero abierto se me cayó al suelo. «Una silla», dije. Cuando me la hubo dado, el chico se puso a recoger el dinero, que estaba disperso por el suelo. «Gracias, chico», dije. «De nada», contestó. Dejó el monedero encima de la cómoda, me miró muy serio y dijo: «¿Nunca sales?». En ese momento me di cuenta de que seguramente había salido por última vez. No quiero correr el riesgo de desmayarme en la acera. Eso significaría hospital o residencia de ancianos. «Ya no», contesté. «Ah», dijo él, de un modo que me hizo ponerme sentimental de nuevo. No soy ya más que un viejo bufón. «¿Cómo te llamas?», pregunté, y la respuesta no hizo más que empeorar el asunto. «Thomas». Por supuesto, no quise decirle que yo me llamaba igual, pero me dejó con una sensación muy rara, casi solemne. Bueno, no era de extrañar, pues las campanas acababan de doblar por mí, por así decirlo. De manera que de repente se me ocurrió darle al chico algo para que se acordara de mí. Ya lo sé, ya lo sé, pero yo no era yo. Le dije que cogiera de la biblioteca el búho tallado. «Es para ti —dije—, es aún más viejo que yo». «Ah, no —dijo él—, ¿por qué?». «Por nada, chico, por nada. Gracias por tu ayuda. Cierra la puerta cuando salgas, por favor». «Muchas gracias». Luego se marchó. Parecía muy contento. Pero tal vez estaba disimulando.

Desde entonces he tenido más mareos. Pero he colocado las sillas en lugares estratégicos. La habitación parece muy desordenada así. Da la impresión de que no vive nadie. Pero yo aún vivo aquí. Vivo y espero.

Final del verano

La verdad es, aunque tal vez no sea esa la palabra más adecuada para empezar, no pretendo... mi intención no es sino aportar una versión, mi versión, porque yo lo seguí todo muy de cerca, a distancia, bien es verdad, normalmente no habría podido pronunciarle de no haber sido por el largavista de mi padre, con el que tenía prohibido enfocar a las personas, era un telescopio, de manera que todo lo veía boca abajo, pero uno se acostumbra a eso. Así pues, veía todo sin oír nada, tenía dieciséis años, mi padre estaba de congreso en Irlanda, era otoño o final del verano, a principios de septiembre, mi madre había ido a casa de una amiga y yo había tomado el largavista del despacho y estaba incumpliendo la prohibición de mi padre —la mujer estaba sentada leyendo un libro fino, con un cigarrillo en la mano, y yo nunca había estado tan cerca de ella—; entonces comprendí perfectamente el sentido de aquellas palabras que mi padre había escrito, creo que con tinta, en el estuche del largavista: «Para el que es limpio, todo es limpio, excepto un largavista». Es cierto que ya la había visto una vez a través del largavista, claro está, pero en aquella ocasión todo fue muy rápido, ella cogió tres rosas en un abrir y cerrar de ojos, el grado de cercanía tiene que ver con el tiempo, y aunque esperé con infinita paciencia, ella no volvió a salir.

Estaba sentada de espaldas a la casa, y cuando levantaba la vista del libro tenía delante el campo de centeno y el estrecho camino de carruajes que dividía el campo en dos y conducía al Bosque de las Cornejas, que no era un bosque de verdad, sino un grupo de árboles, de un tiro de piedra de largo y la mitad de ancho, donde había igual de cornejas que en todas partes; más allá, demasiado lejos ya para verlo a simple vista, estaba el Peñasco Gris, que tampoco se correspondía con su nombre, pues no era un peñasco, sino una montaña que resguardaba de los vientos del mar.

Debí de perderme en ensoñaciones, porque sin que me diera cuenta ella había desaparecido, la silla estaba vacía, no, vacía no, pues el libro seguía allí, lo que significaba que volvería. Pero antes llegó otra persona, un desconocido, que cogió el libro, se sentó y se puso a leer. Aunque yo lo estaba viendo boca abajo, estaba seguro de no haberlo visto nunca. Ella volvió a salir enseguida y él se levantó, puso un dedo bajo la barbilla de la mujer y acto seguido le plantó un rápido y ligero beso en la boca. Luego hablaron, ella vehemente, él sonriente; yo estaba muy excitado, no por celos, eso no puede decirse, no en aquel momento, estaban los dos muy juntos, cuando él no la miraba a los ojos, le miraba los pechos; sacaba a la mujer casi una cabeza, debían de estar muy seguros de que nadie los veía, solo podían ser vistos desde mi habitación, y la distancia era tan grande que si yo no hubiera tenido el largavista... No pensarían en eso, claro está, tendrían la casa para ellos solos, suponía yo, el marido estaría fuera. El marido era un hombre muy simpático, siempre cortés y

casi siempre amable; una vez que me lo encontré en el camino de carruajes, entre el Bosque de las Cornejas y el Peñasco Gris, se detuvo y dijo: Si no fuera por nosotros dos, este camino acabaría cubierto por la vegetación. Pues sí, te he visto, chico, esa es una buena manera de llegar a ser tú mismo. No puedo asegurar que esas fueran sus palabras exactas, las repito tal y como aparecieron ante mí cuando las extraje de mi memoria y las pesé o me pesé a mí en ellas, él no sabe, no puede saber lo que esas palabras significaron para mí, coronaron mi soledad; bueno, basta ya de eso, como estaba diciendo, seguramente tenían la casa para ellos solos y no creo que se sintieran vigilados, y cuando él la besó por segunda vez, ella lo abrazó y vi cómo la mano de él estaba muy... yo solo tenía dieciséis años y era completamente pudoroso en el sentido de que nunca había puesto en práctica mis deseos, no me había atrevido a realizar mis sueños por temor a Dios y al sexo; además, mis padres no habían abierto ni una rendija de la cortina a su vida erótica en común, estaban tan desprovistos de sexo como solo pueden estarlo los padres, incluso hoy, cuando ya llevan un montón de años bajo tierra, soy incapaz de pensar en el instante en que fui concebido sin asquearme, admito que esto tiene poco que ver con el asunto que nos ocupa, pero bueno, allí estaba yo, viendo la mano de él, sin que ella protestara o se alejara, y no es de extrañar que aquella noche no consiguiera dormir, que tuviera miedo de morirme con tanto pecado sobre la retina, ni tampoco es de extrañar que la tarde del día siguiente y el resto de las tardes me quedara en mi cuarto con el largavista preparado en la mesa junto a la ventana, y esa persistente atención mía sería la razón de que presenciara parte del drama, y si no drama, esa no es en cierto modo la palabra adecuada, tal vez porque lo vi todo boca abajo o porque no oí ni un sonido, aunque pude ver cómo se gritaban; o porque los decorados eran tan idílicos que constituían un contraste demasiado grande: los árboles con sus copas tupidas e inmóviles, los dos arriates paralelos de dalias que acababan en una pila para pájaros en la que un amorcillo apuntaba al sol, la hiedra que subía por la pared y los rosales trepadores que cubrían la madera del porche, las losas bajo la ventana del salón, la pequeña mesa con mantel azul junto a la que tal vez había estado sentada ella por la mañana mientras yo estaba en el colegio; no había nada que augurara lo que iba a ocurrir, nada.

Lo primero que sucedió fue que Ferdinand Storm bajó por la escalera del porche. Yo no lo habría reconocido de no haber sido por el largavista, él había herido mis sentimientos al menos en dos ocasiones, no diré de qué manera, como si yo no tuviera ya suficientes complejos, siempre parecía ser el dueño del suelo que pisaba, ahora también —yo era demasiado inexperto como para entender lo que haría él en el jardín de ella, ni siquiera se me ocurrió—, tenía las manos en los bolsillos del pantalón y hacía chasquear la lengua; entonces apareció ella, vestida con falda y jersey, con un cigarrillo en la mano, no pude ver a los dos a la vez hasta que se sentaron junto a la

mesa, él de espaldas —si a ella no se le ocurrió que yo podía verla sería por el gran árbol que había delante de mi ventana—, así suele ser, lo lejano cubre lo que está detrás, yo estaba sentado a horcajadas en una silla, con el largavista apoyado en el alto respaldo, disfrutando así de una buena vista sobre ese jardín antaño del Edén. Ella se esforzaba por agradarle, él estaba en el último curso de bachillerato y ella casi podía ser su madre, yo no sospeché nada hasta que vi la manera en la que ella jugueteaba con los dedos de él, y una vez él le apretó con fuerza el antebrazo desnudo; daba la impresión de haberle hecho daño y me pareció que ella dijo ¡oh! pero con una sonrisa. Estaba tan absorto en ellos dos que no reparé en el marido que de repente estaba allí, al pie de la escalera del porche, como si hubiera estado allí siempre, inmóvil, callado, tenía que saberlo, nada indicaba que estuviera sorprendido. Entonces avanzó cuatro o cinco pasos, se detuvo y dijo algo. Ferdinand Storm se levantó y contestó. Ya no parecía el dueño del suelo que pisaba, estaba desafiando el derecho a la propiedad. Sus respuestas eran escuetas, acompañadas de un movimiento de cabeza, tenía que estar empleando palabras descaradas, porque de repente Beck avanzó tres pasos y lo golpeó con la palma de la mano. Ferdinand Storm le devolvió el golpe, rápido y preciso y probablemente con todo el peso de su sentimiento de culpa. Beck se tambaleó. Su mujer se levantó e intentó... ella, la manzana de la discordia, intentó impedir más actos violentos colocándose entre ellos, de lo que no podía salir nada bueno, claro está; Beck le dio un empujón para que se apartara, con tanta fuerza que ella cayó de espaldas sobre el seto bajo, no resultó cómico, aunque no se hizo daño, y no mereció más miradas que la mía; Beck sólo tenía ojos para Ferdinand Storm, quien, según dijo Beck luego en el juicio, representaba la suma de intrusos en el territorio de su matrimonio; no es pues de extrañar que empleara todas sus fuerzas. La lucha no fue larga, creo que duró menos de un minuto, y eso que Ferdinand Storm no era un alfeñique, ni un cobarde; tal vez perdió por sentirse moralmente inferior. Por un instante llevó ventaja, pero vaciló, y enseguida Beck se abalanzó sobre él, golpeándole, según pude ver, la cabeza contra una de las losas de pizarra, y la lucha acabó. Aunque no hubiese oído ni un solo sonido, pude ver el silencio que se instaló. Beck estaba al lado del joven, no podía verle la cara, pero sí la estrecha espalda y los brazos colgando, así permaneció un rato, luego se acercó a la escalera del porche y entró en la casa sin echar siquiera un vistazo en dirección a su mujer. Ella se levantó lentamente y se inclinó sobre Ferdinand Storm, que yacía inmóvil con la cara vuelta hacia el otro lado. No lo tocó, se limitó a mirar, yo no sabía si estaba muerto o solo inconsciente; luego ella se enderezó y echó a andar muy pensativa por el sendero del jardín entre las dalias, pasó por delante de la pila para los pájaros y el amorcillo, salió por la verja, se internó en el camino de carruajes donde yo nunca la había visto, y desapareció entre los árboles del Bosque de las Cornejas. Entonces dejé el largavista; entiendo lo que quería decir Beck al asegurar que no

sabía lo que hacía, pero no podía haber hecho otra cosa —yo sí sabía lo que hacía cuando me puse a seguirla, presa de un impulso que borraba en mí cualquier reserva —, me metí por los campos de centeno y crucé el Bosque de las Cornejas, ella no estaba en ninguna parte, tendría que haber llegado hasta el Peñasco Gris, pero no, no era así, porque de repente estaba sentada a solo veinte metros de mí, donde el camino se desviaba; ella me vio a mí antes de que yo la viera a ella, me vio vacilar —yo seguí andando, con las piernas rígidas y la espalda demasiado recta—, lo sabía, pero no podía remediarlo, tampoco podía remediar mi sonrojo, agaché la cabeza y me acerqué, ella estaba sentada con la barbilla apoyada en una rodilla, miré la hora, estaba ya muy cerca de ella, levanté la vista y la saludé sin mediar palabra, pero ella no me vio, ni siquiera... me ignoró... me...

...Y cuando regresé, no sé al cabo de cuánto tiempo, pues me había tumbado boca arriba entre los árboles, despojando el futuro de todas sus plumas, en lo que tardé lo mío, el sol estaba a punto de ponerse, pues era septiembre; entonces ella ya no estaba allí, pero pude ver donde había estado sentada. Volví a casa, subí a mi cuarto y dirigí el largavista hacia un jardín vacío.

La aglomeración

Cuando leo o estoy ocupado resolviendo un problema de ajedrez, suelo sentarme junto a la ventana mirando hacia la calle. Nunca se sabe si va a suceder algo que merezca la pena presenciar, aunque es muy poco probable, la última vez fue hace tres o cuatro años. Pero también puede haber algo de distracción en lo cotidiano, y fuera de la ventana al menos hay algo que se mueve, aquí dentro sólo me muevo yo y la aguja del reloj.

Pero hace tres o cuatro años vi algo extraño, y fue lo último asombroso que he visto, aunque, como ya he dicho, no soy indiferente a las actividades más cotidianas, por ejemplo, personas que se pelean, se pegan y golpean, o personas que se desploman sobre la acera y permanecen allí porque están demasiado borrachas o enfermas para llegar a su casa, si es que la tienen; muchos de ellos no la tienen, supongo, no hay casas suficientes en este mundo.

Pero lo que vi aquella vez fue diferente. Tuvo que ser en Semana Santa o en Pentecostés, porque no era invierno, y recuerdo haber pensado que, lógicamente, esa clase de actividad estaría relacionada con una de las fiestas religiosas.

Mi ventana da a una bocacalle tan corta que puedo divisarla entera sin problemas, tengo buena vista.

Estaba mirando dos moscas apareándose en el alféizar de la ventana, lo más probable es que fuera en Pentecostés, me servía de distracción observarlas, aunque prácticamente no se movían. No me excité mirándolas, pero recuerdo bien que sí me pasaba cuando joven.

Como ya he dicho, estaba mirando las dos moscas, y acababa de tocar con mucho cuidado el ala de la hembra y luego el ala del macho sin que se dieran cuenta, lo cual me pareció extraño, pues el macho llevaba ya al menos diez minutos sentado sobre la hembra, no exagero, debería haber empleado más tiempo de mi vida en estudiar los insectos, aunque en realidad, ¿por qué? Bueno, en ese momento avisté a un hombre en la parte más lejana de la calle, un hombre que se comportaba de un modo muy chocante. Era como si estuviera batiendo los brazos, y luego gritó algo, algo que al principio no capté. De alguna manera, era un hombre sistemático, con un especial sentido geográfico del orden, porque correteaba desde la primera ventana del lado derecho de la calle hasta la primera ventana del lado izquierdo y luego continuaba hasta la segunda ventana del lado derecho y desde allí a la segunda ventana del lado izquierdo, etcétera, y llamaba a todas las ventanas gritando algo. Era inusual y extraño, y abrí la ventana, fue antes de que se estropearan las bisagras, y le oí gritar: «Jesús ha llegado». Pero también gritaba otra cosa, algo parecido a «Yo he llegado». Y cuando se acercó más, pude oír que efectivamente era eso lo que gritaba: «Jesús ha llegado, yo he llegado». Y no paraba de corretear de un lado a otro de la calle,

llamando a las ventanas que alcanzaba con la mano. Era un espectáculo indignante, la locura religiosa es indignante.

La primera reacción fue tan sorprendente como adecuada: de un quinto piso, salió zumbando un taburete más o menos hacia la mitad de la calle. No alcanzó al hombre, lo cual, espero, no era la intención, pero se rompió, claro. Fue un esfuerzo inútil, pues el hombre aún se hizo notar más, tal vez le hiciera falta esa confirmación de que estaba llevando a cabo una importante misión.

La siguiente reacción estaba emparentada con la primera, pero fue menos tajante, y no del todo carente de comicidad. Se abrió de golpe una ventana, y una voz enfurecida gritó: «¡Está usted loco, hombre!». Fue en ese momento cuando me di cuenta de que el hombre de la calle era de hecho peligroso y despertaba instintos latentes en el prójimo. Pensé: ¿No hay por aquí una persona sensata a la que no le fallen las piernas y pueda bajar a poner fin a todo esto? Poco a poco se habían ido asomando bastantes cabezas por las ventanas que daban a la calle, pero abajo, el loco, completamente solo, seguía dominando la situación.

Yo me sentía fascinado, he de admitirlo, pero, conforme pasaba el tiempo, más por el espectáculo en la calle que por el protagonista. La gente había empezado a manifestarse, se reían y se gritaban por encima de la cabeza del pobre hombre; yo nunca había visto nada parecido en cuanto a repentino contacto social, incluso se asomó un hombre en la casa vecina que me gritó algo. Sólo capté la última palabra, «blasfemia», y, por supuesto, no contesté. Si al menos hubiera dicho algo sensato, por ejemplo «urgencias», quién sabe, tal vez hubiéramos podido establecer una especie de relación de saludo de ventana a ventana. Pero no tenía ninguna gana de establecer una relación de saludo con un hombre adulto —tenía años suficientes como para ser el hijo de mi mujer, fallecida ya hace mucho— a quien no se le ocurre nada más sensato que decir «blasfemia», aún no me siento tan solo.

Pero basta con eso. Estaba, como ya he dicho, fascinado por esa bulliciosa vida en las ventanas, me recordaba a mi infancia, entonces era mejor ser viejo, pienso, menos solitario, y, sobre todo, uno moría más o menos a la edad adecuada. En ese instante salió un hombre de un portal. Tenía prisa, y se dirigió directamente al chiflado. Lo agarró por detrás, lo dio vuelta y le pegó en la cara con tanta fuerza que el loco se tambaleó y cayó al suelo. Por un instante se hizo el silencio en la calle, como si todo el mundo estuviera conteniendo la respiración. Luego volvió el ruido, y esta vez el malestar se dirigía sin duda al asaltante. La gente no tardó en salir a la calle, y mientras el causante inmediato de todo el barullo estaba sentado, callado y desconcertado, a unos metros de distancia, se inició una acalorada discusión de la cual resultaba imposible captar los detalles, pero era obvio que también el asaltante tenía sus partidarios, porque de repente dos jóvenes empezaron a tirarse de los pelos. Ay, fue un día muy negro para la sensatez.

Entretanto, el loco se había levantado, y mientras los jóvenes se peleaban probablemente por él, pero posiblemente por causas muy diferentes, y algunos intentaban mediar entre ellos, él retrocedía, alejándose cada vez más, hasta que llegó a la siguiente esquina. Allí dio la vuelta y echó a correr, fue un alivio, y he de decir que sabía correr.

Cuando el grupo se dio cuenta de que el hombre había desaparecido, se fue calmando lentamente, y se fue cerrando una ventana tras otra. También yo cerré la mía, no era un día caluroso. El mundo está lleno de insensatez y confusión, la falta de libertad tiene profundas raíces, la esperanza de igualdad está disminuyendo, la fuerza superior es demasiado grande, eso parece. Tenemos que estar contentos con lo bien que vivimos, dice la gente, la mayoría vive peor. Y luego toman pastillas contra el insomnio. O contra la depresión. O contra la vida. ¿Cuándo llegará una nueva estirpe que entienda el significado de la palabra igualdad, una estirpe de jardineros e ingenieros forestales que talen los grandes árboles que dan sombra a todos los pequeños, y que quiten los brotes del árbol de la ciencia?

Todo como antes

El camarero gordo estaba en la parte de más adentro, bajo el viejo y desgastado tejado de chapa ondulada, fumando. Eran algo más de las tres, y el termómetro detrás de su hombro izquierdo marcaba 39 grados. Tiró la colilla y entró en el oscuro bar donde el pequeño escocés hacía un solitario.

Carl se volvió y vio una pequeña barca de pesca dar la vuelta por el largo y estrecho malecón. Un poco más allá, el mar desaparecía en la neblina de calor.

Bebía la cerveza a pequeños sorbos, ya estaba tibia. La barca desapareció y todo quedó inmóvil.

Pero solo un instante. Por la esquina de la estación de autobuses llegaba el pequeño Hilux verde de Zakarias. Se detuvo y aparcó en la manchada sombra de una palmera desgarrada. Zakarias salió y se puso a descargar cajas de vino y Coca-Cola de la furgoneta. El camarero gordo salió del bar y gritó algo que Carl no entendió; Zakarias le contestó. El camarero se acercó a la furgoneta friccionando sus gruesos muslos al andar. Entre los dos empezaron a llevar las cajas al bar.

Cuando iban a por más, Zakarias miró a Carl y gritó:

—*Hello. Your wife not here?*

—*No, she is sick.* —Se tocó la tripa para ilustrar la mentira.

—*Sorry. Good wife, ok?*

—*Ok.*

Metieron el resto de las cajas. Volvió a hacerse el silencio. Carl se acabó la cerveza, dejó unas monedas en la mesa y se levantó. Se metió en el callejón donde el tonelero tenía su taller. La sombra de la hilera de casas era demasiado estrecha para cobijarlo. El sol calentaba sin piedad.

Subió por la oscura escalera de la pensión hasta la segunda planta. La puerta de la habitación estaba cerrada con llave. Llamó, pero Nina no contestó. Gritó su nombre, ninguna reacción. Estaba tan seguro de encontrarla dentro que ni siquiera había mirado si la llave colgaba en la recepción. Bajó por ella. No estaba.

Que se vaya a la mierda, pensó, y salió de nuevo a la despiadada luz del sol. Nadie había recogido la mesa, las monedas seguían allí. Se sentó fuera con la cara vuelta hacia la oscura abertura de la puerta. Se metió las monedas en el bolsillo. El camarero gordo no apareció, y al cabo de un rato Carl se levantó y entró en el bar, donde el gran ventilador del techo producía un atisbo de frescor. El camarero y el escocés estaban jugando al ajedrez. Carl pidió una cerveza y se sentó en otra mesa más adentro, debajo del tejado de chapa ondulada donde la luz era menos intensa. Lo sorprendió que Nina fuera capaz de hacer como si no estuviera en la habitación, no era propio de ella, y con un repentino destello de autocrítica pensó: No la conozco.

Tomó un trago de cerveza. Me quedaré aquí, ella sabe dónde encontrarme, pensó.

Voy a emborracharme, pero poco a poco.

Bebiendo entró en la amargura y bebiendo salió a la indiferencia, pero sin emborracharse mucho. El bar se fue llenando de gente, y a las cuatro y media el camarero puso el tocadiscos, la siesta había acabado. El pequeño escocés salió y se sentó a la mesa más cercana a la puerta.

Carl bebía despacio, pero con premeditación.

Hoy le tocaba a él.

El día anterior le había tocado a Nina.

Todo había empezado muy bien. Estuvieron en Barbarossa comiendo un plato de pescado con una botella de vino blanco. Empezó y acabó el breve crepúsculo, y cayó la suave oscuridad. Hablaron de cómo la luz salía de repente de los callejones, confluyendo sobre el mar antes de desaparecer detrás del horizonte. Bebieron vino y se tocaron las manos, estaban a gusto. La oscuridad se espesó en torno a ellos, pagaron y se fueron andando hacia la vieja plaza, tomados de la mano.

Encontraron una mesa en una terraza y pidieron cerveza. Luego Nina quiso un raki, y después otro. Todo iba bien; Carl tenía la intensa sensación de que estaban muy unidos. Entonces Nina sugirió que dieran un paseo. Caminaron sin rumbo por calles estrechas y sombrías.

De repente oyeron música bouzouki. El sonido los condujo a una pequeña tasca. El hombre que tocaba tendría cerca de sesenta años. Se sentaron en el único lugar que quedaba libre y pidieron raki. En la pared de detrás de la barra había fotografías e imágenes recortadas de periódicos del hombre que tocaba. «Debe de ser conocido», comentó Nina entusiasmada. Vació el vaso de raki e hizo señas a la flaca mujer de detrás de la barra para que le sirviera otro. Carl se abstuvo. Y de repente Nina ya no estaba con él. Estaba mirando a su alrededor; con esa mirada especial, directa y a la vez lujuriosa e inocente. Se fijó en tres hombres que estaban sentados cerca de la puerta, en los tres o en uno de ellos, él no podía saberlo. Lo que sí sabía era que tendría que cambiar —o, si hiciera falta, acabar con ese estado de excitación de Nina—, de lo contrario, todo terminaría muy mal. Pero no podía hacer nada, no inmediatamente. Cuando ella anunció que quería otro raki, él le preguntó con una sonrisa —aunque bastante angustiada, bien es verdad— si pensaba emborracharse. «Estoy muy bien», contestó ella, mirando radiante al músico y a los tres hombres junto a la puerta. Al poco rato la mujer de la barra se acercó a rellenarles las copas, seguramente por invitación de uno de los tres hombres. Carl dijo que no era necesario bebérsela, pero ella se la bebió. Él hizo lo mismo; había perdido la batalla. Que acabe como quiera, pensó, ella lo quiere así, como si se tratara de una especie de impulso. Y, sin embargo, al cabo de un rato dijo que quería macharse. «¿Estás de mal humor?», preguntó ella, y él lo negó, porque esa palabra no describía su estado de ánimo, se sentía triste, desconcertado, y tal vez un poco indignado. Pues eso, bastante

indignado. Era un marido abandonado delante de las narices de su mujer, claro que estaba indignado, maldita sea. Hizo señas a la dueña, le sonrió y pagó, también sonrió a Nina y a los músicos, no le notarían nada, todo estaba normal, todo estaba bien. Se levantó y le preguntó si se iba con él. «¿Ahora que estamos tan a gusto?», preguntó ella. «¿Lo estamos?», preguntó él sonriendo.

Se fue con él.

Ninguno de los dos dijo nada. Ella iba un paso por detrás de él.

Llegaron al puerto y Nina dijo: «No pensarás irte ya al hotel, ¿no?». Él contestó con una evasiva. «Yo no pienso ir al hotel», dijo ella. «Solo si no bebes más raki», dijo él. «Dios mío, qué espléndido eres», dijo ella. «Sí», contestó él. «Entonces una cerveza», dijo ella.

Nina eligió lugar y mesa donde había más público. Carl buscaba algo que decir, algo que la hiciera volver, pero no se le ocurría nada. Con el fin de escapar a ese doloroso silencio, fue al servicio y se tomó mucho tiempo. Cuando volvió, Nina ya había entablado conversación con dos griegos de la mesa vecina; hablaban inglés, hablaban de Nina —de dónde era, dónde se alojaba, hasta cuándo se quedaba. Eran amables, corteses. A Carl le gustaron, sobre todo el que estaba sentado más cerca de Nina, y que era el que mejor hablaba inglés, se llamaba Nikos, era de Atenas, y estaba de vacaciones. Al cabo de un rato Nina acercó más su silla a la de Nikos, y Carl dijo entre dientes, pero sonriendo: «A lo mejor no hace falta que te lo comas». Ella lo miró. «Tienes que hablar inglés», dijo.

Él ya no tenía nada más que decir. Todo se desarrollaba con normalidad. Nina pidió como sin darse cuenta más cerveza. El amigo de Nikos se marchó, y Nikos acercó su silla a la mesa de ellos; Nina puso la mano sobre su brazo desnudo, de nuevo como sin darse cuenta. Carl hizo como si no lo viera, o mejor dicho, como si no significara nada, y prosiguió una conversación sobre los juicios tras la caída de la junta de los coroneles, unos juicios que, en opinión de Nikos, habían sido una farsa y una catástrofe. Nina lo interrumpió para preguntarle si era abogado. Nikos se rió, puso su mano libre sobre la de ella —pero solo un instante— y dijo que trabajaba en una compañía de seguros. Nina dijo que no lo parecía. Carl miró el reloj y dijo que se estaba haciendo tarde. También Nikos miró el reloj y estuvo de acuerdo. Dijo que iba en la misma dirección que ellos.

Pagaron. Nina sugirió que fueran por la playa. Carl y Nikos andaban uno a cada lado de ella. Carl vio que Nina cogía la mano de Nikos y eso le dolió. Se alejó un poco de ellos, no mucho, pero lo suficiente para que las pequeñas olas que golpeaban la playa le impidieran oír lo que hablaban. De repente Nina se detuvo, se volvió hacia Nikos y lo besó en la boca. No fue un beso largo, y Nikos se limitó a recibirlo, aunque sin soltarle la mano. Carl no dijo nada, pero se detuvo y los miró. La tenue luz le iluminó la cara, las suyas quedaban en la oscuridad. Vio sus siluetas a la luz de

las farolas del paseo marítimo, y vio a Nikos retirar la mano. Luego siguieron andando, nadie decía nada, Carl iba un par de metros por delante de ellos, no quería volverse, pues tenía su orgullo. Cogió la cuesta en dirección a las luces y oyó que lo seguían. Llegaron a la carretera, Carl siguió hacia la pensión, Nina y Nikos iban charlando detrás de él. Nina se reía. Entonces se volvió a pesar de todo y vio que iban agarrados de la mano. Ya casi habían llegado a la pensión. Ya está bien, pensó Carl, no hace falta arrastrarse. Ya está bien. Apretó el paso. Nina gritó algo, pero él hizo como si no la oyera. Entró en la pensión, saludó con un movimiento de la cabeza a Manos, sentado medio dormido frente al televisor, y cogió la llave de detrás del mostrador. Subió apresuradamente a la habitación. La puerta del balcón estaba abierta, dejando que algo de luz de la calle entrara en la habitación. No encendió ninguna lámpara y salió al balcón, que se encontraba casi justo encima de la recepción. No oyó nada. Se inclinó por encima de la barandilla y miró hacia abajo. No estaban allí. Se sentó y encendió un cigarrillo. Al cabo de un rato oyó que se abría la puerta y se quedó sentado, inmóvil, por un breve instante de desesperación pensó que Nina no estaba sola. Lo estaba. Estaba a su lado. «¿Qué te pasa?», le preguntó. Él no contestó. «Siempre tienes que ser así», dijo ella. Él se mordió la lengua, porque eso era lo que ella buscaba. «Maldita sea», dijo Nina y entró en la habitación. Él tiró a la calle el cigarrillo a medio consumir y encendió otro. Ella encendió la luz. «¿Acaso he hecho algo mal?». Él no contestó. Ella volvió a salir al balcón. «¿No te vas a acostar?». «Aún no», contestó él. «Pretendes castigarme, ¿verdad?». «¿Castigarte por qué?», preguntó él, le pareció una buena respuesta. «Por no ser capaz de satisfacerme con esa polla tan rápida que tienes». Volvió a entrar y apagó la luz. Él permaneció sentado, su corazón se negaba a tranquilizarse, le hervía la sangre. Esto se acabó, pensó, tiene que acabarse de una vez por todas.

Se fumó otros tres cigarrillos y supuso que ella se había dormido. Entró sin hacer ruido, se desnudó, echó la cortina, tanteó para encontrar la cama y se tapó con la sábana. Nina se movió. «¿Acaso he hecho algo malo?», preguntó. Él no contestó. «Qué sádico eres, coño». Él se quedó un rato pensando en lo peor que podía decir, y dijo: «Una vez me contaste que una amiga tuya solía ir por ahí exhibiendo el coño. Observándote esta noche he entendido de repente lo que querías decir. Deberías...».

En ese instante ella se lanzó encima de él, totalmente por sorpresa, Carl notó cómo los dedos de ella se cerraban alrededor de su cuello y la oyó resoplar: «Te voy a matar». Sus manos no apretaban fuerte, pero a él le entró pánico y se defendió a golpes. Ella aflojó los dedos, pero siguió forcejeando. Él le dio un empujón y salió de entre la sábana y de la cama. Ella seguía tumbada intentando recobrar el aliento. Él descorrió la cortina y salió al balcón, luego volvió a entrar por la ropa y el tabaco. Era la una y media.

A las dos y cuarto entró a acostarse. Nina estaba dormida. A las nueve y media se

despertó y se levantó sin hacer ruido. Nina dormía. Se había quitado la sábana con los pies. En la parte delantera del hombro izquierdo tenía una moradura tan grande como un puño. Por un instante le sobrevino un repentino ataque de ternura, pero enseguida recordó todo. Salió de la habitación sin hacer ruido.

El camarero gordo lo miró. Carl señaló el vaso. El camarero asintió y entró en el bar. Carl echaba de menos a Nina, con la esperanza de que no llegara.

En ese instante llegó. Llevaba una blusa azul que le cubría el hombro.

—Estás aquí —dijo, y se sentó. Sonrió levemente. Él no sonrió, evitó encontrarse con su mirada. Como si yo tuviera mala conciencia, pensó.

—Creo que me emborraché —dijo ella—. ¿Te ataqué?

Él asintió con la cabeza.

—¿Por qué?

—Te dije lo que pensaba de ti.

—Ah, comprendo.

El camarero llegó con una botella de cerveza. Nina también pidió una.

—Comprendes —dijo Carl.

—¿Y qué pensaste de mí?

—Que de repente entendí lo que habías querido expresar al decir que una chica iba por ahí exhibiendo el coño.

—¿Ah sí? ¿Por qué?

—Solo te acuerdas de lo que quieres, ¿no?

—Recuerdo que me enfadé y me lancé sobre ti.

—¿Y Nikos?

—¿Nikos?

Carl repitió los detalles que más lo habían humillado, excepto lo que había dicho ella de que él no era capaz de satisfacerla. Lo repitió con todo detalle, y esperó que ella se sintiera destrozada.

Llegó el camarero con la otra cerveza justo cuando Carl había terminado de decir todo lo que quería. Ella llenó el vaso despacio, luego dio un largo sorbo y dijo:

—¡Por Dios, Carl, no tenías motivos para enfadarte así! Estaba borracha y no hice nada malo.

—Bueno, bueno. De acuerdo.

—Carl.

—No nos entendemos. ¿Qué habrías dicho si yo hubiera hecho lo mismo?

—Pero tú no eres así.

—Vaya por Dios.

—Eso es importante. Tú eres tú y yo soy yo. No me conoces.

—No.

—No me tortures.

Dejó vagar la mirada y dijo:

—Un momento antes de que llegaras estaba echándote de menos, a la vez que esperaba que no vinieras. Sentía una especie de temor a que aparecieras de repente. Como si me remordiera la conciencia y encima con razón. Ya me ha pasado otras veces. Eso de echarte de menos y no querer que vengas, pura esquizofrenia. Esta noche he decidido que lo nuestro tiene que acabar. Uno se siente muy mal cuando se deja pisotear.

—Pero estaba borracha.

—Querías emborracharte, como tantas otras veces. Y cuando te emborrachas, casi siempre me pisoteas. No soy tan imbécil como para no darme cuenta de que se debe a algo en nuestra relación, algo que tú deberías intentar remediar, pero no lo haces. Callas, te emborrachas y me pisoteas. No soy un gilipollas, y estoy harto de que me traten como si lo fuera.

—Pero no dijiste nada, ¿por qué no dijiste algo?

—No puedo meterme en tus cosas de esa manera, no puedo. No tengo ningún derecho sobre ti, pero sí tengo derecho a dar la espalda a quien juega conmigo y me humilla. Si hubiera dicho más de lo que dije, me habrías humillado aún más. Debí de haberme marchado, pero me sentía demasiado miserable para hacerlo.

Ella no dijo nada. Él se sintió de repente vacío. Echó cerveza en el vaso, aunque estaba casi lleno. Quería marcharse. Esperaba que ella le dijera algo ofensivo o hiriente que pudiera darle un motivo para hacerlo. Pero ella no dijo nada. Estaban sentados uno enfrente del otro, y Carl hacía como si contemplara lo que pasaba a su alrededor. Nina tenía la cabeza ligeramente ladeada y los ojos clavados en la mesa verde. Transcurrieron unos minutos. Carl se levantó y fue al servicio. Meó y estaba triste, y cuando volvió al bar en penumbra una pieza de jazz procedente de un tocadiscos en el rincón detrás de la barra lo hizo detenerse. Un saxofón penetró el aire con secuencias vulnerables y heridos, justo lo que necesitaba. Pidió un raki para no estar delante de la barra sin tomar nada. Podía ver a Nina, escuchaba la música y la miraba a ella. Pensó: ¿Por qué me remuerde la conciencia?

Vació el vaso, salió, se sentó y dijo:

—Me remuerde la conciencia, es ridículo, pero también estoy un poco triste. No estoy seguro de que sea por tu culpa, puede deberse a mi falta de respeto por mí mismo.

No sabía muy bien por qué lo había dicho y qué quería que ella contestara, pero ella no contestó nada; se limitó a seguir mirando al infinito. Y de repente esa acusación no mencionada de la noche anterior se colocó entre ellos como un muro y como una libertad. Al levantarse, él dijo:

—Me vuelvo a casa.

Dejó un billete encima de la mesa y se marchó. Ella dijo algo tras él, pero él no

pudo captarlo. No sabía adónde ir. Fue hacia el centro, adentrándose en la espesura de las estrechas calles y callejones. El sol ya estaba bajo en el cielo, solo en algunos puntos entraba en las casas.

La había abandonado, pero ella seguía pegada a su cerebro.

Cuando ya no sabía dónde estaba, se sentó en un bar, bebió raki, comió caracoles y se dijo severamente a sí mismo: ¡Esclavo, maldita alma de esclavo, cada vez que intentas obrar con justicia contigo mismo te derrumbas de compasión por la que te atormenta!

Bebió, se hizo de noche, e hizo las paces consigo mismo. Fue de bar en bar y se emborrachó. Sonrió burlonamente al darse cuenta de que cuando se hablaba a sí mismo ya no decía «tú», sino «nosotros». Esta noche no nos vamos a casa, ¿verdad que no? Nos emborrachamos y nos tumbamos en la playa, para que ella se haga preguntas. La mandamos a la mierda y nos tumbamos en el lugar exacto donde ella besó a aquel maldito hombre de seguros. Pero primero nos emborrachamos.

Y así fue.

El resto de la noche quedaba muy lejano en su memoria. Recordaba remotamente que apareció Nina —no sabía dónde— y que se negó a irse con ella, quería ir a la playa. Allí vomitó, fue denigrante, y lo recordaba.

Se despertó avanzada la mañana en la pensión. Nina le acarició el pecho y el pelo y dijo que lo entendía todo.

Él sabía que ella no lo entendía todo. Pero tal vez entendiera algo.

Los dedos de Nina lo acariciaban y lo tocaban mientras iban quitando cada vez más trozo de sábana del cuerpo de Carl. Él se acordaba de todo y quería resistirse, si no, todo sería como si nada hubiera pasado. Pero el deseo pudo con él, ella se dio cuenta y lo aprovechó, y no hubo nada que hacer.

Justo antes de que él se corriera, un grito desarticulado salió de ella, y un largo temblor le recorrió el cuerpo. Él no sabía qué creer, pero sabía lo que ella quería que creyese.

Se sentía vacío y triste.

Ella jugueteaba con su pelo.

—Ahora todo es como antes, ¿verdad?

Él se quedó pensando.

—Sí —contestó.

La capelina

Estaban los dos leyendo, llevaban mucho tiempo sin decirse nada y ella de repente dijo:

—Cuando lleguemos a Yugoslavia me compraré una de esas capelinas que no me compré el año pasado.

—¿Por qué página vas? —preguntó él.

—Por la treinta y tres. ¿Por qué?

—No, por nada.

Ella no dijo nada más y siguió leyendo. Por razones que desconocía, él se acordó de repente de un diálogo que había escuchado la noche anterior a través de la ventana abierta. Primero una voz de hombre desde la calle: «No me da la gana seguir intentando ligar contigo». Luego una voz de mujer desde una ventana (pensó él): «¿Por qué no?». «Porque nunca consigo nada». Solo eso, ni una palabra más.

Ella leía. Él tenía el libro abierto, pero no leía; la estaba mirando. ¿Qué es lo que le ha hecho acordarse de una capelina?, pensó.

Al cabo de un rato, ella dejó el libro.

—Voy a hacerme un huevo frito —dijo—. ¿Quieres uno?

—No, gracias. —A él no le gustaban los huevos fritos.

Ella fue a la cocina, y él aprovechó para coger el libro y abrirlo en la página treinta y tres. No encontró nada que razonablemente pudiera dar lugar a asociaciones con una capelina. Ni con Yugoslavia. No soy capaz de entenderla, pensó, creía que la conocía, pero cada vez me cuesta más entenderla. Decidió leer las páginas anteriores a la treinta y tres, tal vez la clave estuviera ahí, pero en ese momento ella volvió por un cigarrillo, y él dejó rápidamente el libro. Se sentía como un mirón y pensó que ella lo había visto hojear el libro, por eso dijo:

—¿Es emocionante?

—¿Emocionante? Interesante.

—¿De qué trata?

—De alguien que quiere algo diferente... no sé cómo explicarlo... de una mujer que cree que está bien y a gusto, pero que, sin embargo, añora otra cosa. Y no sabe muy bien por qué, pero lo cierto es que lo sabe. Bueno, los problemas que suele tener la gente.

—¿La gente?

—¿Sí?

—Yo no.

—Tú no.

—¿Yo no soy la gente?

—¿Qué quieres decir con eso? ¡Ay, el huevo frito!

Iba camino de la cocina, de repente se volvió y cogió el libro. Él no siguió leyendo. ¿Qué ha querido decir con tú no?, pensó. Intentó interpretar la manera en la que lo dijo, pero no lo consiguió. Voy a leer ese libro, pensó.

Ella volvió, se había comido el huevo frito en la cocina; a él se le antojó como algo raro, solía llevarse la cena al salón.

Se lo preguntó:

—¿Por qué has cenado en la cocina?

—¿Cómo?

—Has cenado en la cocina —dijo él.

—Sí, ¿y qué?

—Sueles cenar aquí.

—¿Ah, sí? Pues no, ceno a menudo en la cocina. ¿Qué te pasa? Sabes que ceno muchas veces en la cocina.

Él no contestó. Se quedó pensando, pero no entendía que ella pudiera tener razón. Sabes que ceno muchas veces en la cocina. Eso no era verdad.

—Creo que voy a acostarme —dijo ella.

Él la miró, sin responder. Ella lo miró, y dijo, muy tranquila, casi sin mostrar ninguna emoción:

—Creo que voy a volverme loca.

—¿Qué?

—Digo que creo que voy a volverme loca.

—Tal vez.

Ella lo miró, su mirada se endureció, pero solo por un instante.

—Tal vez —dijo ella.

Él la miró, su mirada era fría y lo sabía, aunque notaba por dentro una especie de acaloramiento e intranquilidad.

—Tal vez —repitió él—. ¿Y en qué consiste esa locura? —Vio cómo se levantaban sus hombros. Luego volvieron a bajar.

—Buenas noches —dijo ella. Se quedó inmóvil un instante, y se marchó.

Él tenía la sensación de que ella le estaba haciendo trampas, de que se retiraba con una especie de victoria. Se sentía un perdedor y se enfureció. ¡Maldita mujer!, pensó ¡Qué se habrá creído! ¡Querer hacerse la interesante inventándose de repente una locura!

Se fue tranquilizando poco a poco, pero no del todo. Fue a la cocina y cogió una cerveza de la nevera. Eran las diez menos cuarto. Volvió al salón, se sentó, se levantó, se puso a pasear por la alfombra verde, parándose de vez en cuando a beber un trago de cerveza, mientras se le ocurrían pensamientos contradictorios. ¡Como si tuviera algo de qué quejarse!, pensó.

Ella quiere algo diferente. *De una mujer que cree que está bien y a gusto, pero*

que, sin embargo, añora otra cosa. Bueno, los problemas que suele tener la gente.

El mundo de sus asociaciones se había convertido de repente en algo distinto. Algo inocente y sin importancia en algo complicado, algo serio. *Creo que voy a volverme loca*. De una manera u otra lo habrá dicho en serio, pero ¿de qué manera?

Fue por otra botella de cerveza, descartó la posibilidad de que tal vez ella se hubiera enterado de algo sobre Anne, por ejemplo, o sobre Lucy. Sería demasiado improbable, ella no conocía a nadie de esos círculos, y él había tomado toda clase de precauciones.

No lo entendía, se acabó la botella y apagó las luces.

Ella estaba en la cama, leyendo. Apenas levantó la mirada antes de volver a concentrarse en el libro. Él hizo como si nada. Pensó: Hace como si nada, bueno, me da igual, por mí puede hacer lo que quiera.

Se acostó, apagó la lámpara de la mesa de noche, le dio la espalda y le deseó buenas noches.

—Buenas noches— contestó ella.

Él no conseguía conciliar el sueño. Al cabo de un rato se dio cuenta de que ella no pasaba las páginas del libro. Se quedó escuchando para estar completamente seguro. En efecto, no pasaba las páginas. Pensó que se había dormido y se estiró para apagar la lámpara del otro lado, pero ella tenía los ojos abiertos y se encontró con su mirada por encima del libro. Lo miró muy tranquila, sin embargo había algo en su mirada que lo hizo sentirse inquieto, algo a la vez distante y escrutador.

—¿Te molesta que lea? —preguntó ella—. ¿Quieres que apague la luz?

—No, no —contestó él—. Solo pensaba que... No estás leyendo.

—Claro que estoy leyendo. ¿No lo ves?

Él le arrancó el libro de la mano y miró el número de la página. Treinta y ocho. Le devolvió el libro, sin decir nada.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó ella.

—Has leído cinco páginas desde que te levantaste a freír un huevo —dijo él.

—Entremedias pienso.

—¡Ya lo veo, ya!

—Me recuerdas a mi padre —dijo ella.

Él tardó bastante en responder, luego dijo:

—Creía que él te gustaba.

—¿Eso creías? Pues lo quería.

¡Qué cosa tan rara! ¡Qué coño quería decir con eso!

—¡Ja, ja! —se rió él y le dio la espalda.

—Mi padre jugaba siempre a ser Dios —dijo ella—. No sé si entiendes lo que quiero decir.

—¡No! —dijo él— ¡Ni tampoco me interesa! ¡Y ahora me gustaría dormir!

—Sí, claro. Que duermas bien.

Una terrible ira se apoderó de él, de repente se levantó, arrancó el edredón, la almohada y la sábana, cerró la puerta tras sí con un gran estallido y se fue al salón. Tiró las cosas en el sofá, encendió la luz del techo y fue a pasos de gigante a la cocina por otra botella de cerveza. *Me recuerdas a mi padre. Siempre jugaba a ser Dios.*

Un rato después fue por otra botella y pensó: Mañana no iré a la oficina, para que vea la que ha liado.

Por fin se durmió.

Se despertó con sol en la cara. Durante uno o dos segundos estuvo desorientado, luego se acordó de todo.

Se levantó y entró sin hacer ruido en el dormitorio por su ropa; ella no se despertó. Se preparó un sencillo desayuno, luego se metió en el coche y condujo hacia el centro. La empresa de electricidad en la que trabajaba disponía de plazas de aparcamiento para los niveles superiores del personal administrativo en un solar de derribo a solo un par de minutos de la oficina, lo que había contribuido a convertirla en un atractivo lugar de trabajo.

Tuvo una mañana muy ajetreada y no pensó mucho en lo que había pasado, pero ya de camino a casa le volvió todo con tanta fuerza que por un instante barajó la posibilidad de castigarla con cenar fuera. Pero, aunque opinaba que ella se lo merecía, pensó que eso no sería más que un aplazamiento que a ella le daba ventaja. Y no quería concederle ese placer.

Abrió la puerta de casa, y lo que se encontró se parecía sorprendentemente a lo que solía encontrarse. Ella se mostró amable, y la comida estaba preparada, chuletas de cerdo con col estofada. Primero se sintió aliviado, luego indignado. Primero participó en la pequeña conversación sobre temas cotidianos, luego se calló.

—¿Pasa algo? —preguntó ella, pero no preocupada, simplemente como si hubiera dicho: «¿Quieres más patatas?».

Él decidió no contestar. Luego dijo:

—¿Qué iba a pasar?

—Solo lo pregunto.

Y no dijeron nada más. Después de comer fue a echarse la siesta, como hacía siempre. ¿Qué pasa?, pensó. La sigo queriendo, ¿no?

No se durmió, pero permaneció acostado más tiempo de lo normal. No sabía para qué se iba a levantar.

Ella solía entrar a despertarlo a la media hora, para que la siesta no le estropeará el sueño nocturno. Ese día no entró.

Cuando hubo transcurrido una hora se levantó. Ella no estaba en el salón. Había una nota sobre la mesa baja: «Voy a dar un paseo, Eva».

Conque esas tenemos, pensó, se ha ido a dar un paseo así, sin más.

Estaba acostumbrado a que le sirvieran café después de la siesta. Fue a la cocina y puso la cafetera.

De repente se acordó del libro. Quería leer lo que ella había leído. Se puso a buscarlo. Primero en el salón, luego en el dormitorio, y al final en la cocina. No lo encontró. Miró en los cajones, detrás de los libros de la estantería, en los armarios de la cocina, pero sin resultado.

Se tomó dos tazas de café. Ella no llegaba.

Dio vuelta la nota de la mesa del salón y escribió: «Voy a dar un paseo, Harry».

Fue a dar un paseo. Se encaminó hacia el parque, pero cambió de idea, porque no era improbable que Eva estuviera allí: podría pensar que la estaba buscando.

Se metió por un callejón y fue en dirección norte. Luego anduvo al tuntún pensando en él mismo, hasta que cayó en la cuenta de que debería haberse quedado en casa; habría estado mucho mejor sentado impertérrito en el sofá cuando ella volviera.

Se apresuró a llegar a su casa.

Ella estaba sentada en el sofá, impertérrita. Levantó la vista del libro y sonrió. Luego siguió leyendo. Pero era otro libro, él vio enseguida que era mucho más gordo que el que estaba leyendo la noche anterior.

Sopesó la victoria contra la derrota y pensó que lograría dominar la situación. Abrió el grifo del agua fría y la dejó correr mientras se estudiaba la cara y pensaba: No tiene motivos para quejarse, ¡de qué coño puede quejarse! Cerró el grifo y fue a toda prisa al salón. Dijo:

—¡Si tienes tantos motivos de queja, puedes marcharte!

Ella lo miró, primero interrogante, luego con esa mirada dura que había visto en ella la noche anterior.

—¿Marcharme? —preguntó—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Si no estás bien aquí, puedes marcharte, ¿no te parece?

—¿Ah, sí? ¿Puedo? ¿Adónde?

—Adonde sea.

Ella dejó el libro abierto boca abajo, como él había aprendido que no se deben dejar los libros. Luego dijo:

—¿Por qué no te sientas?

—Gracias. Estoy bien de pie.

—Por favor, siéntate Harry.

Él se sentó, se miró las manos y empezó a rascarse la uña del pulgar izquierdo.

—Tenemos que hablar —dijo ella. Él no contestó.

—¿No podemos hablar? —dijo ella.

—Habla.

—Hablar los dos, Harry.

Él seguía rascándose la uña del pulgar.

—Me siento muy aislada, Harry. Sé lo que acordamos, pero entonces... entonces no sabía lo que era estar en casa todo el día. No me malinterpretes, no tengo nada en contra de lo que hago, pero no es suficiente... estoy en casa todo el día, y me siento..., así que esta mañana he solicitado un trabajo y me han aceptado, he dicho que sí, aunque puedo no tomarlo, pero he dicho que puedo empezar el día uno.

Se hizo una larga pausa, luego él dijo:

—¿Ah, sí?

—Creo que tengo que aceptar ese trabajo, Harry.

—¿Ah, sí? En ese caso no tengo nada que decir al respecto, ¿no?

—No entiendes nada. Tú también te alegrarás.

—Ahora resulta que no sé lo que me conviene, ¿es eso lo que quieres decir?

—No sabes cómo me siento.

—Crees que vas a volverte loca.

Ella dijo, con una voz que ya no era insistente, sino con un timbre duro y frío que le hizo sentirse perplejo:

—¡Ni se te ocurra no tomarme en serio! ¡Ni se te ocurra!

Él comprendió que se había pasado de la raya, aunque era incapaz de reconocerlo abiertamente. De modo que no dijo nada. Pero de repente se sintió muy inseguro e intranquilo.

Se hizo un largo silencio. Él la miró de pasada; lo último que ella había dicho aún estaba grabado en su rostro: era una expresión agresiva y cerrada a la vez.

—¿Qué tipo de trabajo es? —preguntó por fin.

—En los Grandes Almacenes. —Su voz era fría e irreconciliable—. En la sección de utensilios de cocina.

Al fin y al cabo los clientes son sobre todo mujeres, pensó él.

—Esto me toma de sorpresa —dijo él—. Habíamos llegado a un acuerdo.

—Ya lo sé. Pero eso fue entonces. Además, dijiste que mis ingresos se los comerían los impuestos.

—Y a ti te parecía maravilloso ser ama de casa.

—Sí, lo creía. Los dos nos equivocamos.

—Eso no nos hará más ricos, si es lo que crees.

—Al menos no seremos más pobres.

Ella hablaba como si ya se hubiera informado, y él no insistió. Ella hablaba de otro modo; ese tono medio interrogante detrás de sus palabras, al que él estaba acostumbrado y que tanto le gustaba, había desaparecido.

De pronto supo que había perdido. No podría impedirle que hiciera lo que quisiera. Él podía elegir entre ser contravenido o ser complaciente de tal modo que no tuviera sensación de derrota.

Reflexionó, luego se levantó y dijo:

—¿Quieres una cerveza?

—¿Ahora? No, gracias.

Él volvió de la cocina, dejó la botella y el vaso sobre la mesa del salón, y se quedó de pie.

—Sé que esto es importante para ti, y sabes que siempre he querido tu bien, aunque a lo mejor no siempre he sabido lo que realmente te convenía.

Ella lo interrumpió:

—¿Y yo qué?

Él no sabía a qué se refería, pero esa manera tan impaciente en la que lo dijo lo ofendió. ¡Estaba a punto de cumplir lo que ella tanto deseaba, y lo interrumpía de esa manera!

Alzó los hombros, luego echó cerveza en el vaso; todavía seguía de pie.

—Perdona —dijo ella—. Te he interrumpido.

Él bebió.

—Da lo mismo —dijo por fin—. Lo que quería decir era que creo que debes tomar ese trabajo, aunque vas a hacerlo diga yo lo que diga.

Su mirada se encontró con la de ella, era una mirada extraña, se sentía incapaz de interpretarla. Miró hacia otro lado y bebió. Luego esperó, pero ella no dijo nada. Siguió esperando, bebió otro trago, vació el vaso y volvió a llenarlo.

Por fin ella dijo, mirándose el regazo, con una voz que tampoco supo interpretar; sonaba extrañamente hueca, como si las palabras llegaran desde muy lejos, o casi desde ninguna parte:

—Sabes que no lo habría hecho si no te hubiera parecido bien.

Nada por nada

Ingrid tenía aquella distancia en la mirada que a él no le gustaba, porque lo excluía. Se había sentido a gusto, pero ya no era así.

Miró hacia la mesa en la que estaba sentado el matrimonio alemán. Él es mucho mayor que ella, pensó. Ella no es mucho mayor que yo. Está estupenda.

Se volvió hacia Ingrid, pero ella solo tenía ojos para el baile en corro delante de la barra. La mayor parte de los bailarines eran griegos, los pocos turistas que se habían atrevido a salir estaban medio borrachos o más, y casi todos eran mujeres.

—Fingen que es algo improvisado —dijo él, porque había oído decir en el hotel que no lo era.

—Relájate —dijo Ingrid.

—Lo intento.

—No seas tan negativo —dijo ella—. ¿No ves que la gente se está divirtiendo?

—Exactamente.

—No hay nada malo en pasárselo bien, ¿no?

—No se dan cuenta de que todo está preparado de antemano.

Ingrid alzó los hombros y no contestó.

La mujer alemana lo miró de repente con una sonrisa. Era una sonrisa normal, amable, y él se la devolvió.

—¿La conoces? —preguntó Ingrid.

—¿A quién?

—A la mujer a la que has sonreído.

—No, no la conozco. Se hospedan en el hotel.

—¿Por qué has preguntado «a quién»?

—Porque no sabía a quién te estabas refiriendo.

—Vaya por Dios.

Él no contestó.

—Me apetece un ouzo —dijo Ingrid.

—No, esta noche no. ¿No recuerdas lo mal que lo pasaste anteayer?

—Fue porque había comido marisco.

Ella llamó al camarero y se lo pidió.

El ambiente del local se iba caldeando.

La mujer alemana volvió a mirarlo. No sonrió. Él vio que Ingrid estaba absorta en el baile. Levantó la copa, la mujer alemana hizo lo mismo. Seguía sin sonreír. Él desvió la mirada.

Se quedó reflexionando. Al cabo de un rato se dijo: No hay nadie que sepa lo que estoy pensando. Imagina que Ingrid supiera lo que estoy pensando en este momento.

Ingrid dijo: Quiero bailar.

Él se limitó a asentir con la cabeza, estaba lejos de ella. Ella se colocó entre dos griegos. Claro, pensó él, claro que sí. Miró a la mujer alemana. Luego miró a su marido y volvió a pensar: Él es mayor que ella. Y yo soy más joven que ella. Y ella me está mirando. Yo la miro a ella, y si Ingrid se da cuenta mejor, no le viene mal tener algo en qué pensar. Miró de nuevo a la mujer, esperando que ella lo mirara a él, y cuando lo hizo, él levantó la copa y pensó: Que lo vea. La mujer alemana también levantó la copa: no sonrió. A lo mejor tiene cinco años más que yo, pensó él. Luego miró a Ingrid, vio que sonreía al griego de su izquierda; era joven y guapo. Ya, ya, pensó él. La mujer alemana lo miró sin sonreír, pero durante mucho rato. Él clavó la mirada en la suya, sin sonreír. Si Ingrid puede, pensó, también puedo yo. Él la miró y ella miró al griego y le sonrió. Luego él miró al alemán. Tiene al menos diez años más que ella, pensó, no creo que sea algo que a ella le agrada, a él tampoco, aunque estará muy orgulloso de tener una mujer guapa y diez años más joven que él, pero supongo que eso crea problemas.

Ingrid bailaba y sonreía al joven y guapo griego. Tiene al menos cinco años menos que ella, pensó, y ella siempre ha dicho que solo le gustan los hombres que como mínimo tienen su misma edad. Luego pensó: Pero yo siempre he dicho que nunca me interesaría por una mujer mayor que yo.

Bebió y fue al servicio; tuvo que atravesar dos puertas antes de dar con él. Al salir, se encontró con la mujer alemana. Él se detuvo, ella también. Se besaron sin mediar palabra. Luego ella se soltó y prosiguió su camino. Él se metió la mano en el bolsillo y volvió a la mesa. Ingrid miró al joven griego, le dijo algo y se echó a reír. Está ligando, pensó.

Al poco rato fue a sentarse, sonriente, contenta y acalorada.

—Ya veo que te estás divirtiendo —dijo él.

—Sí, ha estado muy bien.

—Pues sí, no se acaba el mundo por eso —dijo él.

Ella lo miró.

—Desde luego eso sería demasiado estúpido —respondió ella.

—¿A que sí? —dijo él.

Ella lo miró y dijo:

—Pero nunca se sabe.

La mujer alemana volvió del servicio y lo miró. Ella sí que ha mordido el anzuelo, pensó él. Ingrid llamó al camarero y le pidió un ouzo.

—Espero que sepas lo que haces —dijo él.

Ella no contestó.

Él miró a la mujer alemana y sus miradas se cruzaron. Se echó vino blanco en la copa.

El camarero llegó con el ouzo.

Ahora le toca ir primero a ella al servicio, pensó él.

—¿No quieres bailar? —le preguntó Ingrid.

—¿Y estropearle la diversión? —dijo él.

—Vaya por Dios, ¿quieres que nos vayamos?

—No, ¿por qué? Yo estoy muy bien.

—No te oigo.

—Estoy muy bien.

—Me alegro. Salud.

Me ha besado, pensó él. La miró, ella estaba hablando con su marido; él le sonreía mientras le hablaba.

Ella lo engaña, pensó.

—Entonces tendré que bailar sola —dijo Ingrid.

—¿Sola?

Ella se levantó y se colocó entre dos griegos, no los de antes, sino uno de su misma edad y otro mayor. La siguió con la mirada durante un rato, sin ver nada que pudiera justificar sus pensamientos, luego miró a la mujer alemana, hasta que sus miradas se cruzaron. Ella le hizo un movimiento con la cabeza que él no supo interpretar. Luego se levantó y se acercó a él.

—*Cehen wír mal spazíeren?*—dijo.

Él no entendió.

—*You speak English?*

—*Yes?*

—*You take me with you for a walk?*

—*Yes, no, my wife...*

—*You are not free?*

—*No, my wife...*

—*I see. Why did you kiss me then?*

—*I...* —Notó que se estaba ruborizando, no sabía qué decir.

—*I see* —dijo ella, y se fue.

Él dio un trago. No sabía dónde mirar. Dio otro trago. Miró el mantel blanco lleno de manchas. Encendió un cigarrillo, y se puso a mirar a los que bailaban, sin ver. Si no viene me iré, pensó. Vació la copa y la llenó de nuevo. Si no ha llegado cuando me haya acabado esta copa, me iré.

Entonces llegó ella.

—¿Qué quería? —preguntó.

—No la entendí.

Ella lo miraba y él se dio cuenta aunque no la estaba mirando.

Ella no dijo nada más.

—Quisiera irme ya —dijo él.

—¿Sí?

—Es decir, si te es posible abandonar a todos tus admiradores.

—Oh, Dios.

—Aunque no pasa nada si me voy solo.

—Por supuesto que no.

—No creo que te cueste nada encontrar a alguien que te acompañe al hotel.

—Claro que no, y, por cierto, soy perfectamente capaz de encontrar el camino sola.

—Bien, entonces me voy.

—¿Has pagado?

Él sacó la cartera y llamó al camarero.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó ella.

Él no contestó.

—¿Estás enfadado conmigo? —repitió ella.

—¿Contigo? No. No haces más que bailar y divertirte.

—Bailar no tiene nada de malo, ¿no?

—Bailas y te diviertes. Claro que no tiene nada de malo.

Llegó el camarero. Él pagó. El camarero se fue.

—¿Entonces no te importa que me quede un rato más? —preguntó ella. —
¿Importa algo lo que yo sienta?

—No lo sé muy bien.

—Entiendo.

Ella no dijo nada más. Él se levantó.

—Tú tienes el dinero —dijo ella.

—¿Cuánto necesitas?

—Quiero otro ouzo.

Él sacó la cartera y dejó un billete de cien en la mesa. Se marchó. Salió a la oscuridad cálida y un poco bochornosa y pensó: No se ha venido conmigo.

El hotel no estaba lejos. Cuando hubo subido la mitad de las escaleras, se detuvo. Vuelvo solo, antes que Ingrid, pensó. El recepcionista va a creer que ella ha encontrado a otro, pero voy a ahorrarle ese placer.

Miró a su alrededor. Las escaleras continuaban hacia arriba más allá de la entrada del hotel y se perdían en la oscuridad. Siguió subiendo. Desde donde estaba podía ver perfectamente la entrada. Alternaba sus pensamientos entre Ingrid y la mujer alemana. Debería haberme ido con ella, pensó, así Ingrid sabría qué se siente.

Se sentó, encendió un cigarrillo y esperó; luego encendió otro. Veía cada vez con mayor claridad a la mujer alemana en su interior. Joder, tanta fidelidad, pensó, así te lo agradecen. Fidelidad a cambio de nada.

Entonces llegó Ingrid, acompañada por el matrimonio alemán. Charlaban y se

reían. De repente pensó que podían verlo y se encogió. El alemán dejó pasar primero a las señoras, luego desaparecieron los tres dentro del hotel.

Se quedó sentado, tal vez hablaran un rato antes de despedirse. Y, por cierto, ella recibiría su merecido, si es que empezaba a preocuparse por él.

Encendió un cigarrillo y pensó: No diré nada. Ella puede decir lo que quiera, no voy a contestarle.

Se levantó, bajó las escaleras y entró en el hotel. Saludó con la cabeza al recepcionista, ahora se lo podía permitir, ahora que llegaba último.

Ella se estaba haciendo la dormida, pero había dejado encendida la lámpara de la mesita del lado de él. Ella no sabe que yo sé a qué hora ha llegado, pensó. Ella no sabe que yo sé que no está dormida, y yo no le diré que lo sé. Se hace la dormida porque no quiere mostrar que acaba de llegar, quiere parecer mejor de lo que es.

Se desnudó, apagó la luz y se tapó con la sábana. Estuvo un rato pensando en que Ingrid se hacía la dormida, y en la mujer alemana. La veía con toda claridad en su mente.

A la mañana siguiente se levantó antes que Ingrid, como de costumbre. No la despertó. Se vistió y salió.

Hacía mucho calor, pero desde el mar llegaba algo de aire; era tan temprano que la calina aún no había borrado la isla llana delante de la entrada al puerto.

Dio un paseo por el borde del muelle. Las barcas de pesca, pintadas de rojo, verde y blanco habían llegado ya hacía tiempo, estaban al abrigo del malecón con las redes de nailon amarillo enrolladas detrás de la caja del motor.

Cruzó el estrecho canal que unía el puerto con el lago. En la parte oeste del lago había tres terrazas en fila. Se sentó junto a una mesa y pidió un capuchino y una tostada con jamón. Se preguntó si Ingrid acudiría, sabía dónde encontrarlo.

Cuando acabó de desayunar, fue al quiosco y compró una postal con el lago. Volvió a la mesa. Pidió una cerveza y se puso a escribir a su madre: «Querida madre: En este momento estoy sentado donde he pintado una cruz. Se dice que el lago que ves en la postal es muy profundo. Antiguamente se pensaba que no tenía fondo. Estoy muy bien. Todo es muy barato, pero creo que los griegos no me gustan demasiado. Parecen bastante primitivos. Te escribiré más adelante. Ingrid te manda saludos. Tu Bjorn».

Dio vuelta la postal y pintó una cruz. Luego leyó lo que había escrito, y se sintió satisfecho. Lo que importa es decir algo con pocas palabras, pensó.

Estaba a punto de acabarse la cerveza cuando llegó Ingrid.

—Hola. ¿Has dormido bien?

—Estupendamente.

Ella pidió una tortilla francesa y un té. Se puso a mirar a los adolescentes que se estaban lanzando al mar desde el borde del muelle y dijo:

—No sé cómo se atreven.

—¿Cómo?

—Yo no me habría atrevido nunca a bañarme en un lugar tan profundo.

—Qué más da si sabes nadar.

—No es lo mismo.

—Es igual de fácil ahogarse en una profundidad de dos metros que de cien.

—No entiendes lo que quiero decir.

Él se tragó una respuesta irritada, y pensó: Típico de mujeres. Y eso es lo que tanto me gusta de ella, que sea tan femenina, tan desvalida.

Puso su mano sobre la de ella y dijo con una sonrisa, esa sonrisa que ella solía decir que le gustaba tanto:

—Entiendo más de lo que crees.

Ella lo miró, escéptica, interrogante.

Él dijo:

—No será por nada que te quiera tanto.

Encuentro

Los árboles, la arena suelta por donde estaba más pisado el sendero, aunque muy poca gente andaba por allí, el dique con el puente, aunque llamarlo puente: tres tablones carcomidos.

—¿Y luego?

—Me pegaba. No veía más que sus zapatos lustrosos, siempre ha llevado los zapatos lustrosos, y un trozo de sus pantalones. No quería gritar, pero al final siempre tenía que gritar, no se daba por vencido hasta que yo no me echaba a llorar.

Unos metros más de sendero, las agujas de los pinos resbaladizas bajo las suelas de los zapatos, luego la playa, arena y mar, todo inalterado, como cuando él, como cuando yo... ¿yo?

—¿Creías que lo habías olvidado?

—Tal vez no olvidado, pero la distancia, el tiempo y el hecho de que él mandara por mí... Ya no soy el que era, al menos eso pensé.

—¿Y él?

—Aquí todo está como antes, me refiero a los decorados, no se puede romper su exigencia de una sucesión adecuada de los acontecimientos.

Había marea baja, la arena estaba dura. Siguieron las sinuosidades de la playa. Una raíz de árbol devuelta a la tierra por el mar, medio enterrada, una botella vacía, una medusa muerta perforada por un palito, olor a algas y fondo de bosque, el cielo bajo, pronto empezará a llover, ni un soplo de viento.

—¿Entonces te vuelves a marchar?

—Sí.

Él no oyó su pregunta, de repente vio la cortina marrón que colgaba entre los dos salones, no fue allí, sino en el balcón del dormitorio, la persiana baja casi del todo, la franja de luz en la parte inferior, sus piernas y las voces, la lluvia en la espalda —«te estoy diciendo que nunca he...», «¡eso es lo que tú dices!»— el movimiento brusco, las puntiagudas rodillas de él, la cara de ella a unos centímetros del suelo, ni un grito, yo podría haberlo impedido, podría haber llamado a la ventana, quería hacerlo, no es verdad que no quisiera, y por cierto, cómo podía saber yo que todo aquello no era normal, con las paredes y los estantes llenos de Dios, con la expiación de la culpa detrás de la puerta cerrada del cuarto oscuro, los chanclos y los paraguas...

El pabellón, los escaramujos, la explanada, las primeras gotas de lluvia (te vas a mojar, no importa, tu vestido, no importa, toma, la chaqueta, qué caliente está, ¿tú no tienes frío?), gotas de lluvia en la camisa. ¿A qué había salido yo al balcón con esa lluvia?

—No solo me pegaba a mí —dijo él—. También pegaba a mi madre.

—¿Por qué?

—No lo sé.

¿Por qué? «Te estoy diciendo que nunca he», ¿fue eso todo lo que oí? ¿Eché a correr? ¿Salté del balcón antes de que aquello hubiese acabado? No pude ver lo que ella sentía, pues su cabeza colgaba boca abajo, resultaba imposible interpretar su expresión, pero no lloraba, no mientras yo la miraba, no pude haberlo visto todo.

—¿Cómo era ella en realidad?

—¿Mi madre? Buena, creo. Lloraba a menudo. Nunca se chivaba, al menos que yo sepa, y cuando mi padre venía a sacarme del cuarto oscuro, ella nunca estaba, no sé donde estaba, pero nunca en el salón ni en la cocina. ¿Tú la conocías?

—Solo de vista. Recuerdo que se ruborizaba con mucha facilidad.

—Es verdad. Se me había olvidado. Resultaba llamativo, imposible de ignorar.

—Recuerdo una vez —dijo él—, que ella estaba cosiendo. Creo que yo estaba enfermo, a veces me dejaba estar tumbado en el diván del comedor. No decíamos nada, los dos llevábamos mucho rato sin decir nada. Entonces de repente se sonrojó. Yo la estaba mirando, era incapaz de quitarle ojo, y fue entonces o en otra ocasión cuando le pregunté por qué mi padre jamás se sonrojaba, pero ella no me contestó.

Las casas, la calle que rodeaba el parque de los viejos tilos, la lluvia silenciosa, fría en la espalda, la casa con el gran porche, los perales junto a la pared (por qué no entras, en realidad iba a... querrías venir luego a tomar un café, con mucho gusto, gracias por dejarme la chaqueta, tendrás frío, tienes la espalda empapada, digamos sobre las cinco, gracias por la compañía), la puerta que se cierra tras ella con un chasquido, el camino a casa... ¿casa?

Abrió la puerta con la llave. Oyó a su padre hacer ruido con las cacerolas.

—¿Eres tú, Gabriel?

—Sí.

Olía a pescado. Subió y se cambió de camisa. La ventana estaba abierta hacia la calle silenciosa y las casas bajas. Su mirada se detuvo un instante en el DIOS ES AMOR en un marco negro sobre la cama. Lo bajó de la pared. ¡Qué infantil eres!, pensó. No, no lo soy. Lo colocó en el mueble bajo que había junto a la cama.

—¿Vienes, Gabriel?

Se tomó su tiempo. Su padre se había sentado. Estaba esperando. Entrelazó las manos y bajó la cabeza. Gabriel miró por la ventana.

—Que aproveche.

Estaban sentados uno enfrente del otro.

—Está bueno.

—Hay que aprender de todo cuando uno se queda solo.

No estaba bueno, al pescado le faltaba sal. No había ningún salero en la mesa, y no se atrevió, no me atrevo, así es él, así soy yo, no tengo nada que hacer aquí.

—Me alegra tenerte aquí de nuevo, chico. La casa se quedó muy vacía al morir tu

madre.

Él no contestó. El reloj de la cocina hacía tictac y el grifo goteaba. Ahora me toca a mí hablar, ¿qué voy a decir?

—¿Tuvo muchos dolores?

—No. Pero habría querido despedirse de ti. Quería pedirte perdón.

—¿Por qué?

—Todo el mundo tiene algo por lo que pedir perdón.

—¿Ah, sí?

—Dios...

—Me gustaría que mantuvieras a Dios al margen de esto.

—No quiero. No puedo.

—Entonces no hablemos de ello.

Silencio.

—¿Has ido a ver su tumba?

—Aún no.

—Tal vez quieras llevarle algunas flores del jardín. ¿Vas a ir esta tarde?

—He quedado con Bodil.

—¿Qué Bodil?

—Bodil Karm.

—Ah.

—Gracias por la comida.

El padre bajó la cabeza, entrelazó las manos y movió los labios, pero en silencio.

—De nada.

La escalera del piso de arriba, le he contradicho, la mancha oscura donde antes colgaba DIOS ES AMOR, tal vez suba y repare en ello, ya no llueve, un rayo de sol se reflejaba en el espejo, podemos sentarnos en el porche, pasos en la escalera, no me da tiempo a colgarlo de nuevo, no abriré.

El padre no entró, se fue a su dormitorio. Gabriel se sentó en la cama y notó cómo le latía el corazón. He vuelto a ser el mismo, pensó. Puedo dar saltos, puedo bajar un cuadro de la pared, pero estoy de nuevo capturado en la red. De nuevo soy un pequeño pecador, como entonces.

Entonces. La ventana estaba abierta, la cortina se movía ligeramente hacia el pálido cielo de la tarde, no podían dejar de acariciarse, el edredón se había caído al suelo, la piel desnuda, el canto de las cigarras a través de la ventana, el suave crujido de las hojas, las respiraciones tranquilas —tienes frío, no, y tú, no— la tenue oscuridad, las manos de él moviéndose tranquilamente ahora que nada corría prisa, pero había que guardar muchas cosas, todas las palabras pronunciadas en voz baja, el contenido subordinado al buen sonido —escucha los árboles, escucha las cigarras, qué silencio—, pensamientos largos en nuevos e inusuales caminos, palabras grandes,

felices, que no buscaban respuesta, solo eco, la cabeza rubia sobre la almohada, los olores, la noche de julio y ella —podría llorar, me siento tan feliz—.

Y luego: el chasquido de la puerta, los pasos, las voces, la culpabilidad sin transición, los segundos de pánico; ella: cierra la puerta con llave, los pasos por la escalera, el picaporte; el padre: ¿Por qué has cerrado la puerta, Gabriel? Tengo visita. Hay que irse ya a dormir. La vergüenza porque el padre no hubiese llamado a la puerta, el miedo y el sentimiento de culpa, suficientemente fuerte ya en ese momento, pero aún más cuando volvió después de haberla acompañado a su casa; se había hecho tarde, el padre estaba sentado en la oscuridad del salón: Quiero hablar contigo, Gabriel. Silencio. Vi que se trataba de una chica. ¿Quién era? No hay respuesta. La luz estaba apagada y habías cerrado la puerta con llave, ¿quién era? No voy a decírtelo. Sé quién era, solo te lo he preguntado para darte la oportunidad de no ocultarme nada, pero como no quieres hablar, tendré que pensar lo peor y es mi obligación contárselo a su padre. Si lo haces... Lo haré. Es miserable. Cuida tus palabras, Gabriel. Es miserable, miserable.

Había sol en el espejo. Bajó la escalera y salió de la casa, el camino estaba duro y mojado tras la lluvia. Llamó a la puerta.

—Mi madre ha salido —dijo ella—. Ponte cómodo. ¿Quieres café o té?

—Me da igual. ¿Puedo sentarme en el porche?

—Claro que sí.

Salió al porche y se sentó en un sillón de mimbre. Ella iba y venía. Canturreaba. Una gran paz se posó sobre él, una sensación de bienestar físico y psíquico que ciertamente había sentido antes, pero muy de tarde en tarde.

—Qué bien tienes que estar aquí.

—¿Tú crees?

—Con este porche y este jardín.

—Hay que cuidarlo, y además, el verano es corto. Parece que has olvidado cómo es este lugar en invierno.

Té con limón, galletas con queso, el lejano sonido de una motosierra.

—Si supieras las veces que he pasado por delante de vuestra valla soñando con este maravilloso jardín...

—Pero vosotros también teníais un bonito jardín.

—No había en él un solo rincón que no pudiera verse desde la casa. No podía esconderme fuera ni dentro, excepto en el sótano.

—¿Pero no tenías tu propia habitación?

—Sí, pero no me atrevía a cerrar la puerta. No podía tener ningún secreto para ellos, y entraban en mi cuarto cuando querían, sin llamar. Tenía un pequeño escritorio con cajones que podían cerrarse, pero no me atrevía a esconder la llave. La verdad es que no recuerdo que me lo prohibieran nunca, pero, como ves, no hizo falta. Mis

secretos los escondía en otras partes. Recuerdo que en una ocasión me olvidé del diario, un pequeño cuaderno amarillo, fácil de esconder. Me lo había dejado encima de la mesa. Tendría entonces unos quince o dieciséis años, y en la portada había escrito que era mío y que nadie más que yo podía abrirlo. Mi madre no solo lo había abierto, sino que arriba, en una de las páginas, había escrito: «Dios lo ve todo».

—¿Qué fue realmente lo que hizo que te marcharas de casa?

—No lo sé. No me acuerdo. Sé que tiene que parecer raro, pues no hace tanto tiempo, pero la verdad es que no me acuerdo. Algunas veces creo que fue cuando vi a mi padre pegar a mi madre, pero no puede ser, tiene que haber sido mucho más tarde.

—Qué extraño.

—Sí, son muchas las cosas que no recuerdo, que no sé si son reales o solo las he soñado, y se trata de episodios que no datan de muy atrás en el tiempo. Otras cosas las recuerdo con mucha claridad, pero no siempre soy capaz de saber cuándo sucedieron, si cuando tenía ocho, diez o quince años. Pero lo más curioso de todo tal vez sea que en ciertos períodos de mi vida he soñado lo mismo noche tras noche, hasta que empecé a dudar de si realmente se trataba de un sueño, si no era algo que había vivido de verdad. Durante algún tiempo creí, por ejemplo, que no había aprobado el bachillerato, que había dejado en blanco la prueba de inglés escrito, no porque no supiera, no era una pesadilla, todo lo contrario, era un sueño bonito, me presenté al examen, pero me quedé sentado mirando a los demás, pues sabía que no hacía falta hacerlo, que se trataba de un examen superfluo, y que sería mejor ir al bosque. Me levanté y me marché. Sé que puede sonar raro, pero durante algún tiempo, varios meses, casi creí que realmente había abandonado el aula del examen, aunque sabía que no era así, me gustaría poder explicarlo...

—Entiendo —dijo ella, levantándose—. Vuelvo enseñada.

La sensación de bienestar se había esfumado. Tengo que preguntárselo a mi padre, él es el único que puede decírmelo si puede, si quiere.

—Tengo que irme —dijo.

—¿Ya?

—Tengo que hablar con mi padre. ¿Puedo llamarte?

—Claro que sí.

Andaba de prisa, como si quisiera mantener en caliente su decisión. He de hacerlo ahora, ahora o nunca, tengo miedo sin motivo, de niño tenía motivos para tenerle miedo porque me pegaba, ahora le tengo miedo por costumbre, ya no puede hacerme nada, soy yo quien puede hacerle algo a él, tal vez él pueda decírmelo, no me asusta la verdad.

—¿Eres tú, Gabriel?

—Sí.

—¿Ya has vuelto? ¿Quieres café?

—No, gracias.

Se sentó junto a la mesa del salón más pequeño. El sol estaba a punto de ponerse, y enviaba hilos de luz a través de la ventana que daba al norte, hasta la cortina marrón entre los dos salones.

—Quiero preguntarte algo.

—Pregunta lo que quieras.

—No es que quiera hurgar en el pasado, pero, por qué... pregunto porque no lo sé, puede sonar extraño, pero ¿por qué me marché de casa? Quiero decir, ¿qué fue lo que me hizo marcharme?

—No removamos todo aquello. Dejemos olvidado lo que olvidado está.

—No. Tengo que saberlo.

—He intentado comprender cómo pudo ocurrir. De qué manera fallé. Porque no debes creer que te echo toda la culpa a ti.

—No hablemos de culpa. ¿Qué quieres decir?

—Tal vez te quería demasiado.

—¿Es así como lo ves?

—Tal vez intenté retenerte.

—Querías que fuera como tú.

—¿Me estás acusando?

—Yo no quería ser como tú. Tal vez cuando era pequeño, no me acuerdo, pero después no. Te llamaba Abraham.

—¿Abraham?

—Y yo era Isaac. Hasta donde soy capaz de recordar te tenía miedo, no solo porque me castigaras...

—Nunca te castigaba sin razón.

—Eso creía yo entonces. Siempre me sentía culpable porque no era lo suficientemente mayor para distinguir entre culpa y sentimiento de culpa.

—No hay ninguna diferencia.

—Claro que la hay. ¿Por qué se sonrojaba siempre mi madre?

—Deja a tu madre descansar en paz.

—Descansa en paz. ¿Por qué la castigabas?

—¿La castigaba?

—Le pegabas.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Lo veía. ¿Era porque me trataba demasiado bien?

—¡Gabriel! ¿Para eso has venido?

—¡No! No. No debería haber venido.

—Deberías haber venido con otro ánimo.

—Te pido que me digas por qué me fui.

—Debería poder decírtelo tu conciencia.

—¿Qué quieres decir?

—No te fuiste con las manos vacías.

—Lo sé.

—Tu madre nunca lo superó.

Gabriel se levantó.

—Ya veo que no llegamos a ninguna parte. Sigues donde lo dejaste, jugando con mi sentimiento de culpa, escudándote en Dios. Dices que nunca me castigabas sin razón. ¿Qué razón? ¿Qué razones? ¿Las mismas que hicieron a los inquisidores liquidar a todos los que se oponían a la autoridad de la Iglesia? ¿Crees que me querías demasiado? ¡Mide tu amor con las horas que me pasaba encerrado en el cuarto oscuro!

—¿Crees de verdad que lo hacía por gusto?

—No lo sé, pero al menos lo hacías con la conciencia tranquila.

—Sí. ¿Puedes decir tú lo mismo de tus propios actos?

—No. Pero los verdugos de los campos de concentración pueden decir lo mismo de los suyos. ¿Eso les exime de culpa?

—Ya basta, Gabriel. Has dicho más de lo que hubiera tolerado a nadie más que a ti. Algún día comprenderás que has sido injusto conmigo. Ya soy viejo, y tal vez no viva para verlo, pero algún día comprenderás que...

—¡Cállate!

—¡Estoy en mi casa!

—¡Espera entonces a que me haya ido!

La entrada, la escalera de arriba, tiemblo, el cuarto, al menos logré decírselo, no hay que sentir lástima por él, ya no tendrá que verme más, la maleta, al menos no ganó, qué significa ganó, al fin y al cabo todo el mundo pierde, las victorias provisionales no son más que derrotas aplazadas, pero no he venido para vencer, sino para no ser vencido por una vez, no lo vuelvo a colgar en su sitio, será mi último saludo, DIOS ES AMOR en el cuarto oscuro, así es, ha sido una visita corta, ojalá él no... Bajo la escalera, pero no puedo marcharme sin despedirme, sí puedo, ¿es porque tengo miedo? No va a ser una huida, sino una despedida, ¿debo llamar a la puerta o entrar sin más? Llamo, ya no estoy en mi casa, no contesta, entonces me voy, tiene que haberme oído, si no ha salido al jardín.

Abrió la puerta. Su padre estaba sentado en el sillón de respaldo alto, mirándolo.

—Vengo a despedirme.

—¿Te marchas?

—Sí.

—No es como me lo había imaginado.

—Lo mismo digo.

—Ojalá te comprendiera.

No contesto.

—Me puse muy contento cuando escribiste diciendo que ibas a venir.

—Siento que haya acabado así.

—¿De verdad lo sientes?

—¿Qué quieres decir?

—¿Lo sientes realmente?

—Ya te lo he dicho. No quería luchar contra ti, ni siquiera quería tener razón sobre ti. Dime una cosa, padre, imagínate que no fuera tu hijo, imagínate que fuera un conocido y que hubieras sabido de mí lo mismo que sabes ahora, ¿te habría hecho ilusión volver a verme? ¿Alojarme en tu casa?

—Evidentemente no habría sido lo mismo.

—Así es. Y si tú sólo hubieras sido mi semejante en lugar de mi padre, no habría venido a verte. ¿No significa esto que lo que nos une no es más que una convención? Somos padre e hijo, y por tanto estamos obligados a mostrarnos afecto mutuamente; si no lo hacemos, nos invade el sentimiento de culpa. Pero ¿por qué? ¿Existe alguna razón para creer que el afecto es algo genético? No nos exigimos a nosotros mismos sentir afecto por un vecino o un compañero de trabajo. No sé si entiendes lo que quiero decir.

—Sí. Conque es así como lo ves. Una convención. Que Dios te perdone esas palabras, Gabriel. Algún día te darás cuenta de lo equivocado que estás.

—Siempre has dicho eso, desde que tengo uso de razón te recuerdo diciendo algún día... Qué diferente habría sido si no hubieras creído en Dios.

—O si tú hubieras creído en él.

—Sí. Estamos condenados a atormentarnos mutuamente.

—No culpes a Dios de ello.

—A Dios no, a la idea de Dios, ese mito tan persistente de un poder que justifica unos actos y puntos de vista que en el futuro serán calificados de inhumanos. Tú crees que Dios es la meta de una fe, pero no es verdad, Dios es la fe en Dios, y por eso Dios morirá, muere día a día.

—Estás obsesionado.

—No, no soy más que un representante de un futuro que se niega a recibir una herencia, que se niega a llevar a Dios sobre la espalda.

—Será mejor que te vayas.

—Sí.

Fue hacia la puerta. Puso la mano en el picaporte y se volvió a mirar por última vez a su padre, que estaba sentado inmóvil en el sillón de respaldo alto, con los ojos cerrados y las manos agarradas a los desgastados reposabrazos.

María

Un otoño me encontré por sorpresa con mi hija María en la acera delante de la relojería; estaba más delgada, pero no me costó nada reconocerla. No recuerdo ya por qué estaba yo en la calle, pero tenía que tratarse de algo importante, porque fue después de que la barandilla de la escalera se hubiera roto, así que en realidad ya había dejado de salir a la calle. Pero fuera como fuera, me encontré con ella, y se me ocurrió pensar: Qué casualidad tan extraña que yo haya salido justamente hoy. Pareció alegrarse de verme, porque dijo «padre» y me dio la mano. Ella era la que más me gustaba de mis hijos; cuando era pequeña decía a menudo que yo era el mejor padre del mundo. Y solía cantar para mí, por cierto bastante mal, pero no era culpa de ella, lo había heredado de su madre. «María —dije— eres realmente tú, tienes buen aspecto». «Sí, bebo orina y soy vegetariana», contestó. Me eché a reír, hacía mucho que no me reía, imagínate, tenía una hija con sentido del humor, incluso con un humor un poco atrevido, quién lo diría. Fue un momento hermoso. Pero me equivoqué, qué fastidio que uno nunca consiga quitarse las ilusiones de encima. Mi hija se quedó como embobada y con la mirada perdida. «Te estás burlando de mí —dijo—, pero si yo te contara...». «Me pareció haberte oído decir orina», contesté. «Orina, sí, y me he convertido en otra persona». No lo dudé ni un momento, era lógico, debe de resultar imposible seguir siendo la misma persona antes y después de haber empezado a beber orina. «Bueno, bueno», dije en tono conciliador, y con ganas de hablar de otra cosa, tal vez de algo agradable, nunca se sabe. Entonces me fijé en que llevaba una alianza y le comenté: «Veo que te has casado». Ella miró el anillo. «Ah, lo llevo sólo para mantener a raya a los pesados». Eso sí que tendría que ser una broma, calculé rápidamente que por lo menos tendría unos cincuenta y cinco años, y tampoco era tan guapa. Así que volví a reírme por segunda vez en mucho tiempo, y en medio de la acera. «¿De qué te ríes?», preguntó. «Creo que me estoy haciendo mayor», contesté, cuando me di cuenta de que me había equivocado una vez más, «conque es así como se hace hoy en día». Ella no contestó, así que no sé, supongo y espero que mi hija no sea muy representativa de los nuevos tiempos. Pero ¿por qué he tenido hijos como ella, por qué?

Nos quedamos un instante callados, pensé que ya era hora de despedirse, un encuentro inesperado no debe durar demasiado, pero justo en ese momento mi hija me preguntó si me encontraba bien. No sé lo que quiso preguntar, pero contesté la verdad, que lo único que me molestaba eran las piernas. «Ya no me obedecen, mis pasos son cada vez más cortos, y pronto no podré moverme». No sé por qué le hablé tanto de mis piernas, y ciertamente resultó que no debería haberlo hecho. «Será la edad», dijo ella. «Desde luego que es la edad —contesté—, ¿qué otra cosa iba a ser?». «Pero supongo que ya no necesitas usarlas tanto, ¿no?». «Sí tú lo dices —

contesté—, si tú lo dices». Al menos captó la ironía, diré eso en su favor, y se irritó, pero no consigo misma, porque dijo: «Todo lo que digo está mal». No supe qué contestar a eso, ¿qué podría haber contestado? Me limité a sacudir la cabeza inexpresivamente, ya hay demasiadas palabras en circulación por el mundo, y el que habla mucho no puede mantener lo dicho.

«Bueno, tengo que seguir mi camino —dijo mi hija tras una pausa breve, pero lo suficientemente larga—, tengo que ir al herbolario antes de que cierren. Ya nos veremos» Y me dio la mano. «Adiós, María» dije. Y se marchó. Esa era mi hija. Sé que todo tiene su lógica inherente, pero no siempre resulta fácil descubrirla.

Canícula

...Y aunque no ocurrió ayer, recuerdo claramente que estábamos tumbados boca abajo cortando cabezas de espigas y que era pleno verano, sin una nube en el cielo, pero con un fuerte viento procedente del oeste, del Mar del Norte, y lo único que se avistaba en el cielo, aparte del sol, era alguna que otra gaviota. Hans dijo que tenía sed, pero nosotros seguimos cortando cabezas de espigas, cada uno por nuestro lado. Era por la tarde, entre las cuatro y las seis, y Karl, al que también llamábamos Kalle, se levantó en una ocasión, pero enseguida volvió a tumbarse buscando la protección del viento, esa protección que le proporcionaba la propia tierra, porque en la llanura no crecía otra cosa que paja, espigas, pensamientos, y una pequeña flor sin nombre. Yo no sabía entonces lo que significa una llanura de ese tipo, que puedes llevártela dentro y tumbarte sobre ella en un piso de una gran ciudad o en una oficina un día de invierno; yo no estaba allí tumbado disfrutando del momento, solo estaba tumbado, a medio camino entre el mar y la ciudad, con un montón de cabezas de espigas a treinta centímetros de la cara, con pantalón corto y camisa de cuadros remangada, y en compañía de Hans y Kalle, a quien a veces llamábamos Lasarus, nunca he sabido por qué. Entonces oímos la sirena. Levantamos la cabeza, pero no vimos nada raro, miramos en vano en todas las direcciones, conservando la esperanza hasta el último momento; nos incorporamos dando la espalda al viento y miramos fijamente hacia la ciudad, gritando al unísono, cuando descubrimos el humo. Y echamos a correr. Hans delante, sobre sus largas y delgadas piernas, y Kalle el último, y cuando nos gritó que lo esperáramos, hicimos como si no lo oyéramos, estaba demasiado gordo y tenía los pies planos, y pronto había veinte metros entre Hans y yo, y quince entre yo y Kalle, mientras el humo era cada vez más denso, pero las sirenas ya no sonaban.

Crucé corriendo el campo de fútbol y atravesé el patio del colegio donde Hans estaba bebiendo agua de la fuente verde, pasé por las ventanas de las aulas, y Hans me alcanzó, tenía la barbilla mojada y no capté lo que dijo al pasarme a toda velocidad, sentía pinchazos y el cordón del zapato se me había desatado, y mientras me agachaba a atármelo en la calle, delante de la valla pintada de blanco del director del banco, el señor Rosenstand, oí acercarse a Kalle. Lo esperé porque sentía pinchazos, de modo que estaba a su lado cuando llegamos a la esquina de la pastelería de Back y vimos las llamas atravesar el tejado de la estrecha casa de dos plantas que era su hogar, y desde cuyo tragaluz se podía ver el mar, el horizonte y los destellos del Gran Faro.

¿Kalle estaba sonriendo o luchando contra el llanto? ¿Y por qué empezó a andar inclinado, con el hombro derecho hacia delante y el izquierdo hacia atrás, como torcido, y por qué se detuvo junto a la escalera de Schmidt, donde permaneció inmóvil hasta que se derrumbó el tejado y se perdió toda esperanza? No pregunto

hoy, pregunté entonces, aunque hubiera sido igual de natural preguntar por qué no, porque no es raro que te comportes de un modo extraño cuando se está quemando tu casa con todo lo que hay en ella: huevos de pájaro, mariposas y colección de sellos.

No voy a demorarme mucho en el incendio, pues todos tenemos algún incendio en nuestro pasado, y aquel fue un incendio de sol, un incendio de tarde desprovisto de cualquier efecto mágico de medianoche, y como además se trataba de un incendio del viento del oeste, no se corría ningún riesgo de que se propagara a las casas vecinas.

Tuvo que ser dos o tres días después, porque, cuando pasamos por la casa destruida por el incendio, las brasas estaban apagadas y las cenizas frías; un día caluroso, casi sin viento, hacia las cinco, Hans no había visto a Kalle desde que se alejó corriendo de él en la llanura, y yo no lo había visto desde que estaba perplejo o afligido junto a la escalera de Schmidt, pero sabíamos que él y sus padres se alojaban en casa de un tío suyo al lado este del río. Las cenizas se habían enfriado, como ya he dicho, y proseguimos a lo largo de la valla pintada de blanco del director del banco, el señor Rosenstand, para entrar en el patio del colegio, donde Hans se acercó a la fuente verde, y cuando acabó de beber subimos a gatas al tejado de chapa ondulada donde podíamos estar boca arriba a la sombra mirando el parque, que en ese momento estaba desierto bajo los grandes olmos. Era un día medio muerto, y creo que nos aburríamos, no tendríamos gran cosa que contarnos, no creo que fuéramos ya tan niños, aunque no tendríamos más de quince años, ahora me parece que apenas dije una palabra aquel verano, y tampoco oí lo que decían los demás, todos los sonidos eran sonidos lejanos, todos los días hizo calor y sol, que sea como sea esto significa algo, si es que algo significa algo, así es como yo creo que fue y así fue. Y cuando llevábamos media hora o tal vez más tumbados en el tejado de chapa ondulada, yo lo vi primero, venía andando del otro lado del parque, donde estaba el dique, un dique sin desagüe, con la forma de una gran herradura alrededor de dos árboles gigantes torcidos y a punto de caerse, pero declarados monumento natural protegido, y sustentados por dos grandes pilares. No había ni gota de agua en el dique aquel verano, y si te metías dentro podías estar de pie sin que te vieran desde el sendero, y de allí venía Karl. Se miró el hombro, pero eso no significaba necesariamente que tuviera algo que ocultar, y si no se hubiese caído, pero se cayó, supongo que lo habríamos llamado, o al menos no nos habríamos escondido, pero cuando se cayó se quedó tumbado, aunque era imposible que se hubiese hecho daño, y por eso no dijimos nada, sino que nos limitamos a observar. Al principio Karl estaba muy silencioso, luego lo oímos llorar, y nos hicimos tan pequeños como pudimos, arriba en el tejado de chapa ondulada. No era un llanto vehemente, y si no hubiera sido porque su casa se había quemado hacía bien poco, tal vez habríamos pensado que estaba canturreando, pero no lo hacía porque, cuando un poco después se levantó, lo vimos secarse los ojos. Venía derecho hacia nosotros, ya era demasiado

tarde para darnos a conocer, nos hicimos invisibles, ya no lo veíamos, solo lo oíamos, lo seguimos con los oídos, paso a paso, hasta la entrada techada del patio de recreo del colegio. Allí se detuvieron los pasos, que fueron sustituidos por otros sonidos: las suelas de sus zapatos contra la pared cuando trepó la ancha viga y entró en la cochera justo debajo de nosotros. Solo nos separaban de él una fina chapa ondulada y, como máximo, dos o tres metros de aire. Lo oíamos respirar y al cabo de un rato llorar. Luego se hizo el silencio durante varios minutos y pensé que la única manera de escapar sería correr por el tejado y saltar al jardín del conserje. Le hice señas a Hans para explicarle mi plan, y al principio dijo que no con la cabeza, porque supongo que tenía más miedo al conserje que a Karl, pero luego cambió de idea y corrimos todo lo que pudimos por el tejado, saltamos al césped delante de la ventana de la cocina y salimos por la puerta sin cerrarla tras nosotros, corriendo a todo correr, Hans primero y yo detrás, hasta que llegamos al muelle. Allí intentamos reímos de lo que Karl podía haber pensado, porque tuvimos que hacer un ruido infernal al correr por el tejado de chapa, pero no lo conseguimos del todo (algo que indica otra vez que ya no éramos tan niños) porque nos sentíamos culpables, al menos yo, aunque me pregunto hoy, no demasiado tiempo después, qué podríamos haber hecho sino correr.

También el día siguiente fue caluroso y soleado. Di un paseo por el parque, crucé la plaza de los festejos y me adentré en el bosque. No creo que me dirigiera a ningún sitio en particular, aunque es verdad que el sendero conducía a la playa de Fladenstrand, donde solía bañarme solo, porque no sabía nadar, y si no llegué hasta allí tal vez fuera porque a la izquierda del sendero avisté botellas vacías de cerveza, primero una y luego muchas, demasiadas para poder llevármelas a casa. Las escondí en una rendija cubierta de vegetación y tomé el camino más rápido a casa para coger algo en donde llevármelas, con el fin de venderlas luego. Como digo, tomé el camino más corto, salí del bosque y atravesé la llanura, y allí estaba él, tumbado de lado, con las rodillas encogidas, como si estuviera dormido, pero no dormía, se volvió hacia mí con una paja entre los labios. Me sentí tan culpable ante su mirada que enseguida compartí con él las botellas vacías, que eran el clavo ardiendo al que me agarraba con un torrente de palabras; meforcé al máximo, diez botellas no eran suficientes, conté mal y convertí diez en quince, pero él apenas me escuchaba, dijo que tenía que irse a casa. Nos fuimos juntos, supongo que hablaríamos de algo, pero no del incendio, no hasta que él dijo: Vamos a construir una casa nueva, con jardín y seto alrededor. Reaccioné como si me hubiera expuesto un milagro, quise oír detalles, entonces se quedó algo extrañado y dijo: No se lo contarás a nadie, ¿no? Claro que no se lo contaré a nadie. Se calló y me hizo callar a mí. Ni siquiera conseguí preguntarle por qué tenía que ser un secreto, él era superior a mí en virtud del incendio, o tal vez del llanto; yo era culpable de haber huido por un tejado de hojalata, él decidía, y ninguno de los dos dijimos nada hasta llegar a la plantación de árboles donde los

pinos más altos apenas nos llegaban al pecho; entonces me preguntó si yo sabía lo que era el día del Juicio. Le conté lo que sabía, que de repente un día el mundo sucumbiría de una u otra manera, un día cuando nadie se lo espere tal vez llegue una tormenta cuyo igual nadie ha visto, o un terremoto que haga que todo el fuego que se encuentra dentro de la tierra suba por las grietas, y nadie escapará, ni una sola persona. ¿Cuando nadie se lo espere?, preguntó Karl, y yo no entendí que me estaba pidiendo consuelo, una afirmación, yo era muy ecuánime y contesté que quizá alguno que otro sí lo esperara, siempre hay alguien que lo espera, pero la mayoría no. Creo que no dijimos nada más, al menos no me hizo más preguntas. Habíamos pasado ya por la plantación de árboles y nos encontrábamos en el camino entre la fábrica de cerveza y el jardín del diácono, y desde allí tomaríamos distintas direcciones; él vaciló un poco, o mejor dicho, escarbó con el pie la hierba que crecía debajo de la alambrada, y se marchó.

Llegaron días en los que aparentemente no ocurría nada, un día caluroso y despejado seguía a otro igual. Yo me pasaba las horas en mi rincón del jardín, debajo del ciruelo más grande, boca abajo en la hierba, felizmente infeliz, a mis quince años.

Una tarde Kalle llegó por el jardín. Se sentó en la hierba con su cara grande, brillante de sudor. Calló durante un buen rato, luego me preguntó sin más si yo creía en Dios.

Claro que sí.

Yo no, dijo.

Lo miré. Había visto a muchas personas que vivían como si no creyeran en Dios, pero a nadie que lo hubiera dicho. Sabía, había oído, que existía un pecado para el cual no había perdón, un pecado mortal; nunca me habría atrevido a preguntar a mis padres en qué consistía ese pecado, preguntarles algo así era tan impensable como pedirles que me contaran cómo había sido concebido yo, pero tenía una idea de que precisamente eso, es decir, negar la existencia de Dios, era un pecado irreparable, el que ataba la piedra de molino al cuello del condenado.

Me entró miedo. El Infierno se me había acercado.

No sabes lo que dices, dije.

Sí.

Imagínate que vas al Infierno.

No existe. Simplemente morimos.

¿Entonces por qué crees que nacimos, si solo vamos a vivir un tiempo y luego no hay nada más?

No lo sé. ¿Acaso crees que también las hormigas y las moscas van al Cielo?

No han sido creadas a semejanza de Dios.

No contestó. Creí que lo había dejado mudo.

He leído en algún sitio, dijo, que las personas no quieren a Dios, sino que tienen

miedo al Infierno.

No es verdad.

¿Acaso tú no tienes miedo al Infierno?

Sí, pero... si te asustas por algo vas a tus padres, y eso no significa que no los quieras.

Eso es diferente. Lo harías aunque no los quisieras, si sabes que ellos te quieren a ti.

Se volvió lentamente hacia mí, la cara ya no le brillaba, tenía manchas rojas. Parecía asustado.

¿Te vienes a Kalotten?, preguntó. Tengo que enseñarte algo.

Cruzamos el jardín y salimos a la calle. No quiso decirme qué era lo que tenía que enseñarme, y no le insistí. Atravesamos en silencio las calles desiertas de la tarde por el lado derecho, a la sombra de los árboles y las setas. Serían cerca de las seis, al menos la forja de Klipper estaba cerrada, y él nunca se marchaba hasta más o menos esa hora. Lo recuerdo porque cogimos el atajo por su solar y subimos la empinada pendiente hasta la estrecha cornisa de la montaña, donde teníamos que andar uno detrás del otro. Salimos a un llano, que mediría unos dos o tres metros de ancho, y desde donde se podía ver el mar y el Gran Faro. Unos ocho o nueve metros más abajo se encontraba el patio cimentado del Templo.

Karl se detuvo y se echó el flequillo hacia atrás. Estaba sudando otra vez. Permaneció unos instantes mirando hacia su casa, destruida por el incendio. Yo empezaba a impacientarme. Lo había acompañado hasta allí porque quería realizar una buena acción, y me parecía que ya era hora de que me pidiera ayuda.

¿Crees que Dios podría haber evitado el incendio?, preguntó.

Sí.

Estaba en medio de la pequeña llanura, a algo más de un metro del precipicio.

¿Es verdad que Dios no deja que se burlen de él?

Sí.

Me miró asustado. Estaba de espaldas al mar y a los tejados de las casas. Retrocedió un paso. Yo me quedé como clavado en el sitio; me mareo, siempre me he mareado, no soporto ver a nadie balancearse al borde de un precipicio, no lo aguanto, pero me fascina, y no le di la espalda a Karl. Retrocedió un paso más y se detuvo a unos centímetros del precipicio, todavía de espaldas. Yo sabía que estaba tan mareado como yo. Nos miramos fijamente, creo que yo significué mucho para él en ese momento. ¡Estaba tan asustado... y se mostraba tan valiente!

Me burlo de Dios, dijo, susurró, sus palabras apenas me llegaron. Seguía moviendo los labios, pero yo no oí nada más. Entonces se dio vuelta, miró hacia abajo, y entregó a Dios la mejor carta que tenía en la mano, su vértigo. No sé cuánto tiempo permaneció así, pero lo suficiente y más de lo que yo habría podido

permanecer allí para probar lo contrario, es decir, que Dios existía y que me atrevía a poner mi vida en Sus manos.

Ya se había terminado todo. No se mostraba triunfante. No me miraba. Sin mediar palabra volvimos sobre nuestros pasos por la estrecha cornisa, bajando después por detrás de la forja de Klipper. Karl andaba cabizbajo, como si se sintiera avergonzado. No dijo ni una palabra, ni siquiera adiós, simplemente se marchó, y yo, que iba en dirección contraria, me quedé mirándolo. Karl llevaba un pantalón corto que le llegaba hasta la mitad de la rodilla. Lo vi desaparecer por la esquina, luego me di vuelta y fui hacia casa, despacio, por el lado izquierdo del camino, a la sombra de los árboles y las setas.

Un repentino pensamiento liberador

Vivo en un sótano; lo cual es, se vea como se vea, resultado de que todo me ha ido cuesta abajo.

El cuarto no tiene más que una ventana, y sólo la parte superior de ésta se encuentra por encima de la acera; eso hace que vea el mundo exterior desde abajo. No es un mundo grande, pero a menudo tengo la sensación de que es lo suficientemente grande.

Sólo veo las piernas y la parte inferior del cuerpo de los que pasan por delante de mi ventana, pero después de llevar cuatro años viviendo aquí, sé en la mayoría de los casos a quién pertenecen esos cuerpos y esas piernas. Eso se debe a que por este lugar hay poco tránsito; vivo casi al final de un callejón sin salida.

Soy un hombre parco en palabras, pero, no obstante, de vez en cuando hablo conmigo mismo. Lo que digo en esas ocasiones son cosas que me parece necesario decir.

Un día que estaba junto a la ventana y acababa de ver pasar la parte inferior del cuerpo del propietario del inmueble, me sentí de repente tan solo que decidí salir a la calle.

Me puse los zapatos y el abrigo, y me metí las gafas para leer en el bolsillo, por si acaso. Luego salí. La ventaja de vivir en un sótano es que subes cuando estás descansado y bajas cuando llegas cansado a casa. Creo que es la única ventaja.

Era un caluroso día de verano. Fui hasta el jardín próximo al ya desaparecido parque de bomberos, donde suelo poder sentarme en paz. Pero apenas me hube sentado, apareció un vejstorio de mi edad. Se sentó a mi lado, aunque había muchos bancos libres. Bien es cierto que había salido a la calle porque me sentía solo, pero no con la intención de hablar, sino sólo para cambiar de ambiente. Estaba cada vez más nervioso por si me decía algo, incluso pensé en levantarme y marcharme, pero adónde iba a ir, si era ese el lugar al que me había dirigido. Sin embargo el hombre no dijo nada, lo cual me pareció tan amable por su parte que sentí una predisposición positiva hacia él. Intenté incluso mirarlo, sin que se diera cuenta, claro. Pero se dio cuenta, porque dijo:

—Tiene que perdonarme por decírselo, pero me senté aquí porque creí que me iba a dejar en paz. Si usted lo desea, puedo cambiarme de sitio.

—Quédese —contesté, bastante perplejo.

Obviamente no hice más intentos de mirarlo, me asaltó un profundísimo respeto por él. Y aún más respeto por mí mismo. No le hablé. Sentía algo raro por dentro, como una no-soledad, una especie de bienestar.

Se quedó en el banco una media hora, luego se levantó con algo de esfuerzo, se volvió hacia mí y dijo:

—Adiós y gracias.

—Adiós.

Y se marchó, con pasos extraordinariamente largos y los brazos ligeramente separados del cuerpo, como un sonámbulo.

Al día siguiente a la misma hora..., no, un poco antes, volví al parque. Después de todas las reflexiones y especulaciones que me había hecho sobre él, me resultaba en cierto modo natural; apenas fue una elección libre, signifique lo que signifique ese concepto.

Lo vi llegar, y lo reconocí a mucha distancia por su manera de andar. También ese día había más bancos libres, y me pregunté con cierto interés si se sentaría en el mío. Huelga decir que me puse a mirar hacia otro lado, fingiendo no haberlo visto, y cuando se sentó, aparentemente ni me fijé en él. Al parecer, él tampoco se fijó en mí; era una situación poco usual, una especie de no-encuentro no planificado. He de admitir que no sabía muy bien si quería que él dijera algo o no, y al cabo de media hora seguía sin saber si debía marcharme en primer lugar o esperar a que lo hiciera él. No es que fuera una duda incómoda, pues yo podía, en cualquier caso, quedarme sentado. Pero por alguna razón se me ocurrió que él me tenía agarrado, y por eso la decisión me resultó fácil. Me levanté, lo miré por primera vez y dije:

—Adiós.

—Adiós —contestó mirándome a los ojos. No había nada criticable en su mirada.

Me marché, y mientras me alejaba, no podía dejar de preguntarme cómo calificaría él mi manera de andar, y en ese mismo momento tuve la sensación de que mi cuerpo se entumecía y mis pasos se volvían rígidos y entrecortados. Eso me irritó, he de admitirlo.

Aquella noche, mirando por la ventana —no había gran cosa que mirar— pensé que si él llegaba al día siguiente, yo diría algo. Incluso pensé en lo que diría, cómo iniciaría aquello que posiblemente se convertiría en un diálogo. Esperaría como un cuarto de hora, y luego diría, sin mirarlo: «Ya es hora de que hablemos». Nada más que eso. Así él podría responder o no, y si no respondía, me levantaría y diría: «En el futuro, preferiría que se sentara usted en otro banco».

Pensé muchas otras cosas también aquella noche, cosas que diría si llegábamos a entablar conversación, pero deseché casi todo por poco interesante o demasiado anodino.

A la mañana siguiente, me sentía alterado e inseguro, incluso se me pasó por la cabeza la idea de quedarme en casa. Rechacé tajantemente la decisión de la noche anterior, si iba al parque no diría nada.

Fui, y él acudió. No lo miré. De repente se me ocurrió que era extraño que siempre llegara menos de cinco minutos después que yo. Era como si me estuviera vigilando. Sí, sí, pensé, claro que sí. Vive al lado del parque de bomberos, me ve

desde una ventana.

No me dio tiempo a especular más al respecto, porque de repente el otro empezó a hablar. Lo que dijo, me hizo sentirme bastante mal, lo confieso.

—Perdone —dijo—, pero si no tiene nada en contra, tal vez sea ya hora de que hablemos.

No contesté inmediatamente, luego dije:

—Tal vez. Si es que hay algo que decir.

—¿No sabe si hay algo que decir?

—Probablemente soy mayor que usted.

—No lo descarto.

No dije nada más. Sentí por dentro una desagradable inquietud relacionada con ese extraño cambio de papeles que había tenido lugar. Era él quien había iniciado la conversación y prácticamente con mis propias palabras, y fui yo quien contestó del modo en que me había imaginado que lo haría él. Fue como si yo pudiera haber sido él y él igualmente pudiera haber sido yo. Resultaba incómodo. Tenía ganas de marcharme. Pero como casi me había visto forzado, por así decirlo, a identificarme con él, me resultó difícil herirlo, o incluso ofenderlo.

Transcurrió tal vez un minuto, entonces dijo:

—Tengo ochenta y tres.

—Entonces tenía yo razón.

Transcurrió otro minuto.

—¿Juega usted al ajedrez? —preguntó.

—Hace mucho que no.

—Ya casi nadie juega al ajedrez. Todos aquellos con los que jugaba al ajedrez han muerto.

—Hace al menos quince años —dije.

—El último murió este invierno. Aunque en realidad, él en concreto no supuso una gran pérdida, se había vuelto bastante memo. Le ganaba siempre tras menos de veinte movimientos. Pero le proporcionaba cierto placer, creo que fue el último placer que tuvo. Tal vez usted lo conociera.

—No —me apresuré a contestar—, no lo conocía.

—¿Cómo puede saberlo, si... ? Bueno, el cómo puede saberlo es asunto suyo.

En eso estaba totalmente de acuerdo, y me entraron ganas de decírselo, pero ganó puntos por no haber terminado la pregunta.

Noté que se volvía y me miraba. Siguió así un buen rato, me resultaba incómodo, de modo que saqué las gafas del bolsillo del abrigo y me las puse.

Todo desapareció ante mis ojos: los árboles, las casas, los bancos, todo se esfumó en una neblina.

—¿Es usted miope? —preguntó al cabo de un rato.

—No —contesté—, al contrario.

—Quiero decir..., ¿necesita usted gafas para ver de lejos?

—No, al contrario. El problema lo tengo con lo que está cerca.

—Ajá.

No dije nada más. Entonces me di cuenta de que había apartado la mirada, así que me quité las gafas y volví a metérmelas en el bolsillo del abrigo. Él tampoco dijo nada más, de modo que cuando me pareció que había transcurrido un tiempo prudente, me levanté y dije cortésmente:

—Gracias por la conversación. Hasta la vista.

—Hasta la vista.

Ese día me alejé con pasos más firmes, pero cuando llegué a casa y me hube tranquilizado, me precipité de nuevo a planificar mi siguiente encuentro con él. Daba vueltas por la habitación ideando una serie de absurdos, y también alguna que otra sutileza; es cierto que me sentía un poco superior a él, aunque, al fin y al cabo, lo consideraba mi igual.

Aquella noche no dormí bien. Cuando todavía era lo suficientemente joven como para creer que el futuro podía depararme sorpresas, de vez en cuando dormía mal, pero de eso hace mucho tiempo, fue antes de tener claro, completamente claro, que el día de la muerte nada importa haber tenido una vida buena o mala. De modo que el hecho de no haber dormido bien aquella noche me inquietaba y me sorprendía. No había comido nada que hubiera podido causarme insomnio, sólo un par de patatas cocidas y una lata de sardinas; con eso había dormido perfectamente muchas veces antes.

Al día siguiente, él no llegó hasta que hubo transcurrido casi un cuarto de hora. Yo había empezado a perder la esperanza, era un sentimiento poco usual el de tener esperanza que perder. Pero entonces llegó.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días.

Y no dijimos nada más en un buen rato. Yo sabía muy bien qué decir si la pausa se hacía demasiado larga, pero preferí que él hablara primero, y así fue:

—¿Su mujer... vive todavía?

—No, hace mucho que ya no vive, más bien la he olvidado. ¿Y la suya?

—Hace dos años. Hoy.

—Ah. Entonces hoy es una especie de día de luto.

—Bueno. Con la pena ya no se puede hacer nada. Pero no lo conmemoro yendo a visitar su tumba, si es a lo que se refiere. Las tumbas son una mierda. Perdona. No han sido palabras muy decorosas.

No contesté.

—Perdona —repitió—, tal vez le haya ofendido, no ha sido mi intención.

—No me ha ofendido.

—Bien. Podría usted haber sido religioso. Yo tenía una hermana que creía en la vida eterna. ¿No le parece el colmo de la vanidad?

De nuevo se me ocurrió pensar que aquel hombre estaba recitando mis propias frases, y por un instante fui lo suficientemente necio como para pensar que todo era una invención mía, que él no existía, que en realidad estaba hablando conmigo mismo. Y supongo que fue esa necedad la que me llevó a hacerle una pregunta completamente irreflexiva:

—¿Quién es usted realmente?

Por fortuna, no respondió enseguida, de modo que tuve tiempo para repararlo un poco:

—No, lo ha entendido mal. En realidad no le estaba hablando a usted. Sólo fue algo que se me ocurrió.

Noté que me miraba, pero esta vez no saqué las gafas. Dije:

—Por otra parte, no quiero que crea usted que tengo por costumbre hacer preguntas que no tienen respuesta.

Continuamos callados. No era un silencio sereno; tenía ganas de marcharme. Dentro de dos minutos, pensé; si no ha dicho nada en dos minutos, me iré. Y me puse a contar los segundos para mis adentros. Él no dijo nada, y yo me levanté justo a los dos minutos. También él se levantó en ese momento.

—Gracias por la conversación —dije.

—Lo mismo digo. Sólo falta que quiera usted jugar al ajedrez.

—No creo que le proporcionara mucho placer. Además, sus adversarios tienen por costumbre morir.

—Ya, ya —contestó, de pronto parecía ausente.

—Hasta la vista —dije.

—Hasta la vista.

Aquel día me encontraba más cansado que de costumbre al llegar a casa. Tuve que tumbarme en la cama. Al cabo de un rato dije en voz alta: «Yo soy viejo. Y la vida es larga».

Cuando me desperté a la mañana siguiente estaba lloviendo. Sería demasiado suave decir que me sentí decepcionado. Pero como el día avanzaba y la lluvia no cesaba, vi claro que tendría que ir al parque, pasara lo que pasara. No podía hacer otra cosa. No es que me importara que él acudiera o no; no era eso. Sólo que si él llegaba, yo quería estar, tenía que estar. Y cuando me senté en el banco mojado bajo la lluvia, incluso tenía la esperanza de que no acudiría; había algo revelador, algo descarado en estar sentado en un parque completamente solo bajo la lluvia.

Pero él acudió. ¡Ya lo sabía yo! A diferencia de mí, llevaba un impermeable negro que le llegaba casi hasta los pies. Se sentó.

—Desafía usted al mal tiempo —dijo.

Obviamente lo dijo como un simple comentario, pero debido a lo que yo estaba pensando justo antes de llegar él, me pareció un comentario un poco impertinente, de modo que no contesté. Noté que me había puesto de mal humor y que me arrepentía de haber ido. Además, empecé a mojarme, el abrigo me pesaba, había algo ridículo en estar allí sentado, por eso dije:

—Sólo salí a tomar un poco el aire, pero me he cansado. Soy un hombre viejo — y añadí, para que no se imaginara nada—: uno tiene sus costumbres fijas.

Él no dijo nada, y eso, por irracional que pueda parecer, me resultó provocador. Y lo que dijo por fin, tras una larga pausa, no contribuyó precisamente a suavizarme.

—A usted no le gustan mucho las personas, ¿o me equivoco?

—¿Gustarme las personas? —contesté—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno, son cosas que se dicen. No ha sido mi intención importunarle.

—Claro que no me gustan las personas. Y claro que me gustan las personas. Todavía si me hubiera preguntado si me gustan los gatos o las cabras, o las mariposas, si quiere..., pero las personas. Da lo mismo, porque conozco a muy pocas.

Me arrepentí inmediatamente de la última frase, pero por suerte él no reparó en ella.

—Vaya, vaya —dijo—. ¡Cabras y mariposas!

Lo oí sonreír. Tuve que admitir que me había mostrado innecesariamente negativo, de modo que dije:

—Si quiere usted una respuesta general a una pregunta general, entonces le diré que me gustan las cabras y las mariposas mucho más de lo que me gustan las personas.

—Gracias, he captado hace mucho lo que quería decir. Procuraré ser más preciso la próxima vez que me atreva a preguntarle algo.

Lo dijo amablemente, y no exagero si digo que me arrepentí, aunque era el mal humor lo que me había vuelto tan contumaz. Y porque me arrepentí, dije algo de lo que también me arrepentí enseguida.

—Perdone, pero ya casi sólo me quedan las palabras. Perdone.

—En absoluto. La culpa es mía. Debería haber pensado en quién es usted.

Me sobresalté. ¿Sabía él quién era yo? ¿Iba todos los días allí porque sabía quién era yo? No lo pude remediar, me puse tan nervioso e inseguro que automáticamente metí la mano en el bolsillo del abrigo en busca de las gafas.

—¿Qué quiere decir? —pregunté—. ¿Me conoce?

—Sí. Aunque conocer... lo que se dice conocer, no. Nos hemos visto antes. No me di cuenta la primera vez que me senté en este banco. Pero poco a poco he ido descubriendo que lo había visto antes, aunque no logré situarlo hasta ayer. Dijo usted algo y, de repente, lo reconocí. Pero ¿no se acuerda de mí?

Me levanté.

—No.

Lo miré fijamente. No sabía si lo había visto alguna vez.

—Soy... fui su juez.

—Usted, usted...

No pude decir nada más.

—Siéntese, por favor.

—Estoy mojado. Ah sí. Fue usted... Fue usted el... Bueno, adiós, tengo que irme.

Me marché. No fue una salida muy digna, pero me sentía estremecido, anduve más deprisa de lo que lo había hecho en muchos años, y cuando llegué a casa, apenas tuve fuerzas para quitarme el abrigo empapado antes de tirarme en la cama. Tenía fuertes palpitaciones y decidí no volver al parque nunca más.

Pero cuando mi pulso volvió a palpar de un modo normal, también empezaron a hacerlo mis pensamientos. Acepté mi reacción, algo oculto había vuelto a emerger a la luz, me habían pillado por sorpresa, eso era todo. Era comprensible.

Me levanté de la cama, y puedo, con cierta satisfacción, afirmar que había recobrado del todo mi propio yo. Me puse bajo la ventana y dije en voz alta: «Él volverá a verme».

Al día siguiente hacía buen tiempo, lo cual fue un alivio, y el abrigo estaba prácticamente seco. Fui al parque a la misma hora que de costumbre, él no debía notar ninguna irregularidad en mí que le hiciera pensar que me llevaba ventaja.

Pero cuando me acerqué al banco, ya estaba allí. Así que era él quien mostraba una conducta irregular.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días —contesté mientras me sentaba, y como para coger el toro por los cuernos, añadí enseguida:

—Pensé que tal vez no vendría usted hoy.

—Bravo —dijo—. Uno cero para usted.

Esa respuesta me satisfizo; él era mi igual.

—¿Se sentía usted a menudo culpable? —pregunté.

—No entiendo.

—¿Se sentía a menudo culpable como juez? Pues era su profesión el adjudicar a otros la suma necesaria de culpa, ¿no?

—Mi profesión era dictaminar la culpabilidad basándome en la evaluación de otras personas.

—¿Intenta usted disculparse? No es necesario.

—No me sentía culpable. Pero, en cambio, me sentía a menudo a merced de la inflexibilidad de la ley, como en su caso.

—Sí, porque usted no es supersticioso.

Me miró.

—¿Qué quiere decir ahora? —preguntó.

—Sólo los supersticiosos opinan que la misión de un médico es prolongar el sufrimiento de seres marcados por la muerte.

—Ya, ahora entiendo. ¿Pero no le da miedo que se pueda abusar de la legalización de la eutanasia?

—Por supuesto que no se puede abusar de una legalización. Porque entonces la eutanasia ya no sería eutanasia, sino asesinato.

No contestó. Lo miré de reojo. Tenía una expresión hosca, impenetrable. No me importaba. Bien es verdad que no sabía si su hosquedad se debía a algo que yo había dicho, o si simplemente era así; no podía saberlo, pues no lo había mirado prácticamente nunca. En ese momento me entraron ganas de recuperar lo perdido y escudriñarlo, y lo hice sin disimulo, volví la cabeza y miré fijamente su perfil; eso era lo menos que me podía permitir ante aquel hombre que me había condenado a varios años de cárcel. Incluso saqué las gafas del bolsillo del abrigo y me las puse; no hacía falta, lo veía bien sin ellas, pero sentí un repentino deseo de provocarlo. Era algo tan impropio de mí mirar con tanto descaro a una persona que por un instante me sentí ajeno a mí mismo; era una sensación rara, pero en absoluto desagradable. Y el romper con mi habitual conducta tuvo un sorprendente efecto de contagio. Me reí por primera vez en muchos años; seguramente suena horrible. Y él dijo, sin mirarme, pero en un tono brusco:

—No me importa de qué se está riendo, pero no parece que se esté divirtiendo, y es una pena, pues, por lo demás, es usted una persona sensata.

Me sentí inmediatamente más indulgente y, además, un poco avergonzado. Aparté mi mirada de su perfil enfadado y dije.

—Tiene usted razón. No ha sido una risa buena.

No quise darle más.

Permanecemos callados; pensé en mi vida miserable y me puse melancólico. Me imaginé el hogar del juez, con cómodos sillones y grandes bibliotecas.

—Tendrá usted ama de llaves, ¿no?

—Sí. ¿Por qué me lo pregunta?

—Simplemente intento imaginarme la vida de un juez retirado.

—Ah bueno, no es gran cosa. Inactividad, ¿sabe usted?, días largos y pasivos.

—Sí, el tiempo no quiere moverse.

—Y es lo único que queda.

—Ese tiempo que se hace demasiado largo, tal vez lleno de enfermedad, que lo hace aún más largo, y luego se acaba. Y cuando por fin llegamos a ese punto pensamos: qué vida más absurda.

—Bueno, absurda...

—Absurda.

No contestó. Ninguno de los dos dijimos nada más. Al cabo de un rato me levanté. A pesar de la soledad que sentía, no quería compartir con él mi tristeza.

—Adiós —dije.

—Adiós, doctor.

La tristeza produce sentimentalismo, y la palabra doctor, sin atisbo de ironía, me alcanzó como una ola de calor. Me di rápidamente vuelta y me alejé muy deprisa. Allí y en ese momento supe que iba a morir. No estaba sorprendido. Como máximo, estaba sorprendido de no estar sorprendido. Y de repente me habían abandonado la tristeza y el sentimentalismo. Aminoré el paso. Necesitaba por dentro una serenidad que exigía lentitud.

Al llegar a casa, aún con una lúcida serenidad por dentro, saqué papel de escribir y un sobre. En el sobre escribí: «Al juez que me condenó». Luego me senté junto a la pequeña mesa en la que suelo comer, y empecé a escribir esta historia.

Hoy he ido al parque por última vez. Estaba de un humor extraño, casi arrogante. Tal vez se debía a ese inusual placer que había sentido al poner palabras a mis anteriores encuentros con el juez, o tal vez a que no había dudado ni un instante de mi decisión.

También hoy él estaba allí sentado cuando llegué. Parecía atormentado. Lo saludé con más amabilidad que de costumbre, me resultó completamente natural. Me miró, como para averiguar si lo decía en serio.

—Bueno —dijo—, ¿tiene usted mejor día hoy?

—Pues sí, hoy tengo un buen día. ¿Y usted?

—Gracias, razonablemente bueno. Entonces, ¿ya no opina que la vida es absurda?

—Ah sí, completamente absurda.

—Hum. Yo no habría podido vivir con un conocimiento de ese tipo.

—Bueno, se olvida usted del instinto de conservación, es un instinto duro de roer que ha destrozado muchas decisiones sensatas.

No contestó. Yo no pensaba quedarme mucho tiempo, de modo que tras una breve pausa dije:

—Ya no volveremos a vernos. He venido a despedirme.

—¿Ah sí? Qué pena. ¿Se va de viaje?

—Sí.

—¿Y no va a volver?

—No.

—Hum. Bueno. Espero que no le parezca inoportuno que le diga que echaré de menos nuestros encuentros aquí.

—Es muy amable por su parte.

—El tiempo será más largo.

—Hay hombres solitarios sentados en muchos otros bancos.

—Bueno, usted entiende muy bien a lo que me refiero. ¿Puedo preguntarle adónde va?

Alguien dijo que la persona que sabe que va a morir en un plazo de veinticuatro horas se siente libre para hacer lo que sea, pero eso no es verdad, incluso en esa situación, uno es incapaz de actuar en contra de su naturaleza, de su ego. No es que el haberle dado una respuesta abierta y sincera hubiera ido en contra de mi naturaleza, pero de antemano había decidido mantenerle oculto el destino de mi viaje, así que para qué alterarlo, al fin y al cabo era mi único allegado, por así decirlo. Pero ¿qué podía contestarle?

—Ya lo sabrá —contesté por fin.

Lo noté algo desconcertado, pero no dijo nada. Se metió la mano en el bolsillo y sacó la cartera. Rebuscó un instante y luego me dio una tarjeta de visita.

—Gracias —dije, y me la metí en el bolsillo del abrigo.

Sentí que debía marcharme. Me puse de pie. Él hizo lo mismo. Me tendió la mano.

—Qué le vaya bien —dijo.

—Gracias, lo mismo le digo. Adiós.

—Adiós.

Me marché. Me pareció que él no volvía a sentarse, pero no me di vuelta para comprobarlo. Me fui tranquilamente a casa, no pensaba en nada en especial. Algo me sonreía por dentro. Cuando bajé al sótano, me quedé un rato debajo de la ventana mirando la calle vacía, luego me senté a concluir esta historia. Pondré la tarjeta de visita del juez encima del sobre.

Ya he acabado, dentro de un momento doblaré las hojas y las meteré en el sobre. Y ahora, justo antes de que suceda, ahora que voy a realizar el único acto definitivo que el ser humano es capaz de efectuar, hay un pensamiento que hace sombra a todos los demás: por qué no he hecho esto hace mucho tiempo.

Los perros de Tesalónica

Tomamos el café de la mañana en el jardín. Apenas hablamos. Beate se levantó y colocó las tazas en la bandeja. Será mejor subir los sillones a la terraza, dijo. ¿Por qué?, pregunté yo. Seguro que va a llover, contestó. ¿Llover?, dije, no hay ni una nube en el cielo. Hace bochorno, ¿no te parece? No, contesté. Tal vez me equivoque, repuso ella. Subió a la terraza y entró en el salón. Yo seguí sentado un cuarto de hora más, luego me subí un sillón a la terraza. Permanecí unos instantes contemplando el bosque al otro lado de la valla, pero no había nada que ver. A través de la puerta abierta de la terraza oí canturrear a Beate. Seguro que ha oído el parte meteorológico, pensé. Volví a bajar al jardín y me acerqué a la parte delantera de la casa, al buzón junto a la puerta negra de hierro forjado. Estaba vacío. Cerré la puerta, que por alguna razón se había quedado abierta; entonces vi que alguien había vomitado justo al lado. Me sentí indignado. Coloqué la manguera en el grifo de la pared, lo abrí a tope y luego arrastré la manguera hasta la puerta. El chorro no dio del todo en el blanco, y una parte del vómito salió disparada hacia el jardín, el resto se dispersó por el asfalto. No había cerca ningún sumidero, de modo que sólo conseguí alejar la sustancia amarillenta unos cuatro o cinco metros de la puerta. Pero fue un alivio conseguir apartar un poco aquella porquería.

Después de cerrar el grifo y enrollar la manguera, ya no supe qué hacer. Subí a la terraza a sentarme. Al cabo de unos minutos oí a Beate canturrear de nuevo; sonaba como si estuviera pensando en algo en lo que le gustaba pensar, supongo que creía que no la oía. Tosí, y se hizo el silencio. Ella salió y dijo: ¿Estás aquí? Se había maquillado. ¿Vas a salir?, pregunté. No, contestó. Me volví hacia el jardín y dije: Algún idiota ha vomitado justo delante de la puerta. ¿Ah sí?, dijo ella. Qué asco, exclamé yo. Ella no contestó. Me levanté. ¿Tienes un cigarrillo?, preguntó. Le di uno, y también fuego. Gracias, dijo. Bajé de la terraza y me senté junto a la mesa del jardín. Beate se quedó en la terraza fumando. Tiró el cigarrillo a medio fumar a la gravilla delante de la escalera. ¿Por qué haces eso?, pregunté. Se acabará consumiendo, contestó. Se metió en el salón. Me quedé mirando fijamente el fino hilo de humo que subía del cigarrillo, quería verlo consumirse del todo. Un momento después me levanté, presa de una sensación de desamparo. Bajé hasta la valla, crucé la estrecha franja de césped y me adentré en el bosque. Enseguida me senté en un tocón, casi oculto tras unos matorrales. Beate salió a la terraza. Miró hacia donde estaba sentado y me llamó. No puede verme, pensé. Ella volvió a bajar al jardín y dio la vuelta a la casa. Subió de nuevo a la terraza. Volvió a mirar hacia donde yo estaba. Es imposible que me vea, pensé. Ella se dio vuelta y se metió en el salón. Yo me levanté y continué adentrándome en el bosque.

Cuando estábamos sentados a la mesa, Beate dijo: Ahí está de nuevo. ¿Quién?,

pregunté. El hombre, contestó, ahí, en la orilla del bosque, junto al gran... No, ha vuelto a desaparecer. Me levanté y me acerqué a la ventana. ¿Dónde?, pregunté. Junto al pino grande, contestó. ¿Estás segura de que era el mismo hombre?, pregunté. Creo que sí, respondió. Ahí ya no hay nadie, dije. Desapareció, repuso ella. Volví a la mesa y dije: A esa distancia no puedes haber visto si se trataba del mismo hombre. Beate no contestó enseguida, luego señaló: A ti sí te habría reconocido. Eso es diferente, dije. A mí me conoces. Comimos en silencio. Luego ella preguntó: Por cierto, ¿por qué no contestaste cuando te llamé? ¿Me llamaste?, pregunté yo. Te vi, contestó ella. ¿Por qué diste la vuelta a la casa?, pregunté. Para que no pensaras que te había visto, respondió. Pensé que no me habías visto, repuse. ¿Por qué no me contestaste?, volvió a preguntar. ¿Para qué iba a contestarte si pensaba que no me habías visto?, pregunté yo. Podría haber estado en otro lugar. Si no me hubieras visto, o si no hubieras hecho como si no me vieses, no habría habido ningún problema.

Cariño, dijo ella, no hay ningún problema.

No dijimos nada más en un rato. Beate no paraba de volver la cabeza hacia la ventana. Dije: Al final no ha llovido. No, repuso ella, la lluvia se hace rogar. Dejé los cubiertos en la mesa, me recliné en la silla y dije: ¿Sabes? A veces me irritas. ¿Ah sí?, contestó ella. Nunca admites que te has equivocado, señalé. Sí que lo hago, respondió ella. Me equivoco a menudo. Todo el mundo se equivoca. Absolutamente todos. Me limité a mirarla, y noté que ella se daba cuenta de que se había pasado. Se levantó, cogió la salsera y la fuente vacía de verduras y se metió en la cocina. No volvió a salir. Yo también me levanté, me puse la chaqueta y me quedé un momento escuchando, pero reinaba un silencio total. Bajé al jardín, di la vuelta a la casa y salí a la calle. Me dirigí hacia el este, alejándome de la ciudad. Notaba que estaba alterado. Los jardines de los chalés de ambos lados de la calle estaban vacíos, y no se oían más ruidos que el regular murmullo de la autovía. Dejé atrás las casas y me adentré en la gran explanada que va hasta el fiordo.

Llegué al fiordo, a un pequeño café al aire libre, y me senté junto a una mesa a la orilla del agua. Pedí una cerveza y encendí un cigarrillo. Tenía calor, pero no me quité la chaqueta, pues suponía que la camisa tendría manchas de sudor en las axilas. Todos los demás clientes estaban a mis espaldas; delante de mí se extendía el fiordo y las lejanas colinas cubiertas de árboles. El murmullo de las voces y el suave gorgoteo del agua entre las piedras de la playa me sumió en un estado de ausencia adormecida. Mis pensamientos seguían caminos aparentemente carentes de lógica, y no eran desagradables, al contrario, sentía un inusual bienestar, y por eso resultó aún más incomprensible que de repente y sin ninguna transición perceptible me invadiera una sensación de angustioso abandono. Había algo absoluto, tanto en la angustia como en el abandono, algo que de alguna manera ponía el tiempo en suspenso. En realidad, no creo que pasaran más de unos cuantos segundos hasta que los sentidos se me

corrigieron y me devolvieron al allí y al entonces.

Volví a casa por el mismo camino por el que había llegado, atravesando la gran explanada. El sol se estaba acercando a las montañas del oeste; sobre la ciudad se había posado una capa de neblina, y el aire ni se movía. Noté dentro de mí una especie de desgana por volver a casa, y de repente pensé, y fue un pensamiento nítido y claro: Ojalá estuviera muerta.

Pero seguí. Atravesé la puerta y me dirigí a la parte posterior de la casa. Beate se había sentado junto a la mesa del jardín; justo enfrente de ella estaba su hermano mayor. Me acerqué a ellos, me sentía muy tranquilo. Intercambiamos algunas palabras rutinarias. Beate no me preguntó dónde había estado, y ninguno de los dos me invitó a acompañarlos en la charla, algo que, de todos modos, habría rechazado con cualquier pretexto.

Subí al dormitorio, colgué la chaqueta y me quité la camisa. El lado de la cama de Beate estaba sin hacer. En la mesa de noche había un cenicero con dos colillas, y junto al cenicero, un libro abierto. Cerré el libro; me llevé el cenicero al baño, eché las colillas al váter y tiré de la cadena. Luego me desnudé y abrí el grifo de la ducha, pero el agua no terminaba de salir caliente y la ducha fue diferente y mucho más corta que lo que me había imaginado.

Mientras me vestía delante de la ventana abierta del dormitorio, oí cómo Beate se reía. Acabé rápidamente y bajé al sótano; por el ventanuco podía observarla sin ser visto. Estaba reclinada en el sillón, con el vestido muy levantado sobre los muslos separados, y las manos detrás de la nuca, lo que hacía que se tensara la fina tela sobre sus pechos. Había en su postura una indecencia que me excitaba, y esa excitación se veía reforzada por el hecho de que se mostrara así ante los ojos de un hombre, aunque fuera su hermano.

Permanecí un rato contemplándola; no nos separaban más que siete u ocho metros, pero con las plantas de los macizos delante del ventanuco del sótano estaba seguro de que ella no podía verme. Intenté adivinar lo que estaban diciendo, pero hablaban demasiado bajo, sorprendentemente bajo en mi opinión. Entonces ella se levantó, y yo subí rápidamente la escalera del sótano y me metí en la cocina. Abrí el grifo del agua fría y cogí un vaso, pero ella no llegaba, así que volví a cerrar el grifo y dejé el vaso en su sitio.

Cuando me hube calmado, fui al salón y me senté a hojear una revista de tecnología. El sol se había puesto, pero aún no hacía falta encender la luz. Pasaba las páginas hacia delante y hacia atrás. La puerta de la terraza estaba abierta. Encendí un cigarrillo y oí un avión en la lejanía, por lo demás, todo estaba en silencio. Volví a ponerme nervioso y salí al jardín. No había nadie. La puerta de la valla estaba abierta. Me acerqué a cerrarla. Pensé: Seguro que está entre los arbustos observándome. Volví a la mesa del jardín, coloqué el sillón de espaldas al bosque, y me senté. Me convencí

a mí mismo de que si alguien hubiera estado mirándome desde el sótano, yo no lo habría descubierto. Me fumé dos cigarrillos. Empezaba a anochecer, pero el aire inmóvil era templado, casi cálido. Sobre la colina al este se posó un pálido gajo de luna, eran algo más de las diez. Me fumé otro cigarrillo. De repente, oí un débil crujido procedente de la puerta de la valla, pero no me volví. Ella se sentó y dejó un ramillete de flores silvestres en la mesa del jardín. Qué noche tan deliciosa, dijo. Asentí. ¿Tienes un cigarrillo?, preguntó. Le di uno y también fuego. Luego dijo con esa voz de impaciencia infantil a la que tanto me ha costado siempre resistirme: Voy por una botella de vino, ¿te parece? Y antes de que me diera tiempo a decidir lo que iba a responder, ella se levantó, cogió las flores y se apresuró por el césped hacia la escalera. Pensé: Ahora hará como si nada hubiera pasado. Luego pensé: En realidad, no ha pasado nada. Nada que ella sepa. Y cuando volvió con el vino, dos copas y además un mantel de cuadros azules y blancos, me había serenado casi del todo. Ella había encendido la luz de la terraza y yo me coloqué el sillón de espaldas al bosque. Beate llenó las copas y bebimos. Mmm, dijo ella, delicioso. El bosque se levantaba como una silueta negra contrastando con el cielo azul pálido. Qué silencioso está esto, señaló ella. Sí, contesté. Le ofrecí el paquete de tabaco, pero ella lo rechazó. Yo cogí un cigarrillo. Mira la luna creciente, dijo. Sí, asentí. Qué fina está, añadió. Sí, volví a asentir. Di unos pequeños sorbos de vino. En el sur, la luna está tumbada, dijo. No contesté. ¿Te acuerdas de aquellos perros de Tesalónica que no podían separarse tras haber copulado?, preguntó. En Kávala, respondí. Los viejos sentados en la terraza del café gritaban, prosiguió, y los perros aullaban intentando librarse el uno del otro. Y cuando salimos de la ciudad vimos una luna creciente y fina tumbada de espaldas, y tú y yo nos deseamos, ¿lo recuerdas? Sí, contesté. Beate volvió a llenar las copas. Permanecemos callados un rato, un buen rato. Sus palabras me habían inquietado, y el silencio que las siguió no hizo sino incrementar mi inquietud. Intenté pensar en algo que decir, algo rutinario que pudiera desviar la conversación. Beate se levantó. Dio la vuelta a la mesa y se detuvo detrás de mí. Me asusté y pensé: Ahora va a hacerme algo. Y al sentir sus manos en el cuello me estremecí, y eché la cabeza y el torso hacia delante. Al instante entendí lo que había hecho y dije, sin volverme: Me has asustado. Ella no contestó. Me recliné en el sillón. La oí respirar. Se marchó.

Al final me levanté y entré en la casa. Ya era completamente de noche. Me había acabado el vino y pensado en lo que iba a decir; me había tomado mi tiempo. Me llevé las copas y la botella vacía, pero, tras pensarlo, dejé el mantel de cuadros en la mesa. El salón estaba vacío. Fui a la cocina y dejé la botella y las copas en el fregadero. Eran algo más de las once. Cerré con llave la puerta de la terraza y apagué las luces. Luego subí al dormitorio. La lámpara de mi mesita estaba encendida. Beate estaba acostada con la cara vuelta hacia el otro lado; dormía, o fingía que dormía. Mi edredón estaba echado hacia atrás y sobre la sábana estaba el bastón que usé después

del accidente el año que nos casamos. Lo cogí con la intención de meterlo debajo de la cama, pero cambié de idea. Permanecí con él en la mano mientras miraba fijamente el arco de la cadera debajo del fino edredón de verano; me sobrecogió un repentino deseo. Salí rápidamente de la habitación y bajé al salón. Me había llevado el bastón, y, sin saber muy bien por qué, lo partí en dos contra mi muslo. El golpe me dolió y me serené. Entré en el despacho y encendí la lámpara que había sobre el tablero de dibujo. Volví a apagarla y me tumbé en el diván, me tapé con la manta y cerré los ojos. Veía claramente a Beate. Volví a abrir los ojos, y sin embargo seguía viéndola.

Me desperté varias veces en el transcurso de la noche, y me levanté temprano. Entré en el salón con el fin de quitar de allí el bastón; no quería que Beate viera que lo había roto. Ella estaba sentada en el sofá. Me miró. Buenos días, saludó. Le devolví el saludo con un movimiento de cabeza. Ella seguía mirándome. ¿Estamos enfadados?, preguntó. No, contesté. Su mirada seguía clavada en mí, era incapaz de interpretarla. Me senté con el fin de alejarme de esa mirada. Me entendiste mal, dije. No te había visto levantarte, estaba ensimismado en mis pensamientos, y de repente sentí unas manos en el cuello, entiendo que te..., pero no sabía que estuvieras ahí. Ella no dijo nada. La miré, encontrándome con la misma mirada inescrutable. Tienes que creerme, dije. Ella apartó la mirada. Sí, supongo que debo creerte.

Un vasto y desierto paisaje

Me habían ayudado a ir hasta la terraza cubierta. Mi hermana Sonia me había colocado cojines bajo las piernas y apenas sentía dolor. Era un caluroso día de agosto, estaban enterrando a mi mujer, yo estaba tumbado a la sombra mirando el cielo azul mate. No estaba acostumbrado a tanta luz, y una de las veces que Sonia se acercó a ver cómo me encontraba, tenía lágrimas en los ojos. Le pedí que me fuera a buscar las gafas de sol, no quería que me malentendiera. Fue a buscarlas. Sólo estábamos en la casa ella y yo, los demás habían ido al entierro. Volvió y me puso las gafas. Le tiré un beso. Ella sonrió. Pensé: si tú supieras. Las gafas eran tan oscuras que podía observar su cuerpo sin que se diera cuenta. Cuando se hubo alejado, volví a mirar el cielo. Oía golpes de martillo que provenían de un lugar lejano, era un sonido tranquilizador, nunca me ha gustado el silencio absoluto. Una vez se lo dije a Helen, mi mujer, y me contestó que eso se debía a que tenía demasiados sentimientos de culpabilidad. No se podía hablar con ella de esas cosas, pues enseguida empezaba a hurgar en el interior de uno.

Un rato después, cuando los golpes de martillo habían cesado ya hacía tiempo, todo se volvió más oscuro a mi alrededor, y antes de comprender que se debía al doble efecto de una nube y las oscuras gafas de sol, se apoderó de mí una inexplicable angustia. Se disipó inmediatamente, pero dejó una secuela, una sensación de vacío o abandono, y cuando Sonia volvió al poco rato, le pedí una pastilla. Dijo que era demasiado pronto. Insistí y me quitó las gafas. No lo hagas, dije. Cerré los ojos. Volvió a ponérmelas. ¿Tanto te duele?, preguntó. Sí, contesté. Se fue. Al instante volvió con la pastilla y un vaso con agua. Me levantó sosteniéndome por debajo del hombro sano, me metió la pastilla en la boca y me acercó el vaso a los labios. Pude notar el olor a ella.

Poco después llegaron del entierro mi madre, mis dos hermanos y la mujer de uno de ellos. Un poco más tarde llegaron el padre de Helen, sus dos hermanas y una tía suya a quien yo apenas conocía. Todos se acercaron a decirme algo. La pastilla había empezado a hacer efecto, y yo, oculto tras las gafas oscuras, me sentía como un padrino. Me pareció que no tenía que decir gran cosa, pues todo el mundo me adjudicaba, claro está, un profundo dolor, no podían saber que yo estaba allí tumbado indiferente a todo. Y cuando el padre de Helen se acercó a decirme algo, sentí una especie de satisfacción, porque ahora que Helen había muerto, él ya no era mi suegro, ni las hermanas de Helen mis cuñadas.

Al cabo de un rato, la mujer de mi hermano y las hermanas de Helen empezaron a poner la mesa en el jardín debajo de la terraza, y cada vez que pasaban por delante de mí, camino del cuarto de estar, movían la cabeza y me sonreían, aunque yo fingía no verlas. Luego debí de quedarme dormido, porque lo siguiente que recuerdo es un

zumbido de voces en el jardín, y que podía ver las cabezas, nueve cabezas que apenas se movían. Era una imagen llena de paz, las nueve cabezas a la sombra del gran abedul, y al final de la mesa del jardín, con la cabeza vuelta hacia mí, Sonia. Al poco tiempo, levanté un brazo para llamar su atención, pero ella no lo vio. Un instante después, mi hermano pequeño se levantó y se acercó a la terraza. Cerré los ojos y fingí estar dormido. Le oí detenerse un momento al pasar por delante de mí, y pensé: Estamos completamente desamparados.

Por fin se levantaron de la mesa, y mientras todos, excepto Sonia y mi madre, se preparaban para marcharse, permanecí tumbado con los ojos cerrados fingiendo estar dormido. Luego mi madre salió del cuarto de estar y se me acercó. Le sonreí, y me preguntó si tenía hambre. No tenía hambre. ¿Te duele?, preguntó. No, contesté. Pero por dentro, añadió. No, contesté. Bueno, bueno, dijo ajustando la sábana que me cubría, aunque estaba bien colocada. ¿Prefieres volver a tu casa?, pregunté. ¿Por qué?, contestó, ¿no quieres que esté aquí? Sí, dije, pero pensaba que a lo mejor echabas de menos a papá. No contestó. Fue a sentarse en el sofá de mimbre. En ese momento llegó Sonia. Me quité las gafas de sol. Tenía una copa de vino en la mano. Se la dio a mamá. Yo también quiero, dije. No con las pastillas, replicó. No seas tonta, añadí. Pero sólo una copa, dijo. Se fue. Mi madre estaba sentada mirando el jardín, con la copa de vino en la mano. ¿Todo esto es tuyo ya?, preguntó. Sí, teníamos comunidad de bienes. Notarás un gran vacío, dijo. Yo no contesté, no estaba muy seguro de lo que quería decir. Sonia salió con dos copas, dejó una en la mesita junto a mi madre. Vino hacia mí con la otra, me sostuvo por los hombros y me la acercó a los labios. Se inclinó más que antes y pude ver un poco sus pechos. Cuando apartó la copa, mi mirada se cruzó con la suya, y no sé, tal vez ella viera algo que no había notado antes, porque había algo en sus ojos que iba y venía, algo parecido a la ira. Luego sonrió y se sentó al lado de mi madre. Salud, mamá, dijo. Sí, contestó mi madre. Bebieron. Me puse las gafas de sol. Nadie decía nada. No me parecía un buen silencio, quería decir algo, pero no sabía qué. Aquí no hay pájaros, dijo Sonia. Tampoco en nuestro jardín, señaló mi madre. Excepto las gaviotas. Antes había golondrinas, un montón de golondrinas, pero han desaparecido. Qué pena, dijo Sonia. ¿A qué se debe? Nadie lo sabe, contestó mi madre. Luego callaron durante un rato. Ya no sabemos si va a llover o a hacer buen tiempo, dijo mi madre. Se puede escuchar el parte meteorológico, señaló Sonia. No son de fiar, sentenció mi madre. En el sur de Europa, las golondrinas vuelan bajo incluso cuando no va a llover, indicó Sonia. Será otra clase de golondrinas, contestó mi madre. No, dijo Sonia, son de la misma clase. Me extraña, dijo mi madre. Sonia no dijo nada más. Bebió de la copa. ¿Es verdad lo que dice Sonia?, preguntó mi madre. Sí, dije. ¿Es que nunca puedes creerme, joder?, preguntó Sonia. Deberías abstenerte de decir tacos en un día como éste, dijo mi madre. Sonia apuró la copa de vino y se levantó. De acuerdo, dijo,

esperaré hasta mañana. Qué mala eres, exclamó mi madre. Con lo buena que era de pequeña, dijo Sonia. Se acercó a mí y me dio más vino. No me sostuvo la cabeza lo bastante en alto y unas gotas de vino se escaparon por las comisuras de los labios y me bajaron por la barbilla. Me secó bruscamente con una punta de la sábana, sus labios denotaban enfado. Luego se fue al cuarto de estar. ¿Qué le pasa?, preguntó mi madre. Es una mujer adulta, madre, dije, no quiere que la reprendan. Pero soy su madre, dijo. No contesté. Yo sólo quiero su bien, dijo. Yo no contesté. Se echó a llorar. ¿Qué te pasa, madre?, pregunté. Nada es como era, dijo, todo se ha vuelto tan... extraño. Sonia volvió a aparecer. Voy a dar una vuelta, dijo. Creo que se dio cuenta de que mi madre estaba llorando, pero no estoy seguro. Se fue. Qué guapa es, dije. Y eso de qué sirve, preguntó mi madre. Pero, madre, exclamé. Uf, sí, sí, dijo, ya no sé lo que digo. Si echas de menos tu casa, que se quede Sonia, dije. Se echó a llorar de nuevo, haciendo más ruido esta vez, y más descontroladamente. La dejé llorar un rato, lo suficiente, a mi entender, luego pregunté: ¿Por qué lloras? No contestó. Empezaba a irritarme, pensé, ¿por qué coño lloraba? Entonces dijo: Tu padre tiene otra. ¿Otra?, dije. ¿Mi padre? No tenía intención de decírtelo, añadió. Como si no tuvieras bastante con tu propio dolor. No tengo ningún dolor, dije. ¿Cómo puedes hablar así?, preguntó. No contesté. Me quedé pensando en ese delgaducho hombrecillo que era mi padre y que a los sesenta y tres años..., un hombre a quien jamás había atribuido más instinto sexual que el estrictamente necesario para engendrarnos a mí y a mis hermanos. Por un instante, lo imaginé desnudo entre los muslos de una mujer, y sentí un intenso malestar. Mi madre entró en la casa con los vasos vacíos, pero volvió a salir inmediatamente y noté que quería hablar. Estaba de espaldas mirando al jardín. ¿Y qué vas a hacer?, pregunté. Qué puedo hacer, contestó, él me dice que haga lo que quiera y eso significa que no hay nada que pueda hacer. Te puedes quedar aquí, dije. Adiviné que estaba empezando a llorar de nuevo, y tal vez porque no quería que me diera cuenta, bajó por la escalera de la terraza. Seguro que las lágrimas la hicieron pisar mal, porque perdió el equilibrio y cayó de bruces. No podía verla. La llamé, pero no contestó. Intenté levantarme, pero no tenía donde agarrarme. Me tiré hacia un lado y empujé con la mano la pierna escayolada sobre el borde de la tumbona. Me apoyé en el codo y me incorporé. Entonces la vi. Estaba en el suelo con la cara contra la gravilla. Bajé de la tumbona la otra pierna, que también estaba escayolada. Me dolían el hombro y un brazo. No era capaz de andar sobre las piernas escayoladas, así que me dejé deslizar hasta el suelo. Me arrastré hasta la escalera. No podía hacer gran cosa, pero tampoco podía dejarla en el suelo. Me arrastré escaleras abajo hasta donde ella estaba. Intenté tumbarla de lado, pero no pude. Le puse la mano bajo la frente. Noté que estaba mojada. La gravilla me pinchaba como un cuchillo el dorso de la mano. Ya no me quedaban fuerzas. Me tumbé a su lado. Entonces empezó a moverse. Mamá, dije. No contestaba. Mamá,

repetí. Gimió y volvió la cara hacia mí, sangraba y parecía asustada. ¿Dónde te duele?, le pregunté. ¡Ah, no!, dijo. Quédate quieta, pero se tumbó de espaldas y se incorporó. Se miró las rodillas ensangrentadas y empezó a sacarse piedrecitas de las heridas. Ay, ay, dijo, cómo he podido... Te has desmayado, señalé. Sí, contestó, todo se quedó negro. Luego se volvió y me miró fijamente. ¡William!, dijo. ¡Qué has hecho! ¡Ay, hijo mío, qué has hecho! Bueno, bueno, dije. Estaba muy incómodo, y con el brazo sano me arrastré hasta el césped. Allí me quedé tumbado boca arriba y con los ojos cerrados. Me dolía el hombro, era como si la fractura se hubiera vuelto a abrir. Mi madre hablaba, pero no tenía fuerzas para contestar. Opiné que yo ya había hecho mi parte. La oí levantarse. No quise abrir los ojos. Ella gemía. Ven a sentarte aquí en la hierba, le dije. ¿Y tú? preguntó. Yo estoy bien, contesté, ven a sentarte, Sonia vendrá pronto. La miré. Apenas podía andar. Se sentó con cuidado a mi lado. Creo que tengo que tumbarme un rato, dijo. Nos quedamos tumbados al sol, hacía calor. No te duermas, dije. No, ya lo sé. Y no dijimos nada más en un rato. No digas nada a Sonia de lo de tu padre, dijo. ¿Por qué no?, pregunté. Es muy humillante, afirmó. ¿Para ti?, pregunté, aunque sabía que era eso lo que quería decir. Sí, dijo. Que te engañe una persona en la que has creído durante cuarenta años. Volverá, dije. Si vuelve, dijo, será otro hombre. Y volverá a otra mujer. No, contesté, pero no pude continuar. Sonia apareció en la puerta de la terraza. Gritó mi nombre. Cerré los ojos, no podía más, quería que se ocuparan de mí. ¡Mamá!, gritó.

Cuando la sentí muy cerca, abrí los ojos y le sonreí, luego volví a cerrarlos. Mi madre le explicó lo ocurrido. Yo no dije nada, quería estar desvalido, abandonado a los cuidados de Sonia. Vino con cojines, me los colocó bajo los hombros y la cabeza, y le pedí una pastilla. Se ausentó durante un buen rato, sería entonces cuando llamó a la ambulancia, pero no dijo nada al volver con la pastilla. Me la dio y me preguntó cómo me sentía. Bien, contesté, y aunque era la verdad, no pretendía que se lo creyera. Era cierto que el hombro me dolía, pero me sentía bien. Se me quedó mirando un buen rato, luego subió a la terraza por la tumbona. Pero no para mí. Para mi madre. Tras reflexionar, me pareció lo correcto, pero podría haber preguntado para que hubiera tenido la oportunidad de rechazarla. Mi madre protestó, quería que me tumbara yo. No, dijo Sonia. La tumbona es para ti. Yo no dije nada. Pensé:

Le he dicho a Sonia que me encontraba bien, es por eso. Sonia acomodó a mi madre en la tumbona, luego se metió en casa. El césped estaba duro, y me pregunté cuánto tiempo pretendía Sonia dejarme allí tumbado, pues en ese momento no sabía que había llamado al hospital. Todo estaba en silencio, y oí parar un coche delante de la casa, y que alguien llamaba a la puerta. Al cabo de un rato llegó Sonia acompañada por dos hombres vestidos de blanco. Bajaron por la escalera y fueron directamente hacia mi madre. Uno de ellos le habló, el otro se volvió hacia mí y me miró fijamente las piernas. ¿Cuánto tiempo lleva con eso?, preguntó señalando la escayola. Una

semana, dije. ¿Se cayó del tejado?, preguntó. Accidente de coche, contesté. Volví la cara hacia el otro lado. ¿Es necesario?, preguntó mi madre. Sí, mamá, contestó Sonia. El hombre que había hablado conmigo fue por una camilla, el otro se me acercó y me preguntó cómo estaba. Bien, contesté. Seguro que Sonia le había dicho algo de mi hombro, porque él se inclinó sobre mí y lo tocó. Su ayudante llegó con la camilla, me levantaron y me pusieron sobre ella. Me subieron por la escalera hasta el dormitorio. Sonia iba delante señalando el camino. Me tumbaron en la cama y se marcharon, Sonia también. Volvió al cabo de un rato. Voy a acompañar a mamá al hospital, dijo. De acuerdo, contesté. ¿Necesitas algo? preguntó. No, contesté. Se marchó. Mi intención no había sido ser cortante, en realidad no, pues entendí que mi madre también la necesitaba.

Pronto cayó el silencio sobre la casa. Se me cerraron los ojos y vi aquel vasto y desierto paisaje, ese que tanto duele mirar, es demasiado vasto y demasiado desierto, de alguna manera está dentro y fuera de mí. Abrí los ojos para que desapareciera, pero tenía tanto sueño que volvieron a cerrarse solos. Supongo que se debía a las pastillas. No tengo miedo, dije en voz alta, sólo por decir algo. Lo repetí varias veces. Y ya no recuerdo más.

Desperté en la penumbra. Las cortinas estaban echadas, el reloj marcaba las cinco. La puerta del dormitorio estaba entreabierta, y por la rendija entraba una fina franja de luz. En la mesa de noche había una botella de agua, y la cuña estaba colocada de modo que podía alcanzarla con la mano sana. No tenía ningún pretexto para despertar a Sonia. Encendí la lámpara y me puse a leer *Maigret y la muchacha muerta*, que Sonia me había traído. Al cabo de un rato sentí hambre, pero era muy temprano para llamar a Sonia. Seguí leyendo. Cuando el despertador marcaba las seis y media, empecé a impacientarme y a irritarme. Me parecía muy desconsiderado por parte de Sonia no haberme hecho un par de tostadas, debería haber supuesto que me despertaría en el transcurso de la noche. Me quedé quieto para oír los ruidos de la casa, pero el silencio era total. Me imaginé a Sonia y me entró hambre de otra clase. La vi con más nitidez de lo que la había visto jamás en la realidad, y no hice nada por borrar la imagen. Permanecí así durante un buen rato, hasta que oí sonar un despertador. Cogí el libro pero no me puse a leerlo. Esperé. Al final la llamé. Entonces acudió. Llevaba una bata de color rosa. Estaba tumbado con el libro en la mano para que se diera cuenta de que llevaba tiempo despierto. He oído el despertador, dije. Estabas profundamente dormido, dijo ella, no quise despertarte. ¿Te duele algo? El hombro, contesté. ¿Quieres que vaya a buscar una pastilla?, preguntó. Gracias, contesté. Se fue. Iba descalza. Andaba de puntillas. Dejé el libro en la mesa de noche. Ella volvió con la pastilla y un vaso de agua. Me sostuvo por los hombros. Pude ver uno de sus pechos. Luego le pedí que me pusiera otro debajo del hombro. Qué guapa eres, dije. ¿Estás más cómodo?, preguntó. Sí, gracias, contesté. Enseguida

te traeré el desayuno, dijo, en cuanto me vista. No es necesario, dije. ¿No tienes hambre?, preguntó. Sí, contesté. Me miró. Fui incapaz de interpretar su mirada. Luego se fue. Tardó mucho en volver.

Cuando llegó con el desayuno, estaba completamente vestida. Llevaba un blusón abotonado hasta el cuello. Me dijo que tenía que incorporarme, y fue a buscar más cojines para ponérmelos en la espalda. Estaba cambiada. Miraba a todas partes menos a mí. Puso la bandeja con las tostadas y el café sobre el edredón ante de mí. Llámame si quieres algo, dijo al marcharse.

Cuando hube desayunado, decidí que no la llamaría, tendría que venir por propia iniciativa. Puse el plato y la taza sobre la mesa de noche y dejé caer la bandeja al suelo, convencido de que lo oiría. Conseguí quitarme los cojines de la espalda. Estuve esperando durante mucho tiempo, pero no llegaba. Recordé que había olvidado preguntarle por nuestra madre. Luego pensé que cuando me recuperara me quedaría completamente solo. Tendría toda la casa para mí solo, y nadie sabría cuándo entraba o salía, ni lo que hacía. No tendría que esconderme.

Por fin llegó. La pastilla ya había empezado a hacer efecto, y me sentía mucho más benévolo con respecto a ella. Le pregunté por nuestra madre y dijo que estaba levantándose. Creía que estaba en el hospital, dije. No, contestó, sólo fueron heridas superficiales. Le conté lo que me había dicho sobre nuestro padre. Al principio dio la impresión de no creerme, luego fue como si todo el cuerpo se le quedara rígido, también la mirada. Dijo: ¡Qué... qué... asco! Me sorprendió un poco esa reacción tan fuerte, pues ella era una joven moderna. Esas cosas pasan, dije. Me miró fijamente, como si hubiera dicho algo incorrecto. ¿Conque sí, eh?, dijo; cogió la bandeja del suelo y plantó el plato y la taza en ella con movimientos airados y bruscos. No digas a mamá que te lo he dicho, dije. ¿Por qué no?, preguntó. Me pidió que no te lo dijera, contesté. Entonces, ¿por qué me lo has dicho? Me pareció conveniente que lo supieras, contesté. ¿Por qué?, preguntó. No contesté, estaba empezando a irritarme, pues no me gusta que me reprendan. ¿Para qué tú y yo compartiéramos un pequeño secreto?, preguntó en un tono que no pretendía agradarme. Sí, por qué no, contesté. Se me quedó mirando un buen rato, luego dijo: Creo que nos hemos equivocado el uno con el otro. Qué pena, dije. Cerré los ojos. La oí marcharse y cerrar la puerta tras ella. No había estado cerrada desde que volví del hospital, y ella sabía que yo quería que permaneciera abierta. Estaba enfadado ya de antes, y la puerta cerrada no contribuyó precisamente a disminuir mi ira. Tendría que marcharse, no quería verla más. No estaba tan desvalido como para tener que soportar cualquier cosa de ella. No le había hecho nada.

Pasó bastante tiempo hasta que volví a tranquilizarme. Entonces pensé que su conducta seguramente tendría más que ver con mi padre que conmigo y que, cuando hubiera reflexionado un poco, ella misma comprendería lo irrazonable que se había

mostrado.

Pero fui incapaz de tranquilizarme del todo, y tuve que reconocer ante mí mismo que temía su vuelta. Constantemente me parecía oír pasos fuera, cada vez cerraba los ojos fingiendo que dormía, y cada vez me sentía igual de aliviado al comprobar que no llegaba. Al final me quedé con los ojos cerrados, escuchando y esperando, y luego no recuerdo nada más hasta que vi a mi madre junto a la cama, y me miraba. Tenía una gasa en la frente y una especie de gorro en la cabeza. ¿Has tenido una pesadilla?, preguntó. ¿He hablado en sueños?, pregunté. No, contestó, pero hacías muecas. ¿Te duele? Sí, contesté. Iré por una pastilla, dijo. Apenas podía andar. Pensé que Sonia seguramente se sentiría avergonzada por haberse comportado tan mal, y que por eso acudía mi madre en lugar de ella, pero cuando mi madre regresó con la pastilla, dijo: Bueno, ya sólo quedamos tú y yo. Lo dijo como si yo lo supiera. No contesté. Me dio la pastilla y quiso sostenerme por el hombro, pero dije que no hacía falta. Me metí la pastilla en la boca y bebí de la botella de agua. Ella se sentó en la silla junto a la ventana. Dijo: Sonia estaba muy preocupada por mí, pero echaba mucho de menos sus cosas. Asentí con la cabeza. Sí, y dijo que tú entenderías por qué tenía que irse. Sí, dije. Me sonrió, luego añadió: No sabes cuánto te lo agradezco. ¿Qué?, pregunté, aunque sabía a lo que se refería. Cuando me desperté y te vi en el suelo a mi lado, dijo, pensé que al menos William sí me quería. Claro que sí, dije. Cerré los ojos. Al cabo de un rato se levantó y se fue. Volví a abrir los ojos y pensé: Si ella supiera...

Los invisibles

Cuando Bernhard L. volvió al hogar de su infancia con el fin de asistir al sepelio de su padre, Marion le dio un abrazo bastante torpe. Era una tarde calurosa, y ella tenía grandes manchas húmedas en las axilas. Así que has venido, dijo. Él comentó que venía cansado del viaje y que le gustaría cambiarse. Ella le había preparado el cuarto de la buhardilla. La ventana estaba abierta y el sol entraba a raudales. Se desnudó del todo y se tumbó en la cama. Empezó a tocarse, intentando reproducir aquella fantasía que tanto le había excitado en el estrecho compartimiento del tren, pero no lo logró. Entonces oyó a Marion subir la escalera y se vistió. Por la ventana entraban los ruidos de la calle. Marion volvió a bajar la escalera. Él abrió el armario y colgó el traje negro.

Cuando algo más tarde bajó, se encontró a Marion llorando en el salón. Suponía que no le había oído entrar, pero no estaba seguro, porque la mujer se comportó como si la hubiera sorprendido haciendo algo malo. No sabía qué decir. Se acercó a la ventana y se puso a contemplar el pequeño jardín trasero. Tú lo querías, dijo él por fin. Un gato negro se subió de un salto a la valla de madera. Debería haberme portado mejor con él, señaló ella. Pero tú eras la que lo cuidabas, dijo él. El gato saltó de la valla hasta el tejado del viejo cobertizo para bicicletas. Ella dijo: A veces era tan..., pero, claro, tenía dolores... Había momentos en que casi deseaba que... Me arrepiento tanto... Él encendió un cigarrillo. No pensaba que fuera a morir, añadió ella. Él preguntó cómo había sido. Ella tardó en contestar. Él tiró la ceniza del cigarro en una maceta. Estaba sentado en ese sillón, dijo ella. Yo estaba en la cocina. Me dijo que viniera a leerle el periódico. Le contesté que estaba haciendo la comida. Dijo que no tenía hambre. Pues yo sí que tengo, dije. Luego nos quedamos callados y al final volvió a decir: ¿Vienes ya? No contesté. Estaba enfadada con él. Un poco más tarde gritó mi nombre aunque no demasiado alto, pero no entré hasta pasados dos o tres minutos y, para entonces, ya estaba muerto.

Bernhard se imaginó a su padre, pero no sentía nada. Marion se echó a llorar de nuevo. Él buscó un cenicero para apagar el cigarrillo. Fue a la cocina y lo tiró en el fregadero. Luego bebió un vaso con agua. Sonó el timbre. Marion le pidió que fuera a abrir. Era una mujer. Lo miró y dijo: Tú tienes que ser el hermano de Marion. Así es, asintió él. Él la siguió hasta el salón. Marion no estaba allí, él pensó que habría ido a la cocina a secarse las lágrimas. La mujer le tendió la mano, estaba húmeda, pero a él no le importó. Soy Camilla, se presentó. Y yo Bernhard, dijo él, voy a buscar a Marion. Llegó justo en ese momento. La contempló unos instantes: eran en todos los aspectos tan distintas que no entendía qué podían tener que ver la una con la otra. Camilla estaba de pie, de espaldas, con la ropa muy pegada al cuerpo. Él pensó: ¿No se dará cuenta Marion de que se está aprovechando de ella? Al instante, desechó esa

idea. Camilla se volvió hacia él, y preguntó algo. Él contestó. Ella sonrió y bajó la mirada. Es dependienta, pensó él. Marion dijo media frase y se fue a la cocina. Él abrió una ventana. Siéntate, dijo. Ella se sentó. Marion se habrá alegrado de que hayas venido, dijo ella. Él se rió y se sentó frente a ella. Le preguntó si ella había conocido a su padre. Camilla le dio una larga respuesta mientras miraba alternativamente a sus manos y a él: lo había conocido y no lo había conocido. Estaba sentada en el filo de la silla con las rodillas juntas y las manos cruzadas sobre los muslos. Él le ofreció un cigarrillo y le dio fuego. Se preguntó quién de los dos sería el primero en descubrir que no había un cenicero cerca. Al final dijo: Voy a buscar un cenicero. Fue a la cocina. Marion estaba preparando una fuente de sándwiches. Le dio un cenicero minúsculo. ¿No tienes uno un poco más grande?, preguntó él. Qué barbaridad, dijo ella, y le dio uno grande. Él volvió al salón. Preguntó a Camilla cómo se habían conocido Marion y ella. Ella se lo dijo. Marion entró y puso un mantel blanco en la mesa. Deja que te ayude, dijo Camilla, sin levantarse. No, no, contestó Marion. Acabó de poner la mesa y empezaron a comer. Camilla y Marion hablaron de una amiga común que había tenido un hijo que nació con la espina bífida. Eran las siete. Bernhard se dio cuenta de que Camilla no paraba de mirarlo. Él estaba fantaseando con ella. De repente, entró una avispa y se posó sobre uno de los sándwiches. Camilla se levantó y se plantó en medio de la habitación. Dijo que era alérgica a las avispas.

Marion cogió un sándwich de queso y lo estampó encima del que tenía la avispa. Bernhard se rió. Marion se acercó a la ventana y tiró los dos sándwiches al jardín trasero. Ya está, dijo. Bernhard se rió de nuevo. Marion y Camilla volvieron a sentarse. Comed, dijo Marion, a Bernhard le dio la impresión de que estaba contenta. Camilla contó que la última vez que la picó una avispa había tenido que ir a urgencias. Come, Bernhard, insistió Marion. Contestó que estaba lleno y se levantó. Fue hasta la entrada y subió la escalera. La puerta de la habitación de Marion estaba cerrada, la abrió y se quedó en el umbral mirando hacia el interior. La cama estaba sin hacer, y de los respaldos de las sillas colgaban prendas. Encima de la cómoda había una foto grande enmarcada: sus padres de pie, sonrientes, sobre la alta escalera de la calle. Cerró la puerta y volvió a bajar.

Al cabo de un rato Camilla dijo que se marchaba. Bernhard volvió a subir al cuarto de la buhardilla. Si se asomaba por la ventana podía ver la escalera de la calle justo debajo de él. Camilla estaba mirando hacia la puerta; apenas podía ver su pelo y un poco de su cuerpo. Marion era la que hablaba, pero era incapaz de captar lo que estaba diciendo. No, no, en absoluto, dijo Camilla. Empezó a bajar los escalones. Él retiró la cabeza. La vio cruzar la calle y desaparecer por el callejón entre la óptica y la panadería. Perra, dijo para sus adentros. Se encontró con su propia mirada en el espejo de la cómoda, la mantuvo unos instantes, bastante rato, los ojos empezaron a

sonreír y dijo: Así es. Perra.

Se quitó de mala manera los zapatos y se tumbó en la cama, pero volvió a levantarse enseguida, se acercó a la puerta, se agachó e intentó mirar por el ojo de la cerradura. Lo que podía ver era la parte superior de la escalera y la puerta del que había sido el dormitorio de sus padres. Volvió a tumbarse. Apenas entraba ruido por la ventana, sólo se oía de vez en cuando algún que otro coche pasar. Eran las ocho menos diez. Pensó: Voy a tener que pedir otra almohada. Encendió un cigarrillo. No había cenicero en la habitación. Puso uno de sus zapatos sobre la mesita, con la suela hacia arriba. Supongo que debería bajar y estar con Marion, pensó. He venido por ella. Y de todos modos tengo que pedirle una almohada y un cenicero. Tal vez esté sentada abajo esperándome. Tal vez piense que no puede salir porque estoy aquí. Echó la ceniza del cigarrillo en la suela del zapato. Intentó pensar en algo de lo que poder hablar. Entonces oyó un ruido y a continuación pasos en la escalera. Se apresuró hasta la puerta y miró por el agujero de la cerradura. La vio con toda claridad cuando pasó por delante de su campo de visión, la vio volver la cabeza y mirarlo directamente.

Bajó al poco rato. Andaba silenciosamente, pero sin deslizarse.

Salió al jardín trasero y se sentó en una vieja silla plegable pintada de verde, junto a una mesa redonda de hierro forjado. Al cabo de un rato se fijó en el silencio: nada se movía ni se oía nada. De repente se sintió abandonado, casi encerrado, y se levantó. Se metió entre el estrecho macizo de flores y la fila aún más estrecha de verduras y se acercó a la valla de madera. Se quedó de espaldas contra ella mirando la casa y pensando: No tengo nada que hacer aquí. Justo en ese instante descubrió a Marion; estaba de pie en el salón mirándolo, algo retirada de la ventana. No puede estar segura de que la haya visto, pensó, dejando vagar la mirada. Se puso en cuclillas y se dedicó a arrancar la mala hierba que crecía entre los rábanos, mientras miraba la puerta a hurtadillas. Ella no salía. Entonces cree que no la he visto, pensó. Siguió arrancando mala hierba, y poco a poco fue sintiendo una especie de satisfacción, casi alegría al contemplar ese paisaje limpio y ordenado en miniatura. Dejó de mirar de reojo la puerta, ella podía salir si quería, él estaba ocupado, tenía delante una pequeña huerta.

Había llegado a las lechugas cuando Marion salió en compañía de un hombre que llevaba una botella en la mano. Marion llevaba tres copas. Bernhard enderezó la espalda. Marion le dijo que saludara a Oskar y dejó las copas sobre la mesa redonda. Bernhard saludó con la cabeza a Oskar y fue a lavarse las manos bajo el grifo del jardín. Se sentía atrapado. Marion echó vino en las copas. Bernhard se sacudió el agua de los dedos y se acercó a la mesa. Oskar le tendió la mano. Estoy mojado, dijo Bernhard. No importa, contestó Oskar. Este es conductor, pensó Bernhard. Salud, dijo Marion. Bebieron. Oskar se quitó la chaqueta, un vello negro y rizado le cubría los

antebrazos. Oskar y yo nos vamos a casar, dijo Marion. Enhorabuena, dijo Bernhard. Intentó imaginárselos, pero no lo consiguió. Oskar es policía, señaló Marion. Ay, contestó Bernhard. Oskar sonrió. Qué oportuna la muerte de nuestro padre, pensó Bernhard, y dijo mirando a Oskar: Es la primera vez que brindo con un policía. ¿A que es una noche muy hermosa?, preguntó Marion. Tus verduras necesitan agua, dijo Bernhard. Ay, sí, asintió Marion. Dicen que seguirá el buen tiempo, comentó Oskar. Yo las riego, dijo Bernhard. Bebieron. Bernhard fumaba. Oskar habló de un colega al que le habían robado una canoa. Bernhard apuró la copa, y Marion volvió a llenársela. Él se levantó, entró en la casa, subió al piso de arriba y entró en el cuarto de la buhardilla. Permaneció allí de pie dejando transcurrir el tiempo, luego volvió a bajar. Se sentó y tomó un gran trago de vino. Encendió un cigarrillo. Marion y Oskar charlaban. Tengo que acordarme de pedir otra almohada, pensó Bernhard. Luego pensó: No iré al entierro. Lo pensó una y otra vez, varias veces. Marion se levantó. Sólo voy a..., dijo. ¿Crees que puedes darme otra almohada?, preguntó Bernhard. Claro que sí. Ella entró en la casa. Oskar se rascó el brazo. ¿Lleváis mucho tiempo juntos?, preguntó Bernhard. Ocho meses, contestó Oskar. Entonces conociste a mi padre. Sí. ¿Bien? No, bien no. Como sabes, estaba enfermo. Sólo quería ver a Marion. Y a ti, claro. Bernhard se rió. ¿A mí?, se extrañó. Marion volvió a salir, se había puesto una chaqueta sobre los hombros. Bernhard se levantó y se acercó al viejo cobertizo para bicicletas, donde antaño había una regadera. Todavía seguía allí. La llenó bajo el grifo y se fue hasta la hilera de verduras. No podía oír de qué hablaban

Marion y Oskar. La tierra que rodeaba los rábanos se puso negra. Pensó: Seguro que es un bruto. Y de repente le volvió con toda nitidez la fantasía del tren, y dentro de esa imagen se metió Camilla para ocupar el lugar de la mujer anónima. Quiso llevarse esa imagen hasta el cuarto de la buhardilla, y fue a dejar la regadera en el cobertizo. Marion dijo: Supongo que deberíamos hablar de lo de mañana, Bernhard. ¿De lo de mañana? Sí, he invitado a algunas personas a casa para después del entierro. Espero que te parezca bien. Sí, contestó Bernhard, supongo que es lo que suele hacerse. Siguió hasta el cobertizo, dejó la regadera, encendió un cigarrillo, volvió a la mesa y se sentó. Marion y Oskar estaban charlando. La copa de vino de Bernhard estaba llena; bebió. Había oscurecido, los rostros ya no eran del todo nítidos, él se sentía casi invisible. Casi libre.

Al poco rato Marion y Oskar entraron en la casa. Bernhard se quedó sentado fumando y bebiendo el vino a pequeños sorbos. Pensó: Qué oscuridad más agradable. De repente sintió una leve presión contra la pierna derecha, se estremeció y emitió un pequeño grito. La copa que tenía en la mano cayó al suelo, y aunque se dio cuenta casi inmediatamente de que era un gato lo que le había rozado la pierna, se sintió humillado por ese repentino susto. Dio una patada y notó y oyó que había acertado.

Empujó el sillón hacia atrás y se levantó, permaneció un instante sin moverse, luego arrancó y se puso a dar vueltas por el camino enlosado que había delante de la casa. Se repitió por dentro una y otra vez su nombre como un conjuro, y poco a poco fue tranquilizándose. Se detuvo delante de la ventana abierta del salón y escuchó por si oía voces, pero la habitación estaba en silencio. Se fue hacia la puerta de la valla que daba a la calle, corrió el pasador y salió. Cruzó la calle y se metió en el callejón entre la óptica y la panadería, allí se detuvo y dejó su mirada deslizarse por las viejas casas que se apoyaban unas contra otras. Luego se dio vuelta y regresó por el mismo camino. Perra, dijo para sus adentros. Perra, perra, perra. Atravesó la puerta. Se encendió un cigarrillo. Por una ventana abierta de la casa vecina salía música. Tiró el cigarrillo a medio fumar, lo pisó y pensó: Tengo que acordarme del cenicero. Atravesó el salón y fue a la cocina. Marion estaba planchando una blusa blanca. Temió que ella quisiera que hablaran, de modo que dijo que tenía sueño y que quería irse a dormir. Ella lo miró y sonrió. No te encuentras muy bien, ¿verdad que no?, preguntó. Sí, contestó él, lo que pasa es que estoy cansado. Pidió un cenicero. Ella fue a buscar uno y dijo que había dejado una almohada de más en su cama. Él puso su dedo pulgar en el antebrazo de ella, y ella lo miró casi suplicante, le pareció a él. Luego le dio las buenas noches y se fue.

Al día siguiente, durante el sepelio, se sentó entre Marion y el sobrino de su padre, Gustav. Marion llevaba un pañuelo en la mano, pero no lo utilizó. El pastor hablaba de un padre responsable y de la pena y la pérdida de los familiares, que se atenuarían con el tiempo, pero no desaparecerían del todo, pues así eran los vínculos de la sangre y la ley del amor. Al sonar las últimas notas del último himno, Bernhard abandonó a toda prisa la capilla y salió a la calle. Se encendió un cigarrillo, sólo le quedaban tres en el paquete y pensó: Tengo que acordarme de comprar más. Al cabo de un rato salió Marion acompañada de Oskar y Camilla. Bernhard miró hacia otra parte. Pensó en cómo había tomado a Camilla en el cuarto de la buhardilla la noche anterior; ella se había resistido, pero al final se rindió. Echó a andar por la acera. Marion lo llamó. Él se detuvo y se volvió. Puedes ir en el coche de Camilla, dijo ella. Tengo que comprar tabaco, contestó él.

Tomaré un taxi. Ella lo miró. Como quieras, dijo. Él se rió. ¿Qué pasa?, preguntó ella. Nada, contestó él, y siguió andando. Como quieras, como quieras, se dijo por dentro. Como quieras, como quieras. Se detuvo en un quiosco y compró dos paquetes de cigarrillos, luego paró un taxi. El taxista lo miró por el espejo, y al cabo de unos instantes dijo: ¿De fiesta en mitad de la semana? Sí, contestó Bernhard. ¿Boda? Sí, se casa mi hermana. Entonces habrá una buena juerga, ¿no? Pues sí, una buena juerga. Bernhard se acercó todo lo que pudo a la puerta de su lado del asiento trasero para que los ojos del taxista desaparecieran del espejo. Se quitó la pajarita negra y se la metió en el bolsillo, luego se desabrochó los dos últimos botones de la camisa.

Disculpe, si puede pare aquí, señaló. Tengo que comprar tabaco. Iré andando el último trecho. Pagó. El taxista le dijo que se divertiera. Bernhard se rió. Gracias, contestó.

Los invitados habían llegado. Algunos de ellos se acercaron a Bernhard, se presentaron y le dieron el pésame. Hablaban en voz baja y parecían preocupados. Bernhard se encendió un cigarrillo. Marion le sonrió y luego invitó a todos a que se sentaran. Bernhard se sentó junto a la mesa más pequeña. Charlotte, la hermana de su madre, se sentó junto a él. Quiero estar a tu lado, dijo ella. ¿Ah sí?, preguntó él. Marion y Camilla sirvieron el café. Había un cenicero en la mesa. Él apagó el cigarrillo. Bueno, bueno, dijo Charlotte. Él sostenía la fuente de canapés delante de ella. Ah, salmón ahumado, es mi comida favorita. Entonces toma dos, dijo Bernhard. Camilla se acercó y se sentó justo enfrente de él. ¿Puedo?, preguntó Charlotte. Claro, contestó Bernhard. Entonces lo haré, dijo ella, riéndose disimuladamente. Uno debe tomar lo que le apetece, afirmó Bernhard, colocando la fuente delante de Camilla. La miró y sus miradas se cruzaron. Ella sonrió. Él pensó: Si supieras... Comieron. ¿Sabías, Bernhard, preguntó Charlotte, que ahora soy yo la más vieja de la familia? ¿De veras?, dijo Bernhard. De modo que la próxima vez me tocará a mí. Eso no se sabe, replicó él. Claro que sí, repuso ella. Él no contestó. Charlotte puso una mano en su brazo. No creas que me importa, dijo. Bueno, si tú lo dices, señaló él. Miró a su alrededor. Nadie parecía ya preocupado. Volvió a sostener la fuente delante de Charlotte. Es el cuarto entierro al que acudo en lo que va de año, dijo ella. Incluido el de mis periquitos. Bernhard se rió. ¿Los periquitos? Sí, murieron hace dos meses. Eran un macho y una hembra: ella puso huevos, se comieron a sus hijos y se murieron. ¿Por comerse los huevos?, preguntó él. Supongo que sí, contestó ella. Va contra natura comerse a los propios hijos. Bernhard se rió. Tal vez estuvieran emparentados, señaló. ¿Quiénes?, preguntó Charlotte. Los dos periquitos, contestó él. ¿Por qué?, preguntó ella. No, por nada, respondió él. Le pareció que Camilla estaba mirándolo de modo que desvió la mirada tan rápidamente hacia ella que la mujer no tuvo tiempo de retirar la suya. Él sonrió, y ella le devolvió la sonrisa. La próxima vez le miraré los pechos, pensó. Marion se levantó y dio un golpe con la cucharita en la taza. Dijo que no pretendía pronunciar un discurso, pero que quería agradecerles a todos que hubieran acudido para honrar el recuerdo de su padre. No quería decir nada sobre sus sentimientos en un día como ese porque se echaría a llorar. Pero quería darles las gracias a todos una vez más, y esperaba que disfrutaran de ese sencillo convite. Se sentó, y por unos instantes los invitados permanecieron callados, la mayoría con la cabeza gacha. Y siguieron comiendo. Qué discursito más bonito, dijo Charlotte. ¿No vas a decir algo tú también? ¡No!, contestó él, en una voz tan alta y cortante que tanto Charlotte como Camilla lo miraron. Notó cómo la cara se le estaba poniendo rígida. Aplastó el cigarrillo a medio fumar en el cenicero. Charlotte le puso

una mano en el brazo y él se apresuró a retirarlo. Encendió otro cigarrillo. Dijo su propio nombre para sus adentros varias veces. Camilla estaba sentada muy erguida, mirando fijamente el plato. Bueno, bueno, dijo Charlotte. Bernhard buscó en vano algo que decir. Cogió la fuente y se la acercó a Charlotte. No, gracias, Bernhard, dijo, es suficiente. Lo dijo de un modo tan dulce y tan amable que Bernhard notó que una ola le recorría el cuerpo. Y de repente recordó una frase que le había oído decir cuando era pequeño; se volvió hacia ella y dijo: ¿Te acuerdas...? Había una frase, una especie de retahíla que solías recitar cuando yo era pequeño y tú querías consolarme, empezaba con respira, corazón... ¿Te acuerdas? Charlotte sonrió. Sí, sí, me acuerdo. Respira, corazón, pero no estalles, tienes un amigo, pero no lo sientes. ¿Sabes una cosa? Bastaba..., yo era tan joven en aquella época... Era tanto para consolarme a mí misma como a ti. Era cuando yo vivía con vosotros, tú tenías... vamos a ver, estabas en tercero. ¿Viviste aquí con nosotros?, preguntó Bernhard. Sí, aproximadamente medio año. Pues no me acuerdo de eso, dijo Bernhard. Qué extraño, señaló Charlotte, tendrías unos nueve años. No recuerdo apenas nada, objetó Bernhard. Encendió un cigarrillo. ¿Sabes?, dijo Charlotte, me apetece muchísimo un cigarrillo. No fumo, sólo en raras ocasiones. Le ofreció el paquete y luego le dio fuego. ¿Quieres tú uno?, le preguntó a Camilla. Gracias, contestó ella. Lo miraba mientras él le daba fuego. Él dejó de mirarla. Perra, pensó, espera y verás. Camilla dijo: ¿Cuánto tiempo vas a quedarte? Hasta mañana, contestó él, luego añadió: No lo sé. Y pensó: ¡Ahora!, y le miró los pechos. Acto seguido echó la silla hacia atrás y se levantó. Sin mirar a nadie colocó la silla en su sitio y se marchó. Lo he hecho, pensó, lo he hecho. Subió al cuarto de la buhardilla, se quitó el traje negro y se tumbó en la cama. Allí la tomó por la fuerza.

Bernhard se despertó en mitad de un sueño. El sol entraba oblicuamente por la ventana. Se vistió y abrió la puerta. Todo estaba en silencio. Bajó la escalera. La puerta que daba al jardín trasero estaba cerrada; la abrió con la llave y salió. El aire no se movía, pero sobre la montaña al este había una gran nube. Se sentó junto a la mesa de hierro forjado para vigilarla. La nube no se acercaba. Pensó: Es como si todo estuviera como antes, como si nada hubiera pasado.

Un poco más tarde —seguía sentado contemplando la nube que no se acercaba— oyó pasos detrás de él. Era Marion. Ah, estás aquí, dijo. Esa nube lleva casi media hora en el mismo sitio, dijo él. Estaría bien si lloviera un poco más, dijo ella. No se mueve, dijo él. Marion se metió un dedo en la boca y luego lo levantó al aire. No hay nada de viento, indicó. Permanecieron un rato callados. ¿Te apetece tomar algo?, preguntó Marion. ¿Como qué?, preguntó él. ¿Una copa de vino?, propuso ella. Con mucho gusto, gracias, dijo él. Ella se levantó y entró en la casa. Él se metió un dedo en la boca, y luego lo levantó al aire. Seguro que quiere hablar, pensó. Ella salió con una botella de vino y dos copas altas. Qué copas tan bonitas, comentó él. Me las ha

regalado Oskar, señaló ella. No quiero hablar de Oskar, pensó él. Bebieron. Bernhard encendió un cigarrillo. Desapareciste de repente de la mesa, dijo Marion. ¿Pasó algo? No, contestó, nada, sólo que empezó a dolerme muchísimo la cabeza. Muchos recuerdos para ti de la tía Charlotte, dijo Marion. Él se rió y dijo: Ella es ahora la mayor de la familia, y la siguiente que va a morir, va a un entierro tras otro, y sus periquitos se murieron por comerse a sus hijos. Marion sonrió. Es encantadora, dijo, se parece a mamá. Bernhard: Me dijo que estuvo viviendo aquí en casa durante medio año cuando mamá estaba enferma. Sí, claro, contestó Marion, fue el año en que empecé a ir al colegio. Mamá estuvo hospitalizada. ¿Qué le pasaba? No lo sé exactamente, algo de los nervios. Qué raro que no me acuerde, dijo Bernhard. Tal vez no la echabas de menos, dijo Marion. Él no contestó. Bebió. Marion le sirvió más vino. ¿Te duele la cabeza a menudo?, preguntó. No, contestó él. Aunque sí, de vez en cuando. Tiró el cigarrillo y encendió otro. Mira, dijo, la nube sigue sin moverse. Camilla me ha dicho que te vas mañana, señaló Marion. Sí, contestó. Qué pena, dijo ella. Tengo que volver a mi trabajo. Bebió. Es un buen vino, dijo él. Al cabo de un rato la miró de reojo: estaba sentada mirándose las manos en el regazo, moviendo imperceptiblemente la cabeza. Por fin dijo ella, sin levantar la vista: No quieres hablar, ¿verdad que no? Pero si estoy hablando, contestó él. Sabes muy bien a lo que me refiero, dijo ella. Él no contestó. Me sentí tan feliz al verte, dijo ella, pero a lo mejor tú ni te diste cuenta. Él no contestó. No sabía qué decir. Luego dijo: Vine sólo por ti. Pensé... Se levantó. No te vayas, dijo Marion. No me voy, contestó él. ¿Qué pensaste?, preguntó ella. Él no contestó. Al cabo de un rato dijo: No puedo remediar ser como soy. Si por ejemplo mato a alguien, no es por mi culpa, pero no mato a nadie porque no soy así. Todo lo que hago lo hago porque soy como soy, y no es mi culpa ser así. Los demás pueden decir lo que les dé la gana. ¿Lo entiendes? Tomó la copa y bebió. Luego encendió un cigarrillo. Se acercó al macizo de flores y se quedó mirando la tierra seca. Luego miró la nube sobre la montaña, le pareció que había menguado. Se volvió hacia Marion: estaba sentada, inclinada hacia delante, haciendo girar la copa sobre la mesa. Él se sentó. Yo también puedo sentirme desesperada, dijo Marion. Sí, contestó él. Pero ahora estarás más a gusto, ¿no? Ella lo miró. Ahora que ha muerto nuestro padre, quiero decir. ¡Pero Bernhard! Él se rió. De acuerdo, dijo, entonces no hablemos más de ello. Voy a regar las flores.

Más tarde, mientras comían, se levantó un viento que hizo que se movieran las cortinas, y cuando se levantaron de la mesa se oían truenos. Bernhard salió al jardín. Brillaba el sol, pero al norte el cielo estaba oscuro, y percibió truenos en la lejanía. Se sentó junto a la mesa de hierro forjado; tenía la cara vuelta hacia el norte y esperaba a la lluvia. Llegó un nuevo rayo y él pensó en la vieja expresión: como un rayo en cielo raso. Luego pensó: Pero eso es imposible, un rayo en cielo raso es imposible. En ese instante Marion lo llamó por su nombre. Estaba en la puerta abierta. Voy un momento

a casa de Camilla, dijo ¿te quedas aquí? Él asintió con la cabeza. Ella le dijo adiós con la mano y se fue. Un par de minutos después él se levantó y entró. La llamó por su nombre. Luego subió la escalera y entró en la habitación de Marion. La cama estaba hecha, y de los respaldos de las sillas no colgaba ninguna prenda. Se acercó a la cómoda y se quedó contemplando la foto de sus padres. Pensó: Me parezco más a él que a mi madre. Permaneció unos instantes más delante de la foto, sintiendo algo por dentro que pensaba que iría creciendo, pero no fue así. Luego abrió el primer cajón de la cómoda, echó un vistazo y volvió a cerrarlo. Lo hizo sin más. Y luego hizo lo mismo con el segundo cajón empezando por arriba y con el segundo desde abajo. El cajón de abajo del todo estaba cerrado. No tenía llave. Sacó el segundo cajón empezando por abajo y lo dejó en el suelo. Miró por el hueco y vio una cartera, un montón de cartas atadas con una goma, dos cajitas, una agenda y una funda de gafas. Y un poco apartado de todo lo demás, un diario. Metió la mano y sacó el montón de cartas; todas iban dirigidas a su padre, volvió a colocarlas donde estaban. Miró hacia la puerta abierta y se quedó escuchando, luego cogió la cartera y la abrió. Había siete billetes de mil coronas. Volvió a dejar la cartera exactamente en el lugar de donde la había tomado. Levantó el diario; debajo había una revista porno. Abrió el diario. Era de Marion. Volvió a dejarlo donde estaba y cogió el cajón del suelo. Permaneció un rato con él en las manos, estaba lleno de ropa interior, luego volvió a dejarlo en el suelo. Cogió el diario, lo hojeó hacia atrás, hasta lo último que ella había escrito. Miércoles, 17 de agosto. Ha llegado Bernhard, no lo esperaba. Me da mucha pena, aunque no sé muy bien si hay motivos para ello. Preguntó tanto a Oskar como a Camilla si conocían bien a papá. Camilla dice que hay algo siniestro en él, por ejemplo, en la manera de reírse, pero Oskar dice que le parece una persona completamente normal. Supongo que quiere consolarme.

Bernhard cerró el diario y lo colocó de manera que tapara la revista porno. Luego empujó el cajón hasta encajarlo bien y salió rápidamente de la habitación. Se detuvo en la entrada y encendió un cigarrillo. Abrió la puerta de la calle y salió a la escalera exterior. Como una persona completamente normal, pensó. Luego pensó: No me ven, nadie me ve. Al cabo de un rato unos jóvenes llegaron andando por la calle; él tiró el cigarrillo, atravesó la casa y salió al jardín, donde se sentó junto a la mesa de hierro forjado. Seguro que se trae a Camilla, pensó, así no tendrá que estar conmigo a solas.

Ella no llegó hasta que el sol se hubo puesto y él ya había arrancado casi toda la mala hierba de la huerta. El trabajo de jardinería lo había calmado, los pensamientos lo habían desviado hacia caminos pacíficos más allá del aquí y el ahora, y cuando la oyó llegar, levantó la cabeza y sonrió. Qué bonito lo estás dejando, dijo ella en una voz baja y cálida. Él sintió una ola por dentro. Sí, contestó. Ella permaneció en el mismo lugar, sin decir nada más. La ola rodaba en su interior. Era incapaz de levantar la vista. Acabo enseguida, dijo. Vale, contestó ella, y se fue.

Ella volvió a salir mientras él estaba lavándose las manos bajo el grifo. Llevaba una botella de vino y dos copas altas. Estuvieron sentados durante el crepúsculo bebiendo vino a pequeños sorbos y diciendo pequeñas palabras sobre pequeñas cosas. La oscuridad llegaba. Por fin no ha llovido, dijo Bernhard. No importa, repuso Marion. Tú has regado. Sí, dijo él. La miró, las facciones de su cara estaban casi borradas. Ella dijo: Empieza a refrescar. Creo que me voy a meter. ¿Tú te quedas? Él asintió con la cabeza. Un rato más, contestó.

La señora M

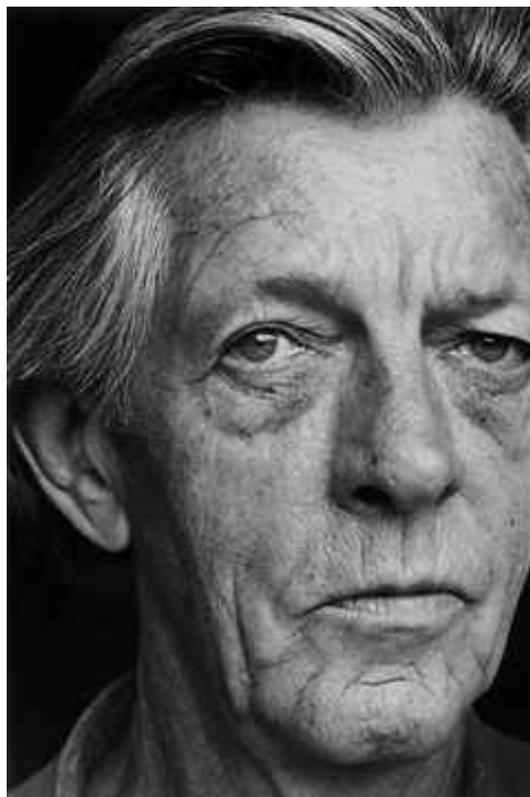
Una de las pocas personas que saben que aún existo es la señora M., de la tienda de la esquina. Dos veces por semana me trae lo que necesito para vivir, pero no es que se mate por el peso. La veo muy de tarde en tarde, porque tiene una llave del piso y deja la compra en la entrada, es mejor así, de ese modo nos protegemos mutuamente, y mantenemos una relación pacífica, casi diría amistosa.

Pero una vez que la oí abrir la puerta con su llave, me vi obligado a llamarla. Me había caído y me había dado un golpe en la rodilla, y era incapaz de llegar hasta el diván. Por suerte, era uno de los días en que le tocaba subirme la compra, así que sólo tuve que esperar cuatro horas. La llamé cuando llegó. Quiso ir a buscar un médico inmediatamente, su intención era buena, sólo es la familia más allegada la que llama al médico de mala fe, cuando quiere librarse de la gente mayor. Le expliqué lo necesario sobre hospitales y residencias de ancianos sin retorno, y la buena mujer me puso una venda. Luego hizo tres sándwiches que me dejó en una mesa junto a la cama, además de una botella de agua. Al final, llegó con una vieja jarra que encontró en la cocina. «Por si la necesita», dijo.

Y se marchó. Por la noche me comí un sándwich, y mientras me lo estaba comiendo vino a verme. Su visita fue tan inesperada que he de admitir que me vencieron los sentimientos, y dije: «Qué buena persona es usted». «Bueno, bueno», dijo escuetamente, y se puso a cambiarme la venda. «Esto le irá bien», dijo, y añadió: «Así que no quiere saber nada de las residencias de ancianos; por cierto, supongo que sabe que ahora no se llaman residencias de ancianos, sino residencias de la tercera edad». Nos reímos los dos de buena gana, el ambiente era casi alegre. Es un placer encontrarse con personas que tienen sentido del humor.

La pierna me estuvo doliendo durante casi una semana, y ella vino a verme todos los días. El último día dije: «Ahora estoy bien, gracias a usted». «Bueno, no se ponga solemne —me interrumpió—, todo ha ido perfectamente». En eso tuve que darle la razón, pero insistí en que, sin ella, mi vida podría haber tomado un desgraciado rumbo. «Bah, se las hubiera arreglado de una u otra manera —contestó—, es usted muy terco. Mi padre se parecía a usted, así que sé muy bien de lo que hablo». Me pareció que estaba sacando conclusiones sobre una base demasiado endeble, pues no me conocía, pero no quise que pareciera una reprimenda, de modo que me limité a decir: «Me temo que piensa demasiado bien de mí». «Oh, no —contestó—, debería usted haberlo conocido, era un hombre muy difícil y muy testarudo». Lo decía completamente en serio, admito que me impresionó, me entraron ganas de reírme de alegría, pero me mantuve serio y dije: «Comprendo. ¿También su padre llegó a muy mayor?». «Ah sí, muy mayor. Hablaba siempre mal de la vida, pero nunca he conocido a nadie que se esforzara tanto por conservarla». A eso podía sonreír sin

problemas, resultó liberador, incluso me reí un poco, y ella también. «Supongo que usted también es así», dijo, y me preguntó impulsiva si le dejaba leerme la mano. Le tendí una, no recuerdo cuál de las dos, pero quiso la otra. La miró muy atenta durante unos instantes, luego sonrió y dijo: «Justo lo que me figuraba, debería usted haber muerto hace mucho tiempo».



KJELL ASKILDTSEN, es uno de los grandes maestros actuales del relato corto. Su primer libro, *Desde ahora seré yo quien te lleve a casa* (1953), fue aclamado por la crítica, y al tiempo prohibido por «inmoral» en la biblioteca pública de su ciudad natal. Además de este *Últimas notas de Thomas F. para el público en general* (Premio de la Crítica en Noruega, 1983), sus libros más conocidos son *Un vasto y desierto paisaje* (de nuevo Premio de la Crítica en Noruega) y *Un repentino pensamiento liberador* (Premio Riksmål, 1987). Ha sido traducido, además de al español, a dieciocho lenguas.

«El Noruego Kjell Askildsen resulta un referente fundamental dentro de la narrativa breve escandinava y europea en general» (M.^a Victoria Reyzábal, *Diario de Málaga*).

Notas

[1]Por ejemplo, rastreamos en la prensa internacional de los últimos años estas calificaciones: «El más deslumbrante maestro del cuento europeo». «Nada de lo que expone con su concisa brevedad nos es totalmente ajeno». «El temblor sísmico, hasta el horror, que acecha bajo la aparente intrascendencia de los hechos pequeños: así nos lo hace saber con feroz insistencia». «Sus personajes son captados en un momento cualquiera de sus vidas, como si les fotografiasen un momento de su crisis permanente». «Maestro de la escena breve; una velada, un día o una tarde le son suficientes para expresar los conflictos larvados durante años por sus protagonistas». «Son bisturíes del interior humano, que rastrean entre las vísceras para ponerlas sobre la mesa. Porque eso es lo que hace con sus relatos». «Teje una trama ligera pero repleta de sugerencias muy sutiles». «Sobrio, conciso y claro como el hielo, pocos como Askildsen consiguen en muy pocas líneas retratar la llamada “sociedad del bienestar” y golpean de esta forma en la conciencia del lector». «Emparentado con los más grandes: Hemingway y Carver, por el estilo; Kafka, Beckett y Camus, por el sentido». «[En un mundo trivial] Askildsen confiere a sus personajes destinos más propios de la tragedia griega». «[Lo suyo] es una manera elegante en la que consigue que el lector vea lo que sus protagonistas no ven».<<

[2] Con excepción de «Carl Lange» incluido en su libro *Últimas notas de Thomas F. para la humanidad*, se presentan todos los cuentos publicados en español por el autor y no se tiene noticia de que haya otra colección de relatos sin traducción. En su forma original, todos bajo el sello Lengua de Trapo, fueron publicados de la siguiente manera: *Un vasto y desierto paisaje* (2002), *Últimas notas de Thomas F. para la humanidad* (2003), *Los perros de Tesalónica* (2006) y *Desde ahora te acompañaré a casa* (2008).<<